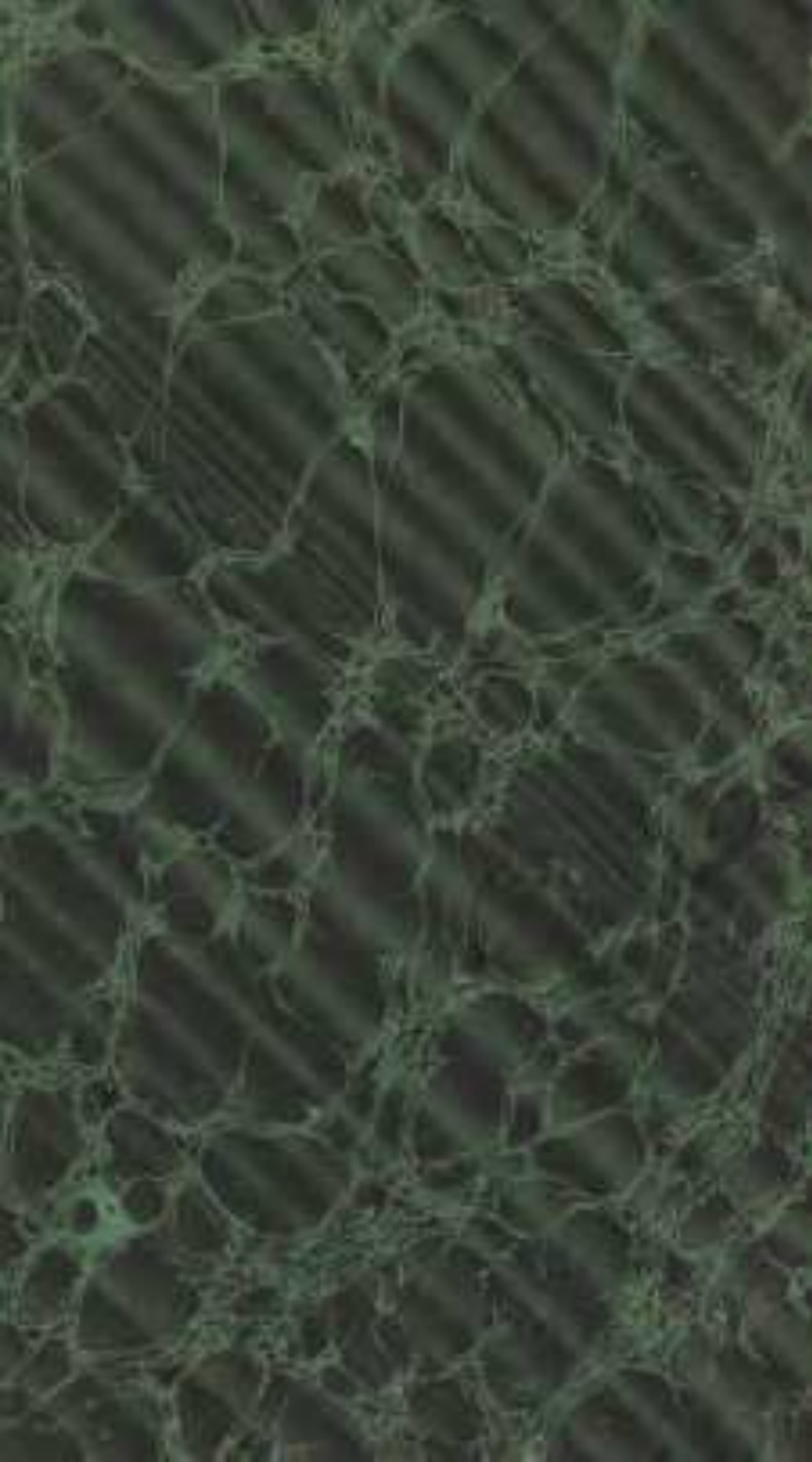
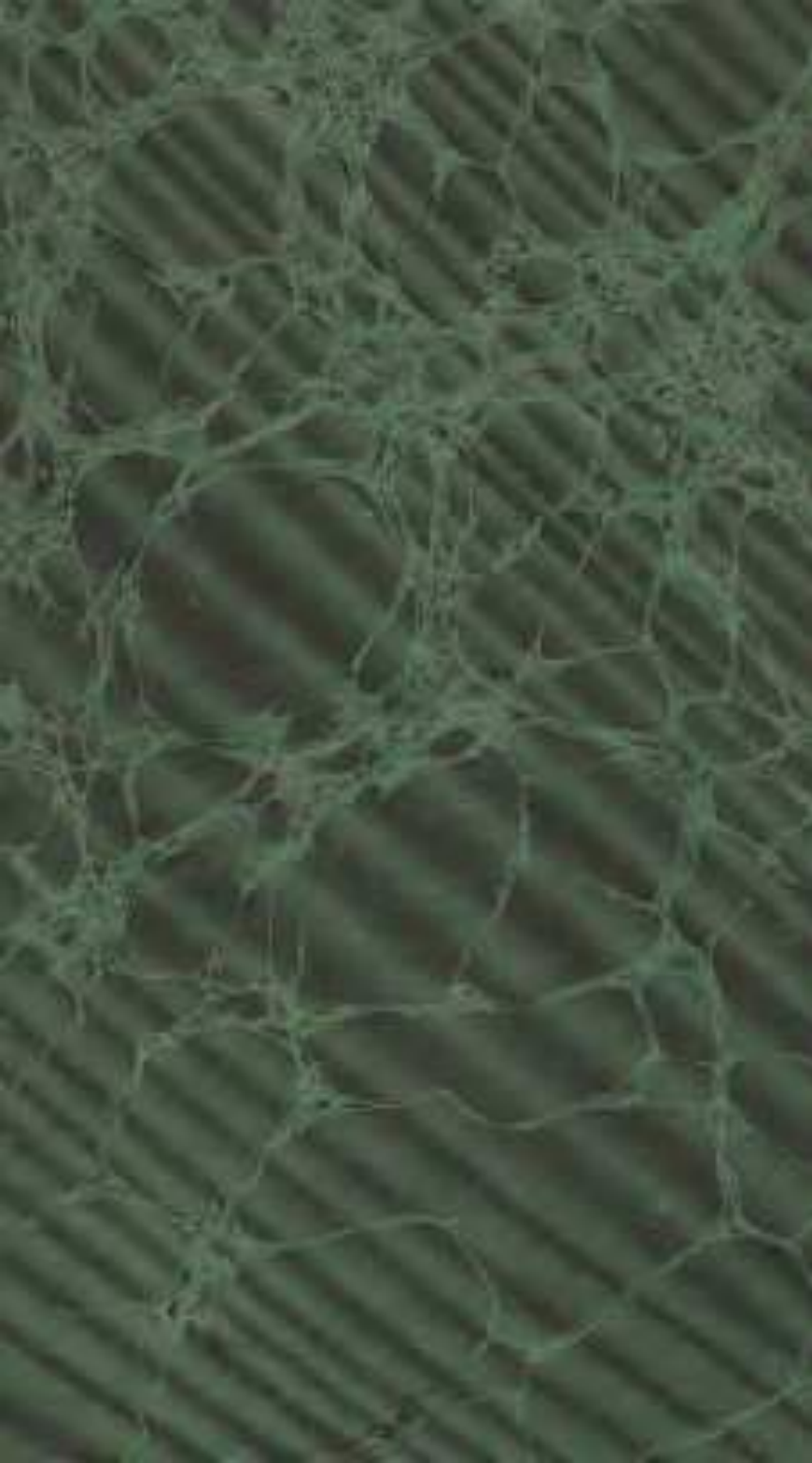


L. LAMORNS



LOS
LUSIADAS





25001

~~Ps. 11~~
C. 9
C. 1

LOS GRANDES POEMAS.

JOYAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL.

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCION LITERARIA DE
D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA.

POEMA VI DE LA COLECCION.

LOS LUSIADAS.



PORTADA.



LOS
LUSIADAS

DE

LUIS DE CAMOENS

SEGUN LA ÚLTIMA EDICION CORRECTA

PUBLICADA POR EL

DR. CAETANO LOPES DE MOURA.

TRADUCCION DE

D. MANUEL ARANDA Y SANJUAN.



BARCELONA.
EMPRESA EDITORIAL LA ILUSTRACION.

CALLE DE MENDIZÁBAL, NUMERO 4.

1874

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.



BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA.
CALLE DE PETRITXOL, NÚMERO 10, BAJOS.

1874.

LOS LUSIADAS.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.—Mientras navegan los portugueses por los mares orientales, los dioses se reúnen para determinar si han de permitir que lleguen á la India.—Baco se opone á esta empresa: Venus y Marte la favorecen.—Llegan á Mozambique, cuyo gobernador pretende acabar con ellos.—Encuentro y primera accion de los Lusos contra los Africanos.—Salen de Mozambique y, pasando por Quiloa, fondean en Mombaza.

Me propongo ensalzar en mis cantos, y extender su fama por el orbe entero, si el ingenio y el arte me prestan su ayuda en tan árdua empresa, las asombrosas proezas de los inelitos varones que, desde la playa occidental de Lusitania y á través de mares nunca surcados (1), llegaron hasta más allá de Taprobana (2), desplegando en las guerras y peligros un valor superior á cuanto puede esperarse del esfuerzo humano, y fundando en remotos climas un nuevo reino que supieron engrandecer.

(1) Créese que los antiguos fenicios navegaron por los mares que surcó Vasco de Gama. Hannon costó toda el Africa, como se vé en una relacion que él mismo escribió en lengua púnica, cuya traduccion al griego se conserva; pero habiéndose perdido enteramente la noticia del rumbo que siguieron los antiguos, los Portugueses alcanzaron tanto mérito en aquella navegacion como si hubiesen sido los primeros en efectuarla.

(2) Antiguo nombre de la isla de Ceilan.

Cantaré también la memoria gloriosa de los príncipes (1), que dilatando los dominios de la Fé á la vez que los suyos propios, sometieron á sus leyes á los impuros pueblos del África y del Asia, así como la de aquellos que con sus portentosos hechos de armas supieron alcanzar la inmortalidad.

Quédense á un lado las grandes navegaciones emprendidas por el sábio Griego (2) y por el Troyano (3): enmudezca la fama que Alejandro y Trajano consiguieron con sus victorias (4); pues yo canto el corazón ilustre lusitano, á quien obedecieron Neptuno y Marte: cose, en fin, todo cuanto ensalza la poesía antigua, y ceda el puesto á las heroicas hazañas que voy á celebrar.

Y vosotras, Tájides mías (5), que habeis creado en mí un nuevo y ardiente ingenio: ya que siempre celebré vuestro río en humildes al par que alegres versos, prestadme ahora un lenguaje claro y elocuente, un estilo noble y elevado, para que Febo (6) ordene que las aguas de Hipocrene (7) no sean envidiadas por las vuestras.

Dadme una grande y sonora entonacion, no de campestre caramillo ó de ruda zampoña, sino de canora y belicosa trompa, que inflame el pecho y demude el rostro: conce-

(1) Estos fueron D. Juan I, D. Alfonso V y D. Manuel el Afortunado, reyes de Portugal.

(2) Ulises.

(3) Eneas.

(4) Alejandro conquistó el Asia y llegó hasta la India: Trajano sojuzgó los pueblos que estaban á las dos orillas del Tigris y del Eufrates; pero ninguno de ambos guerreros consiguió llevar sus conquistas tan adelante como los portugueses.

(5) Da este nombre á las ninfas del Tajo.

(6) Uno de los nombres de Apolo, dios de la poesía.

(7) Fuente de Beocia consagrada á las Musas. Sus aguas tenían la virtud de dar la inspiracion poética.

dedme un acento tan elevado como las admirables proezas de vuestros compatriotas; acento que se extiende y resuena en todo el mundo, si es que tan sublime mérito puede caber en un poema.

Y vos, bien nacida y segura prenda de la antigua libertad lusitana (1); vos, de quien el Cristianismo espera con razon su acrecentamiento; nuevo terror de la infiel lanza mora, portentosa maravilla de nuestra edad, que Dios ha concedido al mundo en donde impera, para que el mundo le rinda el homenaje de sus victorias: .

Vos, tierno y floreciente vástago del árbol más amado de Cristo (2) de cuantos han nacido en Occidente, árbol llamado Cesáreo ó Cristianísimo (3); ved á Cristo en vuestro escudo, que os representa la victoria alcanzada (4), en la que os dió por armas las que él tomó para si en la cruz (5).

Vos, poderoso monarca, cuyo vasto imperio es el primero que ve el Sol al nacer, el que ve tambien en mitad del hemisferio y el último que ilumina en su ocaso; vos, que reducireis á la esclavitud al torpe caballero ismaelita, al bárbaro otomano, y al gentil que aun bebe las aguas del sagrado rio (6);

(1) Invocacion al rey D. Sebastian, hijo de D. Juan y de D.^a Juana de Austria, hija del emperador Carlos V, á la cual estaba encargada de la regencia del reino durante la menor edad de aquel, y sometida á la influencia de los jesuitas.

(2) Alusion á Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, al cual es fama que se le apareció Jesucristo el dia de Santiago de 1139, estando en el campo de Ourique, próximo á trabar la batalla con cinco reyes moros á quienes venció.

(3) Por árbol cesáreo ó cristianísimo deben entenderse los soberanos de Austria y Francia, de quienes descendia D. Sebastian.

(4) La batalla de Ourique, en memoria de la cual, de la apartidou de N. S. Jesucristo, de la derrota de cinco reyes moros, y en honra de las cinco llagas del Señor, el rey Alfonso puso en su escudo una cruz azul partida en otros cinco escudos.

(5) Quiero demostrar al poeta que Cristo fué el autor de las armas de Portugal.

(6) El Ganges, rio sagrado de la India.

Deponed por un momento la majestad que contemplo en ese rostro juvenil, cual evidente indicio de la auréola de gloria que os rodeará cuando subais al templo inmortal. Bajad, Señor, hasta mí vuestras reales y benignas miradas, y vereis un nuevo ejemplo de amor á los grandes y portentosos hechos de la patria, celebrados en numerosos versos.

Vereis este amor pátrio, no motivado por un deseo de vil premio, sino por otro más elevado y casi eterno; pues no es vil la recompensa que se funda en darse á conocer cantando y ennobleciendo el paterno hogar. Vereis enaltecido el nombre de aquellos cuyo señor y dueño sois, y deducireis qué vale más, si ser rey del mundo, ó serlo de tal gente.

No me oireis ensalzar con fantásticas hazañas ni con fingidas empresas á los vuestros, como lo hacen las musas extranjeras deseosas de engrandecerse; pues vuestras maravillosas proezas (1) son tan grandes, que exceden á las quiméricas y fabulosas del feroz Rodomonte y del vano Rugiero y aun á las del Orlando (2), suponiendo que tales héroes hayan existido.

En su lugar os podré ofrecer un Niño, justamente enorgullecido con el servicio que prestó á su patria, y á su Rey; un D. Fuas y un Egas, que por sí solos me hacen codiciar la lira de Homero; y en vez de los doce Pares, os presentaré los doce de Inglaterra y su Magricio (3), además de daros á aquel ilustre Gama, cuya fama ha eclipsado la de Eneas.

Y si buskais quien iguale la gloriosa memoria de César

(1) Es decir, las alcanzadas por sus antecesores.

(2) Héroes fabulosos del poema *Orlando furioso* de Ariosto.

(3) De este valiente portugués, así como de los anteriores, se hablará más extensamente en el Canto VI.

y Carlomagno, ahí teneis al primer Alfonso, ante cuyos hechos palidecen los de cualquier otro héroe; á aquel que, derrotando al Castellano (1), afirmó sobre sólidas bases su reino; á otro Juan, el invicto caballero (2), y á los Alfonsos tercero, cuarto y quinto.

Tampoco dejarán mis versos en el olvido á los que realizaron tan portentosos hechos de armas en los reinos de la Anrora (3), tremolando siempre victoriosa vuestra bandera: al valiente Pacheco, y á los temidos Almeidas, tan llorados por el tajo; al terrible Alburquerque, al fuerte Castro, y á otros muchos, sobre los que no tuvo poder la muerte (4).

Y mientras hablo de estos, ya que de vos no me sea posible, ¡oh sublime Rey! pues no llega á tanto mi atrevimiento, empuñad las riendas del gobierno, y dad motivo á nuevos y nunca oídos cantos (5): hora es ya de que las tierras del África y los mares de Oriente empiecen á sentir el terrible poder de vuestros ejércitos y de sus gloriosos hechos, sembrando el espanto por todo el mundo.

Fijos tiene los ojos en vos el atónito Moro; advierte, confuso y consternado, que se acerca su próximo fin; pues, al contemplaros no más, pierde su bárbaro brio, y somete al yugo su ya inclinada cerviz. Además Tetis (6) os tiene re-

(1) Alusión á la batalla de Aljubarrota (1385) ganada por D. Juan I, y perdida por el ejército castellano.

(2) D. Juan II, hijo de Alfonso V.

(3) En los países orientales.

(4) Porque permaneco vivo el recuerdo de sus hazañas.

(5) Camoens se manifiesta, al decir esto, deseoso de que el Rey empuñe las riendas del gobierno, y cosen los abusos de la Regencia y los que en aquella época cometian los magnates.

(6) Diosa de los mares.

servado como dote todo su cerúleo señorío; pues prendada de vuestro hermoso y afable rostro, desea adquiriros para yerno suyo.

En vos se miran desde la olímpica morada las almas, famosas en la Tierra, de dos abuelos vuestros (1); la una dotada por la paz angélica, y la otra por las sangrientas batallas. Esperan ver renovados en vos, su memoria y sus hechos portentosos, y en el Templo de la Inmortalidad os tienen reservado un sitio para cuando terminen vuestros días.

Pero en tanto que transcurre con demasiada lentitud el tiempo en que empeceis á regir los pueblos que lo anhelan, infundid en mi temeroso pecho el aliento necesario para conseguir que mis versos sean dignos de vos. Volved, Señor, la vista hácia las saladas y tempestuosas ondas que surcan en este momento vuestros argonautas (2), para que lleven la seguridad de que teneis fijas en ellos vuestras miradas, con lo cual os ireis acostumbrando á veros invocado.

Marchaban ya los navegantes portugueses por el anchuroso Océano, apartando á uno y otro lado las turbulentas olas: los vientos soplaban suavemente, hinchando las cóncavas velas de las naves, y los mares aparecían cubiertos de blanca espuma, sobre la que se deslizaban las tajantes proas, cortando las marítimas y consagradas aguas, habitadas por los rebaños de Proteo (3).

Entre tanto, reúnen los dioses en glorioso concilio en

(1) Estos son D. Juan III de Portugal y el emperador Carlos V, cuya hija D.^a Juana de Austria casó con el infante D. Juan.

(2) Los argonautas fueron los primeros navegantes, y dá el Poeta este nombre á los portugueses, porque fueron los primeros en navegar por aquellos mares.

(3) Dios marino que cuidaba de los peces por encargo de Neptuno.

el luminoso Olimpo, donde se decreta el destino de los mortales, para tratar de las cosas futuras del Oriente. Convocados de parte del Tonante (1) por el gentil nieto del viejo Atlas (2), acuden allí simultáneamente por la Via Láctea á través del hermoso y cristalino cielo.

Dejando el gobierno de las siete esferas (3) que un poder superior les ha confiado (alto poder que con el pensamiento no más gobierna el Cielo, la Tierra y el proceloso mar), reúnen allí en un momento, así los que habitaban el Arcuro helado (4), como los que residían en el Sur y en las regiones donde nace la Aurora y donde el Sol se oculta.

Allí también estaba el sublime Padre que vibra los terribles rayos de Vulcano, sentado en su cristalino trono de estrellas, con ademán altivo, majestuoso y soberano, y tan divino aspecto, que al contemplarlo convertiría en divino á cualquier mortal: su corona y cetro eran de una piedra más pura y diáfana que el diamante.

Los demás dioses se fueron colocando en asientos incientes, tachonados de oro y perlas, aunque no tan elevados como el de aquel, con arreglo á su rango y categoría; primero estaban los más ancianos y más abajo los menores. Tan luego como hubieron tomado asiento, Júpiter les habló en estos términos con acento grave é imponente:

—«Eternos moradores del brillante y estelífero polo y del preclaro Olimpo: si fijáis vuestra atención en el valor

(1) Sobrenombre de Júpiter.

(2) Mercurio hijo de Júpiter y de Maya.

(3) Trata el poeta de los principales dioses que concurren á aquella reunión, que fueron Saturno, Júpiter, Marte, Apolo ó el Sol, Venus, Mercurio y Diana ó la Luna dioses de otros tantos cielos ó planetas.

(4) Los países septentrionales que se hallan debajo de la constelación Arturo ó Osa mayor.

heróico de la nacion lusitana, debeis estar persuadidos de que el Destino concibió irrevocablemente el intento de que los humanos olviden por ella las hazañas de los Asirios, Persas, Griegos y Romanos (1).

»No tan sólo se le ha concedido, como habeis visto, que á pesar de su limitado poder, arrebatara al Moro aguerrido y pertrechado toda la tierra que baña el ameno Tajo, sino que tambien ha contado con el favor del Cielo en sus luchas contra el temido Castellano, ostentado para fama y gloria suya los lauros y trofeos del vencedor.

»Paso por alto, oh dioses, la antigua fama que alcanzaron los Lusos á costa de la gente de Rómulo, cuando en guerra con Roma, su enemiga, consiguieron tan inmarcesibles lauros á las órdenes de Viriato. Paso tambien por alto el recuerdo que os obliga á celebrar á ese pueblo, que eligió por caudillo al que diestramente supuso en una cierva el espíritu divino (2), para llamar vuestra atencion hácia su actual empresa.

»Vedlos ahora cómo, lanzándose á merced del incierto mar en leve y frágil leño por vias nunca usadas, y despreciando la furia del Áfrico y del Noto (3), llevan más adelante su audacia; pues como há tanto tiempo que están viendo las regiones donde se detiene más ó ménos el Sol, han formado el propósito, el empeño, de buscar la cuna en que nace el día.

(1) Nombra el Poeta á estas cuatro naciones, porque habiendo adquirido todas ellas gran fama por sus hechos de armas en la India, los portugueses, que ahora la iban buscando, las habian de eclipsar.

(2) Sertorio, caudillo romano que se sublevó en España contra su pátria, hizo erocer á los portugueses que Diana le habia enviado una cierva blanca, por medio de la cual le daba los avisos convenientes para la guerra.

(3) Vientos del Sur.

»El eterno Destino, cuya suprema ley es inquebrantable, les ha prometido que conservarán por largos años el imperio de los mares que ven la roja entrada del Sol; y como su gente, que ha pasado el cruel Invierno en medio del mar, está rendida y fatigada, parece justo que se le permita descubrir la deseada tierra.

»Tanos son, como habeis visto, los peligros que han soportado, tantos los climas y cielos que han conocido, arrostrando el furor de los vientos contrarios (1), que he resuelto sean acogidos como amigos en la costa africana, para que, después de reparar sus averiados buques, puedan continuar su largo derrotero.»

Así dijo Júpiter, y entonces los dioses, haciendo uso de la palabra según su categoría, empezaron á emitir razones en pró y en contra de lo dispuesto por el Soberano del Cielo. Baco no podía convenir de ningún modo en lo dicho por Júpiter, por temor de ver eclipsada su fama en Oriente si llegaban á pasar por allí los portugueses.

Habiendo sabido por los Hados, que saldría de España una gente valerosísima, que surcando el anehuroso mar, llegaría á someter todo cuanto Doris (2) baña en la India, y con sus nuevas victorias osecurecería toda la gloria alcanzada, ya por él, ó ya por otros, le dolía en extremo perder el nombre, cuya memoria aun se celebra en Nysa (3).

Al considerar que tuvo el Indo subyugado, y que ni el acaso ni la fortuna le privaron de ser cantado como vencedor de la India por cuantos beben el agua del Parnaso,

(1) Cuando los Dioses tenían este concilio, habían arrostrado los portugueses una fuerte tempestad más allá del Cabo de Buena Esperanza, según se verá en el Canto VI.

(2) Diosa del mar, y aquí llamada por el mar mismo.

(3) Ciudad de la India donde se rendía culto á Baco.

siente y teme ahora que su célebre nombre quede sepultado en el negro vaso de las agnas del olvido, si hasta aquel pais llegasen navegando los fuertes portugueses.

En contra de Baco lomó la palabra la hermosa Venus, muy afecta á la genle lusitana por hallar en ella mil cualidades peculiares á su antigua y amada Roma, entre las que descollaban el varonil esfuerzo, la feliz estrella que los guió en la tierra Tingilana (1), y tambien su idioma, que aunque algo alterado, es el mismo del Lacio.

Tales eran las causas que movian á Cítarea, asi como la de saber por las Parcas que su cuello y honor aumentarian por do quiera que pasase aquella belicosa genle. Asi pues, Baco por la infamia que temia, y Venus por los honores que esperaba, toman con gran calor parte en el debate y porfian largo tiempo, cada cual con ayuda de sus amigos.

El tumulto que se suscitó entonces entre los dioses del sagrado Olimpo podia compararse al fragor que producen el Austro ó Boreas en la espesa y selvática arboleda, cuando, rompiendo con imponente bravura las ramas de los añosos árboles, hacen que retumbe la montaña, despidiendo pavorosos ecos, y se estremezca la erguida sierra.

Pero Marte, que en aquel litigio apoyaba el parecer de la diosa, oponiéndose al de los demás, bien porque su amor antiguo le obligase á ello, ó bien porque la brava nacion lo mereciera, se levanta colérico y furioso, echando hácia atrás el fuerte escudo que pendia de su cuello.

Y alzando un poco la visera del diamantino yelmo, adelantóse con paso firme para emitir su parecer ante Júpiter, y descargó un golpe récio y penetrante con el cuento de su

(1) Parte septentrional de Africa.



Concilio de los dioses para decidir de la suerte de los lusitanos.



lanza en el puro sólido; golpe que estreñció al Cielo, é hizo que se turbara Apolo (1), perdiendo por un momento su luz.

En seguida dijo así: — «¡Oh Padre, á cuyo imperio obedece todo aquello que creaste: si no quieres que sufra vituperio alguno, como ha tiempo dispusiste, esa gente que va en busca de otro hemisferio, y cuyas altas dotes de valor y heroicas acciones apreciaste tanto, deja, cual recto juez, de prestar oídos á las razones de quien debe parecerse sospechoso, por lo mismo que habla en causa propia.

»Si aquí no se mostrase la razón vencida por un excesivo temor, sería natural que Baco apoyase á los lusitanos, puesto que proceden de su querido Lusio (2): pase, pues, por efecto de un ánimo contrariado esta intención suya; que nunca la odiosa envidia impedirá los dones que el Cielo otorga en favor de quien los merece.

»Y tú, Padre, cuya firmeza es tan grande, no revokes el acuerdo que habías tomado; pues desistir de lo empezado arguye debilidad. Ya que Mercurio aventaja en rapidez al viento y al agudo venablo, haz que guíe á esa gente hácia donde se pueda informar de la India y repare sus quebrantadas fuerzas.»

Tales fueron las palabras de Marte, y el poderoso Padre asintió con una inclinación de cabeza á lo propuesto por el guerrero dios, derramando en seguida sobre todos, el perfume del néctar celestial. Despues cada deidad regresó á su respectiva morada por el lácteo camino, haciendo antes á Jove el debido acatamiento.

(1) El Sol.

(2) Amigo y compañero de Baco.

Mientras esto ocurría en la hermosa y etérea mansión del omnipotente Oliuppo, los belicosos natlas hendían las olas, dejando atrás el Sur y haciendo rumbo á Oriente, entre la famosa isla de San Lorenzo y la costa de Etiopía, mientras el Sol abrasaba con sus ardores á los dioses que por temor á Tifeo se convirtieron en peces (1).

Bien se conocía que el Cielo les era propicio, pues los vientos les empujaban blandamente: sereno estaba el aire; el tiempo bonancible, y la atmósfera sin nubes ni el menor indicio de peligro. Doblaban ya el promontorio Praso (2), así llamado antiguamente, en la costa etiópica, cuando descubrieron en el horizonte nuevas islas que el mar baña en torno.

El valiente capitán Vasco de Gama, cuyo levantado ánimo y esforzado corazón le inducían á lanzarse á tales empresas, en las que siempre se vió favorecido por la fortuna, no consideró necesario detenerse allí por parecerle aquella playa desierta, y estaba determinado á seguir adelante, cuando sucedió todo lo contrario de lo que esperaba.

De una de las islas, al parecer la más cercana al continente (3), vieron salir unos pequeños barcos que cortaban las aguas impelidos por una ancha vela. Los portugueses, llenos de júbilo á la vista de aquella gente inesperada, no separaban sus ojos de las embarcaciones, diciendo para sí: «¿Qué leyes, qué gobierno, qué costumbres serán los suyos?»

Por su figura estrecha y larga parecían los barcos muy veloces; las velas que llevaban eran esteras de anchas

(1) Tifeo, hijo del Tártaro y de la Tierra, tenía cien cabezas y vomitaba fuego por sus cien bocas. Era el jefe de los gigantes que escalaron el Cielo y expulsaron á los dioses, algunos de los cuales se refugiaron en el mar.

(2) Este promontorio debe ser el cabo de Mozambique.

(3) La isla de Mozambique.

hojas de palma, hábilmente tejidas; el color de sus tripulantes, el mismo que comunicara Faeton á las regiones de la tierra que abrasó, cuando, llevado de su imprudente osadía, causó tal sentimiento á Lampetusa, como lo sabe el Pó (1).

Iban vestidos de telas de algodón blancas ó listadas de variados colores: unos las llevaban ceñidas al rededor del cuerpo, otros suspendidas del hombro con cierto donaire; todos iban desnudos desde la cintura arriba: sus armas consistían en adargas y alfanjes, cubría su cabeza una especie de toca, y navegaban haciendo resonar sonoros añafiles.

Con manos y lienzos empezaron á hacer señas de que se detuviesen á los lusitanos; pero ya los buques, virando de bordo, maniobraban para amainar junto á las islas: la tripulación entera trabajaba con tanto ardor como si allí estuviese el término de sus trabajos; rixan las velas, amainan la verga alta, y echan por fin el ancla, que al herir las ondas hizo saltar nubes de blanca espuma.

No bien habían fondeado, cuando los extraños insulares subían ya por las cuerdas con alegre semblante; el Capitan los acogió con sumo agrado, y en seguida mandó que se

(1) Faeton, hijo de Climone y del Sol, estaba un día jugando con cierto muchacho llamado Epafó, cuando, á consecuencia de una querrela que entre ambos se suscitó, el segundo dijo al primero que no era hijo del Sol, sino de una aventurera que le engañaba con semejante patraña. Resentido Faeton, refirió á su madre lo que le habían dicho, y ella le condujo á la morada de su padre el Sol, del cual alcanzó el permiso de dirigir durante un día el carro con que iluminaba al mundo para que de esta manera fuese reconocido como hijo suyo. Ya mal dirigió el inexperto Faeton los caballos, que habría abrasado el mundo entero si Júpiter no le hubiera derribado en el Pó, hiriéndole con uno de sus rayos. Con todo, ardiéron algunos países, y por esto dice el poeta que los moradores de Etiopia quedaron negros.—Lampetusa, Lamprocia y Paclusa, hermanas de Faeton, lloraron tanto el fin de su desgraciado hermano, que los dioses, movidos á compasión, las convirtieron en árboles.

pusieran las mesas y les sirvieran, en anchos vasos de vidrio, el agradable licor de Lico, que no desdeñaron por cierto aquellos hombres de bronceada tez.

Mientras comian y bebían alegremente, preguntaban á los lusos en lengua arábiga de dónde venían, quiénes eran, de qué país, qué buscaban, y cómo se llamaba el mar que habían recorrido; á cuyas preguntas contestaban los navegantes de la manera más conveniente y discreta: «Somos los Portugueses de Occidente, y vamos en busca de las regiones orientales.

»Hemos recorrido el anchuroso mar hácia el Antártico y hácia Calixto (1), y rodeado la costa de África; hemos visto diversas tierras y cielos; somos súbditos de un poderoso Rey, tan querido de todos, que por él no sólo arrostramos los peligros del proceloso mar, sino que seríamos capaces de navegar alegremente por el lago de Aqueronte (2).

»Por orden suya vamos buscando la tierra oriental que el Indo riega; por él hemos surcado remotos mares, tan sólo de las horribles focas habitados. Mas ahora nos parece justo que sepamos á nuestra vez quiénes sois, qué tierra es esta que habitais, y si teneis algunas noticias de la India, si es que entre vosotros se acostumbra decir la verdad.»

Uno de los isleños contestó: «Somos extranjeros en esta tierra; nuestra ley y patria no son las de estas gentes, á quienes la Naturaleza negó toda razon y toda cultura. Nosotros profesamos la religion verdadera, estendida ahora por todo el mundo, que enseñó el preclaro descendiente de Abraham, hijo de un Gentil y de una Hebréa (3).

(1) De Norte á Sur, y de Sur á Norte.—Calixto es uno de los nombres con que los antiguos designaban la constelacion septentrional de la Osa mayor.

(2) La laguna Estigia, situada en el Infierno.

(3) Mahoma, hijo de Abdallah y de Amina.

»Esta pequeña isla, en que residimos, sirve de escala á cuantos navegamos por los mares de Quiloa (1), Mombaza (2) y Sofala (3). Aunque no es nuestra patria, vivimos en ella por necesidad; y en fin, para responder á todas vuestras preguntas, os diremos que esta isla se llama Mozambique.

»Ya que navegais desde tan apartadas playas buscando el Indo Hidaspe (4) y sus abrasadas comarcas, no os faltará aquí algun piloto experto que dirija vuestro rumbo: tambien será conveniente que tomeis viveres de refresco, y que os presenteis al Regente que gobierna esta tierra, para que os provea de lo más necesario.»

Diciendo esto, el moro se vuelve á sus bajeles con sus compañeros, separándose de Gama y de su gente con señaladas muestras de deferencia y cortesía. En tanto Febo encerraba en las aguas con su corno de cristal el claro día, dando á su hermana (5) el encargo de alumbrar el anheloso mundo mientras él reposaba.

La cansada tripulacion pasó la noche con alegría inexplicable, porque al fin iban á encontrar quien les diera las noticias que há tanto tiempo deseaban acerca de la apartada tierra en cuya busca iban. Cada cual estuvo haciendo reflexiones sobre aquella gente y sus desusadas costumbres, admirándose de que se hubiesen esparcido tanto por el mundo los que profesaban la falsa religion de Mahoma.

Los claros rayos de la Luna se reflejaban en las argenta-

(1) Ciudad del África oriental, en la costa de Zanguebar.

(2) Isla del mar de las Indias.

(3) Parte de la costa oriental de África, entre las embocaduras del Zambezé y el Marfino: quizá el Ofir de Salomon.

(4) Célebre rio de la India, término de las conquistas de Alejandro.

(5) La Luna ó Diana, hermana de Apolo ó Febo.

das ondas neptunianas; las estrellas esmaltaban los cielos como á una pradera las flores; los furiosos vientos yacian adormidos en sus oscuras cavernas; pero la gente de la escuadra no descuidaba la vigilancia, á la que estaba acostumbrada mucho tiempo hacia.

Tan luego como la risueña Aurora esparció sus hermosos cabellos por el sereno cielo, dando entrada al claro Hiperonio (1), empezó á empavesarse toda la flota, y á engalanarse con vistosos toldos para recibir con fiestas y regocijos al Regente de las islas.

Se acercaba este navegando alegremente, deseoso de visitar las ligeras embarcaciones de los Lusitanos, y llevándoles víveres frescos y otras producciones de aquella tierra, por creer que los desconocidos navegantes pertenecian á la raza inhumana que pasó desde las orillas del mar Caspio á conquistar los paises del Asia, apoderándose después por disposicion del Hado del imperio de Constantino (2).

El Capitan recibió al moro y á todo su séquito con señaladas muestras de alegría, regalándole piezas de ricos tejidos que para tales casos llevaba (3), y ofreciéndole conservas, dulces, y el ardiente licor que jamás habia gustado, y que da tanta alegría. El Moro lo aceptó todo con placer, que se renovaba conforme iba comiendo y bebiendo.

Los marinos Lusos, subidos en las jarcias, contemplaban llenos de asombro aquellos extranjeros, de costumbres tan

(1) Padre del Sol, aunque otros dicen que es el mismo Sol.

(2) El gobernador de la isla creia que los portugueses eran turcos, los cuales habitaron primeramente las comarcas del Cáucaso, y después devastaron el Asia y se apoderaron de Constantinopla.

(3) Segun Juan Barros, el regalo consistió en dos mariotas coloradas, sombreros, bacias de laton, corales y cascabeles.

raras y tan oscuro y áspero lenguaje. No menos admiración causaba al astuto agareno el color, traje y fuerte armadura de los portugueses, y llevado de su curiosidad, preguntó á Vasco si venian de Turquía.

Manifestóse descoso al mismo tiempo de que le enseñasen los libros de su ley, preceptos y fé, para ver si esta era la suya, ó por el contrario, la de Jesucristo, como empezaba á sospechar. También solicitó del Capitan que le mostrase las armas que usaban cuando combatian contra sus enemigos.

El valeroso Capitan le respondió por medio de un entendido intérprete: «Te daré, ilustre Señor, cuenta exacta de quién soy, cuál es mi ley, y qué armas empleo contra mis enemigos. No soy del pais ni de la ominosa raza de los turcos, sino de la belicosa y fuerte Europa, y voy en busca de las renombradas tierras de la India.

»Mi ley es la de Aquel á cuyo imperio obedece todo lo visible y lo invisible; la de Aquel que creó los mundos y cuanto está animado ó carece de alma; la de Aquel que sufrió mil injurias y una muerte cruel y afrentosa, y que bajó del Cielo á la Tierra para subir á los mortales desde la Tierra al Cielo.

»No llevamos los libros que me pides donde se consigna el código de este Dios-Hombre, porque ¿á qué llevar escrito en el papel lo que tenemos grabado en el alma?—En cuanto á las armas, ya que deseas verlas, como has dicho, al punto podrás satisfacer este deseo; bien entendido que si ahora las examinas como amigo, yo te respondo de que jamás las querrás ver como enemigo.»

Esto diciendo, mandó á sus oficiales que enseñasen al gobernador las armaduras, los arneses, lucientes petos, finas mallas, escudos con diferentes emblemas, láminas segu-

ras (1), balas de duro metal, espingardas de acero, arcos, sagitíferas aljabas, partesanas y puntiagudos chuzos.

Enséñanle además las bombas, y las ollas de azufre, que tanto estrago causan; pero Gama no permitió que los de Vulcano (2) ensayaran los efectos de estos proyectiles dando fuego á las terribles bombardas, porque un corazon magnánimo y valiente se resiste á hacer alarde de su poder entre pocas y medrosas gentes, y con sobrada razon, pues es vileza ostentar las fuerzas de un leon entre tímidas ovejuelas.

El Moro, que lo iba examinando todo con prolija atencion, sintió nacer en lo profundo de su alma cierto odio, cierta malevolencia que supo, sin embargo, ocultar de modo que no trasluciera en su rostro; antes al contrario, propúsose seguir tratando á los portugueses con toda amabilidad, y siempre con la sonrisa en los labios y fingida alegría, hasta que llegara el momento oportuno de realizar lo que meditaba.

Pidióle el Capitan pilotos que dirigiesen su rumbo á la India, ofreciendo lucrativa recompensa al que le prestase tal servicio. Prometióselos el Moro, aunque, instigado por su dañada intencion y maliciosa envidia, antes consentiria en darle la muerte, si pudiera, que los pilotos que reclamaba.

¡Tan grande fué el odio y animosidad que sintió hácia los navegantes, al saber que eran partidarios de la verdad que nos enseñó el hijo de David! ¡Oh sublimes y misteriosos secretos del Sér Eterno, que los hombres jamás han pe-

(1) Vestidura compuesta de muchas hojuelas de metal, en forma de escamas de pescado.

(2) Los artilleros.

netrado! ¿Es posible que nunca falte un pérfido enemigo entre aquellos á quienes el hombre trata como amigo?

Partió el Gobernador y todo su séquito, afectando la mayor deferencia y cortesía, y despidiéndose de todos con risueño y agradable semblante. En pocos momentos navegó la corta distancia que le separaba de tierra, en donde le estaba esperando una muchedumbre curiosa que le siguió hasta su palacio.

Entre tanto, el gran Tebano, nacido del paterno muslo (1), advirtió desde su etéreo y refulgente sólio la marcada animadversion y aborrecimiento que en el ánimo del Moro suscitó la llegada de los Lusitanos, y mientras meditaba un nuevo engaño para destruirlos, hablaba entre si de esta manera:

«Por más que el Destino haya decretado que los Portugueses consigan inmortales victorias sobre las belicosas gentes Indicas, ¿habré de sufrir, yo, hijo del sublime Padre, y dotado de tan generosas cualidades, que el Hado favorezca á otro con perjuicio de mi fama?

»Los dioses quisieron en otro tiempo que en esa parte de la tierra fuese el poder del hijo de Filipo tan irresistible, que todo lo sometiese á su dominio favorecido por el fiero Marte (2); pero ¿ha de tolerarse que el Hado conceda á un puñado de hombres tamaño esfuerzo y destreza tanta, y que yo con el gran Macedonio y la invicta Roma cedamos el puesto al nombre lusitano?

»No, no será así; porque antes que consiga llegar ese

(1) Baco, hijo de Júpiter y de Semelé. Habiendo muerto su madre cuando aun lo llevaba en el seno, Júpiter hizo que Vulcano lo extrajera del aláustro materno, púsole después en su muslo y le mantuvo en él el resto de los nueve meses.

(2) Alusion á las conquistas de la India por Alejandro el Grande.

Capitan, se le tenderán tantas asechanzas, que jamás podrá ver los países orientales. Yo mismo descenderé á la tierra, y atizaré el fuego que arde en el irritado pecho de la gente mora; pues el que se aprovecha de la oportunidad es el que sigue el camino más recto.»

Así diciendo, se apresura á bajar, ardiendo en ira, á la tierra africana, donde, tomando forma y rostro humano, se dirigió al conocido promontorio Praso; y para urdir mejor su fementido engaño, se presenta bajo la figura de un moro muy conocido en Mozambique, viejo, sabio y gran valido del Jeque.

Aprovechó para hablar con este el sitio y la ocasion más favorables á su insidioso intento, y le dijo que los extrajeros que acababan de llegar eran piratas, que so pretesto de paz anclaban en los puertos por donde pasaban y robaban á todos los pueblos moradores de las costas, segun habia publicado la fama.

«Sabe tambien, añadió, que, segun he oido, esos pérfidos y sanguinarios cristianos han talado todas las costas, dejando marcado su paso con robos y violentos incendios, y que ha mucho tiempo tienen cierto plan concertado contra nosotros, siendo sus intenciones las de matarnos y robarnos, y reducir á la esclavitud á nuestras mujeres é hijos.

»Sé, además que el Capitan ha proyectado saltar á tierra cautelosamente para proveerse de agua, á cuyo fin vendrá acompañado de los suyos, pues de la intencion dañada nace el miedo. Tú debes, por consiguiente, acudir á la playa armado con tu gente; esperarlos en paraje bien oculto, y cuando los veas más desprevenidos, arrojarte sobre ellos: de esta suerte será muy fácil que caigan en el lazo.

»Y si por este medio no quedasen desbaratados ó totalmente destruidos, tengo ya premeditado otro plan ú otro

ardid que podrá satisfacerte. Tal es el de que les proporciono un piloto astuto, dispuesto para cualquier engaño, y tan diestro que los conduzca á donde queden destrozados, muertos ó perdidos.»

Apenas acabó el fingido viejo este discurso, abrazóle el Moro, avezado y ducho en semejantes casos, agradeciéndole infinito su consejo; y en seguida hizo los preparativos de guerra necesarios, para que el agua que fueran á buscar los Portugueses se les convirtiera en sangre roja.

Además, para que nada faltase á su criminal proyecto, buscó un piloto moro, astuto, apto para todo lo malo, y á quien pudiera fiarse la parte más importante de la empresa, encargándole que condajera al Lusitano por mares, costas y escollos tales, que si de unos salía ileso y bien librado, fuera á precipitarse en otros de donde no pudiese salir nunca.

El encendido rayo de Apolo visitaba ya los montes Nabateos (1), cuando Gama renuia á su gente para bajar á tierra en busca de agua: los soldados iban apereibidos en los botes como si fuese conocida de antemano la traicion que los esperaba: podian sospecharlo facilmente; que los presagios del corazon rara vez engañan.

Además, Vasco habia enviado poco antes á buscar el piloto que necesitaba, á cuya demanda recibió una respuesta en son de guerra; tomo el más contrario y distante de lo que presumia: por esta razon, y por saber cuánto yerra quien se fia de un pérfido adversario, iba tan preparado como podia en los tres únicos esquifes que le acompañaban.

Mientras tanto los moros recorrian la playa, armados con

(1) Montañas de la Arabia.

escudos y azagayas (1) los unos, y con arcos y aguzadas saetas los otros, para impedir que los navegantes se aprovecharan del agua que tanta falta les lucia; la mayor parte de los infieles esperaban con afan su desembarco, emboscados á corta distancia; y para facilitar más su empresa, dispusieron que unos cuantos se colocasen á la vista á guisa de añagaza.

Estos últimos circulaban por la arenosa ribera agitando las adargas, blandiendo sus peligrosas lanzas y provocando á los valientes portugueses al combate. Mas como aquellos hombres esforzados y generosos no podian tolerar que semejantes canes les anduvieran enseñando los dientes, saltaron todos tan velozmente á tierra, que ninguno pudo decir quién fué el primero.

Cual feliz amante que, en el sangriento circo y en presencia de su hermosa dama, busca al toro poniéndosele delante, y salta, corre, silba, acciona y acomete, mientras el fiero animal, con la frente cornífera inclinada, cerrados los ojos y bramando, corre, derriba, hiere y mata todo cuanto se opone á su paso;

Asi tambien desde los esquifes empezó á lanzar fuego la furiosa artilleria; el cañon envia la muerte, el ruido espanta, retumba herido el aire y aterra la confusa griteria. El corazon de los moros se llena de pavor, helándose la sangre en sus venas; los que estaban escondidos huyen, y los que á la vista se mantenian quedan destrozados.

No se satisface con esto la gente portuguesa, sino que prosiguiendo su victoriosa arremetida, lleva la muerte y el estrago por do quiera, y bombardea, incendia y arrasa

(1) Lanza ó dardo pequeño arrojadizo.

aquella poblacion sin muro ni defensa. El moro se arrepiente ya de una aventura que no creyó pagar tan cara: en su desesperacion blasfeman de la guerra y la maldicen el viejo inerte y la madre que á sus hijos amamanta.

Mientras huye precipitadamente, va disparando el moro sus saetas, pero con tanta cobardía y desconcierto, que no llevan fuerza; las piedras, los palos y todo cuanto halla á mano lo utiliza para arrojarlo á su enemigo, pues hasta su mismo furor desatinado le daba armas para combatir: por último, procura refugiarse consternado en la tierra firme, desamparando la isla, y cruzando el estrecho brazo de mar que la circunda.

Escapan unos en las cargadas almadias (1); atraviesan otros el mar á nado; quién se ahoga en las elevadas olas; quién es absorbido por el mar, absorbiéndolo á su vez, mientras sus ligeros pancos son destruidos por las bombardas. Asi castigó el Portugués la perfidia y vil traicion de su enemigo.

Vuélvense victoriosos á su armada, enriquecidos con los despojos de la batalla, y van tranquilamente á hacer la aguada, sin ser molestados ni acometidos. Sin embargo, irritados los musulmanes por su derrota, sintiendo con más fuerza que nunca la abrasadora llama de su odio, y sedientos de venganza por el daño recibido, recurrieron á su segunda estratagemia.

El Regente de aquella inícuca tierra, mostrándose arrepentido, solicita humildemente la paz, sin que los Lusitanos comprendieran que en aquella proposicion se ocultaba la guerra; pues en prenda y garantía de su buen deseo les

(1) Especie de chalupa ó piragua, usada por los indios.

envió el piloto ofreeido, pérfido infiel que ocultaba sus siniestras intenciones para conducirlos á la muerte antes que á los puertos de la India.

El Capitan, ganoso ya de proseguir su derrotero, por reinar vientos favorables para ir en busca de la deseada region, recibió cordialmente al piloto enviado por el Moro, colmándole de agasajos; y despnes de contestar atentamente al mensaje, mandó largar todas las velas al viento.

De esta suerte abandonó aquel puerto la fuerte armada, y continuó su viaje cortando las ondas de Anftrite (1) en la fiel y grata compañía de las hijas de Nereo. El Capitan, que no podia sospechar el fraudulento ardid del piloto mahometano, empezó á pedirle minuciosos informes acerca de la India y de las costas por donde pasaban.

Mas el guia, instruido en las supercherias que el malévolo Baco le habia enseñado, y que preparaba á los navegantes nuevos daños ó tal vez la muerte antes de que llegaran á la India, le dió tales datos con respecto á sus puertos y cuanto Vasco le preguntaba, que este teniéndolos por verídicos, no abrigaba ningun temor ni recelo.

El piloto le indicó tambien, con una falacia semejante á la que debió emplear Sinon para engañar á los Frigios (2), que cerca de allí existia una isla, habitada desde muy antiguo por un pueblo cristiano. El Capitan, atento á todo cuanto aquel le decia, alegróse tanto con esta noticia, que le ofreció grandes dádivas si le conducia á la tierra donde moraba dicha gente.

(1) Diosa del mar.

(2) Sinon fué un griego famoso por su perfidia, el cual consiguió por medio de sus artificios que los troyanos dejaran entrar en su ciudad sitiada al famoso caballo de madera, merced al cual lograron los griegos penetrar en ella.

El falso moro se dispone à ejecutar lo que le pide el confiado cristiano, por constarle que en aquella isla sólo habita la perversa gente que observa la ley de Mahoma, y por creer que allí encontraria el Lusitano una muerte segura; pues dicha isla, llamada Quiloa, y muy celebrada por la fama, excedia en fuerza y poderio à la de Mozambique.

Hácia ella se encaminaba la alegre flota, cuando la diosa que se venera en Citeres (1), viendo al Portugués apartado del camino verdadero para ir en busca de una muerte inesperada, no pudo consentir que en tierra tan remota pereciesen sus amados héroes, y les envió vientos contrarios, que apartaron la escuadra del rumbo que le diera el infame piloto.

Al ver este que no podia llevar adelante su determinacion, y firme, sin embargo, en su propósito, comelió otra maldad inicua, diciendo à Gama: «Puesto que las corrientes nos obligan à avanzar à pesar nuestro, cerca de aqui tenemos otra isla habitada por cristianos y moros.»

El piloto mentia tambien al decir esto, obedeciendo las instrucciones que llevaba, pues en aquella isla no habia cristianos, ni se observaba más religion que la de Mahoma. El Capitan, dando crédito al Moro en todo, virò en demanda de la isla; mas como su diosa protectora no le permitiese entrar en el puerto à causa de las rompientes de la barra, tuvo que anclar fuera.

Aquella isla estaba tan próxima al continente, que sólo la separaba de él un pequeño estrecho; sobre su suelo se elevaba una ciudad, que desde lejos parecia fundada en la

(1) Venus.

superficie del mar, y en la que descollaban suntuosos edificios, que á gran distancia se descubrian. Esta isla y esta ciudad tenian por nombre Mombaza, y estaban gobernadas por un rey de edad madura.

Al poco tiempo de haber fondeado, el Capitan, á quien regocijaba en extremo la esperanza de conocer á aquel pueblo bautizado, segun lo que le habia dicho el piloto, vió venir hácia la escuadra unos barcos, cuyos tripulantes traian un mensaje del Rey, el cual ya tenia noticia de la llegada de los Lusitanos, por habérsela avisado Baco con anticipacion, bajo la figura de otro moro.

Amistoso era el mensaje, pero en él venia envuelta la traicion, como dictada por pensamientos de odio, segun se coñoció luego por el resultado. ¡Oh grandes y gravisimos peligros! ¡Oh incierto camino de la vida! ¡Que donde el hombre pone su esperanza tenga menos segura la existencia!

¡En el mar tanta tormenta, tanto daño, tantas veces amenazados por la muerte!.... ¡En la tierra tanta sangre, tanto dolo, tantas y tan intolerables necesidades!.... ¿Dónde podrá acogerse la pobre y flaca humanidad, dónde tendrá segura su corta vida, sin que se arme ó indigne el sereno Cielo contra este miserable gusano de la tierra?

CANTO II.

ARGUMENTO. — El Rey de Mombaza instigado por Baço para que destruya á los navegantes, los recibe con aparente amistad, y les prepara una celada. El Cielo los libra de ella.—Venus se presenta á Júpiter é intercede por los portugueses: Júpiter le promete favorecerlos, y le refiere en profecía algunas de las acciones heroicas de esta nacion en la India.—Gama, avisado por Mercurio, huye de Mombaza y llega á Melinde, cuyo Rey le acoge benignamente.

El esplendoroso planeta que va midiendo las horas del día, llegaba ya á la deseada y húmeda meta (1), privando á los mortales de su celeste luz, y el dios de la noche empezaba á abrirle las puertas de su oculta y marítima morada, cuando los inieles pasaron á bordo de las naves que acababan de anclar.

Uno de ellos, el que estaba encargado de preparar el mortífero engaño, se expresó en estos términos: «¡Oh valeroso Capitan, que has cruzado el reino y las saladas ondas de Neptuno! sabe que el Rey, señor de esta isla, alborozado con tu venida, me envia á decirte que su mayor deseo es verte, agasajarte y proveerte de cuanto necesites.

» Este deseo es hijo de la ilustre fama que por do quiera repite tu nombre, y por lo tanto te ruega que entres sin recelo alguno en el puerto con toda tu armada; y si, como es natural, tu gente viene cansada despnes de tan fatigoso

(1) Se iba hundiendo en el mar.

viaje, en esta tierra podrá disfrutar del reposo que la naturaleza obliga á desear.

»Si venís en busca de mercancías de las que produce el aurífero Levante, como canela, clavo, ardiente espeería, y salutíferas y preciadas drogas, ó si quereis deslumbradoras pedrerías, finos rubies ó fulgidos diamantes, aquí los encontrareis en tanta abundancia cuanta puede apegar vuestro deseo.»

El Capitan, manifestándose agradecido á tales ofertas, responde al mensajero que, como el Sol empezaba á ocultarse en el mar, no puede obedecer las indicaciones del Rey entrando en el puerto; pero que tan luego como la luz muestre el camino por donde su flota se acerque á tierra sin peligro, cumplirá con entera confianza su deseo, viéndose en ello muy honrado.

Preguntóle además si era cierto que en aquella tierra existiesen cristianos, como el piloto aseguraba; á lo cual respondió el astuto mensajero, que la mayor parte de sus habitantes profesaban la fé cristiana. De esta suerte desterró todo recelo y sospecha de la mente del noble Capitan, haciendo que este se fiara de aquella gente infiel y perversa.

De entre los condenados á muerte por delitos infames y vergonzosos que llevaba á bordo, destinados exclusivamente para tales y tan peligrosos lances (1), envió los dos más experimentados y sagaces con el encargo de que fuesen á

(1) Los reyes de Portugal acostumbraban reservar los criminales condenados á muerte para exponerlos en las ocasiones en que fuese sensible arriesgar la vida de un hombre honrado: en cambio, si salían bien en la peligrosa empresa que se les confiaba, quedaban libres y perdonados, y si perecían, hallaban la muerte debida á su crimen. Gama llevaba á bordo algunos de estos, á quienes llamaban *degradados*.

observar la ciudad y las fuerzas de que podian disponer los pérfidos moros, y de que visitasen á los cristianos á quienes tanto deseaban ver.

Entrególes además varios presentes destinados al Rey, creyendo lograr de este modo que la buena voluntad que les demostraba fuese más firme, leal y complaciente, cuando precisamente sucedia todo lo contrario. Dejaron las naves los dos portugueses acompañados de los falaces musulmanes, y al saltar en tierra fueron recibidos con fugidas demostraciones de alegría.

Después de dar cuenta al Rey de su mision y de presentarle los regalos que para él traian, salieron á recorrer la ciudad; mas no consiguieron observar lo que deseaban, porque los sagaees infieles tuvieron muy buen cuidado de no enseñarles lo que querian: tan cierto es que el corazon malicioso recela la malicia en el ajeno.

Entre tanto, aquel nimen que conserva perpetuamente en su rostro la frescura juvenil, aquel que fué hijo de dos madres (1), urdia el siguiente engaño para precipitar al navegante en su ruina. Habíase instalado en una casa de la ciudad, en la que habia erigido un altar suntuoso, ante el que oraba bajo la figura de un sér humano y disfrazado de cristiano.

Dicho altar tenia pintada en un lienzo la imágen del Espíritu Santo en forma de cándida paloma cobijando bajo sus alas á la Purísima Virgen, verdadero fénix, á la cual rodeaban los doce Apóstoles, cuyos rostros estaban tan turbados como sin duda lo estarían los que, bajo aquella lluvia de lenguas de fuego, empezaron á hablar distintas lenguas.

1) Baco. Véase la nota del canto anterior

Conducidos los dos lusitanos á la casa donde Baco hacia uso de tal supercheria, postráronse de hinojos y elevaron sus corazones al Ser Supremo que gobierna el mundo, mientras el hijo de Júpiter quemaba los perfumes más esquisitos que produce la Arabia, de lo cual resultaba que el dios falso venia á adorar al Dios verdadero sin echarlo de ver.

Aquella noche fueron tambien agasajados ambos cristianos del modo más cordial y lisonjero, sin advertir que todo ello no era más que un ardid fraguado por aquella femenil deidad. Mas tan pronto como el Sol extendió sus rayos sobre la tierra, apareciendo con presteza por el horizonte la roja frente de la concubina de Titan,

Volvieron los moros á la escuadra llevando un nuevo mensaje del Rey para que entrase en el puerto, y acompañados de los dos emisarios de Gama á quien tan amistosa acogida tributó el Monarca. Seguro el Lusitano de que no habia peligro que temer, y de que en aquella isla moraban cristianos, determinóse á acercarse á tierra.

Decianle sus enviados que allí habian visto altares sagrados y un hurilde sacerdote; que después de ser muy obsequiados, habian pasado tranquilamente la noche, sin advertir en el Rey ni en sus vasallos nada más que alegría y benevolencia, de suerte que ante manifestaciones y pruebas tan claras y patentes de amistad, no podia haber la menor sospecha.

Satisfecho con tales seguridades, el noble Gama recibió alegremente á los moros que subian á bordo, pues su magnánimo corazon no podia dudar de demostraciones que tan ciertas parecian. Mientras tanto el buque se iba llenando de pérfidos musulmanes, que, abandonando los barcos que traian, se mostraban muy contentos por creer ya segura la deseada presa.

En tierra estaban preparando con la mayor cautela y disimulo armas y municiones para abordar osadamente los buques en el momento en que anclasen en el rio, persuadidos de que tan infame traicion les facilitaria el rápido exterminio de todos los lusitanos, á quienes harian pagar caro el mal que habian causado en Mozambique.

Ya empiezan los marineros á levar las anclas al acompasado son de sus acostumbrados gritos; ya las naos, presentando solo las velas de proa al viento, se dirigen á pasar la barra, cuando la bella Ericina (1), que vigilante siempre, no perdía de vista á los heroicos portugueses, al observar aquella inicua y cautelosa celada, vuela con la rapidez de una saeta desde el cielo al mar.

Convoca inmediatamente á las blancas hijas de Nereo y á las demás deidades marítimas; pues como habia tenido su cuna en las saladas ondas, todo cuanto en ellas existía le prestaba obediencia; y habiéndoles declarado la causa de su veloz descenso, al punto se disponen todas á impedir que la escuadra entre donde pueda sepullarse.

Sin detenerse, hienden rápidamente las aguas, levantando blanca espuma con sus plateadas colas: Doto (2) corta con su pecho las ondas más veloz de lo que suele; Nise salta; Nerina (3) se desliza con impetuosidad sobre las encrespadas olas, las cuales, encogiéndose de miedo, se apresuran á abrir paso á las precipitadas Nereidas.

La linda Dionea (4), con iracundo rostro, iba conducida

(1) Sobrenombre de Venus, tomado de la ciudad de Eryx, en Italia, donde tenia un templo.

(2) Una de las hijas de Nereo, que algunos han confundido con Cloto, una de las Parcas.

(3) Otras dos Nereidas.

(4) Otro sobrenombre de Venus, por suponérsela hija de la ninfa Dione y de Júpiter.

en hombros de un triton, que orgulloso de llevar tan hermosa carga, no siente siquiera su dulce peso. Alcanzan por fin á la belicosa flota, cuyas velas, hinchadas por el viento, la empujaban hácia el puerto, y al instante se distribuyen convenientemente, rodeando á las veloces naves y deteniéndolas en su carrera.

Venus se coloca con algunas de sus compañeras en el punto á donde dirige su proa la capitana, y cerrando el estrecho paso, hace vana la fuerza de los vientos; después arrima al duro leño su blando pecho, haciéndolo retroceder, y mientras tanto otras lo circuyen y lo levantan, desviándolo de la enemiga barra.

Cual pródidas hornigas que, regresando á su morada subterránea cargadas con un gran peso, ejercitan de este modo sus fuerzas, y enemigas del glacial y encmigo invierno, muestran en sus penosas tareas un vigor inesperado, tales se mostraban las Ninfas para alejar á los portugueses del horrible fin que les estaba preparado.

Forzada la nave, retrocede á pesar de los que la conducen, que se obstinan en seguir adelante, prorumpiendo en iracundas voces, cambiando la direccion de las velas y virando el timon á uno y otro bordo: en vano grita el hábil contra maestre desde la popa, temeroso de que se estrelle la nave contra un enorme peñasco que á muy corta distancia se alzaba amenazador.

Levantóse entonces tan espantosa y confusa gritería entre los rudos y fuertes marineros, que los musulmanes, sobrecogidos de miedo, cual si presenciasen una encarnizada batalla, no sabian darse cuenta de semejante furia, ni la determinacion que debian adoptar, aunque sospechando que hubieran sido descubiertos sus ardides, temian sufrir el merecido castigo.

Para huir de él, precipitáronse unos en las barcas que poco antes habian abandonado; otros se arrojaban al mar, haciendo saltar el agua con su caída, y procurando salvarse á nado. Todos, impelidos por un irresistible pánico, se lanzan desde una ú otra banda, prefiriendo ser juguete de las procelosas ondas antes que entregarse en manos de sus enemigos.

Así como las ranas, que en la antigüedad fueron los habitantes de Licia (1), se lanzan á la selvática laguna al advertir la proximidad de alguna persona, mientras están descuidadas fuera del agua, y saltando rápidas por una y otra parte para evitar el peligro que creen inmediato, hacen resonar el charco con su súbita caída, se ocultan medrosas y no dejan á descubierto más que la cabeza;

Del mismo modo huyeron los moros: y el piloto, que encaminaba las naves al peligroso escollo, creyendo como los demás que su engaño era manifiesto, lanzóse también al agua. Como el peñasco no estaba ya distante, y en él iban á perder todos sus vidas, la Capitana echó el ancla, imitándola precipitadamente las demás embarcaciones.

Observando Gama, objeto de aquel atentado, la inesperada sorpresa de los moros, que estos no se cuidaron de ocultar, y al ver que el piloto huía también con ellos, comprendió desde luego lo que premeditaba aquella gente falsa, y notando además que á pesar de no haber contraste ni bravura en los vientos, ni corriente en las aguas, no podia pasar adelante la flota, atribuyólo á milagro, exclamando de esta suerte:

(1) Hallándose Laetona en Licia y teniendo mucha sed, se acercó á una balsa para apagarla, pero unos rústicos se lo estorbaron, enturbiando el agua á propósito. Júpiter, indignado por tan inhumano proceder, los convirtió en ranas.

«¡Oh suceso extraño, grande é inesperado! ¡Oh clarísimo y evidente milagro! Descubierta está ya una infame ascechanza. ¡Oh pueblo pérfido, enemigo y cobarde! ¿Quién hubiera podido evadirse de un peligro tan bien preparado, si la proteccion del Cielo no hubiese venido en auxilio de la débil fuerza humana?

»Bien claramente nos pone de manifiesto la divina Providencia cuán poca seguridad ofrecen estos puertos: bien hemos visto ahora cuán mal fundada era nuestra confianza: Mas, puesto que la prudencia y el saber humanos no alcanzan á desbaratar tan bien urdidos engaños, ¡oh tú, Protector supremo, cuida del que sin tí no puede tener defensa!

»Puesto que tan compasivo te muestras con estos pobres navegantes, que sólo por tu gran bondad han podido salvarse de la perfidia y malignidad de esta gente, condúcenos á algun puerto verdaderamente seguro, ó enséñanos la tierra que buscamos, pues para tu mayor gloria y servicio seguimos navegando.»

Oyó estas humildes y suplicantes palabras la hermosa Dionca, y movida á compasion, parte velozmente, abandonando á las ninfas que quedaron entristecidas con tan repentina marcha: atraviesa la region de las luminosas estrellas y es recibida en la tercera esfera (1); pero sin detenerse allí, prosigue su viaje hasta llegar al sexto cielo (2) donde residia el gran Padre.

La natural agitacion producida por su veloz carrera tiñó su hermoso rostro de tan vivos carmines, que inspiraba

(1) La esfera ó cielo de Venus, segun el sistema de Tolomeo.

(2) La esfera de Júpiter.





Se le presentó del mismo modo que al Troyano en la selva Idea.
(Canto II.)

amor á las estrellas, al cielo, al aire ambiente y á todo cuanto llegaba á contemplarla. De sus bellos ojos, donde anida su hijo, irradiaban irresistibles fulgores que encendian los congelados polos y llegaban á convertir en fuego la esfera del liclo.

Para enamorar más al soberano Padre, de quien fué siempre querida en extremo, se presenta ante él del mismo modo que se presentó al Troyano en la selva Idea (1). Si la hubiera visto entonces el cazador que perdió la forma humana por haber sorprendido á Diana en el baño (2), no le habrían despedazado los hambrientos galgos, porque sus mismos deseos le hubieran consumido antes.

Las rizadas hebras de oro de su cabellera se esparcían por un cuello que á la nieve oscurecía; temblábale al andar los lácteos pechos, donde se solazaba invisible el amor: de su blanquísimo seno brotaban llamas en las que su hijo abrasaba los corazones, y por sus tersas piernas trepaban los deseos, enroscándose en ellas como yedra.

Un ligero cendal encubría otras perfecciones á las que opone la vergüenza un natural reparo; mas este velo, poco avaro de los rosados livios, ni lo ocultaba todo, ni tampoco lo dejaba descubierto, estando colocado de tal suerte, que encendia y redoblaba la intensidad de los voluptuosos deseos en vez de mitigarlos. A la llegada de la Diosa, empezaron á notarse en todo el Olimpo los efectos del vivo amor de Marte y de los celos de Vulcano.

Y dejando ver en su angelical semblante una mezcla de

(1) Venus se presentó á Júpiter desnuda, lo mismo que á París en el monte Ida.

(2) Yendo Acteon de caza, se atrevió á contemplar á Diana cuando salía del baño. Irritada la Diosa por tal imprudencia en desdoro de su castidad, le convirtió en ciervo, siendo inmediatamente devorado por sus propios perros.

risa y de tristeza, como la dama que, maltratada en amorosos juegos por su imprevisor amante, se queja y se rie al mismo tiempo, y se muestra alegre al par que quejumbrosa, aquella deidad, á quien ninguna iguala, más mimosa que triste, habló de esta suerte al supremo Jove:

—«Hasta ahora, oh Padre poderoso, he creído que te hallaría siempre propicio, afable y cariñoso hácia todo aquello en que yo fijara mi predilección, por más que le pesase á otro; pero ya que te muestras tan rigoroso con tu hija sin merecerlo ni haberte ofendido, cúmplase lo que Baco desee, y acabaré de convencerme de mi desgracia.

»A ese pueblo mio por quien derramo tantas y tan infructuosas lágrimas, cuánto daño le causo con mi cariño, puesto que de tal modo te manifiestas contrario á mi deseo: por él acudo á tí implorándote llorosa, aunque en ello pese á mi dicha. Mas si por amarle yo se ve maltratado, quiero quererle mal para verle protegido.

«Muera, pues, á manos de esas bárbaras gentes, ya que fuí yo...» Y al decir esto, surcaron ardientes lágrimas su rostro, que parecia entonces una fresea rosa bañada por el rocío. Quedóse un momento silenciosa, cual si las palabras no pudieran abrirse paso á través de sus labios, y al querer proseguir, anticipóse á ella el gran Tonante.

Y conmovido por sus tiernas y melancólicas quejas, capaces de ablandar el feroz corazón de un tigre, la miró con aquel alegre semblante que serena el tempestuoso cielo y el mar embravecido; enjugó sus lágrimas, besó apasionadamente sus mejillas, y la estrechó contra su corazón tan enajenado, que á encontrarse solos, es seguro que allí se engendrara otro nuevo Cupido.

Y uniendo el suyo á aquel rostro, cuyas lágrimas y sollozos aumentaban como aumentan los de un niño castiga-

do por su nodriza cuanto más se empeña esta en acallarle, procuró devolver la calma á aquel acongojado corazón, revelándole muchos sucesos futuros, para lo cual sondeó las entrañas de los hados, y le dijo así :

—«Hermosa hija mia, no temas que amenace peligro alguno á tus lusitanos, ni que alguien pueda disputarte el imperio que sobre mi tienen esos llorosos y bellisimos ojos; pues yo te prometo, amada hija, que los asombrosos hechos que esa nacion ha de llevar á cabo en Oriente borrarán el recuerdo de los que immortalizaron á Griegos y Romanos.

» Que si el prudente Ulises se supo librar de la esclavitud en la isla Ogigia (1); si Antenor penetró en el seno de la Iliria y en la fuente de Timavo (2), y si Eneas pasó felizmente el mar bravo de Scila á Caribdis, los tuyos, acometiendo más grandes empresas, darán nuevos mundos al mundo.

» Verás, hija mia, elevadas murallas, fortalezas y ciudades edificadas por ellos; verás siempre destrozados por ellos á los fuertes y belicosos turcos; subyugados á su poderoso Rey los reyes más fuertes ó independientes de la India; y en fin, los verás dueños de toda la tierra, dictando al mundo sábias leyes.

» Verás cómo ese héroe que, en medio de tantas contradicciones va buscando presuroso el Indo, hace temblar á Neptuno, que encrespará sus aguas sin que soplen los vientos. ¡Oh caso nunca visto y milagroso: que tiemble y hierva el mar estando en calma (3)! ¡Oh raza valerosa, de pen-

(1) Tierra fabulosa en que reinaba la ninfa Calipso, que con sus halagos quiso detener á Ulises.

(2) Riachuelo próximo á Trieste, que desagua en el Adriático.

(3) En 1524 volvía Gama á la India en clase de viroy; al atravesar las aguas de Cambaya le sorprendió una calma tal que las naves no podían moverse á pesar de los

samientos sublimes, á quien temerán hasta los mismos elementos !

»Verás cómo la tierra que le negaba el agna llega á ser un buen puerto, donde puedan descansar de su largo derrotero las náves que procedan de Occidente ; verás como toda esa costa, donde ahora se fraguaban tan infernales planes, le paga obediente sus tributos, reconociendo que no hay nada que pueda resistir al tremendo Luso.

»Verás al famoso Mar Rojo volverse amarillo de miedo ; verás el poderoso reino de Ormuz dos veces vencido y subyugado, y al furioso musulman atravesado por sus propias saetas (1), conociendo por su mal que quien va contra los tuyos y pretende resistirles, pelea contra sí mismo.

»Verás la fuerte é inespugnable Dio dos veces sitiada por los moros, y defendida heroicamente por los portugueses, cuyo esforzado ánimo y feliz estrella se revelarán en sus grandes y maravillosos hechos de armas (2). Verás al gran Marte envidioso de la incontrastable pujanza de los portugueses, y al moro prorumpiendo al morir en imprecaciones y blasfemias contra el Cielo y el falso Mahoma.

»Goa (3) será arrebatada á los moros, y después llegará

esfuerzos de las tripulaciones, y el mar parecia tembloroso. Al ver este fenómeno, que se presenta muy pocas veces, los marineros se alarmaron y quisieron arrojarse al agua para salvarse ; pero Gama los tranquilizó diciendo : — ¿De qué temeis? ¿No veis cómo tiembla el mar de puro miedo que tiene de nosotros sintiéndonos sobre sí ?

(1) Los portugueses, después de hacer prodigios de valor en las costas del Mar Rojo llenando de terror á sus habitantes, tomaron á Ormuz, dirigidos por el gran Alburquerque. Habiendo recobrado dicho reino su independencia, lo tomó segunda vez aquel caudillo. El fuerte viento que reinaba hacia retroceder las saetas que los persas disparaban contra los portugueses, hiriendo á los mismos que las despedían.

(2) Estando la plaza de Dio en poder de los portugueses, fué sitiada por los moros en 1538 y en 1551. Las dos veces sus defensores hicieron los mayores prodigios de valor.

(3) Capital de la India portuguesa.

á ser la señora de todo el Oriente, enaltecida con los triunfos de sus valientes conquistadores: ponderada, altiva y orgullosa, impondrá duro freno á los idólatras y á cuantos pueblos intenten mover guerra á los tuyos.

»Verás cómo un puñado de valientes se sostiene á todo trance en la fortaleza de Cananor; verás luego rendida á la opulenta y populosa Calicut, y verás como en Cochin (1) da pruebas un insigne capitán de su sin par denuedo y temerario arrojo, consiguiendo tan señalada victoria que jamás citara alguna cantó otra tan merecedora de gloria y eterno renombre.

»Ni el promontorio de Leucate (2) ni las aguas de Actium fueron testigos de tanta ruina y estrago, cuando Augusto venció durante la guerra civil al injusto capitán romano (3), que volvía victorioso y con rica presa de los pueblos de Oriente, del famoso Nilo y del Bactra Escítico, aunque esclavo á su vez de la linda egípcia, la inupúdica Cleopatra.

»Verás entonces cual hiérve el mar con los incendios causados por los tuyos, quienes reducirán á cautiverio á moros é idólatras, triunfarán de diferentes naciones, y sojuzgando el Quersoneso áureo (4), navegarán hasta la Clúna, y después de conquistar las islas más remotas del Oriente, quedará todo el Océano sometido á su imperio.

»De suerte, hija mía, que los lusitanos mostrarán un esfuerzo tan sobrenatural como jamás se habrá visto desde el

(1) De estas tres ciudades se hablará en los cantos sucesivos más detalladamente.

(2) Isla del Mar Jonio donde existe un promontorio, célebre por haberse precipitado desde él al mar la poetisa Saffo.

(3) Alusión al combate naval de Actium; en el que fué vencido Marco Antonio por Octavio Augusto.

(4) La península de Malacca.

Gangético mar hasta el Gaditano, ni desde el mar Glacial hasta el estrecho que descubrió aquel resentido hijo de Lusitania (1), aun cuando resucitasen todos los héroes de las edades pasadas, envidiosos de tanta gloria.»

Así dijo, y en seguida envia á la Tierra al sagrado hijo de Maya (2) para que depare á la flota un puerto pacífico y seguro donde pueda descansar sin riesgo alguno; y á fin de que el valiente Capitan no se detuviera en Mombaza, ordenó al mensajero que le designara en sueños la tierra donde pudiese hallar el anhelado reposo.

Lánzase Mercurio por los aires, agitando las alas de que están provistos sus piés, empuñando aquella vara fatal con que adormece los cansados ojos (3) y saca las almas tristes del profundo Infierno, y llevando en su cabeza el sombrero acostumbrado. Auxiliado en su viaje por los sumisos vientos, no tarda en llegar á Melinde de aquella suerte.

La Fama le acompaña también, para dar á conocer la preza y valimiento de los portugueses; que el nombre ilustre excita el amor en los corazones y hace al que lo tiene amado y engrandecido. De esta suerte iba logrando que la gente se mostrase tan amiga del pueblo lusitano, que Melinde arde en deseos de ver el traje y observar las costumbres de aquellos hombres que tanto habia ensalzado la habilidad de Mercurio.

Este se dirige desde allí hácia Mombaza donde se hallaban las temerosas naves, para hacer que los navegantes se alejaran de aquellas tierras inhospitalarias y de aquella

(1) Fernando de Magallanes.

(2) Mercurio.

(3) El eaduceo ó vara de Mercurio tenía la propiedad de disipar la cólera de cuantas personas reñían, infundiéndoles sueño.

barra enemiga, pues no basta esfuerzo ni arte alguna contra voluntades infernales ó insidiosas: ni sirve de nada el valor, la astucia ó la prudencia del hombre cuando no le es propicio el Cielo.

La noche habia llegado ya á la mitad de su carrera; las estrellas con su luz prestada iluminaban el mundo; la gente estaba entregada al reposo, y el ilustre Capitán, cansado de velar durante aquella noche que tanto cuidado le inspiraba, acababa de cerrar sus ojos al sueño mientras los demás vigilaban por cuartos.

Entonces Mercurio se le aparece en sueños y le dice: «Huye, huye, Lusitano, de la asechanza que urde ese malvado Rey para poner fin á tus dias: huye, que el viento y el cielo te favorecen; el tiempo está sereno, y el Océano tranquilo: en otra parte encontrarás un rey más amigo, en cuyos estados podrás refugiarte con seguridad.

»La hospitalidad que te preparaban aqui es igual á la que daba el cruel Dionces (1), que convertia á sus huéspedes en manjar de sus caballos: aqui sólo hallarás las aras en que Busiris (2) inmolaba á sus infortunados huéspedes: no esperes más; aléjate de estas gentes impías y feroces.

»Prosigue navegando á lo largo de la costa, y encontrarás otra tierra de más sinceros habitantes, cerca de donde la luz del Sol hace iguales los dias y las noches. Allí será recibida tu flota alegremente por un rey franco y leal, que te ofrecerá hospedaje y amistad desinteresada, y tambien

(1) Rey de Tracia, de quien dice la Fábula que mantenía sus caballos con carne humana. Hércules le dió muerte y arrojó su cadáver á los caballos para que le devorasen.

(2) Príncipe egipcio, que siguiendo el consejo de un adivino, á fin de librar á Egipto de un hambre que duró nueve años, inmolaba anualmente un extranjero. Hércules dió muerte á dicho príncipe, después de haber escapado de la prision en que le habia alerrojado preparándole para el sacrificio.

te dará para la India un guía inteligente y seguro.»

Así dice Mercurio, y en seguida arranca de su sueño al Capitan, quien despierta sobrecogido, y ve la oscuridad herida por un súbito rayo de luz, que le muestra cuán conveniente le es abandonar cuanto antes aquella tierra incua: por lo cual manda en seguida al contramaestre largar velas.

—«¡Largo, largo á toda vela! grila, que Dios lo ordena y el Cielo nos protege; pues yí un mensajero del trono etéreo que viene á salvar nuestras vidas.» A estas voces comienza por todas partes el agitado movimiento de los marineros, que hacen ostentacion de sus rudas fuerzas levando las anclas.

En tanto que la ágil y briosa tripulacion ejecutaba esta maniobra, los moros ocultos en las sombras cortaban sigilosamente las anarras, para que las olas los estrellasen contra la costa. Los portugueses, que estaban alerta y vigilaban con mirada más penetrante que la del lince, hicieron notar de los moros, que los creían dormidos, y estos escapan, no ya remando, sino volando á través de las olas.

Ya las agudas proas dividen las argentadas aguas con gallardo movimiento, impelidas por el dulce soplo del viento suave, apacible y manso. Los tripulantes iban hablando de los peligros pasados; pues la imaginacion jamás olvida los riesgos en que nuestra vida se pone á salvo merced á la fortuna.

El Sol habia ya dado una vuelta y empezaba la segunda, cuando vieron á lo lejos dos barcos, impelidos suavemente por los tranquilos vientos que á la sazón reinaban. Creyéndolos naves moras, cambian de rumbo y se dirigen hácia ellas: una de estas, temiendo algún mal, se dirige hácia la costa para salvarse.

La otra, no siendo tan diestra, cae en poder de los Lu-

sifanos sin necesidad de emplear el rigor del furioso Marte ni la hórrida furia de Vulcano; pues como fuera débil y medroso el pobre ánimo de aquella escasa gente no opuso resistencia, aunque si á tanto se atreviera, mayor daño habría recibido.

Como Gama deseaba un piloto que le condujese á la India, creyó encontrarlo entre aquellos moros; pero no sucedió segun pensaba, pues entre ellos no halló ninguno que le dijese hácia qué parte de los cielos correspondia aquella region, si bien todos le dijeron que en el puerto de Melinde hallaria el piloto que necesitaba.

Los moros alaban la bondad de su Rey, su corazon sincero y liberal, su grande humanidad y otras muchas cualidades, que Vasco tuvo desde luego por verdaderas; porque concordaban con lo que Mercurio le habia dicho en sueños, y desde luego se dirigió al punto que le indicaban los moros.

Era el tiempo alegre en que la luz Febea se acercaba al raptor de Europa (1), y en que Flora derramaba sobre la tierra el abundante cuerno de Amaltea (2), y el presuroso Sol, que rodea el cielo, renovaba la memoria del dia en que aquel á quien todo obedece puso el sello á cuanto habia creado (3),

Cuando llegó la flota al punto desde donde se veia el

(1) Es decir, era la Primavera, época en que el Sol está cerca del signo del Toro. Llama al Toro raptor de Europa, porque, segun la Fábula, Júpiter se convirtió en dicho animal para apoderarse de la ninfa llamada asi.

(2) Refiere Ovidio que cuando en la última contienda que tuvo el rey Aqueloo con Hércules se convirtió en toro, aquel le asió tan fuertemente del cuerno, que se lo arrancó y en agradecimiento de esta victoria se lo ofreció á su padre Júpiter, quien llenándolo de flores y frutos se lo dió á la ninfa Amaltea en recompensa de haberlo criado.

(3) Era un Domingo (el de Pascua de Resurreccion) en que Dios completó y perfeccionó la sublime obra de la Creacion.

reino de Melinde: engalanase con toldos y otros alegres artificios como muestra de su veneracion por la santidad de aquel dia; tremola la bandera; ondea el estandarte, divisándose á lo lejos su purpúreo color, y resuenan los panderos y atabales al entrar los guerreros en el puerto.

La playa de Melinde vióse inmediatamente poblada de gente, ansiosa de ver la flota; gente más leal y más humana que toda la que habian dejado en las otras costas. Delante de aquellos sencillos habitantes fondea la escuadra portuguesa, echando alinar la pesada áncora, y acto continuo el Capitan envió al Rey uno de los cautivos moros que traia para que le notificase su llegada.

El Monarca, que ya tenia noticia de la nobleza que tanto distingue y engrandece á los Portugueses, alégrase al saber el arribo de tan heroica gente; y con el ánimo y la pureza que abrigan los pechos nobles, manda rogarles que desembarquen en sus tierras y dispongan de cuanto ofrece su reino.

Los ofrecimientos que el Rey hacia á los nobles Lusitanos eran verdaderos y sus palabras sinceras y sin doblez. Enviales lanigeros carneros, gallinas domésticas y cebadas, frutas del tiempo, excediendo á las dádivas el afecto y buena voluntad con que las ofrecia.

El Capitan recibe alegremente al mensajero y el regalo, y en seguida envia al Rey otro presente que traia ya dispuesto y preparado de antemano, y consistia en escarlata purpúrea, y ramas de lino y preciado coral, que crece blando bajo las aguas y se endurece fuera de ellas (1).

(1) Segun Poyssonet y Jussieu, el coral está formado de una série de tubos, que crecen juntos y paralelamente unos á otros: estos tubos se componen de una materia cretácea mezclada con una sustancia viscosa y membranosa, que trasuda del pólipos, que se contraen á medida que sus habitantes los abandonan y así van adquiriendo solidez.

Envió además un elocuente mensajero con el encargo de concertar un tratado de paz y amistad con el Rey, y disculpar al Almirante de no ser el primero en presentarse. Parte en seguida el enviado; preséntase al Rey, y sin esperar á que este le pregunte, con el estilo que Palas (1) le inspiraba, le habla de esta manera:

«Sublime Rey, á quien desde el puro Olimpo concedió la Justicia suprema el honor de mandar á un soberbio y duro pueblo, del que eres tan amado como temido. Venimos á buscar este puerto fuerte y seguro, conocido y celebrado en todo el Oriente, para hallar en ti el auxilio que necesitamos.

»No somos de esos piratas que van robando las ciudades desprevenidas, y exterminando á hierro y fuego las gentes por apoderarse de sus codiciadas haciendas, sino que desde la culta Europa venimos navegando en busca de las apartadas tierras de la India por mandato de nuestro Rey sublime y grande.

»Mas ¡qué razas de tan duro corazón existen! ¡qué pueblos tan bárbaros y de tan inhumanas costumbres, que no sólo impiden la entrada en los puertos á los pacíficos navegantes, sino que hasta les niegan la hospitalidad en la desierta arena! ¿Qué ánimo ó qué mala intención descubren en nosotros? ¿qué recelan de tan poca gente, cuando intentan destruirnos, tendiéndonos asechanzas por do quiera?

»Pero en ti confiamos con justicia ¡oh benigno Rey! esperando encontrar más sinceridad y una ayuda semejante á la que el perdido Itaco halló en Alcinoos (2); pues has de saber que hemos arribado á tu puerto conducidos por un

(1) Uno de los nombres de Minerva, diosa de la sabiduría y la elocuencia.

(2) Alcinoos, rey de los Feacios, acogió á Ulises á su vuelta de Troya, y le proporcionó bajeles con que regresar á su país.

intérprete divino, que si á ti nos envia, no puede menos de consistir sino en que tu pecho es leal y humano.

»No creas, oh Rey, que nuestro esclarecido y valiente Capitan haya dejado de venir á verte y ofrecerte sus servicios porque sospechase en ti ficcion alguna, sino por cumplir el mandato de nuestro Rey, el cual le previno que no saltara nunca á tierra abandonando las naves.

»Y como el deber de un vasallo es cumplir y obedecer, así como los miembros obedecen á la cabeza, tú que eres rey, no pretenderás que ninguno desobedezca al suyo. Por lo demás está tan obligado y agradecido á tus bondades, que te ofrece hacer en tu obsequio cuanto él ó los suyos puedan, y primero que olvide tus mercedes dejarán los rios de dirigirse al mar.»

Terminado este discurso, todos los magnates de la corte empezaron á elogiar la fidelidad y el valor (1) de aquella gente, que navegaba al través de tantos mares y bajo tantos ciclos. El ilustre Rey de Melinde, maravillado de la obediencia que los Portugueses manifestaban á las órdenes de su Rey, le consideraba como un modelo de monarcas, puesto que á tal distancia era obedecido.

Con semblante risueño y complaciente dice el Rey al Embajador: «Alejad de vuestro pecho toda desconfianza, desechad todo temor, porque vuestro valor y vuestras obras os conquistan la estinacion de todo el mundo, y el que os trató con crueldad no puede tener altos pensamientos.

»En cuanto á no saltar toda la gente á tierra por obedecer las órdenes de vuestro Rey, lo siento mucho, pero no puedo menos de respetar y aplaudir tal obediencia; y ya que

(1) El estómago, dice el poeta.

la órden que teneis no lo permite, no he de consentir yo que se empañe el brillo de tan acrisolada obediencia sólo por satisfacer mi deseo.

»Mañana, tan pronto como luzca el nuevo sol, iré en mis almadias á visitar la fuerte armada, que ha tantos dias desseo ver; y si viene quebrantada por la furia de los mares y la impetuosidad de los vientos, aquí encontrará noble y franca hospitalidad, pilotos, municiones, y los viveres de que pueda carecer.»

El hijo de Latona (1) iba ocultándose en el mar cuando el Rey acabó de pronunciar estas palabras; y el mensajero volvió alegre á la flota en su ligero esquife, siendo portador de tan halagüeña respuesta. Al saberla, hinchese de júbilo el corazon de todos los navegantes, viendo que por fin contaban con un medio seguro para hallar la tierra que buscaban: asi fué que pasaron la noche entre fiestas y regocijos.

No faltaron allí fuegos de artificio, émulos de los ondulantes cometas; los artilleros, disparando las bombardas, atronaban con su estampido cielo, mar y tierra, ó quemaban bombas de fuego, ejercicio que recordaba el de los Cyclopes: los demás, en fin, tañian sonoros instrumentos acompañados de cánticos que resonaban en las nubes.

Los de tierra correspondian por su parte á tales demostraciones de alegría, disparando tambien cohetes y ruedas inflamadas y unos globos de fuego, llenos de pólvora y azufre (2):

(1) Apolo ó el Sol.

(2) Los melindanos no hacian uso de la pólvora, pero la conocian y usaban los indios que frecuentaban aquel puerto, y hallándose en él algunos cuando llegó Gama, pidieron permiso para celebrar la llegada de los portugueses con fuegos artificiales, disparando unas bombas que por su parte superior despedian una fuerte llama, convirtiéndose después en multitud de chispas.

los gritos de la muchedumbre renuida en la playa llegaban hasta el cielo, mientras la tierra asi como el mar parecian devorados por un vasto incendio; y de este modo, las muestras de júbilo con que unos á otros se festejaban eran el simulacro de una batalla.

Mas ya el inquieto cielo, dando su vuelta acostumbrada, llamaba á los hombres al trabajo ordinario, y la madre de Menumon (1), trayendo consigo la luz, interrumpia el sueño de los mortales: ibause desvaneciendo las pausadas sombras, convirtiéndose en fresco rocío, que quedaba depositado en el pétalo de las flores, cuando el Rey de Melinde se embarcaba para visitar la flota anclada en su puerto.

La playa hervia en gente, que se dirigía á ella alegre y presurosa para ver la escuadra: brillaban á los rayos del Sol las purpúreas cabayas (2) y los trajes de fina y luciente seda; en vez de las guerreras azagayas y del arco que remeda los cuernos de la Luna, llevaban todos ramos de palmera, verdadera corona de los vencedores.

El Rey de Melinde iba en un barco ancho y largo, entoldado de sedas de diversos colores, acompañado de los nobles y señores de su reino. Era su traje, á la usanza de aquel pais, tan espléndido como primoroso, y cubria su cabeza un turbante de oro y seda entretejido de algodón.

Una cabaya de damasco riquísimo de color lirio, muy apreciado entre ellos, cubria su cuerpo; en el cuello ostentaba un valioso collar de oro puro, no tan notable por su valor como por su mérito artistico; de su cintura pendia una rica y bien trabajada daga, que despedia diamantinos

(1) La Aurora.

(2) Especie de capa antigua con mangas.

resplandores: por último, ceñían sus piés unas sandalias de terciopelo, con delicados bordados de aljófar y oro.

Un gran quitasol de seda con hasta dorada, llevado por un ministro, preservaba al monarca de los rigores del astro del día. En la proa de la embarcacion se oía una música, cuyos ásperos sonidos ofendían el oído, compuesta de trompetas arqueadas que producían un estruendo atronador.

El Lusitano, no menos engalanado, partía de la escuadra en sus ligeros esquifes, rodeado de una brillante y gallarda comitiva, para recibir dignamente al Monarca melindano. Vestía Gama un traje á la usanza española, aunque de telas francesas: el raso era de la Adriática Venecia y de color carmesi, tan aprecioado en aquellos países.

Llevaba las mangas prendidas con botones de oro, que, reflejando el Sol, deslumbraban la vista; las calzas militares estaban recamadas del precioso metal que la fortuna niega á tantos; los golpes del jubon ajustados con delicadas puntas del mismo metal: ceñía una dorada espada á la usanza italiana, y en la gorra, un tanto inclinada, meciase una pluma.

En los trajes de su comitiva destacábase los alegres y vistosos colores que da el excelente múrice (1), y sus hechuras eran las más variadas, ofreciendo en su conjunto un aspecto semejante al que presenta el ruñilante arco de la bella ninfa, hija de Thaumás (2).

Los ecos de las sonoras trompetas comunicaban nueva alegría á los ánimos; los barcos de los moros cuajaban el mar, arrastrando los toldos por las aguas, mientras braua-

(1) Molusco del que se sacaba antiguamente la sustancia tintórea de púrpura.

(2) La ninfa Iris, representacion entre los antiguos del arco de su nombre, era hija de Thaumás y de Electra, y mensajera de los dioses.

ban las horrisonas bombardas, ocultando el Sol con nubes de humo, y produciendo tal confusion y estrépito, que los moros asustados se tapaban los oídos con las manos.

El Rey se trasbordó al esquite del Capitan, á quien dió un estrecho abrazo. Gama le dirigió entonces la palabra con la cortesía y atencion debidas á un monarca. Lleno de admiracion el Moro, examinaba el aspecto, traje y maneras del héroe portugués, como quien tenia en grande estima á los que desde tan lejos iban en busca de la India.

Y con amistosas palabras ofrecióle todo cuanto le conviniese de su reino, diciéndole que si necesitaba viveres no tenia más que pedirlos como si fuesen suyos. Dijole además que la Fama ya le habia dado á conocer á la gente lusitana antes de verla, habiendo oido decir que en otros paises sostuvieron una sangrienta guerra con pueblos de su misma religion.

Añadió que en toda el África resonaba el ruido de las asombrosas proezas que llevaron á cabo, cuando en ella conquistaron la corona del reino donde habian vivido las Hespérides (1), y por último enalteció con elocuentes palabras lo menos que merecen los hijos de Luso, y lo más que ya sabia por la Fama.—Gama le contestó de esta manera :

«¡Oh tú, benigno Rey, único que se ha mostrado compasivo con los lusitanos, víctimas de los contratiempos y adversidades que les ha hecho sufrir el insano furor de los mares! ¡Así la divina y eterna Providencia, que imprime su movimiento á los cielos y gobierna á los humanos, recompense las bondades que nos dispensas, ya que nosotros no podemos!

»Tú has sido el único monarca de todos cuantos reinos

(1) La Mauritania.

abrasa el fulgor de Apolo, que nos haya recibido en paz; tú solo nos concedes un refugio bueno, seguro y agradable contra los hórridos vientos de Eolo, por lo cual te aseguro que, mientras el ancho cielo apaciente las estrellas y el Sol dé luz al mundo, mi agradecida memoria sabrá mantener vivo el recuerdo glorioso de tu hospitalidad. »

Mientras así decía, dirigianse los esquifes hácia la flota que el Rey de Melinde deseaba ver, y dieron la vuelta en torno de cada una de las naves para que las pudiese examinar más á su placer. Al propio tiempo, las bombardas hacían salvas en su honor, y las sonoras trompetas herían el aire con sus ecos contestados por los añafles inoros.

Después que el generoso Melindano lo hubo visto todo, admirándose sobremauera del estruendo del inusitado artificio que tanto pavor infundia, mandó echar el ancla al ligero batel que los conducia para hablar más despacio con Gama de las cosas que ya sabia de oidas.

Complaciase el Rey en hacerle diferentes preguntas acerca de las famosas guerras que los portugueses habian sostenido con el pueblo que adora á Mahoma, y tan pronto le pedia noticias con respeto á los habitantes de la última Hesperia (1), donde vivian, como sobre los pueblos vecinos, ó sobre los mares que acababan de recorrer.

« Pero antes, valeroso Capitan, le decía, háblanos detalladamente de la tierra ó region del mundo donde morais, así como de vuestra antigua estirpe: refiérenos el origen de tan poderoso reino, y los sucesos de sus primeras gneras; pues sin conocerlas, sé que son verdaderamente extraordinarias.

(1) Con el nombre de Hesperia designaron los Griegos á Italia, y los Romanos á la Peninsula ibérica, por lo cual Camoens, refiriéndose á esta, la llama la última por ser la más occidental.

»Cuéntanos tambien los largos rodeos que te ha obligado á dar el proceloso mar, viendo las bárbaras y extrañas costumbres que distinguen á esta ruda tierra de Africa. Puedes empezar desde luego, pues los caballos de áureos frenos que arrastran el esmaltado carro del Sol asoman á las puertas del Oriente, los vientos duermen, y el mar y las olas descansan.

»No se parece menos al tiempo el deseo que tenemos de oír lo que contares; pues ¿quién habrá que no conozca por la fama las distinguidas empresas de los portugueses? No resplandece el Sol tan lejos de nuestra patria, para que se suponga en los melindanos tanta rudeza, que no sepan apreciar en lo que vale una accion heródica.

»Los soberbios Gigantes declararon una guerra infructuosa al claro y puro Olimpo: Piritoo y Teseo, llevados de su loca temeridad, atentaron contra el horrendo y tenebroso reino de Pluton (1); si en el mundo se admiran tales hechos, no menos admiracion debe causar el arrostrar la furia de Nereo que acometer al Cielo y al Infierno.

»Erostrato quemó el sagrado templo de Diana, edificado por Ctesifonio (2), con el único objeto de hacerse famoso en el mundo. Si el deseo de adquirir renombre nos impulsa á tan criminales acciones, ¿no será más justo que obtengan eterna gloria los que, como vosotros, acometen tan memorables empresas?»

(1) Piritoo, rey de los lapitas, y Teseo bajaron al Infierno á robar á Proserpina, pero Pluton desconcertó sus planes, y el primero murió y el segundo quedó preso hasta que lo libertó Hércules.

(2) Erostrato fué un hombre de oscuro nacimiento, que deseando adquirir una fama eterna no halló medio mejor que el de incendiar el templo de Diana en Éfeso, tenido por una de las maravillas del mundo.

CANTO III.

ARGUMENTO.—Vasco de Gama da al Rey de Melinde una noticia geográfica de Europa, y empieza á contarle el origen del reino de Portugal y la historia de sus reyes.—Batalla de Ourique.—Hecho memorable de Egas Muñiz.—La Reina de Castilla va á Portugal á pedir auxilio contra los moros.—Batalla del Salado.—Historia de los amores y desgraciada muerte de Doña Inés de Castro.—Algunos acontecimientos del reinado de Don Fernando.

Concédemme ahora, oh Calíope (1), la inspiracion necesaria para narrar lo que el ilustre Gama refirió al Rey de Melinde: inspira además un canto inmortal y una voz divina á este pecho mortal que tanto te ama: así el preclaro inventor de la medicina (2) que te hizo madre de Orfeo (3) no te niegue jamás, como suele, las amorosas caricias de que eres digna, abandonándote por Dafne (4), Clicia (5) ó Leucotoe (6).

Haz, bella ninfa, que mis versos correspondan á los méritos de la gente lusitana, para que el mundo sepa y vea

(1) Musa de la poesia heróica.

(2) Apolo.

(3) Orfeo fué hijo del rey Eagio y de la musa Clío, segun unos, y de Apolo y Calíope segun otros.

(4) Hija del rio Peneo, amada de Apolo, y convertida por su padre en laurel un dia en quo la perseguia dicho dios.

(5) Hija del Océano y de Tétis, convertida en yerba á causa del sentimiento quo le ocasionaron los desdenes de Apolo.

(6) Hija de Orcamo, rey de Persia, amada tambien de Apolo: Clicia, para vengarse de olla, reveló á su padre sus amores con aquel dios, por lo cual, irritado Orcamo, la mandó enterrar viva. Viendo Apolo el éxito infeliz de sus amores, transformó á Leucotoe en un árbol que produce incienso, quo al quemarse, sube al cielo en busca de su amado Apolo.

que tambien mana del Tajo el licor de Aganipe (1); deja las floridas cumbres del Pindo, pues ya veo que Apolo me bañaba en su agua soberana: si asi no lo haces, tendré motivo para decir que abrigas el temor de que otro vate oscurezca la fama de tu querido Orfeo.

Dispuestos estaban todos á escuchar lo que iba á referir el sublime Gama; el cual, después de reflexionar un momento, empezó de esta manera:—«Me ordenas, oh Rey, que te dé cuenta de la gran genealogia de mi nacion; y al quererlo así, no me mandas contar la historia de extraños pueblos, sino que ensalce la gloria de los mios.

»Que otro pueda alabar las proezas ajenas, es cosa tan admitida como digna de aplauso, pero recelo que en mis labios parezca mal la alabanza de las propias. Por otra parte, temo y creo que el tiempo, aunque sea largo, no me alcance para recordar todas las memorables acciones de mis compatriotas; mas, puesto que lo mandas, satisfaré tu deseo, y aun en oposicion con lo que debo, seré breve.

»Además de esto, lo que principalmente me obliga es que no cabe el engaño en mis palabras; porque, á pesar de cuanto diga sobre tales hechos, aun me ha de quedar mucho por decir.—Ahora, para que mi narracion sea ordenada, conforme á los deseos que me has manifestado, me ocuparé primero de aquella apartada region, y después de sus sangrientas guerras.

»Entre la zona en que domina el Cáncer, meta septentrional del luciente Sol, y aquella, tan rigorosa por lo fria como la del centro por lo ardiente, se extiende la soberbia Europa, á la que rodean las saladas ondas del Occé-

(1) Fuente consagrada á las Musas, por cuya razon se les daba algunas veces el nombre de Aganipedes.

no por la parte de Arcturo y de Occidente, y el mar Mediterráneo por la Austral.

»Confina con Asia por aquella parte de donde nace el día; pero ambas están divididas por el río (1) tortuoso y frío, que, desprendiéndose de los montes Rifeos (2), va á desembocar en la laguna Meótides (3), y por el mar que vió fiero y horrendo el airado señorío de los griegos, y donde ahora sólo se ofrece á la contemplacion del nauta el recuerdo de la poderosa Troya.

»Más hácia el polo aparecen los montes Hiperbóreos (4), y aquellos donde siempre sopla Eolo, y que se ennoblecen con el nombre de sus vientos (5): allí tienen tan poca fuerza los rayos de Apolo, que se ven las cumbres constantemente coronadas de nieve, helado el mar y heladas también las fuentes.

»Allí vive el numeroso pueblo de los Escitas, que en otro tiempo sostuvo una gran disputa sobre la antigüedad humana con los que entonces poseían la tierra de Egipto; mas unos y otros se alejaban mucho de la verdad, á causa de la falibilidad del juicio humano, y para adquirir la certeza posible, deberían haber recurrido al campo damasceno (6).

»Estas regiones se llaman ahora la fria Laponia, la in-

(1) El antiguo Tanais, hoy llamado Don.

(2) Montes que los Griegos colocaban indefinidamente al Norte de Europa.

(3) El mar de Azof.

(4) Los Urales.

(5) Montes Mólios, que se suponía los más septentrionales de Europa.

(6) En otro tiempo hubo una gran contienda entre los pueblos Escitas y los Egipcios sobre la antigüedad de sus respectivas naciones, queriendo cada uno de ellos suponer por medio de falsas razones que habian sido los primeros hombres del mundo, inventando fábulas á las que daban crédito por no saber la verdad, por lo cual el poeta los envía al campo de Damasco, donde se supone estuvo el Paraíso y donde Dios colocó al primer hombre.

enlla Nornega y la isla Escandinávica, que se adorna con las victorias que no puede negarle la Italia (1): allí, mientras el congelado Invierno no llega á helar las aguas, el Brusó (2), el Sueco y el Danés pueden navegar por un brazo del Océano Sarmático (3).

»Entre este mar y el Tanais (4) vive una gente extraña compuesta de Ruthenios (5), Moscos (6) y Livonios (7), llamados Sármatas en otro tiempo, y en la montaña Hircinia (8) los Marcomanos, hoy Polacos, que sujetos al imperio de Alemania, forman los países sajones, bohemios y panonios (9), y otras varias naciones regadas por el frío Rhe-no (10), el Danubio, el Amasis (11) y el Albis (12).

»Entre el remoto Istro (13) y el famoso estrecho donde Helea (14) perdió la vida dejándole su nombre, están los Tracios de robusto pecho, patria tan querida del fiero Mar-

(1) Los godos acudieron á Italia desde la Escandinavia, hoy Suecia y Noruega, y se apoderaron de ella.

(2) El Prusiano.

(3) El mar Báltico.

(4) El río Don, que desemboca en el mar de Azof.

(5) Los Ruthenios, Roxolanos ó Rusios eran pueblos que habitaban entre el Boristenes ó Dnieper y el Tanais.

(6) Habitantes del gran Ducado de Moscovia.

(7) Pueblos al N. O. de Rusia.

(8) Cordillera que cubria casi toda la Germania, y de la que formaban parte las montañas llamadas hoy del Harz y del Erzgebirge.

(9) El país de los Panonios forma hoy el archiducado de Austria y reino de Hungría.

(10) El Rin.

(11) El Rms.

(12) El Elba.

(13) El Danubio.

(14) Este estrecho es el Helesponto, hoy llamado canal de los Dardanelos, donde pereció Helea, hija de Atamante rey de Tébas, huyendo de las persecuciones de su madrastra Ino, y cuyo estrecho atravesó, según unos, sobre un carnero, cuyo vellón era de oro, y según otros sobre una nube.

le, y donde el Rodope (1)] juntamente con el Hemus (2) se encuentra subyugado al Otomano, que tiene tambien sometida á Bizancio (3) á su indigno vasallaje: ¡grave injuria para el gran Constantino!

»Encuétrase luego el país macedónico, bañado por las frescas aguas del Axio (4), y tú tambien, oh region ilustre por el genio, valor y costumbres de tus hijos; tierra predilecta de la elocuencia y de los profundos pensadores; Grecia inmortal, cuyo nombre, tan glorioso en las armas como en las letras, llega hasta el alto Cielo.

»A este sigue el país de los dálmatas; y en el golfo donde Antenor levantó los muros de una ciudad (5), se eleva ahora en medio de las aguas la soberbia Venecia, cuyo origen fué tan humilde. Más allá, entra en el mar un brazo de tierra (6), que domoñó á varias naciones con su incontrastable pujanza; tierra en la que tuvieron su cuna ingenios sublimes y esforzados campeones.

»Ciñela en torno el reino de Neptuno, menos por una parte, resguardada por la valla que levantó la naturaleza: los Apeninos, tan famosos por las hazañas del pátrio Marte, la recorren de uno á otro extremo; pero desde que en ella mora el Portero divino (7), veo que va decayendo de su antiguo esplendor é instintos guerreros, hallándose ya privada de su primitivo poder: ¡tan grata es á Dios la humildad!

(1) Cadena de montañas llamada en el día Despotodagh: atraviesan la Tracia y se desprenden del Hemus.

(2) El Hemus, monte de la Turquía Europea.

(3) Antiguo nombre de Constantinopla.

(4) Río de Macedonia llamado hoy el Vardari.

(5) Padua, fundada por el príncipe troyano Antenor.

(6) La península de Italia.

(7) Desde que residen los Papas, sucesores de San Pedro.

»Más allá se extiende la Galia, famosa en todo el mundo por los triunfos de César, y regada por el Sequana (1), el Ródano, el frío Garona y el profundo Rhin: allí se elevan también los montes donde halló su sepultura la ninfa Pirene (2), los cuales, habiéndose quemado, según antigua fama, hicieron correr ríos de plata y oro.

»Desde allí se descubre la noble España, colocada en aquel punto como cabeza de toda la Europa, cuya gloria y poderío han estado siempre combatidos por la inconstante fortuna; pero, ya se valga de la fuerza ó de la astucia, jamás logrará esta oponer obstáculos tan insuperables á los belicosos hijos que encierra en su seno, que no los derriben con su esfuerzo y osadía.

»Colocada enfrente de la Tingitania (3), parece que intenta cerrar con ella el mar Mediterráneo, donde el conocido estrecho se ennoblece con el último trabajo del Tebano. La engrandecen diferentes naciones rodeadas por las ondas del Océano, todas ellas de tal valor y nobleza, que cada una de por sí se considera superior á las otras.

»Tiene al Tarraconense, que se hizo célebre sujetando á la inquieta Parténope (4); al Navarro, al Astur, que opusieron inexpugnable valla á la gente mahometana; tiene al cauto Gallego, y al grande y altivo Castellano, á quien

(1) Nombre latino del Sena.

(2) La ninfa Pirene fué hija de un rey de España. Seducida por Hércules, dió á luz una serpiente, y horrorizada y lemiendo la cólera de su padre, huyó á las montañas inmediatas, donde fué devorada por las fieras. Supónese que de esta princesa recibieron su nombre los Pirineos.

(3) La Mauritania Tingitana, region que comprendia el actual imperio de Marruecos y parte de Argel.

(4) Antiguo nombre de Nápoles. Dice el poeta que el Tarraconense sujetó á Nápoles, aludiendo al Rey de Aragón, que conquistó dicho reino.

hizo su estrella restaurador de España y señor de ella, de la Bética, Leon, Granada y Castilla.

»Inmediato á España, y como formando la parte más culminante de la cabeza de Europa, se encuentra el reino Lusitano, donde concluye la tierra y empieza el mar, yendo Febo desde allí á reposar en el Océano. El justo Cielo quiso que este país se distinguiera en sus guerras contra el moro y lo arrojase á la abrasada África, en la cual tampoco le concede un momento de reposo.

»Esa es mi dichosa y amada patria, en la que deseo exhalar el último aliento, si el Cielo me concede el favor de volver á ella después de haber dado cima á mi empresa sin ningun accidente desgraciado: esa fué Lusitania, nombre derivado de Luso, ó Lysa, que segun parece fueron hijos ó compañeros del antiguo Baco, y pasan por ser sus primeros pobladores.

»En ella nació el pastor, cuyo nombre demuestra que sus hechos fueron los de un varon fuerte (1), y cuya fama no eclipsará ningun nacido; pues ni aun la de la gran Roma se atrevió á ello. El viejo rápido y leve (2), que se come á sus propios hijos, vino á hacer, por decreto del Cielo, que Lusitania fuera una de las potencias del mundo, erigiéndola en reino ilustre; y fué del modo siguiente:

»Hubo un rey en España, llamado Alfonso (3), que en continua guerra contra los sarracenos, quitó á muchos la vida juntamente con sus estados, valiéndose de las armas,

(1) Alusion á la etimología del nombre de Viriato, derivado de la palabra latina *vir*, varon.

(2) Este viejo es Saturno, dios en quien está personificado el tiempo, que tan rápido transcurre, y con el cual Portugal llegó á ser tan célebre en otra época.

(3) Alfonso VI el Bravo, rey de Castilla.

de la fuerza y de la astucia. Volando la merecida fama de este rey desde el Herculano Calpe (1) á la sierra Cás-
pia (2), muchos acudieron á ofrecerle sus vidas, á fin de ejercitarse noblemente en el arte de la guerra.

»Y llevados de un acendrado amor hácia la fè de Cristo, más bien que ganosos de aura popular, pasaban á España desde diversas tierras, abandonado su patria amada y sus propios lares. Después que se hubieron distinguido singularmente en sublimes y heróicos hechos, quiso el famoso Alfonso premiar dignamente y con iguales dones semejantes obras.

»Entre estos dones, dicese que le tocó en suerte á Enrique, valeroso hijo segundo de un rey de Hungría (3), el Portugal, país poco conocido y de escasa importancia á la sazón; y para darle una muestra más señalada de su amor, quiso el Rey castellano que el Conde se casara con su hija Teresa, y juntamente con ella tomó posesion de aquellas tierras.

»Después que este hubo alcanzado memorables victorias sobre los descendientes de la esclava Agar, conquistándoles muchas tierras adyacentes, y cumplido su deber con ánimo varonil, quiso el Dios suprémo concederle la recompensa merecida por sus esclarecidas acciones, y le dió

(1) Hoy el peñon de Gibraltar.

(2) Los montos Caspios en Rusia.

(3) En tiempo de Camoens estaban muy desacordes las opiniones acerca del origen de Enrique, conde de Portugal, haciéndole unos descender de los emperadores de Constantinopla, otros de los reyes de Hungría, y de esta opinion es el poeta: otros, que son los que sostenian la verdad, lo hacian descender de la casa de Borgoña. Casó Enrique el año 1692 con Doña Teresa, hija natural de Alfonso VI de Castilla, quien le dió en dote el país comprendido entre Duero y Miño, con el título de Conde de Portugal (*Comes portugalensis*).

un hijo que aumentase el lustre del nuevo y belicoso reino Lusitano.

»Enrique habia regresado ya de la conquista de la sagrada Jerusalem (1), habiendo visto las arenas del Jordan, cuyas aguas lavaron la carne de Dios; pues cuando no hubo ya nada que resistiera à Godofredo, y una vez subyugada la Judea, muchos de los que le habian ayudado en aquellas guerras, se volvieron à sus señorios.

»Cuando el Húngaro famoso llegó al término de su vida, y obligado de la fatal necesidad entregó su espiritu al que se lo habia dado, estaba todavia en la infancia su hijo, que era un fiel retrato de su padre, y en quien se fundaba la esperanza de que, siendo tambien heredero de sus virtudes, llegaria à igualar à los más fuertes guerreros del mundo.

»Pero segun refiere una antigua tradicion, que no sé si es errónea, porque en tan remota antigüedad no puede haber certeza, la madre, apoderándose de todo el estado (2), se dispuso à contraer segundas nupcias, dejando desheredado al tierno hijo, huérfano de Enrique, diciendo que todo aquel señorío le pertenecia por ser el dote que su padre le habia dado.

»Mas el principe Alfonso, que así se llamaba del nombre de su abuelo, al ver que quedaba despojado de sus tierras, administradas y disfrutadas por su madre con su segundo marido, lleno el pecho de bélico furor, imagina los medios

(1) Segun el poeta, el conde D. Enrique habia vuelto de la conquista de Jerusalem donde se halló con Godofredo, cuando le nació su hijo Alfonso. Este hecho es muy dudoso, pues no es presumible que pudiese el Príncipe ir en busca de lejanas aventuras cuando la morisma devastaba sus dominios.

(2) Doña Teresa decia que el estado era suyo, porque su padre se habia desprendido de aquel condado, no tanto para premiar à D. Enrique, como para colocar cual correspondia à su hija.

de apoderarse de ellas; y una vez formado el plan en su imaginacion, pone inmediatamente por obra su firme propósito.

»Tiñóse con la sangre vertida por la guerra civil el campo de Guimaracens, donde aquella madre, que tan pocas pruebas daba de serlo, negaba á su hijo, no sólo su amor, sino tambien sus dominios. Cegada por la soberbia, no titubeó en colocarse frente á frente de su hijo, sin reparar que en ello ofendia á Dios y al amor maternal, dejándose llevar solamente de su sensualidad (1).

»¡Oh cruel Progne! ¡Oh mágica Medea (2)! Si en vuestros hijos tomáis venganza de la maldad de los padres, si los hacéis responsables de culpas ajenas, ved á Teresa que comete una accion más infame que las vuestras: su incontinencia y su codicia son las principales causas de semejante extravio: por aquella, Escila (3) mató á su anciano padre; esta, por ambas, va en contra de su hijo.

»El preclaro Principe alcanzó la victoria sobre su padras-

(1) No podemos menos de lamentar aquí el extraviado juicio del Poeta, pues Doña Teresa fué una de las princesas más virtuosas que hayan ceñido aquella corona, como lo aseguran la mayor parte de los historiadores castellanos y portugueses. Es verdad que en aquel tiempo y mucho después se tenía por afronta en las señoras principales contraer segundo matrimonio; pero D.^a Teresa tuvo necesidad de hacerlo, porque de otro modo no hubiera podido conservar sus estados. El Principe, á instancias de algunos intrigantes de la corte, trataba de alzarse con el mando. D.^a Teresa por sí sola no podía hacerle frente, y por esta razon se casó con el Conde de Trastámara, noble señor de Galicia.

(2) Compara el poeta á D.^a Teresa con Progne, que mató á su hijo y lo dió á comer á Tereo, su padre, y con Medea, que mató á los hijos que habia tenido de Jason por vengarse de este.

(3) Escila, era hija de Niso rey de Megara, el cual tenia la cabellera de color de púrpura, de cuya conservacion dependia su existencia y la de su reino. Enamorada Escila de Minos, cortó el cabello á su padre y se lo llevó á aquel principe, quien se apoderó del reino de Megara, y enfriado su amor hacia Escila, la mandó atar al mástil de un navio. Los dioses la convirtieron en alondra.

tro y su inicua madre, y al momento le obedeció todo el país que anteriormente peleaba contra él: después, ofuscada su razón por la ira, alherrojó á su madre entre ásperas cadenas; pero Dios la vengó en breve, probando así la veneración que se debe á los padres (1).

»El soberbio Castellano reúne inmediatamente un ejército para vengar la injuria que se había hecho á Terésa, y marcha contra el valeroso Lusitano, para quien ningún obstáculo es insuperable ni gravoso, y que no sólo contrasta el ímpetu de los castellanos en la cruel batalla que se trabó, y en la que su valor se vió ayudado por el Cielo, sino que consiguió poner en fuga á su terrible enemigo.

»No pasó mucho tiempo, cuando el valeroso Príncipe se vió cercado en Guimaraens por un ejército numerosísimo, que consiguió reunir de nuevo el descalabrado enemigo; pero pudo escapar de la muerte por haberse ofrecido á ella en lugar suyo su fiel ayo Egas (2): de otra suerte pudiera haberse dado por perdido, según lo apurado de la situación en que se hallaba.

«El leal vasallo, conociendo que su señor no podía oponer resistencia alguna, pasó á ver al Castellano, prometiéndole conseguir que se le prestase obediencia: levantó su terrible cerco el enemigo, fiado en la honradez y en la promesa de Egas Moñiz; pero el amor propio del ilustre jóven no pudo consentir luego en verse avasallado por otro.

(1) Habiendo vencido el Príncipe á D.^a Teresa, la encerró en una estrecha prisión, sujetándole los piés con cadenas, en cuyo estado permaneció la Princesa el resto de su vida. Al morir esta, maldijo á su hijo, pidiendo á Dios que hiciese pedazos con hierros los piés de D. Alfonso. Tres veces fué herido el Príncipe en las piernas.

(2) D. Egas Moñiz, noble portugués, ayo del príncipe D. Alfonso.

»Habiendo transcurrido el plazo fijado que esperaba confiado el Rey castellano, para que el Príncipe, sometido á su mando, le prestase el homenaje prometido; y viendo Egas, que quedaría deshonrado, en contra de lo que Castilla aguardaba de él, determinó dar su dulce vida en cambio de su palabra, que habia quedado sin cumplir.

»Acompañado de su mujer y de sus hijos, descalzos todos y desnudos, y en un estado tal que excitaban más compasion que deseos de venganza, se presentó á satisfacer su deuda sagrada al Rey de Castilla, diciéndole: «Si pretendes vengarte, oh gran Rey, de mi temeraria confianza, hème aqui dispuesto á pagar con mi vida lo que te he prometido.

»Dispon tambien de las vidas inocentes de mis tiernos hijos y de mi mujer, si es que la horrible muerte de tan débiles seres puede servir de satisfaccion á unos pechos generosos y valientes. Hé aqui mi lengua y mis manos delincuentes: ensaya tan sólo en ellas todo género de tormentos y de muertes, aunque sean las inventadas por Scinis (1) y Perilo (2).»

«Cual condenado, que, en presencia del verdugo, tiene ya bebida la muerte á pesar de vivir todavia, y pone su garganta en el cepo esperando el temible golpe, así estaba Egas dispuesto á todo ante el Principe indignado; pero el Rey, al

(1) Scinis, célebre ladrón de la Grecia, acostumbraba matar á sus huéspedes, desuartizándolos con el auxilio de dos pinos en cuyas copas los ataba, abatiéndolos hasta el suelo, y soltándolos de pronto, por cuyo medio eran despedazada sus víctimas.

(2) Perilo fué un ingenioso artífice de Agrigonto que, por encargo del tiano Falaris, inventó un toro de bronce dispuesto de tal modo, que cuando metian en su interior á algun condenado y le prendian fuego, mugia como un buey. El inventor usó el primer toro que sufrió sus efectos.

contemplar tan extraordinaria lealtad, depuso su ira para dar lugar á la clemencia.

»¡Oh gran fidelidad portuguesa de un vasallo que á tanto se ofrecia! ¿Acaso dió mayor prueba de la suya el Persa en aquella ocasion en que se cortó las orejas y la nariz (1), causando tal pesar con ello á Dario, que dijo mil veces entre suspiros, que más apreciaba á su Zopiro que la conquista de veinte Babilonias?

»Entre tanto el príncipe Alfonso apercibía el afortunado ejército lusitano contra el moro que habitaba las tierras allende el arueno Tajo, y sentaba sus reales soberbios y belicosos, aunque escasos en fuerza y gente, en el Campo de Ourique, enfrente del enemigo sarraceno.

»Confiaba sólo en el supremo Señor que rige los cielos, pues el pueblo bautizado era tan inferior en número al infiel, que para cada cristiano había cien moros: todo hombre de sano juicio tendrá más bien por temeridad que por osadía el acometimiento de una lucha tan desigual, en la que peleasen uno contra ciento.

»Al frente de los enemigos van cinco reyes moros, el principal de los cuales se llama Ismar, todos ejercitados en los peligros de la guerra donde se alcanza ilustre fama: en pos de los combatientes van sus guerreras damas, imitando á la dama hermosa y fuerte que tanto auxilio dió á los troyanos al frente de las que bebían las aguas del Thermodonte (2).

(1) Esto fué Zopiro, sátrapa persa, que para facilitar á Dario la conquista de Babilonia se cortó la nariz y las orejas, y entró en la ciudad quejándose del inhumano trato de Dario que lo había puesto de aquel modo: sus quejas y recriminaciones lo valieron la confianza de los sitiados, que le dieron el gobierno de la ciudad, y él entonces abrió sus puertas á aquel rey.

(2) Esta dama es Penthesilea, reina de las amazonas, que habitaban á orillas del Thermodonte, rio del Ponto, y que fueron á ayudar á Priamo en el sitio de Troya.

»La serena y fresca luz del alba iba alejando ya las estrellas del polo, cuando en una luminosa cruz se apareció á Alfonso el Hijo de María, infundiendo nuevo aliento en su corazón. Alfonso, adorando al que se le aparecía, é inflamado por la fé, exclamó de esta suerte:—«¡A los infieles, Señor, á los infieles, y no á mí, que creo en vuestro inmenso poder!»

»Enardecidos con tal milagro los briosos portugueses, aclamaron por su rey natural á tan excelente príncipe, á quien de veras amaban; y ante el poderoso ejército de los enemigos, elevaron sus voces hasta el cielo diciendo:—«Real, real, por Alfonso, alto rey de Portugal.»

»Cual enfurecido moloso (1), que, excitado por los gritos y las voces, se lanza por la montaña contra el toro que lo espera fiado en la fuerza de sus terribles cuernos, y ora se le agarra á una oreja, ora á los lomos, con más agilidad que fuerza y dando penetrantes ladridos, hasta que desgarrando la garganta de la fiera, consigue quebrantar su bravura;

»De igual suerte el ánimo del nuevo Rey, inflamado por Dios al mismo tiempo que por el pueblo, acomete al bárbaro, después de haber ordenado su brioso é irresistible ejército: entonces empiezan á lanzar grandes alaridos los perros moros, tocan al arma, bulle la gente, cogen los arcos y las lanzas, resuenan las trompetas, y los instrumentos bélicos producen un desconcierto atronador.

»Como cuando la llama, avivada en un árido campo por el impetuoso soplo del mugiente Bóreas, va quemando las

(1) Llamábanse molosos los perros de Molonia, ciudad de la provincia del Epiro, que eran tenidos entonces por los mejores.

secas matas, y sorprende á los pastores que estaban entregados al dulce sueño, despertándolos sobresaltados el estridor del fuego al propagarse, y recogen el hato, y huyen hácia la aldea;

»Del mismo modo el Moro atónito y turbado se apodera sin orden ni concierto de sus armas; pero no huye, sino que espera confiado, mientras su beligerá caballería arremete á los cristianos. El Portugués acomete á su vez al denodado enemigo; lo atraviesa con sus lanzas, y unos caen medio muertos, y otros empiezan á invocar la protección del Aleoran.

»Véanse allí choques tales, que serían capaces de derribar una elevada sierra; vése correr furiosamente á los animales que creó Neptuno hiriendo la tierra (1): descárganse terribles y furiosos golpes de una y otra parte; la batalla se va haciendo general; pero el brazo del Luso rompe, corta, deshace, abolla y hiende el arnés, la coraza y las mallas de sus enemigos.

»Van saltando por el campo cabezas, brazos y piernas insensibles y separadas de los troncos: cubren el suelo las palpitantes entrañas de otros, en cuyo semblante pálido se retrata la muerte: el nefando ejército se ve por fin obligado á ceder el campo, dejando en pos de sí rios de sangre, que hacen perder al suelo su color primitivo, trocándolo de blanco y verde en carmesi.

»Queda vencedor el Lusitano, recogiendo los trofeos de su victoria y un rico botín: destrozado ya el Moro hispano, permanece el gran Rey tres días en aquel campo. Allí

(1) Neptuno, en la cuestión que tuvo con Minerva para dar nombre á Atenas, hizo salir un caballo de la tierra, dando en ella un golpe con su tridente.

mismo pinta en su blanco escudo, como prueba fehaciente de aquella victoria, cinco esclarecidos escudos azules, en señal de los cinco reyes vencidos.

»En estos cinco escudos pinta también los treinta dineros, por que Dios fué vendido, escribiendo de este modo con variadas tintas la memoria de aquel que tanto le favoreció: en cada uno de los cinco escudos azules, dispuestos en forma de cruz, pinta cinco dineros, para que así quede el número completo, contando dos veces el del centro.

»Transcurrido ya algún tiempo desde que sé consiguió tan gran victoria, el valeroso Rey marchó á tomar á Leiria (1), ciudad conquistada poco antes por el vencido. A la vez que á esta ciudad sometió á la fuerte Arronches (2), y á la siempre noble Escalabicaastro (3), cuya amena campiña riegas ¡oh claro Tajo! con tus serenas aguas.

»En breve espacio reúne á aquellas conquistas la de Mafra, y en las conocidas sierras de la Luna (4) sojuzga con fuerte brazo á la fresca Cintra, á Cintra, donde las Náyades, ocultas en las fuentes, huyen del dulce lazo con que Amor las encadena suavemente, encendiendo en las aguas un ardiente fuego.

»Y tú, noble Lisboa, princesa de las demás ciudades del mundo, edificada por aquel varón elocuente que con su astucia causó el incendio de Dardania (5); tú, á quien

(1) Ciudad amurallada de Portugal al N. E. de Lisboa.

(2) Otra ciudad de la provincia del Alentejo.

(3) La actual ciudad de Santarem, residencia de los reyes de Portugal hasta Don Juan I.

(4) Sierras próximas á Cintra, llamadas así por un templo que en ellas originó Druso Valerio al Sol y á la Luna en tiempo del Emperador Septimio Severo.

(5) Este varón fué Ulises, que con su astucia ocasionó el incendio y destrucción de Dardania ó Troya.

obedece el mar profundo, obedeciste tambien al esfuerzo portugués, ayudado por la poderosa esquadra que acudió de las regiones boreales (1).

»Conducidos hasta allí muchos guerreros que, desde las orillas del germánico Alvis y del Rheno, y desde la fría Bretaña habiau partido con la santa intencion de destruir al pueblo sarraeeno, entraron en la desembocadura del ameno Tajo, y uniéndose á las huestes del gran Alfonso, cuya fama llegaba entonces hasta los cielos, le ayudaron á pener sitio á los muros construidos por Ulises.

»Cinco veces se habia escondido la Luna y mostrado otras tantas su faz llena, cuando la ciudad sitiada tuvo que ceder ante el estrecho cerco que se le habia puesto: la lucha fué tan terrible y sangrienta, euanto podia esperarse de la firme decision de aguerridos y osados vencedores y de ya desesperados vencidos.

»Tomóse de esta suerte aquella ciudad, ante cuyos muros se habia estrellado en otro tiempo la incontrastable fuerza de los hijos de la helada Eseitia (2); de aquellos pueblos que se extendieron por la Europa entera hasta el punto de llenar de espanto al Ebro y al Tajo, y de sujetar de tal modo al Betis, que dieron á la comarca que riega el nombre de Vandalia (3).

»¿Habrá por ventura ciudad alguna tan fuerte que resista el duro empuje de aquella nacion, cuya fama tanto vuela, si Lisboa no pudo conseguirlo? En breve obedecen

(1) Alusion á una esquadra alemana que, dirigiéndose á la conquista de la Tierra Santa, ayudó al Rey de Portugal á apoderarse de Lisboa.

(2) El amor pátrio hizo sin duda olvidar al poeta la toma de Lisboa por Hermenerico, primer rey de los Suevos.

(3) Los Vándalos mudaron el nombre de la Bética en el de Vandalia ó Vandalusia, hoy por corrupcion Andalucía.

á su esfuerzo toda la Extremadura (1), Obidos, Alemquer, por donde se oye el rumor de las frescas aguas entre las piedras que lavan murmurantes, y tambien Torres-Vedras.

»Y vosotras, oh! tierras Transtaganas (2), famosas por los dones que la rubia Ceres os prodiga, cedisteis asimismo á sus sobrehumanas fuerzas, entregándole vuestras fortalezas y cuanto valeis. Y tú, labrador moro, engañado estás si pretendes seguir cultivando aquella fértil tierra; pues las famosas Elvas, Moura y Serpa, y Alcacere-do-Sal sucumbieron tambien.

»Ved la noble ciudad (3), antigua residencia del rebelde Sertorio, y donde ahora las límpidas y plateadas aguas acuden desde larga distancia á fertilizar la tierra y apagar la sed de sus habitantes por un soberbio acueducto, cuyos arcos se elevan gallardos ciento á ciento: sometióse tambien por miedo á la osadía de Giraldo, que, sin embargo, carecia de medios para tamaña empresa (4).

»Alfonso, incansable por dilatar con la fama su corta vida, vuela á tomar venganza en Beja de la destruccion de Trancoso (5): poca resistencia pudo oponerle aquella ciudad, y rindiéndose al fin, sintieron sus habitantes el duro filo de la espada de los irrilados vencedores.

»La misma suerte corrieron Palmella y Cezimbra, abundante en pesquerías; y al propio tiempo, ayudado el Rey

(1) Nombre de una provincia de Portugal.

(2) Tierras de la otra parte del Tajo.

(3) Évora, célebre por el acueducto que construyó Sertorio para abastecerla de aguas.

(4) Con respecto á Giraldo, véase la nota del canto VI.

(5) Mientras D. Alfonso tenia sitiada la ciudad de Beja en 1162, los moros se apoderaron de la de Trancoso, y pasaron á cuchillo á todos sus habitantes.

como siempre de su feliz estrella, desbarató un ejército poderoso: testigos fueron de esta hazaña la ciudad y el señor de ella, que descuidado acudia á socorrerla con presteza por la falda de la sierra, sin sospechar el temeroso encuentro que le aguardaba.

»Era este el Rey de Badajoz, poderoso musulman, que llevaba á sus órdenes cuatro mil caballos é innumerables peones (1), provistos de excelentes armas, y ataviados con ricas y guerreras vestiduras, resplandecientes de oro. Pero cual toro bravio que, encelado en el mes de Mayo con la vaca, al sentir ruido de pasos, embiste ciego al descuidado caminante;

»Así también, presentándose Alfonso de improviso, ataca á aquella gente, que caminaba confiada, y hiere, mata y derriba con demedo todo cuanto se le opone: huye el Rey moro, no pensando más que en salvar su vida; el ejército, poseído de un terror pánico, sólo se cuida de seguirlo en su fuga, siendo los que tal destrozo hicieron en ellos no más que sesenta ginetes.

»No se detiene el gran Monarca en sus victoriosas empresas, sino que reuniendo cuantos hombres había en todo el reino avezados á las fatigas de la guerra, encaminóse á poner cerco á Badajóz. Pronto vió coronados sus deseos del más feliz éxito, pues pelcó con tal arte, denuedo y fortaleza, que asoció en breve esta ciudad á las demás que había conquistado.

»Pero Dios, que en sus altos juicios difiere el castigo del que lo ha merecido, ya para darle lugar á la enmienda, ó ya por secretas causas desconocidas de los moros

(1) Sesenta mil, según las crónicas, que siempre solian exagerar el número de los moros.

tales, si hasta entonces permiti6 que el esforzado Rey se preservara de los peligros que arrostr6 continuamente, no quiso eximirle por m6s tiempo de los efectos de la maldicion de su madre, que aun gemia en la prision.

»Hall6ndose en la ciudad que habia tomado despu6s de un corto cerco, fu6 cercado 6 su vez por los leoneses, ofendidos de que se hubiese propasado 6 conquistarla, siendo de Leon y no de Portugal (1). Su pertinacia le cost6 alli cara, como suele suceder; pues el hierro le rompi6 las piernas, al lanzarse con encarnizamiento 6 la pelea, en la que fu6 vencido y prisionero.

»¡Oh famoso Pompeyo! no te pese el rev6s que sufriste en medio de tus ilustres hechos, ni lamentos el que la justa N6mesis (2) deparase 6 tu suegro tan digna victoria sobre t6 (3), puesto que antes el frio Phasis (4), 6 Siene (5) que h6cía ningun lado inclina su sombra, el Bootes (6) helado y la ardiente linea equinoccial temieron y respetaron tu glorioso nombre.

»No te pese, puesto que la rica Arabia, los feroces Henio-

(1) El Rey moro de Badajoz pagaba tributo al de Leon, por lo cual 6 este y no al de Portugal pertenecia la conquista de aquel reino, y esta fu6 la causa de que el leon6s declarase la guerra al portugu6s, y de quo se realizara, como dice el poeta, la maldicion de la madre de D. Alfonso; pues al salir el Príncipe 6 caballo y corriendo por la puerta de la ciudad, se rompi6 una pierna contra el cerrojo.

(2) La diosa N6mesis era entre los Romanos la personificacion de la justicia severa 6 inflexible.

(3) Alusion 6 la batalla de Farsalia, en la que fu6 vencido Pompeyo por su suegro Julio C6sar.

(4) El Fauso, rio del Asia, que nace en el monte C6ucaso, h6cía el Norte, por lo quo le llama frio.

(5) Ciudad de Egipto (antigua Tebaida), hoy *Assuan*, situada cerca del Tr6pico.

(6) Nombre de una constelacion septentrional, compuesta de cincuenta y dos estrellas.

cos (1), y Colcos (2), famoso por su vellocino de oro, los Capadocios (3), la Judca que ama y adora á un solo Dios, los afeminados Sophenes (4) y los atroces Cilicios (5) con la Armenia, regada por las aguas de dos rios (6), cuya fuente está en otro monte más elevado y más santo, sintieron el peso de tu brazo.

»No te pese, en fin, puesto que las regiones comprendidas entre el mar de Atlante y el erguido y escítico monte Tauro presenciaron tus victorias. No lamente que tan sólo el campo Ematio (7) te contemplara vencido; porque también el soberbio y triunfante Alfonso, vencedor en todas partes, sufrió por último una derrota. La voluntad del elevado y celestial Juez quiso que tú fueras vencido por tu suegro y este por su yerno (8).

»Luego que el noble Rey regresó castigado por la divina Justicia, fué nueva y estrechamente cercado en Santarem por los sarracenos, aunque en vano. Por entonces se trasladó á la ciudad Ulisea desde el conocido promontorio Saero (9) el venerado y santísimo cuerpo del mártir Vicente.

(1) Pueblo del Asia menor en el reino del Ponto.

(2) Region del Asia entre el Ponto Euxino y el Ponto, llamada hoy Mingrelia.

(3) Otra region del Asia, que corresponde hoy á los bajalatos de Siva y de Caramania.

(4) Habitantes de una parte de la Armenia.

(5) Parte del Asia menor que forma hoy el bajalato de Adana, y donde Pompeyo exterminó á los piratas que infestaban los mares y se refugiaban en aquellas costas.

(6) El Tigris y el Eufrates.

(7) Este campo es el de Emattia, provincia de Macedonia, donde estaba Farsalia.

(8) D. Fernauo II do Leon era yerno del rey Alfonso I de Portugal, con cuya hija Doña Urraca se habia casado.

(9) En 1173, dos años después de levantado el sitio de Santarem por los moros fué llevado á Lisboa el cuerpo del mártir San Vicente y colocado en la Seo. Desde entonces el punto donde se halló lleva el nombre del cabo de San Vicente, llamado desde el tiempo de los Romanos promontorio Saero.

»Cansado ya el anciano Rey de tantas inchas, pero no queriendo renunciar à sus empresas, dispuso que su hijo pasase à las tierras de Alentejo con tropas y belicosos aprestos. Sancho, jóven esforzado y de ánimo varonil, cumpliendo las órdenes de su padre, siguió adelante, ó hizo correr tinto en sangre mora, bárbara y nefanda, el rio que baña los muros de Sevilla.

»Halagado con esta victoria, no se dió tregua el jóven Principe hasta cansar otro estrago tan terrible como aquel en el bárbaro que tenia sitiada à Beja; viendo al poco tiempo felizmente realizados sus deseos, mientras el moro derrotado en todas partes no abrigaba ya más esperanza que la de vengarse de sus repetidas pérdidas.

»Reñense con este objeto numerosas falanges inhumanas en el monte, al que Medusa hizo perder el cuerpo con que sostuvo al cielo (1): acenden desde el promontorio de Aupelusa (2) y desde Tingis (3), antigua residencia de Anteo (4), sin que deje tampoco de presentarse el habitante de Abylu (5); y por fin, ármase al són de la ronca tuba mauritana todo el reino que fué del noble Juba (6).

»Con todas estas fuerzas pasó el Mir-almuminin (7) à Portugal, acompañado de trece poderosos reyes moros, tri-

(1) El Monte Atlas. Dicese que Atlante, gigante, hijo de Júpiter y de Climene, quedó convertido en el monte de este nombre al ver la calveza de Medusa que le presentó Perseo en venganza de haberle despreciado.

(2) El actual cabo Espartel.

(3) La ciudad de Tánger.

(4) Gigante, hijo de Neptuno y de la Tierra, fundador de la Mauritania Tingitana.

(5) Montaña situada en Africa en frente de Gibraltar, conocida hoy con el nombre de *Sierra de las monas*.

(6) Rey de Maurilania, célebre por sus guerras con los romanos.

(7) Emir-al-muminin, título que significa *Principe de los creyentes*, y que llevaban los califas como jefes espirituales. Nuestras crónicas le llaman por corrupcion *Miramolin*.

butarios suyos; y dejando por todas partes huellas de su paso, fué á cercar en Santarem á don Sancho; pero no salió muy bien librado de su empresa.

»El furioso Moro trabó con el Príncipe rudos combates, empleando nil ardides de guerra; mas de nada le sirvió el trabuco horrendo (1), la secreta mina, ni el demolidor ariete; porque el hijo de Alfonso, sin perder un momento la serenidad ni su denodado ánimo, acude á todo con tanta energía y prevision, que por do quiera encuentran los infieles una formidable resistencia.

»Hallábase á la sazón retirado en la tranquila ciudad cuyas campiñas reverdecen las aguas del Mondego el anciano monarca (2) á quien sus trabajados años tenían relegado al descanso, y al saber que su hijo estaba cercado en Santarem por el obcecado Moro, partió de ella presuroso, demostrando que la edad no le habia privado aun de su activa energía.

»Pronto llega en socorro de su hijo, acompañado de sus famosos y aguerridos compañeros, y reunidas ambas huestes, destrozan en breve al Moro con la proverbial bravura portuguesa, quedando la campiña cuajada de marlotas, albornoces, turbantes, caballos, jaeces y otros ricos despojos, con que la inundaron sus muertos poseedores.

»El resto del ejército mahometano, puesto en fuga, se alejó sin demora de Lusitania: tan sólo dejó de huir el Miralmaninin, pero fué porque antes de poder escapar huyó de él la vida. El ejército portugués prorumpió entonces en loores é infinitas acciones de gracias al que tan gran victoria le habia concedido; pues en casos tales fácilmente se

(1) Máquina de guerra que servía para arrojar piedras á grandes distancias.

(2) Don Alfonso. Murió en 1185, después de un reinado de 73 años, á la edad de 91.

conoce que el esfuerzo de los soldados sería estéril sin el favor de Dios.

»Pero el anciano Alfonso, el esclarecido príncipe que tan grandes victorias consiguiera, el que había salido vencedor en todas partes, fué por último vencido por el peso de los años. La pálida muerte tocó con su mano glacial su enflaquecido cuerpo, y hubo de pagar el debido tributo á la triste Libitina (1).

»Lloráronle los altos promontorios; las saludables aguas de los rios, convertidas en lágrimas de dolor, corrieron por los sembrados campos (2): la fama de sus eminentes virtudes, ámpliamente extendida por el mundo, hará que los ecos repitan eternamente en Portugal el nombre de Alfonso; mas en vano.

»Sucedióle en el trono su hijo Sancho, valeroso, heredero de la intrepidez de su padre, como ya lo había demostrado en vida de este cuando tiñó el Belis en sangre mora, desbaratando el bárbaro poder del Rey ismaelita de Andalucía (3), y más aun cuando hizo sentir el peso de su brazo á los que sitiaron en vano á Beja.

»A los pocos años de ser proclamado rey, puso cerco á la ciudad de Silves, cuyos campos cultivaba el moro, siendo auxiliado por los valerosos tripulantes de una escuadra alemana (4), que pasó por allí provista de soldados y per-

(1) Diosa que presidía los funerales, llamada así porque se lleva á los humanos cuando le place, *ad libitum*.

(2) Don Alfonso murió en Diciembre, cuando ya estaban sembrados los campos.

(3) Alusión á la batalla que D. Sancho dió á los moros cerca de Sevilla y de que se hace mención anteriormente.

(4) A causa de un temporal tuvo que arribar á Lisboa una escuadra de 57 buques con soldados daneses y holandeses, que iban á Palestina á la tercera cruzada, cuya escuadra ayudó al Rey de Portugal á conquistar á Silves en 1183.

trechos de guerra, dirigiéndose á reconquistar la perdida Judea.

»Dieha escuadra iba á ayudar en su santa émpresa al rojo Federico (1), que levantó un poderoso ejército en defensa de la ciudad donde sufrió muerte y pasion el Redentor del mundo, en ocasion en que Guido, teniendo á sus soldados abrasados por la sed, se vió obligado á rendirse al gran Saladino en el mismo lugar en que á los moros les sobraba el agua tan descada por los cristianos (2).

»Aquella magnifica escuadra, que á causa de los vientos contrarios habia arribado á la costa portuguesa, quiso ayudar á Sancho en su empresa, puesto que su destino era el de combatir contra los infieles; y lo mismo que su padre, cuando tomó á Lisboa, se apoderó él de Silves auxiliado por los germanos, destruyendo y sujetando á sus valientes moradores.

»Al mismo tiempo que conseguia tantos triunfos sobre el Mahometano, no dejaba en paz al aguerrido Leonés hasta someter á su yugo á la soberbia Tuy (3), cuya suerte corrieron muchas villas comarcanas, á las que Sancho impuso la sumision por las armas.

»Pero sorprendido en medio de sus triunfos por la terrible muerte, dejó por heredero á un hijo suyo, apreciado de todos, que fué el segundo Alfonso y el tercer rey: en tiempo de este perdieron los moros para siempre á Alcazar

(1) El emperador Federico Barba-roja.

(2) El año 1187 perdió Guido de Lusitan la ciudad de Jerusalem, á consecuencia de la batalla de Tiberiade en donde lo derrotó Saladino, que se aprovechó de la sed que abrasaba al ejército cristiano para atacarle con ventaja cerca del lago de aquel nombre, que estaba ocupado por las fuerzas mahometanas.

(3) El rey D. Sancho tomó á D. Alfonso de Leon las ciudades de Tuy, Pontevedra y otras de Galicia.

de Sal, de cuya ciudad se habian apoderado anteriormente, pagando á la sazón muy cara aquella victoria.

»Muerto Alfonso (1), le sucedió Sancho segundo, rey indolente y desecudado, tan apático y falto de carácter, que en vez de mandar, era mandado, viéndose privado de gobernar el reino, que reclamaba otro rey, por causa de los privados, cuyos excesos y desórdenes toleraba dejándose dominar por ellos.

»No era, sin embargo, D. Sancho tan deshonesto como Neron, que se enamoró de un mancebo, y después cometió un horrendo incesto con su madre Agripina; no llevó como él su crueldad hasta el extremo de quemar la ciudad donde habitaba; ni fué tan perverso como Heliogábalo, ni tan afeminado como Sardanápalo.

»Tampoco tuvo esclavizado á su pueblo, como lo fué el de Sicilia por sus tiranos; ni, como Falaris, inventó ningún género de inhumanos tormentos; pero el reino que se preciaba de altivo, y estaba acostumbrado á tener señores que sobresalieran en todo, no podia obedecerle, ni consentir en que no fuese más excelente que todos sus vasallos.

»Por esta causa gobernó el reino el Conde Boloñés, alzado por rey tan luego como murió su hermano Sancho, entregado siempre al ocio y la molieie. Este conde (2), que se

(1) D. Alfonso II murió en 1224 á la edad de 33 años, y le sucedió D. Sancho II, apellidado por algunos *Capelo*. Fueron tan desgraciadas sus dotes para gobernar, que los nobles del país, con asentimiento del papa Inocencio III, colocaron en su lugar á un hermano suyo, el Conde de Boloña.

(2) El Conde Boloñés era D. Alfonso, hermano segundo del rey D. Sancho, que estaba casado con Matilde, condesa de Boloña, cuando los que depusieron á D. Sancho le llamaron para que gobernase el reino. Tan pronto como llegó á Portugal, lomó el título de rey; pero hasta el año 1247, en que murió D. Sancho, no pudo mandar como tal, porque hubo muchos pueblos que permanecieron fieles al rey legítimo. Debemos consignar aquí el notable ejemplo de fidelidad llevado á cabo por D. Martin Preilas, alcaide de Coimbra, el cual, no sólo resistió á D. Alfonso, impidiéndole entrar en aquella

llamó después Alfonso el Bravo, apenas tuvo asegurado el reino, se ocupó en ensanchar sus dominios, porque en tan pequeño territorio no cabia un corazón tan grande como el suyo.

»Recuperó con su bravura gran parte del país de los Algarbes, que le habia sido dado como dote de su esposa (1), arrojando de él al Moro á quien ya abandonaba el fiero Marte. Con su valor y sus guerreras dotes hizo á Lusitania independiente y libre por completo, y acabó de oprimir á los agarenos en la tierra que cupo en suerte á los de Luso.

»Á este rey sucedió Dionisio (2), quien por su nobleza y dignidad barto dió á conocer que era de la estirpe de Alfonso. El nuevo monarca oscureció con su liberalidad la fama de Alejandro; con él floreció prósperamente el reino en constituciones, leyes y costumbres, una vez conseguida la divina paz, y empezaron á brillar en el país cual astros luminosos.

»Empezó por erigir un templo á Minerva, donde acudiera á instruirse la juventud lusitana (3); después obligó á las musas á que se trasladaran desde Helicon á las fértiles praderas del Mondego. El soberbio Apolo reunió allí todo lo que de Atenas podia desearse (4); allí distribuyó coronas

plaza mientras vivió D. Sancho, sino que cuando murió este rey en Toledo, pasó allí, lo hizo desenterrar y le puso en las manos las llaves del castillo que le habia confiado.

(1) D. Alfonso casó en segundas nupcias con D.^a Beatriz, hija bastarda de D. Alonso X de Leon, el cual le dió en dote la conquista del reino de los Algarbes.

(2) El rey D. Dionisio no olvidó la literatura. Poeta y conocedor de varios idiomas, quiso inocular en sus pueblos el gusto á las artes y las letras, y de aquí nació la universidad de Coimbra, la más célebre de Europa en la Edad media.

(3) Entiendo por esto el poeta la ciencia, representada por la diosa Minerva.

(4) Atenas brilló en la antigüedad por ser la ciudad donde estaba el estudio de las ciencias en todo su apogéo.

tejidas de oro, de bácara (1) y de siempre verde laurel.

»Echó los cimientos de grandes ciudades, fortalezas, y castillos inexpugnables, reformando casi todo el reino con edificios magníficos y altos muros; y cuando la fatal Atropos (2) cortó el hilo de sus días que habían llegado á su madurez, le quedó un hijo llamado Alfonso IV, poco obediente, pero de fuerte y excelente corazón.

»Este monarca despreció con altivez y energía las amenazas del soberbio Castellano, porque en el ánimo portugués no cabe temer á un poder mayor, por más que el suyo sea pequeño: sin embargo, cuando los mauritanos entraron por las tierras de Castilla para apoderarse de ellas, fué el soberbio Alfonso á socorrerlas.

»Nunca se vieron inundados los campos Hidáspicos (3) de tanta gente al mando de Semiramis; ni Atila, terror de Italia, y horrendo azote de Dios, según él mismo se llamaba, trajo en pos de sí tantos combatientes godos, como bárbaros sarracenos llegó á reunir en los campos Tartesios el poderoso moro de Granada (4).

»Viendo el sublime Rey castellano la incontrastable y numerosa multitud de sus enemigos, y temiendo, no la muerte, sino que el pueblo hispano cayese de nuevo en poder del ismaelita, pidió auxilio al esforzado portugués, enviándole al efecto á su carísima consorte, que era al mismo tiempo la hija anuada de aquel cuya ayuda iba á solicitar (5).

(1) Nardo silvestre, yerba olorosa, de que se coronaban los antiguos, por suponer, según Virgilio, que tenía cierta virtud contra el mal de ojo.

(2) Atropos era una de las Parcas, que estaba encargada de cortar el hilo de la vida.

(3) Campos de la India por donde corre el Hidaspes.

(4) Los campos Tartesios se extendían desde Gibraltar hasta Niebla en la provincia de Huelva.

(5) Esta era D.^a Maria, hija de Alfonso IV de Portugal y mujer de Alfonso XI de Castilla.

»La hermosísima María atravesó los umbrales del palacio paterno, con expresivo pero triste rostro, bañados en lágrimas los ojos, y esparcidos los angelicales cabellos por sus ebúrneos hombros: llegada á presencia de su padre, que gozoso la acarició, le dijo estas palabras entrecortadas por el llanto:

—»Cuantos pueblos ha producido toda la tierra del África, gente feroz y salvaje, trae á sus órdenes el gran Rey de Marruecos con intento de conquistar la noble España: desde que el salado mar baña la tierra, jamás se vió reunido tamaño poder, y es tal su ferocidad y su furor tanto, que infunden miedo á los vivos, y espantan á los muertos.

»El que me diste por esposo está decidido á resistir con sus escasas fuerzas los golpes del duro acero mahometano para defender su amedrentado reino; pero si no le socorres, me verás privada de él y de la corona; viuda, triste, y arrastrando una oscura existencia, sin marido, sin reino y sin ventura.

»Por esta razon, oh Rey, cuyo renombre hace que se hielan de miedo las aguas del rápido Muluca (1), no pierdas un instante, y acude presuroso en socorro de la apurada gente de Castilla: si ese semblante claro y apacible revela un verdadero amor paternal, acude, vuela, padre; pues de lo contrario puede ser que no encuentres ya á quien socorrer.»

»La tímida María rogaba á su padre del mismo modo que la triste Venus intercedia con el suyo (2) en favor de su hijo Eneas, cuando este era juguete de las olas, consi-

(1) Muluca es un rio de Africa, y entonces el último término de la Mauritania.

(2) Júpiter.

guiendo excitar tal piedad en el corazón del clemente padre, que, dejando escapar de sus manos el terrible rayo, le concedió cuanto quería, sintiendo que fuera tan poco lo que de él solicitaba.

»Ya se ven los Evorenses campos (1) cuajados de escuadrones de guerreros armados; el arnés, la lanza y la espada despiden brillantes reflejos á la luz del Sol; relinchan los enjaezados caballos, y la sonora trompeta embanderada, retumbando por las concavidades de los montes, excitó con sus bélicos sonidos á tomar las armas aun á aquellos corazones más inclinados á la paz.

»Véase en medio de todos, acompañado de las enseñas reales, al valeroso Alfonso, cuya erguida frente descollaba sobre las demás, infundiendo ánimo y valor con su aspecto solamente á cualquier corazón amedrentado: de este modo entró por las tierras de Castilla con su gentil hija, reina de aquel país.

»Reunidos, por último, los dos Alfonsos en los campos de Tarifa, se colocaron frente á frente de aquella inmensa muchedumbre de infieles, que apenas podían contener los montes y los llanos. A su vista, no hubo ánimo por valiente y esforzado que fuese, que no sintiera apoderarse de él la desconfianza, mientras no llegase á convencerse de que Cristo peleaba en su favor.

»Los nietos de Agar se burlaban de las débiles fuerzas de los Cristianos, repartiéndose de antemano, como si ya fueran suyas, aquellas tierras; y del mismo modo que se envaneceían falsamente con el nombre de sarracenos (2),

(1) Cuando la reina fué á pedir auxilio á su padre, este se hallaba en Évora.

(2) Los árabes usurparon el nombre de sarracenos, jactándose de que descendían de Sara, mujer de Abraham, siendo así que eran descendientes de su esclavagario.

asi tambien echaban equivocadas cuentas sobre aquel noble pais que ya consideraban suyo.

»Cual el membrudo y bárbaro gigante, con tanta razon temido por el rey Saul, al ver que contra él se dirigia el inermes Pastor tan sólo provisto de piedras y de varonil esfuerzo, despreciaba arrogante con altaneras palabras su debilidad, juventud y humilde traje, hasta que haciendo girar el mancebo su honda, le dió á conocer cuánta más podia la fé que la fuerza humana;

»De igual suerte el pérfido Moro despreciaba el poder de los cristianos, sin comprender que estos tenian en su ayuda la elevada potestad ante quien tiembla el mismo Infierno: con ella y con su destreza, acomete y destroza el Castellano al Rey de Marruecos, y el Portugués, que todo lo tiene en poco, se hace terrible al reino de Granada.

»Las lanzas y las espadas chocando contra el duro hierro de los arneses, producian un horrible estrépito: invocaban, segun la ley que cada cual seguia, unos el nombre de Mahoma, y otros el de Santiago: los heridos elevaban sus lamentos hasta el cielo, formando con su sangre un inmundago, donde se ahogaban los que, á pesar de sus heridas, conseguian librar su vida del hierro enemigo.

»Con tan incontrastable pujanza arremete, arrolla y mata el guerrero Lusitano al Granadino, que en breve tiempo destroza completamente todo su ejército, sin que de nada le sirvieran las acradas cotas ni la más desesperada resistencia; y no contento con haber alcanzado una victoria tan fácil, vuela en seguida á socorrer al bravo Castellano, que luchaba aun con el Rey de Marruecos.

»Ya iba recogándose el ardiente Sol hácia el palacio de Tetis, y la luz de aquel memorable dia se inclinaba al Ocaso, llevando en pos de si las sombras vespertinas, cuando

quedó totalmente aniquilado el inmenso poder del Moro; siendo tal la matanza que los valerosos reyes aliados hicieron en los iníeles, que en el mundo no hay memoria de una derrota tan grande ni de victoria tan completa (1).

»No llegaron á la cuarta parte de los que perecieron en esta batalla los enemigos que mató Mario cuando hizo beber á su sediento ejército las aguas mezcladas con la sangre de sus adversarios (2), ni tampoco los que cayeron á los golpes del Púnico, acérrimo é innato enemigo de Roma, cuando exterminó tan gran número de caballeros romanos, que pudo recoger tres módios de anillos hallados en los cadáveres de sus contrarios (3).

»Y si tú, oh noble Tito, pudiste enviar tantas almas á las regiones infernales, cuando destruiste la santa Ciudad del pueblo que observaba tenazmente el rito antiguo (4), no fué por el valor de tu brazo, sino por venganza y permision del Cielo, que quiso que así se cumplieran los vaticinios de los Profetas, confirmados después por Jesucristo.

(1) Esta batalla fué la del Salado, en la que combatieron los reyes de Castilla, Aragón y Portugal contra los de Granada y Marruecos. Las tropas mahometanas eran tan numerosas que muchos autores afirman que pasó de cuatrocientos mil el número de los muertos, mientras que las de los tres reyes cristianos romidos no pasaban de 25,000 infantes y 15,000 caballos. Fué tan grande el botín que estos recogieron, que en Castilla bajó el valor de la moneda. Esta batalla se dió el 30 de Octubre de 1310.

(2) En una batalla que Mario trabó con los Cimbras, como se viese su ejército atormentado por la sed, dijo aquel general á sus soldados que al otro lado del campo enemigo habia un rio; dándoles á entender que el que quisiera agua la tenia que ganar á costa de su sangre: el ejército lo comprendió así, y atacó tan desesperadamente al enemigo é hizo en él tal carnicería, que cuando llegó al rio, iba esto teñido con la sangre de los cimbras, á pesar de lo cual los romanos saciaron en él su sed.

(3) Annibal hizo tal matanza de romanos en la batalla de Cannas, que habiendo quitado los anillos á los caballeros muertos, envió á Cartago tres módios y medio de ellos. (Cada módio equivale á una cuartilla de fanega). El Poeta dice tres *alqueires*, cada uno de los cuales mide próximamente 14 litros.

(4) La ciudad de Jerusalem, destruida por el emperador Tito: en su sitio, segun el historiador Josefo, murieron millon y medio de personas.



Homenaje tributado por la nobleza portuguesa al cadáver de
D.^a Inés de Castro.

(Canto III.)

»Luego que hubo alcanzado tan señalada victoria, regresó Alfonso á su país, donde se dedicó á utilizar las ventajas de la paz con tanta gloria como habia sabido alcanzar en los campos de batalla; cuando aconteció el triste caso que evoca á los muertos de su tumba, y en el que figuró la desgraciada dama que fué reina después de su muerte (1).

»Tú solo, puro Amor, tú solo causaste su lamentable muerte, tratándola como si fuera tu mayor enemiga, con esa saña feroz con que sabes avasallar el corazón de los mortales. ¡Marta razón tienen los que dicen ¡oh fiero Amor! que tu sed no se mitiga ni con amargas lágrimas, pues necesitas, en tu duro despotismo, bañar en sangre humana tus altares!

»Estabas, linda Inés, cogiendo tranquilamente el dulce fruto de tus verdes años, con aquella sencilla, alegre y ciega inocencia que la suerte adversa bien pronto desvanece, mientras se deslizaban tus apacibles días en los risueños campos del Mondogo, cuyo caudal aumentabas con tus lágrimas, enseñando á los montes y á los prados el nombre que llevabas impreso en tu corazón.

(1) Empieza aquí el episodio de D.^a Inés de Castro. El príncipe D. Pedro, llamado después el Cruel, se enamoró de D.^a Inés de Castro, dama española, y se casó con ella en secreto, de cuyo matrimonio tuvo cuatro hijos. Ignorante su padre este enlace, trató de casar al Príncipe, pero este desechó todos los partidos que aquel le propuso; y viendo esto los consejeros del Rey, y sabiendo por otra parte que el Príncipe amaba á D.^a Inés, le aconsejaron que la hiciese matar. El Rey asintió á tan nefanda proposición y la hizo asesinar bárbaramente, pero el Príncipe, que aun después de muerte no dejó de amarla: apenas empuñó el cetro, hizo descender el cadáver de D.^a Inés, mandó que lo coronasen como reina, que lo colocasen en un trono, y que todos los dignatarios de la corte fuesen á besar los huesos que habian sido las hellísimas manos de D.^a Inés de Castro, publicando al mismo tiempo con toda la solemnidad del caso, que habia sido su mujer legítima. Después fué conducida desde Coimbra donde esta ceremonia tuvo efecto á la Alcobaza, donde quedó sepultada como reina.

»A tus dulces recuerdos correspondian los de tu amado Principe, en cuya alma estaba tan profundamente grabada tu imágen, que siempre aparecia ante sus ojos cuando tenian que separarse de los tuyos tan hermosos, ya en dulces y mentidos sueños por la noche, ya en fugitivos pensamientos durante el dia, y cuanto pensaba ó veia era para él motivo de gozoso recuerdo.

»Por esta causa se negó constantemente á enlazarse con otras bellas señoras y princesas, tan codiciadas de otros; pues tú, oh amor puro, lo desprecias todo cuando te avasalla un suavísimo semblante. Viendo aquellas rarezas de enamorado el anciano y sesudo padre, se manifestó inquieto por la murmuracion del pueblo, llevando á mal la tenaz oposicion de su hijo á contraer matrimonio.

»Determina al fin hacer salir á Inés de este mundo, para arrancar á su hijo de los brazos que le tenian aprisionado, creyendo que le seria posible apagar el ardiente fuego del amor con la sangre vertida por medio de un indigno asesinato. ¿Qué furor permitió que aquella espada, capaz de contrastar la ira del moro, se blandiese contra una débil y delicada dama?

»Condujéronla dos horribles verdugos á preseneia del Rey, que se enterneció al verla, incluíndose á la piedad; pero el pueblo, con falsas y feroces razones, le persuadió á que la condenara á una muerte cruel. Ella prorumpió entonces en tristes y compasivas exclamaciones, dictadas por su afliccion y por el bienestar del Principe y de los hijos que dejaba, cuyo incierto porvenir la atormentaba más que su misma muerte.

»Y levantando hácia el cristalino cielo los ojos bañados en lágrimas, los ojos y no las manos, porque uno de aquellos implacables sayones se las estaba atando, y estrechau-

do después contra su seno á sus pequeños y adorados hijos cuya orfandad temia, como á buena madre, dirigió estas palabras á su cruel abuelo:

—»Si hasta en las mismas fieras, cuyosⁿ instintos hizo
»cruelles la naturaleza desde su nacimiento, y en las sel-
»váticas aves, cuyo único uóvil son las aéreas rapiñas, se
»han visto, sin embargo, rasgos de piadosos sentimientos
»para con las criaturas, como lo demostraron con la madre
»de Nino (1) y con los hermanos fundadores de Roma (2);

»Oh tú, que tienes de humano el semblante y el corazón,
»(si es por ventura humano matar una doncella flaca y
»débil, solo por haber rendido el corazón del que supo
»vencerla), muévante á piedad estas criaturitas, ya que no
»te la inspira mi oscura muerte; ten compasión de ellas y
»de mí, ya que no te conmueve una culpa que no tuve.

»Si venciendo la bravura mahometana sabes destruirla
»á sangre y fuego, ¿no sabrás también otorgar con clemen-
»cia la vida á quien no cometió falta alguna que mereciera
»la muerte? Mas, si crees que mi inocencia es digna de
»castigo, condéname á perpétuo y misero destierro en la
»helada Escitia ó en la ardiente Libia, donde pueda alimen-
»tarme eternamente con mis lágrimas.

»Envíame donde más feroces sean los leones y los tigres,
»y veré si entre ellos encuentro la compasión que no pue-
»do hallar en pechos humanos: allí, puesto mi amor y mi
»voluntad en aquel por quien muero, criaré esas reliquias
»suyas que aquí ves, y que serán el consuelo de su triste
»madre.»

(1) Según opinión de algunos, Semiramis fué criada por unas palomas. Semiramis en siríaco quiere decir paloma.

(2) Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba.

»El benigno Rey queria perdonarla, impresionado por sus conmovedoras palabras; pero el implacable pueblo, y su destino que así lo quiso, no lo consintieron; y desnudando el cruel acero los que tal accion tenian por noble se dispusieron á asesinarla... ¡Oh sanguinarios corazones! ¡Y presuniais de caballeros los que tan feroces os mostrábais con una débil mujer!

»Del mismo modo que el inexorable Pirro preparó su acero contra la hermosa doncella Polixena (1), que era el consuelo de su anciana madre, porque la sombra de Aquiles la condenaba á muerte, y la jóven, fijos aquellos ojos que serenaban el aire en el rostro de su desgraciada madre, cuya razon se extraviaba, se ofreció al sacrificio, cual tímida y mansa ovejuela;

»Así tambien se encarnizaban contra Inés los bárbaros asesinos, poco cuidadosos de su futuro castigo, tiñiendo sus espadas en la sangre de aquel cuello de alabastro que sostenia las perfecciones con que amor mató de amores al que después la hizo coronar como reina, y salpicando tambien con ella las blancas flores del campo que tantas veces habia regado con sus lágrimas.

»Bien pudieras, oh Sol, negar tu luz á aquellos verdugos en tan infausto dia, así como desviaste tus rayos del cruento festin de Tiestes (2), cuando este se comia á sus hi-

(1) Polixena, hija de Priamo y de Hécuba, reyes de Troya, iba á casarse con Aquiles cuando París mató al héroe griego. La sombra del muerto Aquiles se apareció á los griegos pidiéndoles que lo enviasen al otro mundo á su esposa para que se reuniera con él. Pirro, hijo natural de Aquiles, cogió á Polixena y la mató sobre el sepulcro de su padre.

(2) Tiestes, hijo de Pelops, sedujo á su cuñada Eropé y tuvo de ella muchos hijos. Noticioso su hermano Atreo de tan adúltero trato, quiso vengarse, y tuvo Tiestes que huir; pero aparecandosele aquel fugido deseo de reconciliarse con este, regresó Tiestes,

jos servidos por Atreo. Vosotros, ¡oh cóncavos valles que pudisteis recoger el último aliento de aquella boca helada, estuvisteis repitiendo por mucho tiempo el nombre de su Pedro, último que le oísteis exhalar!

»Así como la cándida y bella flor de la manzanilla silvestre, que ha sido cortada antes de tiempo, y marchitada por las lascivas nuanas de la niña que con ella adornaba su cabeza, pierde su fragancia al mismo tiempo que su color, de igual suerte quedó después de muerta la pálida doncella, secas las rosas de sus mejillas, y perdido con la dulce vida el blanco y vívido matiz de su semblante.

»Las hijas del Mondego comentaron por mucho tiempo con su llanto tan oscura muerte, quedando transformadas sus lágrimas, para memoria eterna, en una cristalina fuente, á la que le pusieron el nombre, que aun conserva, de los amores de Inés, que allí acontecieron (1): ved cuán fresca es la fuente que riega las flores, cuyas aguas son lágrimas y Amor su nombre.

»No pasó mucho tiempo sin que Pedro se vengara de tan cruel suplicio; pues en cuanto empuñó las riendas del gobierno, hizo perseguir á los fugitivos homicidas (2), y consiguió que se los entregara otro Pedro cruelísimo, enemigo como él de las vidas de sus vasallos, haciendo ambos el inhumano pacto que Augusto contrató con Lépido y Antonio (3).

y en el festín con que celebraron su vuelta, le sirvió Atreo la carne de los hijos que tuviera con Eope, á cuya vista el Sol horrorizado se ocultó.

(1) Aun subsiste esta fuente llamada *Fuente de los amores*, junto á la cual fué degollada la desgraciada dama.

(2) Apenas subió D. Pedro al trono, los matadores de D.^a Inés huyeron á Castilla; pero el monarca portugués consiguió que el de Castilla los prendiese y se los entregase. Luego que los tuvo en su poder, después de hacerles sufrir crueles castigos, mandó que á uno le spearan el corazón por el pecho y á otro por la espalda.

(3) Alude al contrato que hicieron estos tres romanos para entregarse mutuamente

»El nuevo Rey de Portugal fué un rigoroso juez para los que cometian atrocidades, muertes y adulterios: su mayor placer consistia en castigar con crueldad y fiereza á los delincuentes (1); y amparando justiciero á las ciudades contra los desafueros de los soberbios magnates, hizo perecer más considerable número de ladrones que el vagabundo Alcides ó Tesco (2).

»De tan justiciero é inexorable Pedro nació (¡oh desconcierto de la naturaleza!) el pusilánime Fernando, cuyo abandono y apatia puso á todo el reino en el mayor aprieto; pues habiendo empezado el Castellano á devastar las indefensas tierras de Portugal, estuvo la nacion expuesta á quedar totalmente destruida: ¡tan cierto es que un rey débil enerva á la nacion más fuerte!

»Y esto acació, ya en castigo del pecado que cometiera privando á Doña Leonor de su marido, y casándose con ella arrastrado por un falso y mal entendido dictámen (3), ó ya porque el corazon sujelo y entregado al vicio vil á que se rindiera, se hizo voluptuoso y débil; siendo natural que así suceda, pues un amor indigno debilita á los más fuertes.

sus enemigos. Marco Antonio entregó á un tío suyo, Lépido á un hermano y Octavio á Ciceron, á quien siempre habia tenido por padre. El número de los entregados así llegó á 300.

(1) Muchas veces mientras comia hacia que matasen á los criminales en su presencia.

(2) Entre las infinitas hazañas que se cuenta llevó á cabo Hércules ó Alcides, están la de la muerte de Busiris, ladrón (otros dicen tirano) de las Hespérides, la de Sarpedon, usurpador del trono de los Traces y la de otra multitud de criminales así en Africa como en Asia.—Tesco libró á la Tierra de muchos bandidos, tales como Scinis, Seyron, Cucion, Procnislo y otros.

(3) D. Fernando, enamorado de D.^a Leonor Tellez, esposa de D. Pedro de Acuña, se casó con ella, accediendo su marido á que un tribunal de letrados declarase que D.^a Leonor estaba ilegítimamente casada con él, por ser pariente suya.

»Dios quiso y permitió que sufrieran un castigo semejante muchos de los que cometieron tal pecado; como lo demuestran los que fueron á robar á la bella Helena (1), y lo conocieron tambien por su mal Apio (2) y Tarquino (3). ¿Por qué, sino por él, se condena el santo rey David (4)? ¿Quién, sino ese pecado, destruyó la ilustre tribu de Benjamin (5)? ¿No sintieron tambien sus efectos Faraon y el Rey de Siquem cuando ultrajaron, aquel á Sara (6) y este á Dina (7)?

»Que el ilícito y desenfrenado amor debilita el ánimo más varonil, bien ostensiblemente se ve en el hijo de Alcmena (8) cuando su pasión por Onfale hizo que hasta tal extremo se olvidara de sí mismo: la fama de Marco Antonio quedó oscurecida por su excesivo amor á Cleopatra (9);

(1) A consecuencia de este rapto aconteció, como es sabido, la ruina de Troya.

(2) Apio Claudio, decemviro romano, fué encerrado perpetuamente en una prision por el pueblo, que se rebeló contra él á consecuencia de haber querido robar á la jóven Virginia, á quien su padre dió de puñaladas para librarla de sus violencias.

(3) Tarquino, último rey de Roma, perdió la corona y la vida por haber deshonrado á Lucrecia.

(4) El Poeta no quiere suponer que David haya ido al Infierno, sino que cuando el profeta Nathan le propuso la parábola del rico y la oveja, el mismo David se confesó reo de muerte, y dando esta sentencia contra sí mismo pareció que se condenó.

(5) Las Benjamitas de Gabaá abusaron de la mujer de un Levita Ephraíteo. Este dividió en doce trozos el cadáver de su mujer, y envió uno á cada tribu, empeñándolas á la venganza. Las once tribus declararon la guerra á la de Benjamin, y la destruyeron pasándoles á todos á cuchillo, sin que pudiesen salvarse más que seiscientos.

(6) Faraon, rey de Egipto, enamorado de Sarah, mujer de Abraham, á quien tenía por su hermana, se la robó; pero conoció su error, se la devolvió.

(7) El Rey de Siquem robó y forzó á Dina, hija de Jacob. Los hermanos de Dina, queriendo vengar esta injuria, usaron de un engaño contra los Siquemitas: los hicieron circuncidar á todos so pretexto de contraer alianza con ellos, y cuando estaban más desconfiados y doloridos, entraron en la ciudad y los pasaron á cuchillo.

(8) Hércules, hijo de Alcmena, transformado en esclavo de la reina Onfale, se apasionó de ella hasta el punto de hilar y tejer como una mujer.

(9) Cleopatra, fué ransa de la destrucción de Marco Antonio, que fué vencido por Octavio en el combate naval de Actium.

y tambien tí, oh feliz Púnico, te sometiste á él, cuando te prendaste en la Apulia de una indigna manceba (1).

»¿Pero quién puede librarse de los lazos que tiende blandamente el Amor entre las rosas y la pura nieve humana, el oro y el alabastro transparente? ¿Quién es capaz de apartarse de una peregrina hermosura, de un verdadero rostro de Medusa, que aprisiona el corazón, convirtiéndolo no ya en dura piedra, sino en un encendido deseo?

»¿Quién pudo resistir jamás una mirada serena, un apacible rostro, una suave y angelical sonrisa, que continuamente atrae las almas todas? Cuantos hayan sentido los efectos del amor, disculparán indudablemente á Fernando, por más que antes de conocerlos no dejaran de acriminar su conducta.

CANTO IV.

ARGUMENTO.—Continúa Gama su narracion. Muerte de D. Fernando. — Aclamacion de D. Juan, heredero de D. Pedro. — Guerras con Castilla.— Hazañas de D. Nuño Alvarez.—Batalla y victoria de Aljubarrota—Medios que se pusieron en práctica en tiempo del rey D. Juan II para descubrir la India por mar.—D. Manuel determina enviar á Gama á esta expedicion.—Preparativos para este viaje.—Despedida en la playa de Belem.

«Después de procelosa tempestad, nocturnas sombras y vendabal furioso aparece la risueña aurora con su serena claridad, trayendo consigo la esperanza de hallar

(1) Tambien Annibal, después de la batalla de Cannas, fué presa en la Apulia de los encantos de una mujer de baja esfera, que causó su pernici6n.

la salvacion en un puerto, mientras el Sol, disipando la tétrica oscuridad, aleja todos los temores de la mente: lo mismo sucedió en Portugal al fallecer el rey Fernando.

»Si el pueblo deseaba hallar quien vengara los daños y ofensas que le habian inferido los que tan á su placer se aprovecharon del apático abandono del difunto Fernando, lo consiguó al poco tiempo, proclamando como único heredero de Don Pedro al siempre ilustre Juan, á quien de derecho correspondia la corona, por más que fuese bastardo (1).

»Muchas y muy evidentes señales demostraron que tal era la voluntad del Cielo, cuando en Évora, la voz de una niña, hablando antes de tiempo, designó al nuevo rey, y como cosa determinada ya por Dios, incorporóse en la cuna, extendió su mano, y exclamó: «¡Portugal, Portugal, por el nuevo rey D. Juan (2)!»

»Habia entonces gran agitacion en el reino: el odio, reconcentrado por largo tiempo en todos los corazones, estalló por fin, traduciéndose en sangrientas venganzas.

(1) No es cierto que D. Juan el Bastardo fuese el verdadero heredero de D. Fernando, pues el legitimo lo era D. Juan, hijo de D. Pedro y de D.^a Inés de Castro, emigrado en Castilla por haber muerto de una puñalada á su esposa D.^a María Tellez, hermana de D.^a Leonor, por cuya instigacion cometió tal asesinato. Ignoramos, pues, las razones que habrán influido en el ánimo del poeta para proclamar el derecho de los bastardos con preferencia á los hijos legitimos, derecho que el mismo D. Juan no creyó oportuno alegar; pues en un principio no se atrevió á sentarse en el trono, y sólo se presentó como vengador del hijo de D.^a Inés, prisionero en Castilla, reserva que le imponia la ilegitimidad de su nacimiento.

(2) Cuenta la Crónica de este rey, que en la época en que la nacion ardía en discordias intestinas, una niña de ocho meses, hija de un tal Esteban Anés, de Évora, estando en la cuna, levantó el cuerpo, extendió los brazos, y con voz clara dijo: «¡Portugal, Portugal, por D. Juan!» Ann cuando el populacho y algunos historiadores lo atribuyeron á milagro en favor del Bastardo, carece de fundamento, si se atiende á que llevaban el nombre de Juan los tres pretendientes á la corona.

zas y crueldades inauditas; el pueblo, en su furor, no perdonó á los amigos y parientes del adúltero Conde (1) y de la Reina, á los que dió horrorosa muerte, irritado porque esta, después de viuda, puso más de manifiesto su deshonestidad incontinencia.

»Deshonrado con justa causa el Conde, recibió la muerte en presencia de su régia amante, y con él muchos de sus parciales; pues una vez declarado el incendio, va recorriéndolo y abrasándolo todo: entonces hubo quien, como Astianax (2), fué arrojado desde una elevada torre, sin que le valieran las sagradas órdenes de que estaba revestido, ni su carácter, ni el respeto debido á los altares, y quien fué arrastrado desnudo por las calles y hecho pedazos (3).

»Los horribles excesos á que se entregó entonces el populacho fueron tales que dejan muy atrás á los cometidos en Roma por el feroz Mario, ó, cuando este se vió obligado á huir, por el sanguinario Sila (4). Por esta causa, Leonor, que no titubeó en hacer público su sentimiento por la muerte del Conde, consiguió que Castilla se armara contra

(1) Este conde es D. Juan Fernandez Andeiro, natural de Galicia, con el que sostenia un inmoral trato la reina D.^a Leonor, sin que fuese posible hacerle abandonar tal conducta hasta que el infante D. Juan, entonces Maestro de Avis, mató al Conde dentro del mismo Palacio.

(2) Astianax, hijo de Héctor y Andrómaca, fué arrojado desde una torre cuando los griegos se apoderaron de Troya. Del mismo modo lanzó el populacho de Lisboa desde una torre al obispo D. Martín, virtuoso prelado, que se habia refugiado en la torre por librarse del furor de aquel, que lo perseguia por haberse negado á celebrar con repique de campanas las atrocidades que cometia, las más horrendas que registra la historia.

(3) Tal fué la suerte que le cupo á una raonja que cayó en manos del pueblo.

(4) Fué tal la enemistad de los cónsules romanos Mario y Sila, que cuando este volvió á Roma, después de la guerra contra Mitridates, hizo degollar á seis mil personas en venganza de las crueldades que habia cometido Mario con los suyos durante su ausencia.

Lusitania, pretextando que su hija era la única heredera del trono (1).

»Era esta Doña Beatriz, la cual estaba casada con el monarca castellano, quien por esta razón alegaba sus derechos á la corona de Portugal, y era tenida por hija de Fernando, lo cual ponía en duda la corruptora fama. Castilla, so pretexto de que esta hija debía suceder á su padre, llamó á las armas á los soldados procedentes de las diversas regiones del país, aprestándose para la guerra.

»Acuden estos de toda la provincia cuyo nombre se deriva de Brigo (si es que este rey ha existido) (2); y de las tierras que Fernando y Rodrigo (3) arrebataran al tiránico Moro: no se intimidan por los peligros de la guerra los que surcan con el duro arado los campos leoneses, los cuales demostraron más de una vez la excelencia de sus armas en sus luchas con los mahometanos.

»Los vándalos (4), fiados en su tradicional valor, se reúnen en la capital de toda la Andalucía, bañada por las aguas del Guadalquivir. También se aprestan los hijos de la noble isla (5) que los Tirios habitaron en otro tiempo, llevando en sus banderas por insignia las columnas de Hércules.

(1) El rey D. Fernando nombró por heredera á su hija D.^a Beatriz, casada con Don Juan I de Castilla; pero esto era en oposicion á la Constitucion de Iamago, la cual establecía que ninguna heredera de la corona podía casarse, si queria conservarla, sino con un caballero portugués. Los portugueses tenían además un heredero legítimo en el hijo de D.^a Inés; pero rreyendo, sin duda, agotados sus recursos, prefirieron manchar el honor de D.^a Beatriz diciendo que era hija del conde Andeiro, y no del rey D. Fernando.

(2) Algunos pretenden que este Brigo fué el cuarto rey de España, 1905 años antes de J. C. Segun Garibay y otros, Castilla la Vieja se llamó de él, Castillabriga.

(3) Fernando II de Leon y el Cid.

(4) Los andaluces, á quienes llama así por suponerlos descendientes de los vándalos.

(5) Cádiz, fundado por los naturales de Tiro, capital de la Fenicia.

»No faltaron los que habitan el reino de Toledo, ciudad noble y antigua, rodeada por las corrientes del suave y alegre Tajo, que tiene su origen en las sierras de Cuenca. Tampoco os detuvo el temor, oh sórdidos gallegos, duro bando (1), que empuñásteis las armas para resistir á aquellos cuyos golpes habíais ya experimentado.

»Agitan asimismo las negras furias de la guerra á la gente vizcaina, que carece de una lengua armoniosa (2), y que jamás toleró injurias ni imposiciones extranjeras: la tierra de Guipúzcoa y las Asturias, enriquecidas con sus minas de hierro, armaron con él á sus soberbios campeones para ayndar á sus señores en la lucha.

»Juan, cuyo esfuerzo crece en su corazón, así como al Hebreo Sanson le crecía con el cabello, teniéndolo todo en poco, se prepara á la lid con sus escasas fuerzas, y se aconseja de los principales señores de su corte, no porque lo necesite, sino por conocer la diversidad de pareceres que no puede menos de haber entre muchas personas.

»No falta quien con especiosos razonamientos procure desconcertar la opinion y voluntad de los demás, ni en quien se convierta el valor antiguo en desusada y perversa deslealtad, pudiendo en ellos más el temor helado é inerte que la natural fidelidad portuguesa: estos reniegan de su

(1) No comprendemos cuál fuese el motivo que tuviera Camoens para lanzar tal calificación que alcanzaba á su familia, residente aun en Galicia, su patria, en la época de que se trata. Los llama *duro bando* por el lesón y enteroza con que en todo tiempo defendieron su independencia, y el pueblo que posee estas cualidades y las aplica de tal suerte, es á nuestro juicio más digno de ser elogiado que deprimido.

(2) La mayor parte de los autores que conocen la lengua vascongada difieren en este concepto del Poeta, pues aseguran que no cede á ninguna otra en cultura, riqueza, energía y suavidad. De otra suerte hubiera, pues, hablado el Poeta si hubiese estudiado profundamente esta lengua.

rey y de su patria, y si fuera preciso, renegarian como Pedro hasta del Dios en quien creen (1).

»El valeroso D. Nuño Alvarez no fué, sin embargo, de los que se dejaron arrastrar por tan funesto error; antes bien, advirtiendo claramente que sus hermanos incurrian en él, reprobó tan veleidosas intenciones, é increpó á aquellas volubles gentes con palabras más duras que escogidas; y con la mano en el pomo de la espada y amenazando á la tierra, al mar y al mundo entero, les habló de esta suerte, con más indignacion que elocuencia:

—»¿Cómo ha de haber entre la gente portuguesa quien rehuya la lucha? ¿Cómo es posible que haya en esta provincia, que siempre ha descollado por su ardor bélico en todas partes, quien se niegue á defenderla, quien desconozca la fé, el amor, el esfuerzo y el ingenio del Portugués, y consienta, sea cual fuere la causa, en ver subyugado su reino?

»¿Cómo? ¿No sois ya por ventura los descendientes de aquellos, que siguiendo la bandera del grande Enriquez vencieron, terribles y valientes, á esa nacion tan guerrera, hicieron huir tantas banderas y tantos soldados, y se apoderaron de siete ilustres condes, aparte del botin que recogieron (2)?

»¿Quiénes fueron los que constantemente domeñaron, du-

(1) El Poeta, llevado, sin duda de la proverbial exageracion portuguesa, llama traidores á los que seguian el partido de D.^a Beatriz. Si bien es cierto que esta, á tenor de lo dispuesto en la ley que las Cortes del reino promulgaron en Lamego, no conformaba á ello su preteusion, sabemos tambien que la última voluntad de los monarcas ha sido casi siempre atendida, y como por otra parte el que iba á ocupar el trono no era el hijo de D.^a Inés de Castro, sino el habido en una concubina, razon de menos para que fulminase el Poeta tal dictado sobre los partidarios de D.^a Beatriz.

(2) Alusion á la batalla de Arcos de Valverde ganada por D. Alfonso Enriquez.

»rante los reinados del sublime Dionisio y de su hijo, á
 »esos que os infunden ahora tanto espanto, sino vuestros
 »esforzados padres y abuelos? Si Fernando os ha degrada-
 »do hasta tal extremo con sus descuidos ó sus pecados, de-
 »vuélvaos vuestros brios el nuevo Rey, si es verdad que
 »con el rey se muda el pueblo.

»Si vuestro valor correspondiera al del Rey que acabais
 »de proclamar, podriais desbaratar á quien quisiéreis, cuan-
 »to más á los que ya vencisteis: y si á pesar de esto no
 »conseguís que desaparezca el miedo que os domina, atad
 »las manos á vuestro vano recelo, que yo solo resistiré al
 »yugo ajeno.

»Yo solo con mis vasallos y con esta (y al decir esto sacó
 »la espada hasta la mitad) defenderé contra toda torpe
 »agresion la tierra que hasta hoy nadie ha subyugado, y
 »en nombre del Rey, de la afligida Patria y de la lealtad
 »que le negais, venceré, no tan sólo á esos adversarios,
 »sino á cuantos fueren enemigos de mi Rey.»

«Así como entre los jóvenes refugiados en Canusio (1),
 que sobrevivieron á la derrota de Cannas, cuando se dis-
 ponian á entregarse á merced de las armas africanas, se
 hizo oír el joven Cornelio, obligándolos á jurar sobre su
 espada que no abandonarían las banderas de Roma hasta
 vencer ó morir;

»Así tambien reanimó y forzó Nuño á los portugueses, los
 cuales, al oír sus últimas palabras, dominaron el importu-
 no temor que helaba sus corazones: y sin detenerse á más,

(1) Refiere Tito Livio que después del grande estrago que Aníbal hizo en Cannas, algunos romanos se refugiaron en un lugar llamado Canusium, donde en su desaliento determinaron entregarse á merced del Cartaginés. Entonces Publio Cornelio Escipion, joven de corta edad, sacó la espada y les hizo jurar sobre ella que no abandonarían las banderas romanas hasta vencer ó morir por la patria.

montan en sus corceles, y blandiendo y haciendo reuolinos con sus espadas, echaron á correr gritando con todas sus fuerzas: «Viva el famoso Rey que nos dá la libertad.»

»Entre las gentes del pueblo, unos aplanden la guerra en defensa de la patria, mientras otros limpian y componen las armas que habia oxidado el mocho de la paz; unos construyen capacetes, prueban petos, y cada eual se arma segun le corresponde, y otros se hacen ropas de diversos colores, con las cifras y emblemas de sus amorosos sentimientos.

»Con tan brillante comitiva salió el fuerte Juan de la fresea Abrantes, de Abrantes que tambien está regada por las abundosas aguas del Tajo. Al frente de los principales guerreros va aquel adalid, capaz de mandar los poderosos é innumerables ejércitos orientales que con Jerjes pasaron el Helesponto:

»Me refiero á D. Nuño Alvarez, verdadero azote de soberbios castellanos, como en otro tiempo lo fué de franceses é italianos el fiero Hunno (1). El ala derecha de los lusitanos va mandada por otro famoso caballero, digno en un todo de regirlos, llamado Men Rodriguez de Vasconcellos.

»Al frente del ala opuesta va como capitán Antonio Vazquez de Almada (2), que después fué conde de Abranches. Por último, en la retaguardia se ve ondear el pendon de las quinas y los castillos con el fuerte rey D. Juan, que por do quier va eclipsando el prestigio de Marte.

»Por las murallas de la ciudad andaban temerosas y po-

(1) Este fué Atila, rey de los Hunnos, que se daba á sí mismo el sobrenombre de *Azote de Dios*.

(2) Uno de los doce caballeros que fueron á Inglaterra. (Véase el canto VI.)

seidas de una zozobra mezclada de esperanza las madres, las hermanas, las novias y las esposas, rezando y prometiendo ayunos y peregrinaciones por el feliz éxito de la empresa. Llegan ya los helicosos escuadrones á la vista de las huestes enemigas, que los reciben con atronador griterio, apoderándose entonces la duda del ánimo de todos.

»A las trompetas, mensajeras de la batalla, responden los penetrantes pifanos y los tambores: mientras los alféreces ondean las banderas de mil variados colores. Era en la calurosa estacion en que Ceres deja los frutos á los labradores en las eras (1), en que el Sol entra en Astrea (2) en el mes de Agosto, y Baco extrae el dulce jugo de las uvas.

»El clarin castellano dió la horrible, fiera, inmensa y pavorosa señal de ataque: oyóla el monte Artabro (3), y el Guadiana amedrentado hizo retroceder sus aguas; oyóla el Duero y la tierra Transtugana; el vacilante Tajo la llevó hasta el mar; y las madres, al escuchar sus terribles ecos, estrecharon contra el pecho á sus hijuelos.

»Cuántos rostros palidieron entonces por refluir la sangre amiga al corazon; que en los grandes peligros el temor es muchas veces mayor que la realidad, y si no lo es, lo parece; porque con el furioso desco de ofender ó vencer al tenaz enemigo, nadie siente la pérdida de los miembros corporales ó de la vida.

»Trábase la batalla: la primera ala de ambos ejércitos se pone en movimiento: á los unos les infunde ánimo y bríos

(1) Esta batalla se dió en el mes de Agosto, en que los labradores acostumbran recoger las mieses, de las que entre los antiguos era protectora la diosa Ceres.

(2) Uno de los signos del Zodiaco, el de Virgo, en que segun los paganos fué convertida Astrea, hija de Titan y de la Aurora, en recompensa de haber aconsejado á los Titanes que no escalaran el cielo.

(3) El cabo de Finisterre.

la defeusa de su patria, y á los otros la esperanza de conquistarla. El gran Percira (1), valeroso hasta el heroismo, fué el primero en distinguirse, derribando y sembrando la tierra con los que tanto la deseaban no siendo suya.

»Los estridentes harpones, las saetas y otras armas arrojadas vuelan cual espeso turbion por el aire; la tierra se estremece y retumban los valles bajo los duros cascos de los fogosos bridones; rómpense las lanzas, y los frecuentes choques de las armas atruenan el espacio, mientras los enemigos se multiplican contra los escasos soldados del hero Nuño; pero este los diezma con su irresistible empuje.

»Adelántanse, contra él sus hermanos: ¡ caso nefando y cruel! Pero no le causa extrañeza, porque bien puede incurrir en el delito de querer matar á un hermano el que se levanta contra su patria y su rey. En el escuadron de vanguardia forman otros muchos reuégados como ellos, acometiendo á sus hermanos y parientes, y reproduciendo de este modo las sensibles escenas que señalaron las guerras civiles de César y de Pompeyo.

»¡ Oh Sertorio (2), oh noble Coriolano (3), oh Catilina (4), y vosotros antiguos varones, que con profano corazon os convertisteis en enemigos de vuestra patria! Si en el oscuro reino de Sumano (5) recibis los duros castigos á que os

(1) Este D. Nuño Alvarez Percira fué el fundador de la casa de Braganza.

(2) Habiendo seguido Sertorio el partido de Mario, cuando este fué vencido por Sila, se creyó perdido, y se refugió en España, donde segun se ha dicho se declaró en abierta rebellion contra Roma.

(3) Coriolano, varon de mucha autoridad entre los romanos, fué expulsado de Roma á causa de algunas diferencias, y él agraviado hizo armas contra ella, llegó á sitiarla y hubiera ido más adelante, si vencido por los ruegos de su madre no hubiera desistido de su empresa.

(4) Catilina organizó una formidable conspiracion, que tenia por principal objeto la destruccion de Roma.

(5) Uno de los nombres de Pluton.

habeis hecho acreedores, decidle que lampoco han faltado traidores en Portugal!

»Los nuestros son los primeros en ceder: ¡tantos son los enemigos que los atacan! Pero allí está Nuño, cual por los montes de Ceuta el furibundo leon, que viéndose rodeado por los ginetes que recorren los campos de Tetuan persiguiéndole con sus lanzas, se turba algun tanto, pero en su furor no se amedrenta.

»Dirígiles torvas miradas; mas su naturaleza felina y su ira no le permiten volver las espaldas, sino que por el contrario se precipita entre las espesas lanzas que se multiplican en torno suyo. Igual conducta observa el caballero portugués: tiñó el verde campo con sangre ajena, aun cuando con pérdida de algunos de los suyos; que el más valeroso esfuerzo pierde su vigor contra tantos enemigos.

»Sintió D. Juan la alreñta por que pasaba Nuño, pues como prudente capitán iba recorriendo el campo, observándolo todo é infundiendo ánimo en sus soldados con su presencia y sus palabras; y semejanle á la feroz leona, á quien el pastor de Masilia (1) le ha robado los cachorros que dejara en el cubil mientras iba en busca de alimento;

»Asi como ella corre rabiosa, y atruena, y estremece con sus terribles rugidos los montes Siete-Hermanos (2), del mismo modo Juan acude á escape en auxilio de la primer ala con sus más escogidas tropas. «¡Oh fuertes compañeros, les grita, oh esclarcidos varones sin rival en el mundo! Defended vuestro suelo; que en esas lanzas está cifrada la esperanza de nuestra libertad.

»Vedme aqui; ved aqui á vuestro rey y compañero, que

(1) Region que hoy llamamos Berberia.

(2) Montes de la Maurifania.

»al frente de todos corre impávido entre las lanzas, saetas
»y armaduras enemigas. Pelead cual verdaderos portugue-
»ses.» Así dice aquel magnánimo guerrero, y blandiendo
cuatro veces su lanza, la arroja con furia contra el enemi-
go, haciendo exhalar á muchos el último aliento.

»Los suyos, inflamados por una noble vergüenza y una
honrosa emulacion, luchan á porfia para ver quien afron-
tará con más valor los peligros del combate: tiñese el ter-
rible acero en humeante sangre; rompen primero las ma-
llas y después los pechos, y reciben y causan heridas crue-
les, cual si la vida no tuviera ya ningun valor para ellos.

»Envian á muchos de sus enemigos á ver la laguna Es-
tigia, introduciéndoles la muerte al mismo tiempo que el
acero en el cuerpo: parece allí el Maestre de Santiago, que
peleaba con valor; muere tambien, después de causar hor-
rible estrago en las filas contrarias, otro cruel Maestre de
Calatrava, y quedan asimismo sin vida los renegados
Pereiras, blasfemando del Cielo y de los hados.

»Muchos soldados desconocidos y tambien bastantes no-
bles van al profundo Averno, donde el trifuccc can (1) está
siempre hambriento de las almas que pasan allí desde este
mundo; y para que la soberbia del furibundo enemigo que-
de más abatida y dominada, cae la sublime bandera de
Castilla á los piés de la Lusitana.

»Entonces recrudece la horrible pelea; multiplicanse las
muertes, los gritos, las enchilladas y la sangre; la multi-
tud de los que perecen hace que se cambie el matiz de las
flores del campo: ya van dando las espaldas y las vidas;
ya desfallece el furor y cesan las lanzadas; ya por fin se

(1) El cancerbero, perro de tres cabezas, que guarda la puerta del Infierno.

vé desbaratado el Rey de Castilla, y obligado á desistir de su propósito.

»Deja el campo al vencedor, contento de no dejar en él la vida, acompañado de los que pudieron conservarla; su espanto es tal, que le da alas en vez de piés para la huida, llevando oculto en su pecho el dolor de la muerte, de los dispendios ocasionados, de la afliccion, de la deshonra, y el triste duelo de ver á otro triunfar con sus despojos.

»Unos van maldiciendo y blasfemando del primero que peleó en el mundo; otros anatematizan la insaciable sed del corazon codicioso, que por apoderarse de lo ajeno no vacila en hacer arrostrar al mísero pueblo las penas del Infierno, obligándole á dejar en medio de la mayor desdicha á tantas madres y tantas esposas sin hijos y sin maridos.

»El victorioso Juan permaneció en el campo los días que se acostumbraban (1), saboreando su triunfo, y después por medio de ofrendas y romerías dió las gracias al que le concedió la victoria (2). Pero Nuño, que sólo quiere perpetuar su memoria merced á sus incomparables hechos de armas, se dirige hácia las tierras allende el Tajo.

»Ayudóle allí la suerte de tal modo, que, siguiendo á su plan la ejecucion más rápida, sometió en un momento la frontera andaluza, donde recogió un rico botín, y derribó á sus piés la bética bandera de Sevilla y las de varios magnates, que no pudieron oponer resistencia alguna al arrojó de los portugueses (3).

(1) El vencedor solia estar tres días en el campo donde habia conseguido la victoria.

(2) D. Juan emprendió una peregrinacion de 60 leguas á pié y descalzo, para dar gracias á Dios por la victoria y ofrecer á la Virgen de Oliveira tanta plata quanto era su peso con toda la armadura.

(3) Nuño Alvarcz desde Aljubarrota se fué á Andalucía, y ganó otra gran victoria en Valverde.

»Los castellanos se veían en el mayor extremo con estas y otras victorias, hasta que los vencedores concedieron á los vencidos la paz por todos deseada, lo cual fué cuando el Padre omnipotente hizo que los reyes enemigos se casaran con las dos hijas inglesas, princesas inclitas, gentiles y hermosas (1).

»El valeroso Lusitano, acostumbrado á las fatigas de la guerra, no podía avenirse con la ociosidad de la paz, y como no tenia enemigos á quienes vencer en la tierra, fué á buscarlos á través de las ondas del Occéano. Este fué el primer Rey que salió de su patria para hacer conocer al Africano por medio de las armas cuán superiores la ley de Cristo á la de Mahoma.

»Mil nadadoras naves se lanzan á merced de los vientos por el argentado reino de la furiosa ó inquieta Tetis, abriendo sus anchas alas en direccion al punto donde Alcides fijó los límites de la tierra. Apenas llegó allí el valeroso Monarca, apoderóse del monte Abyla y de la anillada Ceuta, arrojando de su recinto al torpe mahometano (2), y asegurando á la España entera de una nueva deslealtad Juliana (3).

»No consintió la muerte que Portugal lograrse por muchos años ser regido por un héroe tan afortunado; antes bien determinó que fuese á habitar entre los coros celestiales del alto firmamento; pero el que á sí lo llamara, dejó

(1) D.^a Catalina y D.^a Isabel, hijas del duque de Lancáster, casada esta con el Rey de Portugal y aquella con el de Castilla.

(2) El rey D. Juan se apoderó de Ceuta el 11 de Agosto de 1414.

(3) Alusion á la traicion de D. Julian, que por vengarse dió entrada á los moros en España. Dice que ahora queda España á cubierto de una nueva deslealtad, porque en Ceuta fué donde el infame Conde, segun la tradicion, se convino con los moros, y ahora estaba aquella ciudad en poder de los portugueses.

para defensa de los lusitanos una inclita generacion de esclarecidos infantes, que gobernarán y ensancharán todavía más los límites del reino (1).

»No fué por cierto tan feliz el reinado de D. Eduardo (2); pues el airado tiempo mezcla y confunde alternativamente el bien con el mal, el placer con la tristeza. Pero ¿dónde ha existido jamás un estado eternamente dichoso? ¿Quién ha visto firmeza en la fortuna, diosa que entonces hizo sentir los crueles efectos de su veleidá á este reino y su monarca?

»Don Eduardo vió cautivo á su santo hermano Fernando, que aspiraba á las más altas empresas, y que por salvar al misero pueblo sitiado, no vaciló en entregarse al Sarraceno. Llevado de su amor hácia la patria, convirtió su vida de señora en esclava por no dar á cambio de ella la fuerte Ceuta, ofreciendo de este modo una prueba de que respetaba más el bien público que el suyo propio (3).

»Codro, á trueque de alcanzar la victoria sobre el enemigo, consintió en que la muerte acabara con su vida (4);

(1) Estos fueron D. Pedro, célebre por sus peregrinaciones; D. Curique, grande astrónomo y matemático, y D. Fernando, Maestro de Avis.

(2) En tiempo de este rey se declaró una peste en Portugal, de la que fué víctima el monarca á los cinco años de reinado.

(3) El Maestro de Avis y el de Santiago pasaron al Africa con 14,000 hombres y sitiaron á Tánger. Mientras se ocupaban en el cerco de esta plaza, fueron cercados á su vez por un ejército de 700,000 moros, y no pudiendo salir del apuro en que estos los pusieron, convinieron en entregarles á Ceuta si les permitían volver á Portugal, dejando en rehones al infante D. Fernando. Los cristianos, sin embargo, determinaron no entregar la plaza, é irritados los moros, maltrataron al príncipe hasta que le causaron la muerte, colgándolo después en las almenas de Tánger.

(4) En una guerra que sostenía Codro, rey de Atenas, contra los Lacemonios, manifestó el bráncido que vencería el ejército cuyo rey muriese en la pelea; y entonces Codro, disfrazado de simple soldado, se arrojó entre las filas enemigas, encontrando la muerte y dando la victoria á su patria.

Régulo, para dar la libertad á su patria, no titubeó en perder la suya (1); pero el Infante, á fin de que España viviera tranquila, se ofreció á un perpétuo cautiverio: no hicieron otro tanto Codro, ni Curcio (2) ni los leales Decios (3).

»Alfonso, único heredero del reino, que llevaba un nombre afortunado en las armas en nuestra Hesperia, y que trocó la soberbia del vecino y bárbaro Sarraceno en una abyecta y humilde servidumbre, hubiera sido un invencible caballero si no intentara visitar las tierras de la Iberia; pero en cambio Africa deberá confesar que es imposible que exista en ella quien pueda vencer á tan terrible rey.

»Este guerrero monarca, capaz de coger las manzanas de oro, empresa que nadie sino el Tirintio pudo llevar á cabo (4), hizo sentir al bravo Moro el peso de su brazo de tal suerte, que aún no ha logrado sustraer su cerviz al yngo que le impusiera. Ciñó su frente verde corona de laurel

(1) Marco Alilio Régulo, general romano, fué hecho prisionero por los cartagineses, que le pusieron en libertad con la condicion de que acompañase á Roma á una diputacion encargada por ellos de pedir el cangé de los prisioneros; pero un vez de apoyar aquella medida, persuadió á sus concudadanos de lo contrario: después de un discurso tan opuesto á sus intereses, no titubeó en volver á su prision de Cartago, donde le dieron cruel muerte.

(2) En tiempo en que Roma estaba en guerra con los Hérmicos, se abrió una gran sima en una plaza de la ciudad, que no podia cegarse con nada. Consultado el oráculo, contestó que aquella abertura queria dentro de sí aquello que hacia á Roma más poderosa; y entonces Quinto Curcio, comprendiendo que se trataba de hombres y de armas, se arrojó montado á caballo dentro de la sima, que se cerró así que cayó en ella tan héroeico varon.

(3) En una batalla que dieron los romanos á los latinos, se consagró el cónsul Decio á los dioses infernales á fin de asegurar la victoria á los suyos, y se arrojó en medio del enemigo, pareciendo cubierto de heridas. Tuvo un hijo y un nieto que imitaron su heroismo.

(4) Uno de los trabajos del Tirintio, ó sea Hércules, fué el de apoderarse de las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, enlodindas por un dragon de cien cabezas. Para ponderar el valor del rey D. Alfonso, dice que hubiera sido capaz de llevar á cabo tal empresa.

y palma, merecida por las victorias conseguidas contra el Africano, que en vano acude presuroso á defender la fuerte Alcacer, la populosa Tánger, y la resistente Arzilla.

»Rendidas á la fuerza estas ciudades, se ven obligadas á abalir sus muros diamantinos ante el esfuerzo portugués, acostumbrado á derribar cuanto se opone á su paso. En esta empresa hubo caballeros que hicieron maravillosos hechos de armas dignos de ser narrados por elegantes plumas, y que ensancharon la auréola de gloria que ya rodeaba al nombre lusitano.

»Mas excitado después por el dardo de la ambiciou y el amargo aunque halagiteño deseo de mando, fué á atacar al rey Fernando de Aragon en el poderoso reino de Castilla. El Monarca español llamó entonces en su auxilio á los soberbios y diversos habitantes de aquel país, á cuyo llamamiento acudieron todos cuantos le prestaban obediencia desde Cádiz al elevado Pirineo.

»No quiso permanecer ocioso en el reino el jóven príncipe D. Juan, sino que aprestándose diligente en socorro de su ambicioso padre, influyó mucho en la suerte de la batalla: salieron, por fin, del peligroso trance con sereno rostro, desbaratado el sangriento padre (1), pero quedando indecisa la victoria.

»El gallardo y animoso Príncipe causó inmenso estrago en las filas de sus contrarios y permaneció un dia entero en el campo de batalla. Del mismo modo fué vencido Octaviano y salió su colega Antonio vencedor, cuando se vengaron en los campos Filipicos de los matadores de César (2).

(1) Este rey fué vencido en la sangrienta batalla de Toro por D. Fernando de Aragon, teniendo que huir á la desbandada él y su hijo Don Juan hasta Castro Nuño, aunque el Poeta intenta atenuar la derrota diciendo que el príncipe no huyó y que causó gran estrago en los contrarios.

(2) Pretende compararse el éxito de esta batalla al de la de Filippos, dada por Octavio

»Después que la oscura y eterna noche colocó á Alfonso en el sereno Cielo, entró á gobernar el reino, Juan II, décimotercio rey, el cual por adquirir fama perpétua intentó más de lo que le es dado á hombre alguno, que fué buscar los límites de la sonrosada Aurora, los mismos en cuya busca voy ahora.

»Con este objeto envió sus mensajeros (1), los cuales atravesaron la España, la Francia y la celebrada Italia, y se embarcaron en el ilustre puerto de Nápoles, donde yace enterrada Parténope (2), y cuya ciudad ha sufrido el yugo de diversas naciones por disposición de los hados, hasta verse ensalzada después de tantos años con el señorío de incultos españoles.

»Emprenden su navegacion por el mar Siculo (3); dirígense á las arenosas playas de Rodas, y desde allí pasan á las escabrosas costas que hizo célebres la muerte de Magno (4). Van á Memphis (5) y á las tierras regadas por las crecientes del Nilo, y suben, atravesando el Egipto, á Etiopia, donde se observa la santa ley de Jesucristo.

»Surcan después las ondas Eritreas (6) que atravesara el

y Marco Antonio contra los matadores de Cesar, en la que quedó vencido el ejército del primero y vencedor el del segundo.

(1) D. Juan II, deseoso de hallar un camino marítimo que le condujese á la India, envió varios emisarios á recorrer los mares: uno de ellos Bartolomé Diaz dobló en 1486 por primera vez el cabo de Buena Esperanza y llegó 40 leguas más allá. Otro, Corillon, emprendió por tierra el camino que indica el poeta, dió desde el Cairo noticia de sus descubrimientos, pasó luego á Abisinia y no volvió.

(2) Nombre de una sirena desdoblada por Ulises, y que á consecuencia de esto, se arrojó al mar cerca de Nápoles, á cuya ciudad dió su nombre.

(3) Mar de Sicilia, llamado así de Siculo antiguo señor de la isla.

(4) Estas son las costas de Alejandría, donde murió Pompeyo.

(5) Antigua ciudad de Egipto, que muchos suponen ser hoy el Cairo.

(6) El mar Rojo.

pueblo de Israel sin necesidad de buque alguno, dejando tras sí las sierras Nabatenses (1) á las que dió nombre el hijo de Ismael: rodean luego las odoríferas costas Sabcas, tan houradas por la madre del hermoso Adonis (2), con toda la Arabia feliz descubierta hasta entonces, dejando á un lado la Pétrea y la Desierta.

»Aventúranse por el estrecho Pérsico, donde aun se conserva la memoria de la confusa Babel (3): allí el Eufrates se une al Tigris, rios que tienen por gloria las fuentes de que nacen (4): desde aquel punto se encaminan en busca del agua pura del Indo (lo cual será asunto de más prolongada historia) al través de las ondas del Océano por donde Trajano no se atrevió á pasar (5).

»Vieron los desconocidos y extraños pueblos de la India, de la Caramania y Gedrosia (6), así como los diferentes usos y costumbres de tan diversas regiones. Pero como no era fácil el regreso por tan ásperos y dilatados caminos, murieron y quedaron finalmente allí, sin tener el consuelo de volver á su deseada patria.

»Parece que el claro Cielo tenia reservada la realización de tan árdua empresa á Manuel y á sus merecimientos, empresa que le movió á elevadas ó ilustres determinacio-

(1) Sierras de la Arabia, llamadas así de las tribus de árabes que viven errantes en ellas.

(2) La madre de Adonis fué Mirra, y como esta se transformó en el árbol de su nombre, dice el Poeta que las costas sabcas que son las de la península del Yémen en la Arabia, son houradas por ella á causa de la mucha mirra que producen.

(3) Los geógrafos llaman golfo Pérsico al que Plutarco designa con el nombre de mar de Babilonia.

(4) Ambos rios, segun el Génesis, nacen en el lugar donde estuvo el Paraiso.

(5) El emperador Trajano, que conquistó todos los pueblos de aquende y allende dichos rios, no llegó á entrar en la India.

(6) Los de Narsinga y Cambaya, de que se hablará más adelante.

nes. Este Rey, digno sucesor de Juan, así en el trono como en sus altos pensamientos, tan luego como empuñó las riendas del gobierno, se decidió á acometer la conquista del anchuroso mar.

»Como tenia constantemente fija en su mente la idea de aquella obligacion que heredó de sus antepasados, y que consistia en ir siempre acrecentando sus dominios, sucedió que un dia, á la hora en que huye la clara luz, y en que saliendo las nítidas estrellas convidan al reposo cuando caen (1);

»Hallándose el monarca entregado al descanso en el áureo lecho, donde se piensa con más calma y seguridad, revolviendo sin trégua en su cabeza la idea de su mision y de los altos deberes que le imponia su nacimiento, se apoderó de sus ojos el agradable sueño, aunque sin ejercer influjo en su corazon; porque mientras se adormecía fatigado, Morfeo (2) se le apareció bajo diversas formas.

»Parecióle que su cuerpo crecia de un modo tan desmesurado, que llegaba á tocar la primera esfera, desde la cual deseubria varios mundos, naciones de numerosos, extraños y salvajes habitantes; y muy cerca de donde nace el dia vió, extendiendo cuanto le fué posible sus miradas, que nacian dos claras fuentes de unos montes antiguos, erguidos y prolongados.

»En ellos habitaban aves agrestes, hieras y varios géneros de animales; nul árboles silvestres y variadas plantas

(1) Dice el Poeta que á la hora en que caen las estrellas se le aparecieron al Rey los rios Ganges é Indo, suponiendo que era ya muy entrada la noche, pero creemos que con más propiedad debe entenderse esta caída hacia la madrugada en que los astros parece que se ocultan sin ocultarse.

(2) Morfeo, dios del sueño, entre los antiguos, llamado así de la voz griega *Morfí*, figura, por las muchas que hace aparecer á los que duermen.

impedían el paso y la comunicacion á las gentes: aquellas ásperas montañas, enemigas de toda sociedad, demostraban que desde el pecado de Adam hasta nuestros años, no las habia hollado nunca la humana planta.

»Creyó tambien ver que salian de las aguas, encaminando hácia él sus largos pasos, dos hombres, muy viejos al parecer, y de aspecto venerable, aunque selvático: de las extremidades de sus cabellos caian gotas que mojaban todo su cuerpo; el color de su piel era amarillento y negrozco, y su barba crespa, intonsa, y muy larga.

»Ambos llevaban la frente coronada de raudas y yerbas desconocidas: uno de los dos revelaba en su presencia el cansancio, como si procediera de un punto más lejano que su compañero, lo cual se adivinaba tambien en la mayor impetuosidad del agua que le bañaba. Pareciase á Alfeo pasando de Arcadia á Siracusa para buscar los abrazos de Aretusa (1).

»Este, cuyo continente era más grave, dirigió al Rey desde lejos con estentórea voz estas palabras: — «Oh tú, para cuyos reinos y corona está reservada una gran parte del mundo; sabe que nosotros, cuya fama tanto se extiende sin que hayamos encontrado quien doblara por completo nuestra cerviz, venimos á avisarte que ya es tiempo de que envíes á recibir nuestros grandes tributos.

»Yo soy el ilustre Ganges, cuya verdadera cuna está en la tierra celestial: este otro es el Indo, que en esa sierra

(1) Los poetas supusieron que Alfeo, convertido en río, pasaba por debajo de la tierra desde Arcadia, donde nace, á Siracusa, buscando á su amada Aretusa que huiera de él á aquella region. Al entrar en Sicilia, revienta en fuente, y unidas sus aguas á las del Aretusa, caminan juntos al mar. No hace mucho tiempo se encontraron las ruinas de su acueducto.



Los rios Ganges é Indo se aparecen en sueños al rey
Don Manuel.

(Canto IV.)

»que ves tiene su primitivo nacimiento. A pesar de todo,
 »ha de costarte mucho trabajo someterlos; pero con alguna
 »insistencia por tu parte, conseguirás enfrenar á cuantos
 »pueblos estás viendo, merced á increíbles y decisivas vic-
 »torias.»

»No dijo más el santo é ilustre río, y en seguida desaparecieron los dos. Despertó Manuel sobrecogido de espanto y sumido su pensamiento en un mar de dudas. En tanto Febo extendía su claro manto sobre el hemisferio soñoliento y oscuro, y la mañana le vió pintando el cielo con sus matices de pudibunda rosa y rojas flores.

»Inmediatamente convoca el Rey á los principales señores de su corte, y les da cuenta de su sueño, repitiéndoles las palabras que le dirigió el santo anciano, y que causaron en todos grande asombro; y después de una madura deliberación, determinan aprestar una fuerte escuadra, para que sus intrépidos tripulantes surquen los mares en busca de nuevos climas y nuevas regiones.

»Muy lejos de mi pensamiento estaba la posibilidad de realizar el continuo y ferviente anhelo de mi corazón, que sin cesar me halagaba con la promesa de llevar á cabo memorables hechos de esta índole: así es que no sé por qué causa, por qué respeto, ó por qué buena señal que se revelaba en mí, el inclito Rey puso en mis manos la llave de tan árdua y colosal empresa.

»Y entre ruegos y amorosas palabras, que es en los reyes el modo de mandar que á más obliga (1), me dijo:—«Los

(1) El rey D. Manuel conocía perfectamente el modo de obligar á sus vasallos. Habiendo sabido un día que la ciudad de Arcilla en Africa se hallaba estrechamente sitiada, y conociendo que si por los medios ordinarios quería dar aviso del peligro y pedir gente al reino no podría socorrerla á tiempo, montó á caballo, y seguido de un solo criado, marchó á Tavira (Algarbe), diciendo que le siguiesen los que quisiesen pasar

»hechos árdulos y gloriosos se han de llevar á cabo contra-
 »bajo y con fatiga: la vida que pierden ó arriesgan las per-
 »sonas redonda en su mayor fama y renombre; porque si
 »no llega á sucumbir á un infame temor, entonces, cuanto
 »menos dura, más se extiende.

»Os he elegido entre todos para una empresa digna de
 »vos, trabajo duro, sin duda, pero ilustre, esclarecido; tra-
 »bajo que os será llevadero, bien lo sé, aunque solo sea por
 »hacerlo en mi obsequio.» No pude contenerme, y al punto
 contesté: — «¡Oh sublime Rey! Arrostrar el fuego, el
 »hierro y la nieve es hacer tan poco por vos, que lo que
 »mayor sentimiento me causa es que la vida sea una cosa
 »tan mezquina.

»Inventad trabajos tan grandes como los que Euristeo (1)
 »mandó ejecutar á Alcides con el león Cleoneo, las fieras
 »Harpías, el jabali de Erimanto y la espantosa Hidra, orde-
 »nándole por fin que descuidara hasta las sombras oscu-
 »ras é impalpables, á través de las cuales baña la Estigia
 »los campos de Dite (2); porque mi cuerpo y mi alma están
 »dispuestos por vos, oh Rey, á afrontar mayores y más te-
 »mibles peligros.»

»Demuéstrame su agradecimiento con sustanciosas mer-

con él á Africa. Esta conducta impresionó tanto á los portugueses, que á los cinco días contaba con 10,000 hombres y una buena escuadra.

(1) Euristeo, fué un tirano de Mevas á quien Juno dió la facultad de imponer á Hércules las más penosas empresas. Entre las doce que le obligó á llevar á cabo rita el Poeta la de la muerte del león del bosque Nemeo junto á una aldea llamada Cleone, á cuya fiera se vió Hércules en la necesidad de ahogar por ser invulnerable; la de la destrucción de las Harpías, aves de rapina con rostro de mujer; la de la muerte del jabali del bosque Erimanto, que asolaba la Arcadia; la de la lucha con la Hidra, monstruo que tenía siete cabezas, y que al derribarle una, renacían inmediatamente dos, y la de apoderarse del Cancerbero, perro de tres cabezas que guardaba el Infierno.

(2) Nombre de Pluton, dios del Infierno.

cedes (1), alabando además mis deseos con halagüeñas razones; porque la virtud ensalzada vive y crece, y la alabanza estimula el valor, dando lugar á elevadas acciones. Desde luego se ofrece á acompañarme, impulsado á ello por el amor y la amistad, mi querido hermano Pablo de Gama, no menos deseoso que yo de alcanzar un ilustre renombre.

»Ofrecióseme tambien Nicolás Coello, varón á quien no arredran los mayores trabajos; y estas adquisiciones fueron para mí de gran valía, por su inteligencia, su experiencia en las armas y su reconocido valor. Logro después formar mis tripulaciones de gente joven y esforzada, cuyos bríos se acrecientan ante la perspectiva de semejante empresa; y así parece que deben ser los que se ofrecen voluntariamente á cosas tan grandes.

»Don Manuel les concedió tambien algunas mercedes para que se preparasen con mayor celo y voluntad, y los animó con nobles palabras á fin de que no desmayaran ante cualquier contratiempo. De igual modo se remieron los Minyas (2), para ir á la conquista del vellocino de oro, en el fatídico bajel que osó aventurarse el primero por el mar Euxino.

»Ya están prontas las naves, en las que reina gran alborozo y un ardiente deseo de hacerse á la vela, en el puerto de la inclita Ulisea, donde el dulce Tajo mezcla sus aguas y sus blancas arenas con las del salado Neptuno: ningún temor entibia el juvenil entusiasmo, porque así los marineros como los soldados están dispuestos á seguirme á todas partes.

»Ya discurrían por las playas mis valientes compañeros,

(1) Las mercedes que el Rey hizo á Gama fueron una encomienda y una ayuda de costas para gastos de viaje, mercedes que eran las mayores en aquellos tiempos.

(2) Así se llamaron los argonautas que fueron á la conquista del vellocino de oro.

luciendo trajes de variados colores y hechuras, y mostrándose entusiasmados por ir en busca de nuevas y lejanas regiones: ya ondean en las fuertes naves nuestras banderas agitadas por los tranquilos vientos, prometiendo, en presencia del anchuroso mar, llegar á ser en el Olimpo estrellas como la de Argos.

»Hechos ya todos los aprestos necesarios para tan larga navegacion, preparamos nuestras almas para una muerte que los marineros tienen siempre ante sus ojos, é imploramos el favor del Supremo Poder, que sustenta la etérea Corte sólo con su vista veneranda, para que nos guiase y protegiese en tan arriesgados principios.

»Salimos por fin del santo templo que se asienta en las playas del mar y lleva el nombre de la tierra donde Dios vino al mundo en carne mortal (1). Te aseguro, oh Rey, que cuando pienso en la duda y el recelo de que estaba lleno mi corazón al separarme de aquellas playas, apenas puedo contener el llanto que se escapa de mis ojos.

»En aquel día los habitantes de la ciudad acudieron á despedirse de nosotros, manifestando su desconsuelo, llevados unos por su amistad, otros por el amor de la familia, y otros sólo por curiosidad; mientras nosotros, acompañados de mil solícitos y virtuosos religiosos, nos encaminábamos hácia los bajeles, rogando á Dios en procesion solemne.

»Las gentes ya nos daban por perdidos en tan largo y dudoso viaje; las mujeres derramaban compasivo llanto, y los hombres exhalaban profundos suspiros. Las madres, las esposas, las hermanas, á quienes el temeroso amor hace

(1) Este monasterio es el de San Jerónimo de Belem, elegido por los reyes de Portugal para que fuesen depositadas en él sus cenizas.

mas desconfiadas, acreconlaban la desesperacion y el miedo glacial de no vernos regresar á la patria tan pronto.

»Unas decian:—«¡Oh hijo, mi único apoyo y dulce amparo de mi cansada vejez, que terminará en medio de amargo y penoso llanto! ¿por qué me abandonas miserable y desgraciada? ¿Por qué te alejas de mí, querido hijo, para buscar tu sepultura donde seas pasto de los peces?»

»Otras, con el cabello en desorden, exclamaban:—«¡Oh dulce y amado esposo, sin el cual no quiere amor que viva! ¿por qué has de ir á arriesgar en el airado mar esa vida que es mia y no tuya? ¿Cómo puedes olvidarte de nuestro cariñoso afecto, para seguir un camino tan dudoso? Por ventura ¿quieres que nuestro amor y nuestra ilusoria dicha se los lleve con las velas el viento?»

»Los viejos y los niños, á quienes la edad hace menos fuertes, los seguian repitiendo palabras tan amorosas y tiernas como aquellas: los cercanos ruentes las repetian tambien, cual si los moviese á ello un piadoso sentimiento; y las blancas arenas eran regadas por tantas lágrimas, que en número con ellas se igualaban.

»Sin dirigir la vista en aquella ocasion ni á la madre, ni á la esposa, á fin de no afligirnos, ni vacilar en el firme propósito á cuya realizacion dabamos principio, determiné que nos embarcáramos en el acto para evitar las despedidas consiguientes; porque, si bien son hijas de una laudable costumbre impulsada por el más puro amor, contribuyen á aumentar la afliccion del que se aleja ó del que queda.

»Mas un anciano de venerable aspecto (1), que se halla-

(1) Este anciano representa el reino de Portugal, en cuya boca pone el Poeta las juiciosas reflexiones con que los eminentes hombres de Estado juzgaban esta empresa.

ba en la playa, mezclado con la multitud (1), fijos sus ojos en nosotros, moviendo tres veces la cabeza con evidentes señales de desagrado, y elevando la cansada voz lo suficiente para que la oyéramos distintamente desde el mar, con una cordura, fruto de una larga experiencia, nos dirigió estas palabras:

—«¡Oh deseo funesto de mando! ¡Oh efímero anhelo de esa vanidad que llamamos fama! ¡Oh engañosa satisfacción á que da pábulo el soplo del aura popular, llamada honra! ¡Cuán grande y justo castigo haces sufrir al vano corazón que te ama tanto! ¡A qué muertes, á qué peligros, á qué tormentas y á qué crueldades los sometes!

»Dura inquietud del alma y de la vida, fuente de adulterios y desamparos, consumidora sagaz y notoria de haciendas, de reinos y de imperios; llámante ilustre, llámante esclarecida, cuando solo eres digna de vituperios infames: ¡llámante fama y soberana gloria, con cuyos nombres el pueblo necio se engaña á sí mismo!

»¿A qué nuevos desastres te propones conducir á esos audaces marinos y á este reino? ¿Qué peligros, qué muertes le destinás, ocultos tras algún nombre preeminente? ¿Qué promesas de conquistar reinos y descubrir minas de oro serán las que con tanta facilidad le hagas? ¿Qué nuevas glorias le has de augurar? ¿qué historias? ¿qué triunfos? ¿qué victorias? ¿qué laureles?

(1) La gente de la armada, compuesta de unas 160 personas, salió de la ermita de Ntra. Sra. de Belon, acompañada de los frailes que allí estaban y mucha gente de la ciudad. Al llegar los expedicionarios cerca del mar, recibieron, puestos de rodillas, la absolución del Vicario de dicho monasterio, en virtud de una bula que había solicitado el infante D. Enrique, por la que se perdonaban los pecados de los que murieran en la expedición.

»Y tú, raza de aquel insensato, cuyo pecado y desobe-
 »diencia, no tan sólo te precipitó desde el reino soberano
 »en este triste lugar de destierro, sino que te privó de otro
 »estado más que humano, el que te ofrecía la tranquila y
 »sencilla edad de oro (1), dejándote sumido en la del hierro
 »y de las armas;

»Ya que tanto se complace tu ardiente fantasía en esta
 »fastuosa vanidad; ya que á la bárbara crueldad y al ester-
 »minio le diste los nombres de esfuerzo y valentía; ya que
 »avaloras en tanto grado el desprecio de la vida, que debia
 »ser siempre muy estimada, por lo mismo que tanto temió
 »perderla el que la da;

»¿No tienes junto á ti al Ismaelita, que te proporcionará
 »sobradas ocasiones de combatir? ¿No sigue él la maldita ley
 »del Arabe, mientras tú peleas por la de Cristo? ¿No tiene
 »mil ciudades é infinitas tierras, si es que ambicionas con
 »preferencia tierras y riquezas? ¿No ha dado diferentes
 »pruebas de su animoso esfuerzo, si acaso deseas ser cele-
 »brado por tus victorias sobre él?

»Dejas que el enemigo se multiplique á tus puertas,
 »para ir en busca de otro á tan larga distancia, permitiendo
 »de este modo que se despueble, se debilite y pierda su anti-
 »guo esplendor la noble Lusitania! ¡Buscas peligros desco-
 »nocidos é inciertos, para que te lisonjee y exalte la fama

(1) Los antiguos dividieron en cuatro las edades del mundo. A la primera le atribuían todo lo bueno; bondad en la gente, fertilidad en la tierra, quietud y paz en el mundo y una perpétua Primavera, llamándola edad de oro. En la segunda, ó sea la de plata, empezaron los hombres á sentir el frío y otras variaciones que les eran desconocidas, empezando á edificar casas para librarse de ellas. En la tercera, que era la de cobre, fué la gente más perversa, pero no mala del todo, y la cuarta llamada de hierro, desterró del mundo la verdad, la fé y la vergüenza, trayendo consigo las enfermedades, la guerra y la muerte.

»llamándote señor de la India, la Persia, la Arabia y la
»Etiopía, con otra larga lista de pomposos títulos (1)!

»¡Maldito sea el primero que en el mundo puso cóncavas
»velas en seco leño! Digno se hizo de las eternas penas del
»Infierno, si justa es la justa ley que observo y guardo.
»¡Así nunca exista orador profundo y elocuente, cítara so-
»nora, ni esclarecido ingenio que perpetúen tu fama, an-
»tes bien acabe contigo el renombre y la gloria!

»Arrebató del Cielo el hijo de Japet (2) el fuego que co-
»municó al pecho humano, fuego que encendió al mundo
»en annus, en muertes y en deshonras: ¡oh decepcion
»ernel! Cuánto más nos hubiera valido, oh Prometeo, y
»cuánto menos daño hubiera ocasionado al mundo, que tu
»famosa estatua no fuera animada por el fuego de elevados
»deseos que le dieran movimiento!

»No se hubiera aventurado tampoco en el carro de su
»elevado padre el desgraciado mozo, ni en la vacía región
»del aire el grande arquitecto con su hijo, dando nombre
»à un mar el uno y el otro fama à un río (3). La raza hu-
»mana no por eso deja de acometer arriesgadas y nefandas

(1) Antes del descubrimiento de la India, el soberano de Portugal se titulaba *Rey de Portugal y los Algarbes, de aqueude y allente la natr va Africa, señor de Guinea y la conquista*. Después D. Manuel añadió á estos títulos, el de *Señor de la navegacion y commercio de Etiopia, Arabia, Persia y de la India*.

(2) Prometeo, hijo de Japet, que segun la fábula, arrebató del cielo, à instigacion de Minerva, el fuego sagrado, y animó con él las estatuas de barro que fabricaba, por cuya audacia Júpiter le castigó mandando que fuese atado á una peña del Cáucaso, donde un huítre le roía continuamente las entrañas, y extendió tambien al mundo su castigo permitiéndole que reinaran en él las enfermedades y trabajos (que no existían antes del delito de Prometeo).

(3) Cuando el Poeta pasó á la India conoció desde luego cuán perjudicial habia de ser para los portugueses su descubrimiento; por esto les aplica las fábulas de Icaro y Faeton, à quienes perdió su ambicion, sin conseguir otra cosa que dejar su nombre à un río y à un mar, lo mismo que sucedió á los portugueses.

»empresas, aunque para ello tenga que arrostrar el fuego, »el hierro, el agua, el calor ó el frío. ¡Oh desgraciada suerte! ¡Oh! misera condicion!»

CANTO V.

ARGUMENTO.—Gama continúa su narracion al Rey de Melinde: lo describe su salida de Lisboa, su largo viaje, las varias naciones y tierras del Africa en que tocaron, navegacion que hicieron hasta el cabo de Buena-Esperanza.—Osadía de Fernando de Velloso.—Aparicion del Gigante Adamaslor: les predice las desgracias que han de sufrir en aquellos mares.—Continúan su viaje hasta Melinde.—El Poeta censura amargamente á sus compatriotas por el desprecio con que miraban la poesía y á los poetas.

«Tales sentencias estaba profiriendo el honrado anciano, cuando abrimos las alas al sereno y sosegado viento, alejándonos del amado puerto, y segun uso antiguo en el mar, al desplegar las velas, gritamos todos: «Buen viaje;» y al instante se pusieron en marcha nuestras naves.

»Era entonces la época del año en que la inextinguible luz del Sol entra en el turbulento animal Nemeo (1); el mundo, á quien el tiempo va consumiéndose, caminaba lento y achacoso por la sexta edad (2), contando ya en ella ca-

(1) Gama salió de Lisboa cuando el Sol iba á entrar en el signo del Leon. Antes de la correccion gregoriana, el Sol entraba en dicho signo el 12 de Julio, y habiendo salido Gama el 8, es claro que iba á entrar en él.

(2) Cuéntanse seis edades del mundo, la sexta de las cuales empieza en el nacimiento de Jesucristo.

lorece veçes cien cursos del Sol, con más noventa y siete, cuando la armada empezó á cortar las olas (1).

»Poco à poco fueron perdiéndose de vista los patrios montes que allí quedaban: quedábase con ellos el elaro Tajo, y la fresca sierra de Cintra, en la eual se detenian nuestras miradas: quedábasenos además en nuestra adorada tierra el corazon envuelto entre suspiros, y cuando esta desapareció por completo, no vimos ya más que mar y cielo.

»Asi fuimos hendiendo aquellos mares no surcados antes por generacion alguna, viendo las nuevas islas y los nuevos climas desenbiertos por el generoso Enrique (2); dejando à la izquierda los montes y lugares de Mauritania, tierra que un tiempo poseyó Anteo, pues à la derecha no hay certeza de que exista otra, aunque se presume (3).

»Pasamos la gran isla de Madera, llamada asi por sus frondosos bosques (4), que fuimos los primeros en poblar, isla más célebre por su nombre que por su fama: pero no por ser la última del mundo, le aventajan las otras islas queridas de Venus; antes al contrario, si hubiera llegado à poseerla, olvidaria por ella à Chipre, Gnido, Pafos y Citeres.

»Dejamos atrás la costa estéril de Masilia (5), donde apacientan sus ganados los Azenegues, gente que nunca goza de la grata frescura de las aguas, y à quien no dan bastante alimento las yerbas del campo; pues aquella tierra que separa à Berberia de Etiopia y donde las aves digieren

(1) Quiere decir que la escuadra se hizo à la vela en el año 1497.

(2) Estas son las que hay en la costa de Africa hasta Guinea.

(3) No podía ignorar Gama que Colon habia entrado en Lisbon, quatro años antes, de regreso de América.

(4) La isla de Madera se llamó así por los grandes bosques que en ella habia, de tal suerte que habiéndose prendido fuego en uno de ellos en 1490, ardió siete años seguidos. Esta isla fué la primera que poblaron los portugueses.

(5) Parte de la Mauritania, situada bajo el trópico de Cáncer.

el hierro (1), no produce fruto alguno, padeciéndose en ella una escasez extrema de todo.

»Traspusimos el límite adonde llega el Sol cuando dirige su carro hácia el Norte, y en donde se asientan los pueblos á quienes niega el hijo de Clímene (2) la color del día: allí la fría corriente del negro Sanagá (3) riega países de extrañas costumbres, donde pierde su nombre el cabo Arsinario, llamado por los nuestros Cabo-Verde.

»Habiéndonos alejado de las islas Canarias, en otro tiempo conocidas con el nombre de Afortunadas, entramos navegando por entre las hijas del viejo Hesperio (4), llamadas Hespéridas, tierras por donde ya habian visto nuestras armadas nuevas maravillas, y en las que tomamos puerto con viento favorable para proveernos de víveres.

»Echamos el ancla en la que tomó el nombre del guerrero Santiago (5), santo que prestó tanta ayuda á los españoles para causar un gran estrago en los moros. Desde allí, y mientras Bóreas nos favoreció con su soplo, volvimos á cortar el lago inmenso del salado Océano, y de este modo dejamos la tierra donde hallamos dulce refresco.

»Rodeando luego las dilatadas costas del Africa que dejábamos al Oriente, pasamos la provincia de Jalofó (6), que distribuye sus negros habitantes entre diversas naciones; la gran Mandinga (7), en donde nos hicimos del

(1) Estas aves son los avestruces.

(2) Faeton, el cual, según hemos dicho, fué causa de que los negros tengan el color que tienen.

(3) Este río debe ser el Senegal.

(4) Las islas de Cabo-Verde.

(5) Así se llama la mayor de las islas de Cabo-Verde.

(6) Provincia situada entre los ríos Senegal y Gambia, de donde salen muchos negros reducidos á la esclavitud.

(7) Provincia regada por el Gambia, que arrastra bastante oro en sus arenas.

rico y luciente metal, cuya tierra bebe las aguas del tortuoso Gambia, que van luego á sepultarse en el seno el anchuroso Atlántico.

»Pasamos tambien por las Dercadas (1), donde vivieron en otro tiempo las tres hermanas, que privadas completamente de la vista, se servian en comun de un solo ojo. Tú solo, tú, Nepluno, fuiste causa de que se llenara de víboras la ardiente arena, cuando aquella de las tres, cuyos rizados cabellos encendian tus deseos en el seno de las aguas, quedó convertida por tu culpa en un mónstrno de fealdad.

»Dirigiendo siempre la aguda proa hácia el Austro, nos internamos en un vastísimo golfo, dejando á un lado la Sierra Leona, sumamente áspera; el Cabo á que dimos el nombre de las Palmas; el gran rio (2), donde resuena el mar azolando las conocidas playas que allí poseemos, y la isla ilustre que tiene el nombre del Apóstol que tocó el costado de Dios (3).

»Allí está el extenso reino del Congo (4), convertido ya por nosotros á la fé de Jesucristo, por donde pasa la cristalina y prolongada corriente del Zaire, que no llegaron á conocer los antiguos: por tan vasto mar me alejé al fin del

(1) Ignórase qué islas de la costa de Africa ha designado el Poeta con este nombre, que se daba en otro tiempo á las de Córcega y Gerdéa, por haberlas habitado las tres hermanas Medusa, Esteneo y Euriale. Dice que por causa de Nepluno se llenó de víboras la ardiente arena, porque Minerva, irritada al ver que este dios y Medusa habían profanado su templo con su impuro amor, convirtió en serpientes los cabellos de ésta, haciéndola tan horrorosa, que Nepluno la abandonó.

(2) El Zaire.

(3) La isla de Santo Tomás, situada en el golfo de Guinea, descubierta en 1485 el día de dicho Santo por Vasconeellos.

(4) El Congo fué descubierto en 1482 por Diego Cam. Portugal envió allí misioneros que convirtieron á todos los habitantes, y el soberano y sus sucesores tomaron el nombre de *defensores de la fé*.

conocido polo de Calisto (1), despñés de pasar la linea ar-
diente donde está fijada la mitad de la Tierra (2).

»Habíamos descubierto delante de nosotros en el nuevo
hemisferio una nueva estrella (3), que nadie había divisado
hasta entonces; y vimos también la parte menos resfulgen-
te del polo fijo, cuya belleza es menor por la carencia de
estrellas, y donde aun no se sabe si empieza otra tierra ó
acaba el mar.

»De esta suerte recorrimos aquellas regiones por donde
Apolo pasa dos veces, dando lugar á dos inviernos y á otros
tantos veranos, al pasar de un polo á otro; y sufriendo cal-
mas, tormentas y otros peligros á que da siempre origen en
el mar el airado Eolo, vimos, á pesar de Juno, á las Osas
bañándose en las aguas de Neptuno.

»Referirte extensamente las peligrosas peripecias del mar
que los hombres no llegan á comprender, las repentinas y
temibles tormentas, los relámpagos que abrasan la atmós-
fera, los negros chubascos, las noches tenebrosas y los bra-
midos del trueno que estremecen el mundo, sería un tra-
bajo tan improbo como errada pretension, por más que mis
pulnones fueran de hierro.

»Presencié aquellos fenómenos que los rudos marineros,
cuya maestra es una prolongada experiencia, cuentan siem-
pre como ciertos y positivos, juzgando las cosas sólo por la
apariciencia, mientras que las personas de claro entendi-

(1) El polo en que está la constelacion de la Osa mayor. Juno, celosa de Calisto, de
quien había tenido Júpiter á Arcas, convirtió en dichos animales á la madre y al hijo,
los que fueron colocados en el cielo formando las constelaciones de la Osa mayor y la
menor.

(2) El ecuador.

(3) La constelacion del Crucero. que consta de siete estrellas, cinco de ellas coloca-
das en cruz.

miento que, guiadas por la luz de la ciencia ó por su ingenio, descubren los más recónditos secretos del mundo, los tienen por mal interpretados ó por falsos.

»Vi distintamente la clara luz á que la gente del mar atribuye un origen santo en tiempo de tormenta ó fuerte viento (1). No menos milagro pareció á todos, y cosa verdaderamente temible, ver las nubes del mar formando un vasto cono, que absorbía las aguas del Océano.

»Yo vi ciertamente, y no creo que entonces me engañara la vista, elevarse en el aire un pequeño vapor ó sutil humo: que empezó á girar, impelido por el viento; en seguida, vimos levantarse hasta el cielo un chorro tan delgado, que los ojos podían apenas distinguirlo, y que parecía de la misma materia que las nubes.

»Poco á poco iba anmentando su volúmen, y adquiriendo un espesor mayor que el de un gran mástil: por un lado se estrechaba, mientras se ensanchaba por otro, conforme iba chupando grandes cantidades de agua: balanceábase al par de las olas, y sobre él se iba condensando una nube que á cada momento se hacía mayor y más pesada con el exceso de agua que en sí recibía.

»Cual roja sanguiucla que, agarrada á las fauces de un animal, que la recogiera al beber imprudentemente en algún manantial, sácia su ardiente sed con la sangre ajena, y cuanto más chupa, más engruesa y crece, llenándose y dilatándose sobremanera; del mismo modo aquella gran columna, al llenarse, se dilataba á sí misma y á la negra nube que sustentaba.

»Mas en cuanto se hartó del todo, atrajo hácia sí el pié

(1) El fuego llamado de San Telmo.

que tenia en el mar, y finalmente, voló por el cielo desprendiendo la lluvia, mojando con el agua que derramaba la que quedaba en el mar, y devolviendo de esta suerte á las ondas las que les habia arrebatado, si bien quitándoles su salobre sabor. Vean ahora los más sabios escritores en qué consisten estos secretos de la naturaleza.

»Si los filósofos antiguos, que recorrieron tantas tierras por inquirir sus secretos, hubiesen visto las maravillas que yo tuve ocasion de observar dando las velas á tan diversos vientos, ¡qué magníficos escritos nos hubieran dejado! ¡Qué influjos de signos y de estrellas! ¡Qué extrañezas, qué grandes descubrimientos! Y todo ello pura verdad; nada de mentira ni exageracion.

»El planeta que habita en el primer cielo (1) habia mostrado diligente cinco veces su rostro, ya medio, ya entero, mientras la armada iba cortando la superficie del mar, cuando un marinero gritó desde la gavia más alta donde iba colocado: «¡Tierra, tierra!» Al oír este grito, la tripulacion saltó alborozada, con los ojos fijos en el horizonte del Oriente.

»Empiezan á presentarse á manera de nubes los montes que divisamos; preparáanse las pesadas áncoras; se amainan las velas, una vez llegados á la costa; y para conocer con más certeza las remotas regiones donde nos encontrábamos, apelé al nuevo instrumento llamado astrolabio, invencion hija de sutil y perspicaz ingenio (2).

»Desembarcamos luego en la espaciosa comarca, por

(1) La Luna.

(2) Instrumento que emplean los marinos para tomar la altura del polo y de los astros, y conocer por este medio el sitio en que se encuentran. Fué inventado por los célebres maestros Rodrigo y José, Judios, médicos de D. Juan II.

donde se esparció la gente, deseosa de ver las cosas raras que pudiera ofrecer aquella tierra no pisada por pueblo alguno, mientras yo permaneci en la arenosa playa con mis pilotos ocupado en tomar la altura del Sol, consultandó las cartas geográficas.

»Observando estaba que habíamos pasado más allá de la grau meta del pez Semicapro, encontrándonos entre ella y el helado circulo Austral, que es la parte más secreta del mundo (1), cuando vi á varios de mis compañeros acercarse conduciendo un hombre extraño, de tostada piel, al que habian aprehendido á la fuerza, mientras cogia panales de miel en la montaña.

»Se adelantó bastante turbado, como aquel que no se ha visto nunca en tan extraordinario caso; y más salvaje que el brutal Polifeuno, ni él nos entendió, ni nosotros á él. Quise tranquilizarle enseñándole el bello metal sacado de la rica piel de Colcos (2), la fina plata y la picante especeria; pero por nada de ello manifestaba asombro aquel ser estúpido.

»Entonces mandé que le enseñaran otros objetos más insignificantes, como cuentas de transparente cristal, algunos cascabeles pequeños y sonoros, un gorro de rojo y llamativo color; y en seguida comprendí por sus ademanes que aquello le contentaba mucho más: dispuse, pues, ponerle en libertad con todas estas baratijas, é inmediatamente se dirigió con ellas hácia su pueblo, que estaba á poca distancia.

»Al día siguiente aparecieron sus compañeros tan des-

(1) Quiere dar á entender el Poeta que los navegantes se encontraban más allá del trópico de Capricornio, á cuyo animal llama pez semi-cabra.

(2) Alusion al oro, de que estaba formada la piel del vellocino de Colcos:

nudos y negros como él, bajando por los ásperos collados, en busca de regalos semejantes á los que el primero se habia llevado. Tan dóciles y amistosos se mostraron, que Fernando Velloso no pudo resistir al deseo de conocer el país y sus costumbres, y se alejó con ellos por el bosque.

»Velloso confiaba en su brazo, y arrogante, no temia por su seguridad; pero cuando hubo transcurrido un grande intervalo, y estaba yo en la expectativa de alguna buena señal, con la vista levantada, cuidadoso por el aventurero, le vi venir por el escarpado monte, encaminándose hácia el mar, y regresando con más precipitacion de la que habia empleado para ir.

»Acudió presuroso el esquife de Caello para recibirle á bordo; pero antes de que pudiera refugiarse en él, le acometió un etiope atrevido, tratando de impedir que se le escapara, y luego otro, y otro; de modo que Velloso se veia perdido si álguien no corria en su auxilio. Preparéme, pues, á socorrerle; mas no bien empuñó mi gente los remos, cuando vi que le perseguia una horda de negros.

»Cayó entonces sobre nosotros una espesa lluvia de saetas y piedras, no dirigidas por cierto al viento, como lo demuestra la cicatriz de una herida que recibí en esta pierna; mas, en venganza de esta injuria, les respondimos tan cumplidamente, que se sospecha con fundamento que el color rojo de sus gorros se propagó entonces á otras partes de su cuerpo.

»Una vez salvado Velloso, nos volvimos á los buques, lamentando la infame astucia y el pérfido intento de una gente tan brutal, tan ruda y tan malvada, de quien no pudimos averiguar otra cosa con respecto á la India, sino que aun estábamos muy lejos de ella: por lo cual volví á dar las velas al viento.

»Uno de los camaradas de Velloso le dijo entonces, mientras los demás se sonreían:—¡Hola, amigo Velloso! Parece que por aquella colina se baja mejor que se sube.—Efectivamente, respondió el osado aventurero; pero es porque observando que os iban á acometer tantos perros, apreté un poco el paso por acordarme de que no estaba yo á vuestro lado para defenderos.

»Nos contó entonces que, apenas hubo traspuesto la colina, los negros de que hablo le impidieron que siguiera adelante, manifestándose dispuestos á matarle si no retrocedía; y que habiéndolo hecho así, se emboscaron aquellos, con el propósito de asesinarnos sobre seguro, cuando saliéramos á recibirle, á fin de robarnos más á mansalva.

»Cinco veces nos habia iluminado ya el Sol desde que nos alejamos de aquella costa, surcando mares por donde nadie habia navegado hasta entonces, é impelidos por una brisa favorable, cuando una noche en que más descuidados estábamos, aunque sin dejar de vigilar la marcha del buque, extendióse sobre nuestras cabezas una nube, que cubrió de densa oscuridad toda la atmósfera.

»Tan temible y cargada se presentó, que nuestros corazones se llenaron de espanto: al mismo tiempo, las negras aguas del mar despedían un fragoroso bramido, que se oía á lo lejos, como si se estrellaran contra algun escollo.—«¡Oh divina Providencia! exclamé. ¿Qué amenaza celeste es esta? ¿Qué secreto prodigio va á ofrecernos este clima y este mar, que, por lo que se ve, prepara un fenómeno más imponente que el de una tormenta?»

»Aun no habia concluido de pronunciar estas palabras, cuando se dejó ver en el aire una figura membruda y pavorosa, de descomunal y grandísima estatura, ceñudo rostro, barba escuálida, ojos hundidos, ademan salvaje y ma-

ligno, amarillento y terrizo color, cabellos ásperos y llenos de lodo, boca negra y dientes amarillos.

»Sus miembros eran tan desmesurados, que puedo compararlo sin exageracion al coloso de Rodas, el cual fué una de las siete maravillas del mundo. Empezó á hablar con una voz estendrea y cavernosa, que parecia salir de lo profundo del mar; y sólo al verle y al oirle, se contrajeron nuestros músculos y se erizaron de terror nuestros cabellos.

—« ¡Oh gente la más osada de cuantas han acometido en el mundo grandes empresas! exclamó: ¡oh pueblo andaz, que no te permites nunca el menor reposo, ocupado constantemente en terribles guerras y en trabajos inauditos! Puesto que ahora rompes los límites prescritos, y te atreves á surcar mis vastos mares, cuyo dominio ha tanto tiempo que poseo y guardo sin que jamás fueran surcados por extraño ni propio leño (1);

»Puesto que vienes á descubrir en el húmedo elemento los recónditos secretos de la naturaleza, gracia que no se ha concedido á ningun ser humano, por grandes é inmortales que hayan sido sus merecimientos; oye de mis labios los males que á tu temeraria audacia tengo preparados en todo el ancho mar, y en toda la tierra que á costa de sangrientos combates has de subyugar.

»Sabe, que cuantas naves intenten emprender el atrevido viaje que tú haces, encontrarán en mi un enemigo, y contra ellas desencadenaré furiosos vientos, tormentas desmedidas, proponiéndome imponer tan súbito castigo á la primera armada que llegue á pasar por estas indoma-

(1) Dice Camoens, que las aguas del Gato no habian sido surcadas por propio leño, porque ni aun los naturales del Africa se atrevian á navegar por aquellos mares ni á doblar el promontorio.

»bles ondas, que antes que el peligro sentirá el estrago (1).

»Si no me equivoco, espero tomar en breve una ven-
 »ganza cruel del que me descubrió (2); y no pararán aquí
 »los funeslos efectos de vuestra pertinaz conlianza, sino
 »que vereis sufrir á vuestras naves cada año (siendo cierto
 »lo que preveo) naufragios y pérdidas tan desastrosas, que
 »habreis de tener la muerte por el menor de todos los males.

»Yo seré además la nueva y eterna sepultura del pri-
 »mer virrey ilustre, cuyas prósperas victorias elevarán
 »su fama hasta los cielos: por un secreto designio de Dios.
 »quedarán aquí con él los soberbios trofeos conquistados á la
 »armada turca, y las destruidas Quiloa y Mombaza se aso-
 »ciarán á mí, amenazándole con sus terribles represalias (3).

»Vendrá después otro honrado caballero (4), famoso, ena-
 »morado y liberal, trayendo en su compañía la hermosa
 »dama de que Amor le hizo dulce y magnifico presente:
 »una desgraciada suerte y su negro destino los conducirá á
 »mis dominios, que implacables y airados, permitirán que

(1) Bartolomé Diaz dobló el cabo de Buena-Esperanza en 1486, y Gama en 1497. Es-
 los no eran sino meros descubridores con unos pequeños buques. La primera escuadra
 que por allí pasó fué la de Pedro A. Cabral en 1500, con quince velas. El 25 de
 Junio, una tempestad sumergió cuatro, estrelló tres contra las rocas y dispersó las res-
 tantes, que no se volvieron á reunir hasta el 16 de Julio y todas muy deterioradas.

(2) En una de las cuatro naves sumergidas iba Bartolomé Diaz, descubridor del
 Cabo.

(3) Véase en el canto X la nota referente á la destruccion de estas ciudades.

(4) Este es D. Manuel de Souza, casado en la India con la hermosa D.^a Leonor de
 Sa: al regresar en 1582 á su patria con su esposa y tres hijos, el mayor de ellos de
 10 años, y algunas riquezas que habia adquirido, se estrelló el buque que los condu-
 cia en el Cabo de Buena-Esperanza, pereciendo en el acto 100 personas de las 500 que
 iban en él. D. Manuel y su familia consiguieron salvarse; pero viéndose abandonados
 en aquella punta del mundo, sin tener ninguna esperanza de auxilio. D.^a Leonor, des-
 pués de recorrer 100 leguas de camino, sin fuerzas, descalza, y con los pies chorrean-
 do sangre, murió asida del cuello de su marido, habiendo visto perecer poco antes á
 sus hijos.



Verán, cómo los salvajes cafres arrancan á la linda dama sus vestiduras.

(Canto V.)

»que sobrevivan á su naufragio, mas para hacerles sufrir
»trabajos excesivos.

»Verán morir de hambre á sus queridos hijos, prendas
»de su amor conyugal; verán cómo los salvajes cafres ar-
»brancan á la linda dama sus vestiduras (1), dejando sus
»miembros transparentes desnudos y expuestos á los ardo-
»res del Sol, al viento y al frio, después de haber pisado
»por largo tiempo con sus delicados piés la arena ardiente.

»Los ojos que consigan escapar á tanto mal y á tanta
»desventura verán más todavía; verán abandonados en
»aquella espesura abrasada é inhospitalaria á los dos aman-
»tes, que después de prorumpir en continuos lamentos y
»aflictivas lágrimas capaces de ablandar las duras peñas,
»enlazados en estrecho abrazo, dejarán salir sus almas de
»su hermosa y miserable prision. »

»El horrendo mónstruo iba á continuar hablando sobre
los destinos de los nuestros, cuando levantando la voz, le
pregunté:—«¿Quién eres tú, cuyo cuerpo descomunal me
»tiene maravillado en extremo?» Y dando un espantoso
y gran bramido, me respondió con voz impregnada de
amargura, como si le pesara mi pregunta:

—«Yo soy el grande y oculto Cabo que llamais *Tormen-*
»*torio*, y á quien nunca conocieron Tolomeo, Pomponio,
»Estrabon, Plinio, ni cuantos geógrafos vivieron después
»de ellos. En este promontorio mio nunca visto, que se ex-

(1) Los cafres, de quienes Souza se lió, obligado por el hambre y por la sed y el cansancio, le desnudaron á él, á su mujer y á sus hijos, y los abandonaron en tal estado en un arenal. D. Manuel de Souza, después de haber visto morir á su mujer y á dos de sus hijos, y una vez que los hubo enterrado, cogió en brazos al tercero y se internó en un bosque, donde no pareció más. De los 100 hombres que se salvaron del naufragio, sólo consiguieron llegar ocho á Portugal por haberlos recogido casualmente un buque.

»liende hacia el polo Antártico, y al que tanto irrita vuest-
»tra osadía, tiene fin toda la costa de Africa.

»Fui uno de los feroces hijos de la Tierra, y hermano de
»Encélado, Egeo y Centimano: me llamé Adamastor, y to-
»mé parte en la guerra contra el que vibra los rayos de
»Vulcano; pero no acumulando montes sobre montes como
»aquellos, sino conquistando las ondas del Océano, por don-
»de andaba la escuadra de Neptuno, á cuya persecucion
»me dedicaba.

»Decidme á acometer mañana empresa llevado de mi
»amor hacia la esposa de Peleo (1), y desprecié á todas las
»diosas del Olimpo para cifrar mi vehemente pasion en la
»princesa de las aguas. Vila un dia salir desnuda á la playa
»en compañía de las hijas de Nereo, é inmediatamente senti
»que mi voluntad quedaba de tal modo esclavizada de sus
»hechizos, que no ha habido en el mundo cosa más queri-
»da para mí.

»Conociendo que era imposible lograr su cariño á cau-
»sa de la excesiva fealdad de mi rostro, me decidí á conse-
»guirlo por medio de las armas, y confié á Doris mi reso-
»lucion (2). Atemorizada esta diosa, le habló entonces en
»mi favor; pero ella le contestó con una hermosa y honesta
»sonrisa: —«¿Qué amor de ninfa bastará para satisfacer el
»de un gigante?

»Sin embargo, para librar al Océano de tan funesta
»guerra buscaré un medio que, sin menoscabo de mi honra,

(1) Empieza el Cabo de Buena-Esperanza, en quien supone el Poeta con maravilloso ingenio que se convirtió el gigante Adamastor, á hablar de su genealogia y de sus amores con Telis, esposa de Peleo, y diosa del mar.

(2) Segun los poetas, Doris fué mujer de Nereo, dios marítimo, y madre de las Nereidas. Su juventud fué tal y tan aprovechada, que pobló el Océano de hijas.

»evite sus estragos.» — Tal fué la respuesta que me dió
 »la mensajera: y yo que no comprendí el engaño que tras
 »estas palabras se ocultaba, (pues lá ceguera de los
 »amantes es mucha), sentí mi corazón henchido de deseos
 »y de esperanzas.

»Desistiendo ya en mi necesidad de la guerra, una noche
 »que me había sido fijada de antemano por Doris, se me
 »apareció á lo lejos la hermosa figura de la blanca y sin par
 »Tetis en toda su desnudez. Fuera de mí, me precipité há-
 »cia ella abriendo los brazos, para recibir en ellos á la que
 »era vida de este cuerpo; y empecé á besarle los lindos
 »ojos, las mejillas y los cabellos.

»¡Oh, no sé cómo la ira me permite referirlo! Creyendo
 »estrechar entre mis brazos á la que amaba, me encontré
 »abrazado á un duro monte, crizado de ásperas malezas y
 »de salvaje espesura. Al verme frente á frente de un peñas-
 »co, al que acariciaba creyendo en mi loco desvarío que era
 »el rostro angelical de la ninfa, me quedé mudo, yerto, pe-
 »trificado: dejé de ser hombre, y me creí convertido en un
 »peñasco igual al que abrazaba.

»¡Oh Tetis, la más hermosa de las ninfas del Océano!
 »Ya que te desagradaba mi presencia, ¿qué te costaba de-
 »jarme en mi ilusión, bien fuese monte, nube, sueño ó na-
 »da? Me alejé de allí airado y como fuera de mí por la
 »aflicción y la mengua que sufría, y fui en busca de otro
 »mundo, donde no hubiera quien se riese de mi llanto y
 »de mi desgracia.

»En aquel tiempo habían sido vencidos mis hermanos y
 »reducidos al último extremo, quedando algunos de ellos
 »sepultados debajo de los montes para mayor seguridad de
 »los falsos dioses: y como no vale la fuerza contra el Cielo,
 »yo, que iba llorando mis disgustos, empecé también á

»sentir el castigo que el Hado adverso quiso imponerme
»por mi audacia.

»Mi carne quedó convertida en dura tierra, mis huesos
»en peñascos, y estos miembros que estás viendo se exten-
»dieron por las aguas que surcais. En fin, los dioses con-
»virtieron mi desmesurado cuerpo en este remoto Cabo;
»y, para colmo de desdichas, Tetis anda continuamente en
»torno mio por estos mares, burlándose de mi dolor.»

»Así dijo, y prorumpiendo en amargo llanto, desapareció
de improvisó de nuestra vista: disipóse la negra nube, y
el mar resonó por mucho tiempo con estridente brumido.
Entonces yo, elevando las manos hácia el santo corte de los
ángeles que nos habían guiado hasta tan apartadas regio-
nes, pedí á Dios que no permitiese la realizacion de las
cruelles predicciones de Adamastor.

»Ya se adelantaban Flegon y Pirois (1) tirando con los
otros dos del radiante carro, cuando divisamos la elevada
tierra en que fué convertido el gran gigante. Empzando
á surcar en fin las ondas de Oriente, seguimos navegando
á lo largo de esta costa, donde tomamos tierra por segunda
vez (2).

»Las gentes que la habitaban, á pesar de ser Eliojes, pa-
recian más humanas en su trato que las otras que os ha-
bian recibido tan mal: se dirigieron hácia nosotros por la
arenosa playa con danzas y otras demostraciones de ale-
gria, trayendo consigo las mujeres y los mansos yucidos
ganados que apacentaban.

»Aquellas mujeres de tostada tez venian montada en los

(1) Nombre de dos caballos del carro del Sol. Los otros dos son Eos y Eton.

(2) Esta tierra fué la Isla de San Blas.

pacíficos bueyes, más estimados por ellas que ninguna otra clase de animales, y entonaban en su lengua melodiosas canciones pastoriles en prosa ó verso, ajustadas al dulce sonido de rústicas zampoñas, imitando las tiernas baladas de Tíiro (1).

»Los habitantes de aquel país confirmaron la agradable impresion que nos causó á primera vista su aspecto, tratándonos con humanidad, y trayéndonos gallinas y carneros á cambio de otros objetos. Pero como mis compañeros no consiguiesen arrancarle palabra alguna por la que pudiéramos venir en conocimiento de lo que buscábamos, levamos anclas, y nos hicimos de nuevo á la vela.

»Hasta allí habíamos dado ya un gran rodeo por la costa negra del Africa, y la proa volvía á demandar el ardiente medio del cielo, dejando atrás el polo Antártico y aquella isla á donde llegó la primera armada que fué en busca del Cabo Tormentorio, y que una vez descubierto, lijó en ella el limite de su viaje (2).

»Desde allí continuamos navegando por espacio de muchos dias en medio de tormentas y de bonanzas, trazando nuevos caminos en tan vasto mar, é impelidos solamente por nuestra árdua esperanza. Mucho tiempo anduvimos luchando con las saladas ondas, porque como en ellas todo son mudanzas, nos encontramos con una corriente tan impetuosa, que no nos dejaba seguir adelante.

(1) Llámase comunmente etiopo á toda la raza negra. Otros pretenden sea solamente el nombre de los habitantes de Etiopía, region entre el Egipto y la Arabia, llamados así de Etiopie, hijo de Vulcano, que fué rey de aquel país, segun Plinio.

(2) Después de haber recorrido la costa de Africa, viraron en demanda de la linea, á la cual llama medio, por ser la mitad del mundo, y ardiente como la más próxima al Sol. Alídense á las señales que colocó Bartolomé Diaz cuando descubrió el cabo de Santa Cruz, el cual supone que es el limite, porque hasta allí llegó aquel marino.

»Su fuerza era mucho mayor que la del viento que nos empujaba, según lo que nos obligaban á retroceder as contrarias olas, hasta que irritado Noto de las tenacidades del mar, aumentó la fuerza de su soplo, consiguiento le este modo que venciéramos el poderoso obstáculo que se nos oponia.

»La luz del Sol trajo consigo el celebrado dia en que tres Reyes de Oriente fueron en busca de un Rey de humilde nacimiento, el cual reúne otros tres en sí. En este lia tomamos puerto en un ancho rio que pertenecia al país habitado por las gentes de que he hablado antes, á cuyo rio le pusimos el nombre del dia en que nos internamos por él.

»Los indigenas nos proporcionaron algunos viveres, y el rio agua fresca; pero á pesar de todo, no pudimos obtener ninguna señal de la India de un pueblo que para nosotros era lo mismo que si fuese mudo. Calcula ahora, di Rey, cuántas costas recorrimos sin salir nunca de entre un salvaje gente y sin noticia ni indicio alguno de la coseada parte oriental.

»Imagina cuán desanimados iriamos todos, y con perdididos, quebrantados por el hambre y por las tormentas, á través de climas y mares desconocidos, bajo cielos mortíferos para nuestra naturaleza no acostumbrada á ellos, y tan cansados de esperar, como inclinados ya por necesidad á desesperar.

»Corrompidos los viveres, que por esta causa eran nocivos para el débil cuerpo humano, y además de esto, sin disfrutar de contento alguno, siquiera fuese hijo de una esperanza engañosa, ¿crees que si aquella multitud de soldados no hubiese procedido de Lusitania, permaneciera por ventura tan obediente á su rey y á su jefe?

»¿Crees que no se habrían sublevado contra su capitán,

si se opusiera á sus deseos, haciéndose piratas, obligados á ello por el hambre y la desesperacion? Harlo probados están por cierto, pues ningún trabajo, por grande que sea, los sustrae á aquella obediencia y firme lealtad que tanto distinguen á la nacion portuguesa.

»Abandonando, por fin, el puerto de aquel dulce rio, y volviendo á cortar las saladas ondas, nos desviamos algun tanto de la costa, con rumbo á la alta mar, á fin de evitar que el soplo del Noto manso y frio nos llevase hácia las turbulentas aguas del golfo que forma la costa hácia aquella parte, de donde exporta el oro la rica Sofala.

»Habiendo pasado ya de allí, encomendamos el ligero timon á San Nicolás (1), y dirigimos de nuevo las proas de una y otra nave hácia la ribera en que el mar se estrellaba mugiente; cuando nos vimos agradablemente sorprendidos por un inesperado espectáculo, precisamente en los momentos en que el corazon, que habia puesto su confianza en un frágil palo, vacilando entre el temor y la esperanza, empezaba á desesperar ya de lo que esperaba.

»Aconteció que, estando próximos á la costa, desde donde se divisaban perfectamente las playas y los valles, vimos que entraban y salian varios buques de vela por un rio que desembocaba en el mar. Grande fué, por cierto, nuestra alegría al encontrar personas que sabian navegar, porque nos prometiamos conseguir de ellas algunas noticias, como efectivamente las conseguimos.

1) San Nicolás, abogado de los marineros, en cuya vida se lee que, viéndose perdidos unos navegantes á causa de una terrible tormenta, invocaron á este Santo, el cual acudió, empuó el timon y los salvó de ella. Por eso le fué consagrado el timon del navio.

»Todos eran etíopes; mas al parecer, debian tener relaciones con gente más civilizada, porque entre las palabras que nos dirigieron en su idioma oimos algunas voces árabes. Llevaban ceñida la cabeza con una delgada tela de algodón, y las partes vergonzosas de su cuerpo cubiertas con otra tela de color azul.

»Nos dijeron en lengua arábica, que hablaban mal, pero que Fernando Martín entendia muy bien, que sus mares se veian frecuentemente surcados por naves tan grandes como las nuestras, las cuales prolongaban sus viajes desde donde nace el Sol hasta donde la costa se extiende más hácia el Sur, y regresaban luego desde este hasta su oriental país, en el cual habia gente del color del dia como nosotros.

»Mucho regocijo nos causó el encuentro de aquellos navegantes, y más aun las noticias que nos dieron: pusimos á aquel rio el nombre de las *Buenas Señales*, por las que en él encontramos, fijando en la playa una señal de las que conmigo traia para marcar lugares semejantes, la cual lleva el nombre del hermoso ángel que encaminó á Tobias á Gabelo (1).

»En aquellas playas limpiamos las naves, que á consecuencia de tan dilatado viaje estaban sumamente sucias, arrancando los mariscos y yerbas que se habian adherido á sus cascos, enojosa produccion de las aguas profundas. Los habitantes del país nos proporcionaron diariamente el necesario alimento, con evidentes muestras de sinceridad y alegría, y exentos de todo pensamiento malévoló.

»Mas, ¡ah! el júbilo que nos causó la inmensa esperanza concebida en aquel país no dejó de empañarse; antes bien,

(1) La señal que Gama dejó en el rio de las Buenas Señales era una cruz dedicada á San Rafael.

Ramnusia (1) se vengó de nosotros, afligiéndonos con una nueva desventura. Así lo ha dispuesto el Cielo: con tan onerosa y dura condicion venimos al mundo: la desdicha es duradera, al paso que el bien suele mudar frecuentemente de naturaleza.

»Sucedió que una enfermedad cruel, la más horrible que he visto en mi vida, causó la muerte á muchos, que dejaron sepultados para siempre sus huesos en aquella tierra extraña. ¿Quién podrá creer, sin presenciario, que tan disformemente se hincharan las encias de los que eran atacados por el mal, ereciéndoles la carne en la boca, y pudriéndoseles en seguida (2)?

»Semejante podredumbre despedia un hedor tan fétido y nauseabundo, que inficionaba la atmósfera que nos rodeaba: careciamos de médico y cirujano; pero cualquiera, por más que no entendiera nada de este oficio, cortaba la carne podrida sin reparo alguno, y en verdad que habia necesidad de ello; porque de no hacerlo así era segura la muerte del que se veia atacado de aquella dolencia.

»Finalmente, abandonamos para siempre en aquella ignorada espesura á muchos de nuestros compañeros, que se habian aventurado con nosotros en tal viaje y en semejantes desventuras. ¡Cuán fácil es dar sepultura al cuerpo! Cualquiera ola, cualquiera colina pueden recibir los huesos de un varon esclarecido, lo mismo que los nuestros.

»Nos alejamos, pues, de aquel puerto con mayor esperanza, si, pero más tristes, y fuimos navegando á lo largo

(1) Némesis, deidad enemiga de los soberbios y grande vengadora de los presuntuosos. Lamábase por otro nombre Ramnusia de un lugar de Africa donde era venerada.

(2) La mayor parte de la tripulacion fué atacada del escorbuto, que es la enfermedad á que alude el Poeta.

de la costa con el cuidado de ver si descubriamos algunos indicios más positivos: entonces fué cuando arribamos á la cruel Mozambique (1), de cuya falsedad y vil malevolencia ya tendrás conocimiento, asi como de los traidores engaños del inhumano pueblo de Mombaza.

»La misericordia divina nos condujo, por último, á tu seguro puerto, cuya afabilidad y dulce trato son tales, que darian á un vivo la salud y la vida á un muerto. Aquí nos has ofrecido el dulce reposo, el agradable refrigerio y la tranquilidad de espíritu que tanta falta nos hacian. Esta es, si te has fijado bien en ella, la historia de nuestros trabajos, que te he referido por satisfacer tus deseos.

»¡Juzga ahora, oh Rey, si ha habido jamás en el mundo gente que se aventurase en tales expediciones! ¿Crées que Eneas y el elocuente Ulises llegaron á visitar tantas regiones? ¿Se ha atrevido alguno de aquellos célebres navegantes, tan ensalzados por los poetas en numerosos versos, á visitar siquiera la octava parte de los extensos mares que yo he recorrido, merced á mi esfuerzo y mi arte, y de los que aun me quedan por recorrer?

»Cante aquel que bebió la inspiracion en las puras linfas de Aonia, y sobre cuyo origen enblablaron tan peregrina contienda Rodas, Esmirna, Colophon, Atenas, Chios, Argos y Salamina (2); cante aquel otro que dió tanto esplendor á la Ausonia (3) y á cuya voz allisona y divina se adormece el patrio Mincio y se enorgullece el soberbio Tiber (4).

(1) En 24 de Febrero de 1498 salieron del rio de las Buenas Señales, y el 12 de Marzo dieron vista á Mozambique.

(2) Homero, cuyo nacimiento se disputan todas estas ciudades.

(3) Nombre de Italia entre los poetas.

(4) Este es Virgilio, que nació en Mantua, por donde corre el Mincio. Dice que se enorgullece el Tiber, porque dicho poeta residió en Roma.

»Canten, ensalcen y escriban exageradas proezas de sus semidioses (1), encarreciendo al mismo tiempo sus acciones, é inventando para ello Magas, Circes, Polifemos y Sirenas que los adormezcan; representenlos en sus navegaciones á vela y remo por la tierra de los Cicones (2), y por aquella en que se olvidan de sus compañeros al gustar el loto (3); concédanles que se pierda su piloto en las aguas (4).

»Finjanles desatados vientos, é imaginen odres (5), y enamoradas Calipsos (6), y arpías que inficionen sus manjares, y hagan que se les aparezcan las desnudas sombras de los muertos; pues por más que se empeñen en embellecer estas tan bien soñadas y vanas fábulas, la verdad pura y desnuda que sale de mis labios supera á todas sus maravillosas narraciones.»

Pendientes estaban todos de los labios del elocuente capitán, cuando dió fin á la extensa relacion de tan esclarecidas acciones. El Rey empezó entonces á celebrar el sublime corazón de los reyes que se dieron á conocer en tantas

(1) Alusión á la *Odisea* y la *Eneida* en que ambos poetas ensalzaron á sus héroes, haciéndolos aparecer victoriosos de todos los trabajos que enumera Camoens.

(2) Pueblos de la Tracia con quienes sostuvo Ulises una batalla, teniendo que retirarse.

(3) Según Plinio, el loto es un árbol del tamaño de un peral, y su fruto por el estílo de una haba; los habitantes de aquella provincia que se alimentaban de él llevaban el nombre de lotófagos.

(4) Esto es Polimnro, piloto de la escuadra de Eneas, á quien una tempestad hizo caer al agua.

(5) Cuando los vientos arrojaron á Ulises á los estados de Eolo, dios de aquellos, este le regaló unos odres que encerraban los que eran contrarios á su navegacion. Los compañeros de Ulises los abrieron por curiosidad, y escapándose al instante los vientos, causaron una furiosa tempestad que hizo zozobrar las naves.

(6) Calipso, hija de Tetis y del Oceano, retuvo á su lado á Ulises por medio de sus halagos, hasta que el héroe griego pudo librarse de ellos escapándose de la isla de que aquella era señora.

guerras, y el nunca desmentido valor, lealtad y nobleza de sus súbditos.

Cada uno de sus admirados oyentes fué luego repitiendo los hechos que más le llamaron la atención; y ninguno separaba sus miradas de la gente que habia recorrido tan dilatadas regiones. Mas ya el mancebo Delio iba volviendo las riendas del carro que tan mal dirigiera el hermano de Lampecia, para ir á descansar en los brazos de Tetis, y entonees retiróse el Rey á su palacio.

¡Cuán dulce es la alabanza y la justa gloria de los propios hechos cuando los pregona la fama! Cualquier noble se esfuerza en llevar á cabo acciones cuya memoria eclipse ó iguale por lo menos á la de los héroes antiguos: el estímulo que producee el renombre ajeno da lugar mil veces á sublimes hazañas; porque el lauro que otros han adquirido despierta una noble emulacion en el que se ejercita en obras valerosas.

Alejandro no tenia en tanto los gloriosos hechos de Aquiles en los combates, como los numerosos versos del que los cantara; esto era lo único que enearecia, lo único que para sí deseaba. Los famosos trofeos de Milciades despertaban tan sólo la envidia de Temistocles; pero decia que nada le deleitaba tanto como el acento del que enaltecía los hechos de aquel héroe.

Vasco de Gama se esforzaba en demostrar que aquellas navegaciones tan celebradas, no merecian una gloria y una fama tan grandes como la suya que llegaba á asombrar al Cielo y á la Tierra. Es muy cierto; pero aquel héroe que tanto aprecio hizo de los versos de Virgilio, á quien colmó de dones, mercedes, favores y honras, consiguió de este modo que se perpetuara el recuerdo de Eneas, y se extendiera la fama de Roma por el orbe entero.

La tierra lusitana produce Escipiones, Césares, Alejandro y Augustos, pero en cambio no los hace sensibles á las bellezas de la literatura, ni los adorna de otras dotes más que de las necesarias para la guerra. Octavio, en medio de las mayores contrariedades, componia versos doctos y pulidos: no dirá por cierto Fulvia que es mentira, cuando por Glafira (1) se vió abandonada de Antonio.

Mientras César se ocupaba en subyugar toda la Galia, no por eso le impidieron las armas dedicarse á las ciencias: antes bien, émulo del elocuente Ciceron, sustentaba en una mano la pluma y en otra la luiza: de Escipion (2) se sabe, que era muy dado á las composiciones dramáticas, y Alejandro gustaba tanto de leer á Homero, que jamás lo separaba de la cabecera de su lecho.

Por último, no ha existido valiente capitán, ya procediera del Lacio, de la Grecia, ó de cualquier nacion bárbara, que no fuera docto y entendido; solamente en Portugal ha sucedido lo contrario. Confieso avergonzado que la razon de que en mi patria no haya sobresalido alguno por sus versos consiste en que se menosprecia la poesia; lo cual no es de extrañar, porque quien desconoce el arte, no puede apreciarlo en lo que vale.

Por esta causa, y no porque la naturaleza no les haya concedido facultades para ello, se carece aqui de Virgilio y de Homeros, y tampoco habrá, si tan desdeñosa costumbre continúa, ni piadosos Eneas, ni terribles Aquiles, siendo lo peor de todo que la prosperidad ha hecho á los portugueses

(1) Glafira, mujer de Arquelao, gran sacerdote del templo de Belona en Capadocia, sedujo á Marco Antonio con su hermosura, haciéndole abandonar á Fulvia, que se cree sea Cleopatra.

(2) P. Cornelio Escipion, el Africano, era muy dado á los estudios, y especialmente á las comedias, por lo que fué grande amigo del poeta Terencio.

tan adustos, rudos, austeros, y de ingenio tan remiso, que hay muchos á quienes todo esto les importa muy poco, ó quizá nada.

Bien puede agradecer á las Musas nuestro Gama el entrañable amor á la patria (1), que las obliga á pulsar la lira, deparando eterno renombre á los lusitanos, y perpetuando el recuerdo de sus bélicos y gloriosos trabajos; pues ni él ni cuantos á su estirpe pertenezcan merecen de Caliope y de las Ninfas del Tajo tan amistosa deferencia, que abandonen, en obsequio suyo, sus tejidos de oro para cantar sus alabanzas.

El fraternal amor de la patria, y el desinteresado placer de tributar las alabanzas debidas á los hechos lusitanos, es el único móvil que ha guiado á las gentiles Tajides: sin embargo, nadie debe desistir por esto de emprender cualquiera accion noble y generosa, á que se sienta dispuesto, pues nunca dejara de hallar, de un modo ú otro, la recompensa á que se haya hecho acreedor.

(1) Moteja aquí Camoens á los portugueses poco favorecedores de los poetas, pues el tomar él la empresa de escribir sus hechos, débenlo más que á ellos á su mucho amor patrio.

CANTO VI.

ARGUMENTO.—Salen los Lusitanos de Melinde, después de haber sido muy agasajados por el Rey.—Mientras navegan prósperamente, baja Baco al mar, y persuade á las divinidades marítimas, reunidas en consejo, á que los destruyan, valiéndose de todos sus medios.—Entre tanto Velloso, uno de los soldados de la escuadra de Gama, refiere á sus compañeros la historia de los doce portugueses que pasaron á Inglaterra á pelear contra otros tantos caballeros de esta nación, que habían insultado á unas damas.—Levántase después una horrorosa tempestad que pone en peligro á la flota.—Vénus y las ninfas bajan al mar y consiguen calmarla enamorando á los vientos.—Los Lusitanos llegan á Calicut.—Acción de gracias de Gama, y reflexiones del Poeta sobre el modo de adquirir una gloria verdadera.

El Rey pagano no sabia cómo agasajar mejor á aquellos valerosos navegantes, deseoso de alcanzar la amistad del Rey cristiano y de tan poderosa nación: pésale que la suerte le hiciera habitar tan lejos de las fértiles tierras de Europa, y que no le permitiera ser vecino del país en que Hércules abrió paso al mar (1).

El monarca melindano obsequiaba diariamente á los lusitanos con juegos, danzas y otras diversiones, según la costumbre del país; con alegres pesquerías parecidas á las que preparaba la Egipcia para distraer y halagar á Antonio (2), y con suntuosos banquetes, en que les ofrecia delicados manjares, frutas, aves, carnes y pescados.

(1) Es decir, hubiera deseado reinar en la parte septentrional de Africa, cerca del estrecho de Gibraltar, abierto por Hércules para dar paso al mar.

(2) Cleopatra obsequiaba á Marco Antonio con magníficas pesquerías, y viendo este

Pero viendo el Capitan que se detenia alli más de lo debido, y convidándole el fresco viento á partir, embarca los pilotos y las provisiones necesarias, sin querer demorar ya su partida; pues aun tenian que cortar sus proas las saladas ondas en una gran extension: por lo tanto se despide del benigno Pagano, que ruega á todos le conserven siempre en su amistad.

Tambien les ruega que sus flotas visiten con frecuencia aquel puerto, y les manifiesta que su mayor satisfaccion consistirá en ofrecer á aquellos varones su reino y su estado; y que, mientras no le abandone la vida, estará siempre dispuesto á darla, juntamente con sus dominios, por el inclito Rey de Lusitania y por tan ilustres súbditos.

El Capitan le correspondió con frases no menos galantes y corteses, y luego, haciéndose á la vela, dirigió su rumbo hácia las tierras de la Aurora, en cuya busca iban hacia tanto tiempo, navegando ahora con toda seguridad y confianza; pues el piloto que llevaban, hombre recto y sin doblez, les iba mostrando el verdadero derrotero.

Surcaban ya las ondas orientales al través del Índico mar y empezaban á divisar el talamo del ardiente Sol, esperando ver realizados en breve sus deseos, cuando el pérfido Thyoneo, que siente en el alma las venturas que próximas se ofrecian á los Insitanos, tan dignos de ellas, arde en furor, desfallece y prorumpe en blasfemias y desatinos.

que apenas cogia alguno que otro pez, ordenó á algunos pescadores, sin que aquella lo supiera, que metidos debajo del agua lo fueran poniendo en el anzuelo los peres que ya habia cogido. Cleopatra conoció el ardor de aquel, procuró ganar á dichos pescadores, y al dia siguiente empezó á sacar Antonio con sorpresa pescados fritos y salados, excitando la hilaridad de los concurrentes. Entonces la reina de Egipto le dijo:—General, dejad para nosotros la pesca, pues la vuestra debe consistir en tomar ciudades, reyes y continentes. (Véase Plutarco.)

Viendo que todo el Cielo estaba dispuesto á hacer de Lisboa una nueva Roma, y no pudiendo impedirlo, porque así lo ha determinado otro poder á quien todo está sujeto, desciende desesperado del Olimpo; busca y adopta un nuevo recurso en la Tierra; entra en el húmedo imperio, y se encamina hácia la corte del dios á quien el mar cupo en suerte.

En lo más recóndito de las profundas cavernas donde el mar se oculta, en los insondables abismos de donde se precipitan furiosas las olas cuando responden á las iras del viento, allí mora Neptuno, y con él moran las alegres Nereidas y otros dioses del mar, en los sitios en que las aguas dejan ancho campo á las ciudades submarinas, mansion de aquellas deidades acuáticas.

Descubre el fondo por nadie descubierto, cuyas arenas son de fina plata, en donde se ven elevadas torres destacándose en el campo de la transparente masa cristalina; pero cuanto más se aproximan á ellas las miradas, tanto menos puede determinar el ojo más experto si lo que allí se distingue es diamante ó cristal, dada su diafanidad y brillantez.

Las puertas eran de oro fino, esmaltadas del rico aljófár que se cria en las conchas, y esculpidas con delicados relieves, en los que Baco no pudo menos de fijar la vista. Descollaba entre dichos relieves la faz confusa del vetusto Caos, hecha de diversos colores, y después los cuatro elementos, ocupado cada cual en su diferente cometido.

Sobre todos estaba el Fuêgo, que no se alimenta de ninguna materia, animando desde allí todo lo creado, desde que Prometeo lo robó al Cielo (1): seguía luego el su-

(1) Prometeo, rey de los Titánidas, fabricó una estatua de barro, y queriendo animarla, robó el fuego del Cielo. En castigo de su audacia, Júpiter le condenó á ser atado

til é invisible Aire, colocado algo más abajo, y de modo que no permite que haya en el mundo ningun vacío, ya sea frío ó caliente.

Estaba allí la Tierra con sus montañas, revestida de verdes yerbas y frondosos árboles, produciendo diferentes frutos y alimentando á los séres animados nacidos en ella: veíase además esculpida la clara forma de las Aguas, desparramadas por la Tierra, criando variadas especies de pescados, y manteniendo con su humedad todos los cuerpos.

En otra parte estaba representada la guerra que sostuvieron los dioses con los gigantes, viéndose á Tifeo sepultado debajo de la erguida cumbre del Etna, que lanza crepitantes llamas; así como también la imagen de Neptuno hiriendo la tierra para dar á los ignorantes pueblos el caballo, cuando Minerva les dió el olivo (1).

Mas el airado Lico no se detuvo largo rato en la contemplacion de tales maravillas, sino que penetró sin más tardanza en el palacio de Neptuno. Prevenido este dios de su llegada, le estaba ya esperando, y salió á recibirle á las puertas, acompañado de las ninfas, asombradas al ver que el rey del vino emprendiera tal viaje para entrar en el reino del agua.

—«¡Oh Neptuno! le dijo Baco, no te sorprendas al verme en tus dominios, porque ni aun los más grandes y poderosos se hallan libres de los golpes de la injusta Fortuna. Manda llamar al punto á las deidades marítimas, antes que

en el Cáucaso, donde un buitre le roía continuamente el hígado que volvía á renacer. Hércules se libró de este suplicio.

(2) Porfiando Neptuno y Minerva sobre quién de ellos había de dar nombre á la recién fundada Atenas, convinieron en que se le daría aquel que produjese una cosa más útil. Neptuno produjo el caballo, que salió de la tierra á un golpe de su tridente, y Minerva el olivo: los atenienses dieron á esta última la preferencia.

prosiga mi discurso, si es que quieres oír lo demás que tengo que decirte; y así todos conocerán mis grandes desventuras, y tendrán noticia del mal que á todos toca.»

Suponiendo Neptuno que aquel caso no podia menos de ser extraordinario, manda en seguida á Triton que convoque á las divinidades del húmedo elemento, habitantes de uno y otro hemisferio marítimo. Triton, que se gloriaba de ser hijo del Rey de los mares y de la veneranda Salacia, era un mancebo alto, negro y deforme, trompeta y correo de su padre.

Su espesa barba y su larga cabellera, que descendia hasta los hombros, estaban formadas de algas y ovas empapadas en agua, y desde luego se advertia que jamás conocieron el blándo peine: de las extremidades de los pelos colgaban negros mariscos, engendrados en ellos; y á manera de gorro llevaba en la cabeza un enorme caparazon de langosta.

Su cuerpo estaba enteramente desnudo asi como los órganos genitales para poder nadar con mas soltura, si bien los cubria una multitud de animalejos marinos, amontonados allí á centenares, como camarones, cangrejos, y otros que reciben de Febo su desarrollo (1); ostras, langostas, breguichos llenos de musgo y caramujos con su concha.

Llevaba en la mano un gran caracol retorcido, que hacia resonar con fuerza, oyéndose su estrepitoso sonido por todo el mar en el que retumbaba á lo lejos. Avisadas de este modo las divinidades marítimas, se encaminan al palacio

(1) El Poeta parece querer distinguir los mariscos que se salen del agua buscando la luz del Sol, de aquellos otros que permanecen sumergidos, y por eso atribuye á Febo (el Sol) la virtud de desarrollar los primeros.

del dios que hizo los muros de Dardania, destruidos después por el irritado Griego (1).

Acudió el padre Océano acompañado de los hijos é hijas que engendró (2); acudió también Nereo (3), que estuvo casado con Doris, y pobló de ninfas todo el mar; Proteo, abandonando el ganado marítimo mientras se apacentaba en las salobres aguas, se presentó también, aunque sabía lo que el padre Lico iba á buscar en el mar (4).

Por otra parte acudió la linda esposa de Neptuno, hija del Cielo y de Vesta (5), de majestuoso continente, apacible rostro y tan bella, que el mar se aquietaba asombrado en su presencia: llevaba ceñida una preciosa camisa de finísima gasa, que dejaba ver su cuerpo cristalino, pues no era justo que tanta hermosura permaneciese oculta.

No quiso faltar en aquella ocasión Anfitrite (6), bella como las flores, y se presentó seguida del Delfín que le aconsejó que prestase oído á los amores del Rey: sus ojos, ámbrosios de todo cuanto ven, serían capaces de ofuscar el Sol: esposas ambas del mismo marido, acuden cogidas de la mano, en amigable consorcio.

Aquella que, huyendo de la furia de Atamante, alcanzó

(1) Nepluo, ayudado de Apolo, edificó los muros de Troya ó Dardania, que fué destruida por los griegos.

(2) Océano, dios marítimo, hijo del Cielo y de Vesta, es padre de los ríos y fuentes.

(3) Nereo, hijo del Océano, tuvo de Doris cincuenta hijas que son las Nereidas.

(4) Proteo, como era profeta y adivino, no podía ignorar lo que se iba á tratar en aquella reunión.

(5) Esta es Tetis.

(6) Neptuno, al ver que no podía conseguir el amor de Anfitrite, que huía de él ocultándose en las cavernas, envió á los delfines para que la buscasen. Uno de ellos supo ablandarla de tal modo, que aquella se rindió al dios del mar, y prendada después del mismo de quien antes huía, quiso mostrar su agradecimiento al delfín llevándolo siempre consigo.

la divinidad, trajo tambien consigo á su hijo, hermoso niño, colocado entre el número de los dioses (1); el cual iba unas veces brincando por la playa, y jugueteando con las lindas conchas que el salado mar siempre cria, y otras era llevado en brazos por la bella Panopea.

El dios que un tiempo fué cuerpo humano, y se vió convertido en pez por la virtud de una yerba poderosa (2), cuyo accidente le proporcionó la gloriosa divinidad, acude llorando todavía el cruel engaño de que se valió Circe para vengarse de la hermosa Scyla (3), á quien aquel amaba y de quien era correspondido; pues á tanto obliga un amor desventurado.

Cuando estuvieron todos reunidos en la anchurosa y divina sala, sentadas las diosas en riquísimos estrados, y los dioses en sillás de cristal, fueron agasajados por el dios padre, que habia hecho ocupar á Baco un asiento igual al suyo, mientras el perfume de la rica sustancia que nace en el mar y pasa olorosa por la Arabia (4) embalsamaba el ambiente.

Sosegado ya el movimiento producido por la llegada de los dioses y por sus saluciones, se dispuso el Tioneó á revelar la causa de su dolor oculto y de sus tormentos, y

(1) La reina Iuc ó Leucoto, huyendo de su marido Atamante que estaba furioso, se arrojó al mar con su hijo Palemon, y ambos fueron convertidos en dioses marítimos.

(2) Glauco, viendo un día que algunos pescados que habia depositado en tierra se reanimaban y saltaban al mar, probó la yerba sobre la que los habia extendido y quedó convertido en un dios marino.

(3) Glauco amaba á Escila, hija de Forco, y la maga Circe que amaba á Glauco, al ver que este no le correspondía, la convirtió en una roca que tenía la forma de una mujer, cuyo cuerpo y cabeza sobresalian de las aguas y cuyas caderas estaban cubiertas por las cabezas de seis perros abriendo anchas bocas y ladrando sin cesar.

(4) El ámbur. Dice que pasa por la Arabia, porque allí hay mucho incienso y otras clases de perfumes.

mostrando en su rostro una profunda irritacion y un gran disgusto, sólo por deparar á los hijo de Luso triste muerte con el auxilio ajeno, empezó á hablar de esta manera:

—«Principe, que por derecho dominas el mar airado de un polo al otro polo; tú que refrenas á los habitantes de la tierra, para que no salgan del limite que les está fijado; y tú, padre Océano, que tienes cercado el mundo universal, obligando con justicia á todos á vivir dentro de sus términos;

»Y vosotros, dioses del mar, que no tolerais ninguna injuria en vuestro vasto reino, castigando severamente á cualquiera que pretenda recorrerlo: ¿en qué descuido vivis? ¿Quién puede haber ablandado vuestros corazones, con razon endurecidos contra los humanos débiles y osados?

»Ya visteis con qué osadia trataron de acometer al supremo Olimpo; visteis aquel loco capricho que les obligó á lanzarse al mar á vela y remo; visteis tambien, y ahora continuamos viéndolas, su soberbia y su insolencia llevadas á tal extremo, que temo que dentro de pocos años se conviertan ellos en dioses y nosotros en humanos.

»Contemplad ahora la débil raza que toma su nombre de un vasallo mio, dominando con soberbio y altivo corazon á vosotros, á mi y al mundo entero. Miradla cómo va cortando el mar hasta donde no llegó nunca el arrogante pueblo romano; mirad cómo, devastando los reinos que os pertenecen, viola y quebranta vuestras leyes.

»Yo vi al irritado Bóreas, á su compañero Aquilon, y á todos los demás vientos resistir á los Minios (1), que fueron

(1) Llama así á los Argonautas, porque su jefe Jason era de Yolcos, cuyos habitantes llevaban el nombre genérico de Minios.

los primeros en abrir este camino á través de vuestros reinos; y si los vientos sintieron la injuria que les inferian aquellos aventureros reunidos, vosotros, á quienes más compete esta venganza, ¿qué esperais? ¿por qué la demorais tanto?

»Y no quiero, oh dioses, que penseis que he descendido del Cielo por cariño hácia vosotros, ni porque lamente la injuria que os han inferido, sino por la que se me hace á mi; pues veo eclipsadas por esa gente las glorias que, segun sabeis, alcancé en el mundo, conquistando la India oriental.

»El gran Señor (1) y los hados, que rigen á su antojo los destinos del bajo mundo, han determinado que consigan esos varones una fama ilimitada en el mar profundo. Por esto podreis ver, cómo hasta los mismos dioses llegan á conocer el mal; pues segun se observa, tiene ya menos valia el que con razon debia valer más.

»Esta es la causa que me hizo huir del Olimpo, buscando algun remedio á mis penas, por si logro encontrar en vuestros mares el prestigio y la honra que perdí en el Cielo.»—Aun quiso decir más, pero no pudo seguir adelante; porque empezaron á brotar de sus ojos ardientes lágrimas, que comunicaron á las deidades del agua su intenso fuego.

La ira que alteró inmediatamente el corazon de los dioses no admitió ya ni maduros consejos, ni dilacion, ni reflexiones de ninguna especie, sino que les obligó á enviar un recado á Eolo (2) de parte de Neptuno, previniéndole que desencadenara la furia de los repugnantes vientos, y no permitiese que hubiese más navegantes en el mar.

(1) Júpiter.

(2) Eolo, hijo de Júpiter y de Melanipa; ó de Sergesta, era el dios de los vientos.

Proteo hubiera deseado ante todo decir su parecer con respecto á este asunto, que segun lo que todos presumieron, debia ser alguna notable profecia; mas fué tan grande la confusion y el tumulto que se suscitó de repente entre aquellas deidades, que Telis indignada le gritó:—«Neptuno sabe muy bien lo que ha mandado.»

Ya habia soltado el soberbio Hipótades (1) de su secreta cárcel á los furiosos vientos, á quienes excitaba con sus palabras contra aquellos animosos y audaces varones. El cielo se encapotó repentinamente, y los vientos, más impetuosos que nunca, empezaban á adquirir nuevas fuerzas derribando casas, torres y montes.

Mientras se celebraba este consejo en el fondo de las aguas, la alegre, aunque cansada, flota iba prosiguiendo por el tranquilo mar su larga ruta con viento bonancible. Era la hora en que la luz del día se halla más distante del hemisferio de Eos (2); los que habian estado encargados de vigilar durante el primer cuarto se acostaban, despertando á los que tenian aquel encargo durante el segundo.

Vencidos estos por el sueño, mal despiertos aun y bostezando, se apoyaban en las entenas, poco ubrigados contra el fresco de la penetrante brisa que soplaba: esforzábanse en tener abiertos los rebeldes ojos, restregándolos y despezézándose repetidas veces; y con objeto de buscar un eficaz remedio contra el sueño que los acosaba, se pusieron á referir cuentos y entretenidas historietas.

—«¿De qué otro modo mejor podremos pasar estas horas

(1) Eolo es llamado Hipótades, por su abuelo Hipótas, padre de Sergesta.

(2) Eos, nombre griego de la Aurora, por lo cual al decir que la luz del día estaba apartada del hemisferio de Eos, quiere dar á entender el poeta que era de noche.

de fastidio, decia uno, sino refiriendo alegres cuentos, que alejen de nosotros un sueño tan pesado?» Respóndele Leonardo, que acariciaba en su mente amorosos pensamientos:—«¿Qué mejores cuentos podemos relatar para pasar el tiempo que los de amores?»

Velloso contestó:—«No es justo ocuparse de ternezas en medio de tantas penalidades, ni los rudos trabajos del mar se avienen por cierto con amorios ni delicadezas. Nuestras historias deben versar sobre ardientes y encarnizadas guerras, ya que nuestra vida ha de pasar entre contrariedades y fatigas, que no se harán esperar segun lo que presiento.»

Consienten todos en ello, y encargan á Velloso que cuente lo que merezca su preferencia. — «Así lo haré, dice, sin que nadie pueda tacharme de referir cosas fabulosas ó nuevas: y para que los que me oigan aprendan á llevar á cabo hechos de gloriosa fama, me ocuparé de los héroes de nuestra nacion, narrando la historia de los doce de Inglaterra.

«Cuando empuñaba las suaves riendas del gobierno del reino Juan, hijo de Pedro (1), y después que vió libre á Portugal del poder de un vecino molesto (2), allá, en la gran Inglaterra, donde siempre abunda la nieve boreal, sembraba la fiera Erinny's (3) dura y mala cizaña, para que sirviera de eterno lustre á nuestra patria.

»Entre las gentiles damas de la corté inglesa y los nobles cortesanos se lanzó un día la Discordia encendida en

(1) Como en Portugal hubo tres reyes, que tuvieron el nombre de Juan, señala al primero llamándole hijo de Pedro.

(2) El rey D. Juan I de Castilla.

(3) Nombre griego de una Furia.

ira, fuese por convicción, ó por antagonismo: estos, que tan fácilmente sueltan palabras graves y osadas, dijeron que estaban prontos á probar que tales damas carecian de la honra y fama necesarias para serlo.

»Añadieron que, si hubiese álguien que con lanza ó espada quisiera ponerse de parte de ellas, le vencerian ignominiosamente, ó le darian una muerte cruel, ya fuera en campo abierto, ó bien en la estacada. Poco ó nada acostumbrada la femenil flaqueza á tales ultrajes, y viéndose desprovista de la fuerza y energia precisas en aquel caso, pidió auxilio á parientes y amigos.

»Mas como sus enemigos eran fuertes y poderosos, no se atrevieron ni los allegados ni los más fervidos amantes á defender la causa de las damas, como debian: asi es que todas se dirigieron al Duque de Lancáster derramando por sus rostros de alabastro tantas y tan hermosas lágrimas, que por si solas serian capaces de hacer que todo el Cielo se levantara en su favor.

»Era este un poderoso inglés, que habia combatido ya al lado de los portugueses contra Castilla, pudiendo apreciar entonces no sólo el fuerte brazo y la benigna estrella de sus compañeros de armas, sino tambien lo delicado de sus galantes amores, cuando vió á su hija ejerciendo tanta influencia en el corazon del fuerte Rey que la tomó por esposa (1).

»Este, pues, que rehusaba socorrerlas por no causar

(1) La hija menor del Duque de Lancáster llamada D.^a Felipa se casó con el Rey de Portugal. Este duque, que se habia unido á D.^a Constanza, hija del rey D. Pedro de Castilla, decia que su hija mayor Catalina tenia derecho por parte de su madre á la corona de Castilla, y para sostenerlo vino á España; pero cesó en su porfía consiguiendo que aquella se enlazara con el rey castellano.

discordias intestinas, les dijo:—«Cuando pretendia defender mis derechos sobre las tierras ibéricas, halló en los Lusitanos tanta osadía, tanta caballerosidad y tan relevantes cualidades, que, si no me equivoco, sólo ellos podrían sustentar vuestra causa á hierro y fuego.

»Y si así os place, oh agraviadas damas, les enviaré en vuestro obsequio mensajeros, portadores de cartas que pongan en su conocimiento con discrecion y galanteria los agravios que se os han inferido: por vuestra parte, debereis encarecerles tambien con halagüeñas y afectuosas palabras vuestra afflictiva situacion, y estoy seguro de que alli habeis de hallar socorro y fuerte apoyo.»

»Tal fué el consejo que les dió el discreto Duque, nombrándoles en seguida doce de los más valientes: y para que cada una de ellas contara seguramente con uno, les encargó que echasen suertes sobre ellos, pues ellas tambien eran doce. Hízose así, y una vez conocido por este medio el defensor que á cada cual habia cabido en suerte, escribieron á sus respectivos caballeros, y todas juntas al Rey de Portugal, y el Duque á todos.

»Llegado á Portugal el mensajero, se alborozó toda la corte con aquella novedad: el gran Rey hubiera deseado ser el primero, mas la régia magestad no se lo permite. Todos los caballeros de la corte portuguesa se ofrecian voluntariamente á acudir á aquel llamamiento, teniéndose por muy dichosos aquellos que ya venian designados de antemano por el Duque.

»En la noble ciudad (1) donde, segun es fama, tuvo origen el nombre eterno de Portugal, mandó aprestar una li-

(1) Oporto.

gera nave el que dirige el timon del Estado, y en breve tiempo estuvieron provistos los doce de armas, de ropas, segun la más moderna usanza, de yelmos, cimeras, emblemas y galas, de caballos y libreas de mil colores (1).

»Habian ya tomado licencia de su Rey para alejarse del celebrado Duero aquellos caballeros escogidos por el experto Duque inglés; todos eran iguales en hidalguia, destreza y valor; pero uno de ellos, llamado Magricio, dirigió de esta suerte la palabra á sus animosos compañeros:

—«Valerosisimos consocios: ha mucho tiempo que deseo
»recorrer los paises extranjeros para ver otras aguas que
»no sean las del Duero y Tajo; otras gentes, otras leyes, y
»otras costumbres: ahora, pues, que ya estamos dispuestos
»á ello, quiero, si me lo permitis, y puesto que son tan no-
»tables las cosas del mundo, ir solo por tierra, y os prome-
»to no dejar de estar con vosotros en Inglaterra.

»Y si por ventura me impidiera reunirme á vosotros en
»el plazo fijado el que es el fin de todas las cosas, no echa-
»reis de menos mi falta, pues todos harcis en mi lugar lo
»que es debido; aunque si mis presentimientos no me en-
»gañan, ni los rios, ni los montes, ni la envidiosa fortuna
»podrán impedir que me encuentre oportunamente en
»vuestra compañía.»

»Así dijo, y estrechando entre sus brazos á sus compañeros, que habian accedido á su peticion, emprendió su marcha. Atravesó los reinos de Leon y Castilla viendo los antiguos lugares que ganara el patrio Marte (2); se internó

(1) En aquellos siglos casi todos los soldados y caballeros se vestian de los colores que más estimaban sus damas, ó que mejor significaban las disposiciones de su corazon.

(2) En las guerras que los portugueses sostuvieron con los reyes de Leon y Castilla, se apoderaron de Astorga y algunos otros pueblos que son los que iba viendo Magricio.

por Navarra, cruzando los elevadísimos y peligrosos Pirineos que separan à España de la Galia, y después de ver las cosas más notables de Francia, finé á parar à Flandes, emporio del comercio en aquel tiempo.

»Una vez allí, bien fuese por casualidad ó à propio intento, se detuvo muchos dias sin seguir adelante, mientras sus once ilustres compañeros iban cortando las frias ondas de los mares del Norte. Llegados à las costas extranjeras de Inglaterra, encamínanse hácia Lóndres, donde fueron muy agasajados por el Duque, y servidos y halagados por las damas.

»Llegó por fin el plazo y el dia señalado para entrar en lid con los doce ingleses, y contando ya con el seguro del Rey (1), aperciben sus arneses, yelmos y espadas: las damas, confiadas en el valeroso esfuerzo de los portugueses, engalánanse con ricos vestidos de seda, de variados colores, tejidos de oro, y mil vistosas y preciadas joyas.

»Sin embargo, aquella à quien enpo en suerte Magricio, el cual no habia llegado, vistióse de luto, por carecer de campeón en tal empresa: bien es verdad que los once habian asegurado à aquellas damas, que aun cuando pereciese u dos ó tres de ellos, su causa quedaria de todos modos victoriosa ante la corte inglesa.

»En un magnífico y público palenque sentóse el Rey inglés con toda su corte; los guerreros colocáronse frente à frente, tres y tres, y cuatro y cuatro, segun los habia designado la suerte. No ha visto jamás el Sol, desde el Tajo al

(1) Conociendo los portugueses el gran poder de sus adversarios, pidieron al Rey que los asegurase el campo, y el Rey lo aseguró. Pero todavía corrieron peligro; porque los parientes de aquellos, viéndolos derrotados, se mancomunaron para vengarlos, aunque en vano.

Bactro (1), salir á la palestra otros caballeros más esbrzados, arrogantes y animosos, que los doce ingleses que se presentaron á luchar contra los once portugueses.

»Tascaban sus áureos frenos los espumosos corceles con briososa impaciencia: el Sol se reflejaba en las armas como en un cristal ó en un terso diamante: ya empezaba á llamar la atención el discordante y desigual partido de once contra doce, cuando cundió el alborozo entre los espectadores.

»Volvieron todos el rostro hácia el sitio de donde procedía la causa principal de aquel bullicio, y vieron entraren la estacada á un caballero armado y á caballo para tomar parte en la lid: saluda al Rey y á las damas, y dirígese en seguida á ocupar su puesto entre los once: era el gran Magricio, que abrazó á sus compañeros, como á amigos á quienes no abandona jamás en el peligro.

»Apenas supo la afligida dama que aquel campeón era el que venia á defender su honra y fama, regocijése en extremo, y cambió su traje en el del animal de Hela (2), más anado del vulgo necio que la virtud. Dióse la señal, y el sonido del clarín inflama los belicosos ánimos; pican espuelas, aflojan las riendas, enristran las lanzas, y acaen brotar chispas de la tierra.

»Con el estrépito producido por los caballos parece que tiembla el suelo hasta en su mayor profundidad; el corazón estremecido del que los mira se alborozaba y atemoriza al mismo tiempo: á la primera arremetida, uno sala del caballo, otro perece; este rueda por la arena juntamente con su bridon; aquel ve convertidas sus armas de bancas

(1) Rio de Persia.

(2) Es decir, se vistió de oro.

en rojas; y otro con el penacho de su yelmo azota las auncas de su montura (1).

»Más de uno quedó allí sumido en sueño eterno, dando fin de una vez al breve intervalo de su vida: aquí vuela un caballo sin ginete; allí corre un ginete sin caballo; cae de su trono la soberbia inglesa, pues dos ó tres se lanzan fuera de la estacada: los que continuaban blandiendo los aceros, sólo encontraban ya resistencia en el arnés, en el escudo ó en la malla (2).

»Gastar palabras en referir tan terribles golpes, tan fieras estocadas, es propio de esos habladores que pierden el tiempo contando fábulas: baste, pues, saber que la palma de la victoria quedó por los nuestros, los cuales alcanzaron aplausos y fama, dejando á las damas vencedoras y con honra.

»El Duque acogió en sus salones á los doce vencedores con regocijos y alegría; las hermosas damas ocuparon en su obsequio cocineros y cazadotes, deseosas de ofrecer á sus libertadores mil banquetes en cada hora y en cada día, mientras permanecieran en Inglaterra y hasta el momento en que regresasen á su dulce y cara patria.

»Dicese, sin embargo, que el gran Magricio, ávido siempre de ver cosas notables, en vez de volver á su tierra, se quedó en la corte de la Condesa de Flandes, á la que prestó un servicio señalado (3); y como no era novicio en todo gé-

(1) Quiero manifestar el Poeta que otros quedaron heridos tendidos sobre su caballo.

(2) Es decir, que los ingleses se cuidaban ya más de defenderse que de atacar.

(3) La Condesa de Flandes era Doña Isabel, hija del rey D. Juan I de Portugal, y esposa de Felipe, conde de Flandes. Habiendo llamado el Rey de Francia á Cortes, acudió á ellas la Condesa en lugar de su marido y sostuvo el derecho del condado á hacerse independiente, añadiendo que si había quien lo negase, presentaría un caballero que lo defendiese. Se opuso á ella un caballero francés, el cual fué muerto por Magricio, consiguiendo librar á Flandes de su vasallaje. Magricio quitó á este caballero una cadena de oro que llevaba al cuello, y por esto el Poeta lo compara á Tito Manlio, que por

nero de luchas, mató en buena lid á un francés, adquiriendo la gloria de Torcuato y de Corvino.

»Otro de los doce pasó á Alemania, donde tuvo un terrible desafío con un infame alemán, que, apelando á un grosero ardid, le quiso arrastrar á una cruel estremidad (1).»—Velloso iba á terminar aquí su narración; mas le rogaron sus compañeros que no dejara de relatar lo que tenia relacion con Magricio y su victoria, sin olvidar por ello lo del alemán.

Pero cuando se hallaban en esto, resonó el pito del contramaestre que andaba observando con detencion la atmósfera: á aquella señal despertaron los marineros acudiendo por una y otra parte; y como el viento iba refrescando; mandó aquel tomar rizos de las gavias.—«Estad alerta, les dice, que el viento aumenta, impelido por aquella nube negra que hácia allí se divisa.»

Aun no estaban bien tomados los rizos, cuando estalla una grande y repentina tempestad.—«¡Amaina, gritó el contramaestre, amaina, amaina la vela mayor!» Los indignados vientos no esperaron á que la amainaran, sino que refluyendo todos en ella, hiciéronla girones con un ruido tan grande, que parecia que se destruia el mundo.

La gente, dominada por un temor glacial, prorumpen en desacordes gritos; pues al romperse la vela, la nave inclinada empezó á hacer gran cantidad de agua.—«¡Alija! grita enérgicamente el contramaestre: alijarlo todo al mar, sin

un hecho semejante adquirió el nombre de Torcuato. En cuanto á Corvino ignoramos la razon de semejante comparacion.

(1) Alvaro Vuz de Almada, que era este, tuvo en Basilea un desafío con un alemán, que era zurdo, el cual puso por condicion que combatirían con espada sin punta y con el lado derecho desarmado. Alvaro, ignorando el motivo de esta condicion, admitió el desafío; pero cuando advirtió el engaño, arrojó las armas, se lanzó lleno de cólera contra el alemán, y lo alegó entre sus brazos.

confusion. Vayan otros á las bombas, y manejadlas sin descanso, que nos anegamos.»

Inmediatamente se precipitan los animosos soldados á manejar las bombas; mas apenas llegaron, fueron derribados hácia un costado del buque por los terribles balances que le imprimian las olas: tres marineros de los más formidos no bastaban á manejar el timon; procuran afirmar por una y otra parte con anchas cuñas, pero no basta á sujetarlo la fuerza ó la destreza humana.

Los vientos eran tales, que no pudieran soplar con más impetuosa fuerza si quisieran derribar la fortísima torre de Babel: las olas crecian tan desmesuradamente, que á su lado la poderosa nave parecia un pequeño esquife, causando asombro verla sostenerse tanto tiempo sobre ellas.

El gran buque en que va Pablo de Gama (1) llevaba el palo mayor roto por en medio, é iba casi todo sumergido, de suerte que la tripulacion se limitaba á implorar á aquel que vino á salvar al mundo. Los mismos y tan recelosos gritos se oian en la nave que mandaba Coello, á pesar de haber tenido tanto tino el contramaestre, que consiguió amainar antes de que soplara el viento con toda su furia.

Las ondas del furibundo Neptuno tan pronto los hacian subir hasta las nubes, como los precipitaban al parecer hasta las profundas entrañas del abismo. Noto, Austro, Bóreas, Aquilon (2) intentaban acabar con la máquina del mundo; en tanto que los rayos, abrasando todo el polo, iluminaban con su siniestro resplandor aquella noche, noche horrible y sombría.

(1) Hermano del Almirante.

(2) Estos cuatro nombres, hablando en rigor, no designan más que dos vientos; pues Noto es lo mismo que Austro, y Bóreas lo mismo que Aquilon.

Las aves de Alcion (1) hacian oír su triste canto junto á la costa brava, acordándose del amargo llanto que les causaron las furiosas aguas: entre tanto los enamorados delfines se internaban en sus cavernas marítimas, huyendo de la tempestad y de los terribles vientos, que ni aun en aquella profundidad los dejaban tranquilos y seguros.

El grande y sórdido hérrero que fabricó las armas radiantes de su hijastro (2) no hizo jamás rayos tan intensos contra la fiera soberbia de los gigantes; jamás llegó á amontonar sobre el mundo el gran Tonante tan fulminantes relámpagos, ni aun en el gran diluvio, de que sólo salieron con vida los dos que convirtieron las piedras en gente (3).

¡Cuántos montes fueron entonces derribados por el furioso embate de las olas! ¡Cuántos añosos árboles arrancó la indignada rabia de los vientos! Sus profundas raíces no hubieran podido creer que de tal modo las volviesen estos hácia arriba, ni las réconditas arenas que fuera tanto el poder de los mares que las hicieran subir hasta su superficie.

Viendo Vasco de Gama que iba á perderse cuando tan cerca estaba de ver realizado su descao, y contemplando el mar, ora abierto hasta el mismo Infierno, ora elevado

(1) Alcione, hija de Eolo, estaba á orillas del mar esperando á su marido Ceix, cuando le vió cadáver arrastrado por las olas donde había naufragado. Fué tan grande el sentimiento de Alcione, que los dioses compadecidos convirtieron á los dos consortes en el ave llamada alcion.

(2) Vulcano que fabricó las armas de su hijastro Encas.

(3) Bajo el reinado de Deucalion hubo una grande inundacion que sumergió todo el reion. El Rey y su mujer Pirra fueron conservados solos á causa de su justicia, y habiendo consultado al oráculo de Temis, recibieron la órden de arrojar tras sí los huesos de su abuela, á fin de volver á poblar la superficie terrestre. Comprendiendo que se trataba de la tierra, cuyos huesos son las piedras, empezaron á arrojar estas á sus espaldas, y las que lanzaba Deucalion se convertian en hombres, y las de Pirra en mujeres.

hasta tocar al Cielo; confundido por el temor é incierto por su vida, sin que pudiera valerle ningun remedio humano, clamó de esta suerte á aquel remedio santo y fuerte para quien no hay nada imposible:

—«Oh divino y celestial Protector, que eres señor de los cielos, del mar y de la tierra; tú, que salvaste á los hijos de Israel abriéndoles un paso á través de las aguas eritreas; tú, que libraste á Paulo, preservándole de las sirtes arenosas (1) y terribles ondas; tú, que salvaste con sus hijos al segundo poblador del mundo inundado y desierto;

»Ya, Señor, que he logrado pasar con felicidad por entre otros escollos tan peligrosos como los de Scila y Caribdis, entre otras sirtes y bajos arenosos, y otros infames Acroce-raunios (2), ¿por qué me desamparas en el momento de ir á cojer el fruto de tantos trabajos, cuando estos no te ofenden, sino que redundan más bien en tu servicio?

»¡Oh! ¡Felices aquellos esforzados campeones que encontraron la muerte entre las agudas lanzas agarenas, defendiendo la santa Fé en las tierras mauritanas! Sus ilustres hechos no quedarou al menos ignorados, y el mundo los conserva eternamente en su memoria; pues al perder la vida, adquirieron otra inmortal, y la fama que iban á conseguir dulcificó sus últimos momentos.»

Así decia Gama, mientras los contrastados vientos, mugiendo como toros indómitos, y silbando por entre las espesas járcias, acrecentaban la violencia de la tempestad;

(1) Nombre que se da principalmente á los bancos de arena que hay en la costa de Africa, pero en los cuales no fué donde estuvo á punto de naufragar San Pablo.

(2) Montes del Epiro, hoy Albania, llamados así por su grande altura y por los muchos rayos que en ellos caen, produciéndose junto á sus vertientes tan frecuentes naufragios, que por esta razon los han qualificado de infames los poetas.

no daban tregua á sus temerosos fulgores los imponentes relámpagos, ni á su horrisono estampido el rimbombante trueno; de suerte que no parecia sino que el cielo se desprendia de sus ejes para precipitarse sobre la tierra, y que los elementos todos se acometian con furibunda saña.

Mas ya lanzaba sus fulgurantes destellos por el horizonte, precediendo al claro Sol, la amorosa estrella mensajera del dia, y visitaba la tierra y el anchuroso mar con semblante risueño; y apenas la diosa que la gobernaba en el cielo y de quien huyó el ensífero Orion (1) advirtió la furia del mar y el peligro que corrian sus queridos navegantes, estremeciése de ira y de temor á la vez.

—«Esta es obra de Baco; estoy segura de ello, dijo: mas no conseguirá realizar su perverso designio, porque siempre sabré poner remedio al mal que tiene la audacia de intentar.»—Y así diciendo, bajó al dilatado mar con extraordinaria rapidez, y mandó á sus amorosas ninfas que ciñeran sus sienes con guirnaldas de rosas.

Y las ninfas adornaron sus blondos cabellos con guirnaldas de variados matices. ¿Quién no habria dicho, al verlas, que brotaban rojas flores sobre bebras de oro nativo, hiladas por el Anor? Vénus pretendia ablandar por medio del amor á los irritados vientos, mostrándoles sus amadas y bellas ninfas, que acudian á calmarlos más hermosas que las estrellas.

Y así sucedió. Tan luego como llegaron á presencia de los vientos, perdieron estos las fuerzas con que antes pelea-

(1) Orion, enamorado de Diana, atentó contra su honor, pero la diosa envió contra él un escorpion que le dió la muerte. Dice el Poeta que Orion huyó de Vénus, como avergonzado é indignado de que, siendo ella la diosa de los amores, le hubiese hecho prendarse de Diana, tan amante de la castidad.

ban, y rendidos y hechizados, les prestaron obediencia, como si los áureos cabellos de las ninfas, que ofuscaban los rayos del Sol, los ataran de piés y manos. La bellissima Orítia (1) dijo entonces á Bóreas, á quien de veras amaba:

«No pienses, feroz Bóreas, que he creído jamás en la constancia de esa pasión que me encareces: la dulzura es el atributo más verdadero del cariño, y en un firme amante sienta mal ese furor insano. Si no refrenas tan violenta saña, nunca esperes que pueda amarte, pero sí temerte, porque á tu lado el amor se convierte en miedo.»

La hermosa Galatea (2) decia por su parte al fiero Noto, que bien sabia que se recreaba en verla, asegurándole que podia esperar confiado en el feliz logro de sus deseos. No se atrevia él á dar crédito á tanta dicha; mas lleno de júbilo el corazón, apresúrase á seguir las órdenes de su dama, y se ablanda inmediatamente sin advertirlo siquiera.

De igual suerte fueron amansando las otras á sus demás amantes, que, una vez aplacados sus furoros, se pusieron á disposición de la hermosa Vénus. Esta, viendo su amor, les prometió favorecerlo eternamente, y ellos, tomándole las lindas manos, le rindieron homenaje, ofreciéndole permanecer sumisos mientras durara la navegacion de los portugueses.

Reflejábase ya la aurora en los oteros por donde resueñan las murmuradoras aguas del Ganges, cuando desde la

(1) Hija de Erieteo, rey de Atenas. Bóreas, que la amaba mucho, la robó á su padre y tuvo de ella dos hijos.

(2) Una hija de Nereo. Es digno de notar el cuidado que puso Camoens en pintar el sentimiento de estos amantes, á pesar de la divergencia de sus amores. El uno, correspondido, se aplaca al amenazarle su amada con el miedo que le inspiraba: el otro, despreciado, se aplaca tambien al darle su amada alguna esperanza.

elevada gavia gritaron los marineros: ¡Tierra alta por la proa!—Libres ya los navegantes de la tormenta y de los contrastados mares, disipóse el vano temor de sus corazones. Entonces exclamó el piloto melindano: «Esa es, si no me engaño, la tierra de Calecut.

»Si; esa es, por cierto, la verdadera India que vais buscando, y en el caso de que no pretendáis llevar más adelante vuestros descubrimientos, ahí teneis el término de vuestras penosas y prolongadas fatigas.» — Gama no pudo contener su gozo al ver la deseada tierra, é hincándose de rodillas con los brazos levantados al Cielo, dió gracias á Dios por tan señalada merced.

Dió gracias á Dios, y razon tenia para hacerlo; porque no tan sólo le mostraba la tierra cuyo descubrimiento le costaba tantos temores y tantos sufrimientos, sino tambien porque, a la manera del que despierta de un agitado sueño, se veia libre de la muerte con que acababa de amenazarle en el mar la furia de los vendabales.

Por medio de tan horribles pruebas, á costa de tan insoportables trabajos y temores es como alcanzan honra inmortal y elevados puestos los amantes de la gloria: no adormeciéndose cobijados por los timbres de sus famosos antecesores, ni descansando en dorados lechos entre las finas pieles de las cibelinas moscovitas;

No disfrutando de sibariticos banquetes, ni de ociosos paseos, ni de la infinita variedad de deleites que convierten en afeminadas las más generosas almas, ni satisfaciendo los imperiosos apetitos que se complace en excitar la prosperidad, impidiendo que aquellos á quienes envanece tengan ánimo para emprender alguna accion heroica ó virtuosa.

No se consigue así duradera fama, sino buscándola con



Dió gracias á Dios por tan señalada merced.
(Canto VI.)

el esfuerzo del propio brazo; pues sólo así podrá decir el que la alcance que á sí mismo se la debe; velando de continuo y vistiendo el forjado acero; soportando las tempestades y los embates de las irritadas olas; arrostrando los terribles frios de las regiones australes ó en países desprovistos de todo abrigo; alimentándose de manjares corrompidos, sazonados con un vivo sufrimiento;

Obligando además al rostro temeroso á mostrarse sereno, alegre y lleno de entereza ante el silbido de la ardiente bala que se lleva la pierna ó el brazo del compañero. Sólo así se encallece honrosamente el pecho despreciador de honras y dinero; honras y dinero que se deben al acaso y no á la áspera y recta virtud.

Sólo así se esclarece el entendimiento, que tranquilo y aleccionado por una larga experiencia, contempla desde su elevado asiento la ruindad de la sociedad humana: el que así obedece á los generosos impulsos de la rectitud y sabe rechazar menguados afectos, llegará como es justo á los mas altos honores, tal vez contra su voluntad, y sin necesidad de mendigarlos.

CANTO VII.

ARGUMENTO. — Exhorta el Poeta á los principes cristianos á volver sus armas contra los moros, y á que, imitando á los portugueses, depongan sus rivalidades ante el enemigo comun. — La escuadra portuguesa llega á Calicut. — Descripción de este puerto. — Preséntase Gama al Zamorin ó señor de aquel país. — El moro Mouzaide da á Gama noticias de él, é igualmente hace saber al Catual, ó ministro del Zamorin, quiénes son los portugueses. — Dicho Catual pasa á ver las naves. — Invocacion del Poeta á las Musas para que le infundan nuevos ánimos con que seguir su narracion.

Hallábanse al fin junto á la tierra por tantos conquistadores deseada, que se encierra entre las corrientes indicas y el Ganges, morador de aquel cielo terrenal. ¡Sus! invictos varones, que aspirais á merecer el lauro de la victoria en todas vuestras empresas; ya habeis llegado, ya tenéis ante vosotros la tierra abundante de riquezas.

A ti me dirijo, oh progenie de Luso, que tan pequeña parte ocupas en el mundo, y ya no sólo en el mundo, sino en el amigo redil del que rige las esferas celestiales: á ti, á quien ningun peligro impide conquistar un pueblo inmundo, ni detiene la codicia, ó la falta de obediencia hácia la Madre, que está en esencia en los cielos (1).

A vosotros, escasos quanto fuertes Portugueses, que sin medir vuestras cortas fuerzas, vais extendiendo la ley de la

(1) Alaba el Poeta á los Portugueses porque no codiciaban los bienes eclesiásticos, y los alaba tambien porque eran obedientes á la Iglesia, la Madre que se halla en esencia en el cielo.

vida eterna, aunque para ello tengais que arrostrar mil muertes: á vosotros, designados de antemano por el Cielo, para hacer mucho, á pesar de ser tan pocos, en pró de la santa Cristiandad. ¡Tanto enaltece Cristo á los humildes!

Ved el soberbio rebaño de Alemania, que se apacienta en tan dilatados campos, rebelado contra el sucesor de Pedro, inventando una nueva secta y buscando un nuevo pastor: vedlo, cual si no le bastara su ciego error, ocupado en viles guerras, y no ya contra el soberbio Turco, sino por sacudir el yugo soberano (1).

Ved al cruel Inglés, que se titula Rey de la antigua y santísima ciudad (2), poseida hoy por el torpe ismaelita: (¡quién vió jamás honra tan mal fundada!) Recreándose entre las nieves boreales, se forja un nuevo cristianismo, y amenaza con su espada desnuda á los cristianos, en vez de recobrar la verdadera tierra de Cristo.

Y mientras un rey infiel tiene en su poder la Jerusalem terrestre, el Inglés no guarda la santa ley de la Jerusalem celeste. ¿Y de tí, Galo indigno, qué diré? ¡Que ambicionaste el nombre de Cristianismo, no para defenderlo ni conservarlo, sino para ir en contra suya y destruirlo!

¿Te crees con derecho á apoderarte de los señoríos de los cristianos, siendo el tuyo tan vasto y tan extenso, y no crees que te asiste contra el Cuifio (3) y el Nilo, ríos tan enemigos del antiguo y santo nombre? Allí es donde se han de probar los filos de la espada contra los que reprueban las preces de la Iglesia: heredaste de Carlos y Luis (4) el

(1) Por salir del yugo soberano de Jesucristo y de su Vicario el Romano Pontífice.

(2) Entre los títulos que tienen los reyes de Inglaterra uno es el de rey de Jerusalem.

(3) Río de Africa.

(4) Se refiere á Carlomagno y al rey San Luis, príncipes católicos y perseguidores

nombre y los dominios, ¿y piensas no haber heredado juntamente las causas de la justa guerra?

Pues ¿qué diré de aquellos que consumen su vida entre las delicias que el vil ocio trae consigo al mundo, acumulando riquezas y dando al olvido su antiguo valor? La tiranía engendra enemistades, que convierten al pueblo en enemigo de si mismo: hablo contigo, Italia, á quien veo entregada á mil vicios, y desgarrada por tus propias manos.

¡Oh miseros Cristianos! ¿Por ventura, sois vosotros los esparcidos dientes de Cadmo (1), para exterminaros mutuamente de un modo tan cruel, cuando todos habeis nacido de un mismo vientre? ¿No veis el divino Sepulcro poseido por los perros infieles, que, siempre unidos vienen á apoderarse de vuestros patrios lares, haciéndose famosos por sus belicosas empresas?

Ved cómo, siendo fieles observadores de sus leyes y religion, reunen siempre sus inquietos ejércitos contra los pueblos auantes de la ley de Cristo; al paso que entre vosotros nunca deja la fiera Aleccion (2) de promover discordias repugnantes: advertid los peligros de que estais rodeados, y tened presente que no sólo ellos, sino tambien vosotros mismos conspirais á vuestra propia ruina.

Si la codicia de apoderaros de vastos señoríos os impele

de infieles, y dice que Francisco II, entonces reinante, heredó de ellos los estados, pero no el espíritu y la piedad.

(1) Hijo de Agenor y hermano de Europa. Determinado á fundar una ciudad segun mandato del oráculo, envió antes á su gente á traer las libaciones de agua necesarias para su consagracion; pero dando de improviso sobre ellos un dragon que custodiaba la fuente, los devoró. Irritado Cadmo, dió muerte al dragon, y sembró sus dientes por el suelo; pero los vió con asombro convertirse en guerreros armados, que comenzaron á hacerse entre si tan cruel guerra, que solo quedaron cinco con vida.

(2) La primera de las Furias, cuyo nombre significa en griego *enemigo del reposo*.

á conquistar tierras ajenas, ¿no veis que los rios Pactolo y Hermus (1) arrastran arenas de oro? En Lydia y Asiria se tejen telas de oro; Africa oculta en sus entrañas ricos y brillantes filones: unuévaos siquiera tanta riqueza, ya que no puede moveros la Casa santa.

Esas terribles y nuevas invenciones de mortales máquinas de artillería deberian emplearse contra los muros de Bizancio y de Turquía: haced que la raza otomana, multiplicada merced a la política de vuestra rica Europa, vuelva á las salvajes grutas de los montes Caspios y de la fria Escitia.

Griegos, Tracios, Armenios y Georgianos os están llamando en su auxilio, porque aquel pueblo bárbaro obliga á sus queridos hijos á observar los profanos preceptos del Alcoran, ¡duro tributo! Castigando tan inhumanos hechos es como adquirireis mayor renombre de fuertes y sagaces: renunciad, pues, al imprudente lauro que podais conseguir venciendo á vuestros mismos hermanos.

Pero en tanto que os mostrais ciegos y sedientos de vuestra propia sangre, no fallarán Cristianos de ánimo elevado en esta pequeña Lusitania, que en las costas de Africa tiene fijada con firmeza su planta (2), domina en Asia más que cualquiera otra nacion, cultiva los campos en la cuarta y nueva parte del mundo, y si más tierra hubiera, hasta allí llegaría.

Mas veamos qué es lo que aconteció á aquellos navegan-

(1) Pactolo, riachuelo de Lidia, que salia del monte Tmolo y desembocaba en el Hermus; arrastraba mucho oro. Segun la Fábula, habia adquirido esta propiedad desde que Midas, que trasformaba en oro todo cuanto tocaba, se habia bañado en él.

(2) Las ciudades que entonces poseia Portugal en Africa eran Ceuta, Tánger, Arcilla y Mazagan.

tes tan famosos, después que la dulce Vénus mitigó el furor de los sañudos vientos, y cuando vieron aparecer la extensa tierra, fin de sus constantes trabajos, adonde fueron á propagar la ley de Cristo, y á dar á aquellos pueblos nuevas costumbres y nuevos reyes.

Conforme se acércaban á la tierra descubierta (1), iban encontrando ligeras embarcaciones de pescadores, que les mostraban el camino de Calicut, donde vivian, y dirigieron en seguida hácia ella las proas, porque Calicut era una de las mejores ciudades de todo el Malabar, y residencia del Rey de aquellos países.

Allende el Indo y más acá del Ganges existe un territorio vasto y famoso, que está circuido por el mar hácia su parte austral, y hácia el Norte por el cavernoso Emodio (2). El yugo de diversos soberanos le obliga á observar varias leyes: unos siguen la del falso Mahoma; otros adoran los idolos; y otros los animales que viven entre ellos.

Hay allí un gran monte (3), que dividiendo tan extensa region, recorre toda el Asia, tomando muy diversos nombres, segun las comarcas por donde pasa: brotan en él manantiales, de donde se derivan los rios, cuya gran corriente muere en el mar Indico, formando del territorio comprendido entre sus dos cauces lo que se llama el Quersoneso (4).

Entre uno y otro rio y en un grande espacio, avanza de la ancha tierra una prolongada punta, casi piramidal,

(1) Llegaron á aquella tierra el Domingo 20 de Mayo de 1498.

(2) El Emodio es una ramificacion del monte Tauro, que es el que atraviesa toda el Asia.

(3) El monte Tauro ó Himalaya.

(4) Hoy la peninsula de Malaca.

la cual se interna tanto en el mar, que casi se une con la isla de Ceilan. Y segun cuenta una antigua tradicion, cerca de donde nace el largo brazo gangético existe un pais, cuyos moradores se mantienen con el aroma de las delicadas flores.

Mas ahora los nombres y las costumbres de sus habitantes son tan nuevos como variados, encontrándose entre estos los Delijs (1); los Patanes (2), que son los más numerosos y los que más tierra poseen; los Decanes (3); los Urias (4), que fundan la esperanza de su salvacion en las sonoras aguas del Ganges, y los de la tierra de Bengala, tan fértil, que ninguna otra le iguala.

Encuétrase tambien allí el belicoso reino de Cambaya (5), que dicen fué del poderoso rey Poro (6); el de Narsinga (7), más abundante en oro y piedras preciosas que en aguerridos habitantes: divisase allí desde el undoso mar un elevado monte el cual ocupa un largo espacio, sirviendo de fuerte muro al Malabar, que gracias á él vive seguro del Canará (8).

Las gentes del pais le llaman Gate (9), y á su pié se ex-

(1) Habitantes de una antigua provincia del Indostan que hoy forma los seis distritos de Calcuta, Delhi, Barcily, Morabad, Saharampour y Meroni.

(2) Nombre que se dió antiguamente á los afgbanes, que habitan entre la Persia y la ludia.

(3) Habitantes de la parte meridional de la India quando el Ganges, hoy tributarios de los ingleses.

(4) Pueblos que moraban en Orisah, antigua provincia del Indostan, y hoy dependiente de la presidencia de Calcuta. Tenian la piadosa costumbre de arrojar sus muertos al Ganges.

(5) Antiguo reino de la India, hoy de la presidencia de Bombay.

(6) Poro, príncipe indio, que fué vencido en la batalla del Hidaspes por Alejandro el Grande.

(7) Region del Asia central, perteneciente hoy en parte á la presidencia de Bengala.

(8) Provincia de la India, en las posesiones inglesas cerca de Madrás.

(9) Nombre general con que los indios denominan las cordilleras.

tiende en un corto trecho una pequeña ramificación, que contiene la natural ferocidad del mar: allí está Calicut, ciudad la más digna entre todas de ser la rica y hermosa capital del imperio, cuyo señor se titula Zamorin.

Llegada la flota á aquel rico imperio, envióse inmediatamente un portugués á hacer sabedor al Rey gentil del arribo de los lusitanos á tan remoto país. Entrando el mensajero por el río que desemboca en aquella playa, su apostura inusitada, su color, su extraño aspecto y la novedad de su traje hicieron que todo el pueblo se agolpara para contemplarlo.

Entre la gente que corría á verlo, se hallaba un mahometano, natural de Berberia, donde reinó Anteo (1); el cual quizá tuvo ocasion de conocer el reino lusitano, bien por la proximidad de su país á Portugal, ó bien por haber experimentado los efectos de su acero, llevándole después la suerte hasta tan largo destierro.

Al ver al mensajero, le dijo con semblante alegre y en lengua española:—«¿A qué has venido á este mundo, tan lejos de tu patria?»—«Surcando, le respondió, el profundo mar por donde nunca pasó hombre alguno, vamos en busca de la gran corriente del Indo, para extender por él la ley divina.»

El moro, que se llamaba Monzaide, quedó asombrado de tan extraordinario viaje, y mucho más al oír de boca del portugués los grandes trabajos y accidentes que habian soportado. Enterado luego de que su principal mensaje era tan sólo para el Rey de aquella tierra, le contestó que á la sazón estaba ausente de la ciudad, aunque no lejos de ella.

Añadióle que, si quería descansar en su pobre casa, en

(1) Anteo, Gigante, hijo de la Tierra, y fundador de Tánger; fué muerto por Hércules.

tanto que llegaba á noticia de aquel su venida, podria ofrecerle manjares del pais; despues de lo cual, y de refrigerado algun tanto, le acompañaria hasta la armada, para tener la gran satisfaccion de hallar antiguos vecinos en tierra extraña.

El portugués aceptó de buen grado lo que le proponia el afectuoso Monzaide, y comió y bebió con él y accedió á todas sus proposiciones, como si su amistad fuera muy antigua: ambos se dirigieron despues desde la ciudad á la flota, cuyo aspecto no era nuevo para el moro; suben á la capitana, y todos recibieron con benignidad á Monzaide.

El Capitan lo abrazó alegre en extremo, al oír la clara lengua castellana; hizole sentarse á su lado, y sin detenerse á más le dirigió medidas preguntas sobre aquella tierra y sus costumbres. Asi como en Rodope se reunian los árboles en torno del amante de la doncella Eurídice para oír su canto (1), del mismo modo acudió la gente de la nave rodeando al moro, para escuchar sus contestaciones.

Este empezó así:—«¡Oh varones, á quienés la naturaleza hizo vecinos del pais que fué mi cuna! ¿qué destino tan grande ó qué ventura os indujo á emprender tal viaje? No se viene sin algun motivo, aunque sea oculto, desde el lejano Tajo y el ignorado Miño, á través de mares no surcados por otro leño, á reinos tan apartados y remotos.

»Sin duda os ha traído Dios, que pretende que lleveis á cabo algun servicio en su obsequio, y por eso os guia y os defiende de vuestros enemigos, del mar y de los irritados vientos. Sabed, pues, que estais en la India, donde se extiende un pueblo inmenso, vario y próspero á causa de sus

(1) Orfeo, esposo de Eurídice, atraía con su canto, en el monte Rodope de Tracia, los árboles, las fieras y las peñas que se agrupaban en torno suyo para escucharle.

muchas riquezas, consistentes en oro y en piedras preciosas, suaves perfumes y cálida especería.

»Esta provincia, en cuyo puerto habeis entrado ahora, se llama Malabar; y rinde culto à los antiguos idolos, el cual se extiende por todos estos paises. Hoy pertenece à diferentes reyes; pero en otro tiempo, y segun antigua fama, obedeció à uno solo: Saramá Perimal fué el último que tuvo todos estos paises reunidos bajo su cetro.

»Mas como durante su reinado hubiesen venido à esta tierra varios extranjeros desde el seno de la Arabia, trayendo consigo el culto de Mahoma, en el cual me educaron mis padres, aconteció que por medio de sus predicaciones sábias y elocuentes, convirtieron à Perimal, haciendo que lo abrazara con tanto ardor, que determinó morir santamente en él.

»Equipó muchas naves, cargándolas de preciosos y ricos dones que poder ofrecer al Profeta, y se dirigió con ellos à su sepulcro con intencion de hacerse allí religioso (1); pero antes de marchar repartió su reino entre los suyos, à causa de no quedarle heredero directo, convirtiendo à los que le eran más aceptos de pobres en ricos, y de vasallos en señores.

»Al uno le dió Cochin (2), à otro Cananor, à este Chalé (3), à aquel la isla de la Pimienta (4), à otro Coulaon y à otro

(1) Después que Perimal repartió su reino entre las personas que le eran más queridas, se embarcó llevando consigo muchas naves cargadas de especería para ofrecerla en la casa de la Meca; pero antes de llegar pereció la armada y él con ella. Dice que fué con animo de hacerse religioso, por ser muy comun en los reyes de Oriente abdicar su corona y retirarse à la Meca para acabar allí su vida sirviendo à Mahoma como religiosos suyos.

(2) Pais situado cerca de la costa del Malabar.

(3) Antiguas provincias de la India, que hoy forman parte de la regencia de Madrás.

(4) La isla de la Pimienta está cerca de Cochin: llámase tambien reino de la Pimienta por producir en gran abundancia esta especia.

Cranganor, procurando contentar à aquellos que más le sirvieron. Cuando todo lo habia repartido, se le presentó un jóven à quien tenia mucho cariño : para este no habia quedado más que Calicut, ciudad noble y rica por sus relaciones comerciales.

»Dióselas, pues, juntamente con el titulo de emperador, à fin de que tuviera poder sobre todos los demás. Hecho esto, se encaminó con presteza hácia el punto donde habia determinado acabar sus dias santamente. De aquí quedó el nombre de Zamorin, el más digno y grande de todos, à aquel jóven y sus descendientes, de quienes procede este que hoy rige el imperio.

»La religion de todos los habitantes, así ricos como pobres, se funda en extravagantes fábulas. Van desnudos, llevando tan sólo cubiertas las partes que la naturaleza instintivamente inclina à cubrir. La sociedad se compone de dos clases : los nobles se llaman *Naires*, y los plebeyos *Poleas*, los cuales están obligados por la ley à no mezclar mutuamente sus castas (1).

»Los que siempre han tenido un mismo oficio no pueden casarse con las hijas del que lo haya ejercido distinto, ni los hijos tendrán otro que el de sus antepasados hasta su muerte. Para los Naires es una gran ofensa que estos lleguen à tocarlos, hasta tal extremo que, cuando alguno de ellos los toca por casualidad, se limpia y purifica con mil ceremonias.

(1) Los Poleas eran labradores que habitaban en lugares apartados donde no vivia nadie más que ellos, y eran la mayor parte esclavos de los Naires. Cuando alguna Naira admitia el amor de un Polea, se la tenia por infamada, y le dabau muerte à cuchilladas, sufriendo tambien la misma pena el Nairo que se enamoraba de alguna Polea.

»En esto se parecen al antiguo pueblo judío, que no tocaba nunca á los samaritanos. Pero aun vereis más rarezas en esta tierra de usos tan variados. Los Naires son los únicos que tienen el derecho de arrostrar los peligros de la guerra, y los que solamente gozan del privilegio de defender á su rey contra sus enemigos, llevando siempre pendiente del costado izquierdo una adarga y del derecho la espada.

»Sus religiosos son Brahmanes, nombré antiguo y de gran prestigio; observan los famosos preceptos del primero que dió nombre á la ciencia (1); no matan cosa viva, y temerosos de comer carne, guardan una extremada abstinencia: solamente se permiten más libertad y menos moderación en su trato intimo con las mujeres.

»Estas pertenecen á muchos, con tal que sean parientes de sus maridos. ¡Dichosa condicion y dichosa gente, que desconoce la ofensa de los celos (2)! Esta y otras costumbres tan diversas se hallan en uso entre los malabares. Por lo demás, la tierra hace un gran comercio con todo aquello que puede transportarse por mar desde la China hasta el Nilo.»

Esto decia el moro, mientras la noticia de la llegada de aquella gente extranjera circulaba por toda la ciudad: el Rey envió á averiguar la verdad del caso, y caminaban ya por las calles, rodeados de una multitud de todos sexos y edades, los señores á quienes aquel habia encargado que fueran en busca del Capitan de la armada que acababa de llegar.

Pero este, que tenia ya licencia del Rey para desembarcar, partió sin dilacion acompañado de sus nobles portugueses,

(1) Este es Pitágoras, que dió nombre á la Filosofía.

(2) Entre los malabares no existen los celos, porque una mujer es de tres y cuatro al mismo tiempo; la mantienen y turnan por dias sin que entre ellas haya alguna diferencia.

y vestido de ricos paños: la hermosa variedad de los colores alegraba la vista del alborozado pueblo, que contemplaba los esquifes, cuyos acompañados remos herían primeramente el mar y después el fresco río.

Hallábase en la playa un ministro del Rey, que en lengua del país se llamaba Catual, rodeado de Naires, y esperando con inusitada pompa al noble Gama: apenas llegó á tierra, le recibió en sus brazos y le presentó en un lecho portátil una rica cama, en la que fué llevado, según costumbre de aquel país, en hombros de varios hombres.

De esta suerte se encaminan el Malabar y el Luso, cada cual en su palanquin, hácia donde los esperaba el Rey: en pos de ellos iban los demás portugueses, formando una aguerrida escuadra, á la manera de la infantería: el pueblo agolpado los sigue confuso al ver gente tan extraña, y aunque ardía en deseos de dirigirles algunas preguntas, impedíasele lo ocurrido antiguamente en la torre de Babel (1).

Gama y el Catual iban hablando de lo que era natural en aquella ocasión, sirviéndoles de intérprete Monzaide: de este modo atravesaron la ciudad, hasta llegar á donde se elevaba la suntuosa fábrica de un templo, en cuyo recinto entraron juntos.

Allí, bajo diferentes aspectos y colores, se ostentaban las imágenes de sus dioses, esculpidas en madera y en piedra, según las había fingido el Demonio: aquellas abominables esculturas tenían tan varios y diversos miembros como la Quimera (2); de suerte que los cristianos, acostumbrados á

(1) Es decir que á consecuencia de la confusión de lenguas ocurrida en la torre de Babel, aunque hubieran preguntado, no habrían visto satisfecha su curiosidad, porque la diferencia de su idioma se lo impedía.

(2) Monstruo fabuloso que tenía la cabeza de león, la cola de dragón y el cuerpo de cabra.

ver à su Dios en forma humana, no podian dominar su asombro.

Uno tenia cuernos en la cabeza como Júpiter Ammon (1) en Libia; otro en un solo busto mostraba dos rostros, parecidos à los que se pintaban al antiguo Jano (2); otro se asemejaba à Briareo (3) en la multitud de brazos que salian de sus hombros; otro, por fin, presentaba una cabeza de perro, como la que se adoraba en Anubis Memphítico (4).

Después de haber tributado los gentiles su supersticiosa adoracion à tales dioses, continuaron su marcha sin más demora hácia el palacio del Rey del pueblo infiel, creciendo cada vez más el gentío; deseoso de ver al Capitan extranjero, y asomándose por los tejados y ventanas así los viejos y los mozos, como las mujeres y las doucellas.

Llegan, acelerando algun tanto la marcha, cerca de los odoríferos y hermosos jardines que rodean los aposentos reales, no de altos muros, pero en su interior suntuosos. Los nobles edifican allí sus habitaciones entre deliciosas arboledas, de modo que los reyes de aquella gente viven al mismo tiempo en el campo y en la ciudad.

En los pórticos de aquel recinto se advertia desde luego lo sutil é intrincado de su arquitectura, viéndose represen-

(1) Ammon quiere decir lo mismo que Corniger, ó sea Júpiter de los cuernos, el cual llevó este nombre por adorársele en uno de sus templos más famosos bajo la figura de un carnero, en que se convirtió cuando los gigantes intentaron escalar el Cielo.

(2) Jano, dios romano, que tenia dos caras, con una de las cuales miraba el pasado y con otra al porvenir.

(3) Gigante hijo del Cielo y de la Tierra, que segun los poetas, tenia cien brazos.

(4) Los Egipcios adoraban en Menús como á dios, una cabeza de perro, llamada Anubis, en memoria de un hijo de Osiris, del mismo nombre, que llevaba un perro por insignia.

tadas en mil figuras diversas escenas de la más remota antigüedad y nobleza de la India. Están allí tan vivamente expresadas las historias de aquellos tiempos primitivos, que todo el que de ellas tuviere noticia, conocerá en sus alegorías los hechos cuya memoria perpetúan.

Veíase allí representado un gran ejército hollando la tierra oriental que riega el Hidaspes; á su frente estaba un capitán de tersa frente (1), que peleaba con frondosos tirsos: por él fué fundada la ciudad de Nisa en las orillas del río que corría próximo á ella (2); y era tan extraordinario su parecido, que si estuviera allí Semelé (3) diría por cierto que aquel era su hijo.

Más adelante estaba bebiendo y dejando agotado el río una inmensa multitud de Asirios, sujetos al dominio de una mujer (4), tan célebre por su belleza como por su incontinencia: al lado de esta matrona, de insaciable concupiscencia, se veía el fogoso caballo que rivalizaba con su hijo en tan impura pasión. ¡ Amor nefando, sensual bestialidad (5)!

Algo más apartadas, ondeaban las gloriosas banderas de Grecia, tercera monarquía (6), y subyugaban todo el país hasta las undosas aguas del Ganges: iban guiadas por un joven capitán (7); ceñido de victoriosos laureles, y exaltado

(1) Baco, conquistador de la India. Dice de *tersa frente*, porque á Baco lo pintan siempre mozo.

(2) El Hidaspes.

(3) Semelé, madre de Baco.

(4) Semíramis.

(5) Cuenta Plinio que esta incontinente reina llegó á amar á su caballo y á satisfacer con él su pasión, y que lo mismo pretendió con su hijo Ninias.

(6) La primera fué la de los Asirios, la segunda la de los Persas, y la tercera la de los Griegos.

(7) Alejandro el Grande.

no ya hasta su genealogía, que era la de Filipo, sino hasta la del mismo Júpiter (1).

Mientras contemplaban los portugueses aquellas imágenes, decía el Catnal al Capitan:—«Tiempo vendrá, y tal vez no esté lejano, en que otras victorias eclipsarán las que estáis viendo: aquí se esculpirán nuevas historias por gentes extranjeras; según lo han adivinado nuestros sábios magos al investigar el porvenir.

»Su ciencia mágica les ha anunciado también, que para contrarrestar tamaño poder, de nada servirá la resistencia de los hombres, porque los esfuerzos humanos se estrellan contra los decretos del Cielo; pero esa misma ciencia les añade, que será tal la bélica excelencia de aquellos extranjeros, así en la guerra como en la paz, que en el mundo adquirirá fama el vencedor para gloria del vencido.»

Hablando de esta suerte, entraban ya en la sala donde se hallaba el poderoso Emperador reclinado en un magnífico diván de riqueza y trabajo incomparables: en el rostro y hasta en la postura del monarca se advertía una imponente majestad; vestía telas de oro, y mil piedras preciosas lanzaban fulgidos destellos en su cabeza.

Un reverente anciano, hincado de rodillas á su lado, le presentaba de cuando en cuando la yerba ardiente que tenía la costumbre de mascar (2). Un Brahma, personaje de elevada categoría, se acercó á Gama con lento paso para presentarlo al gran Príncipe, el cual, al verle ante sí, le hizo seña de que tomara asiento.

(1) Alejandro se hacia pasar por hijo de Júpiter, que se introdujo en el lecho de su madre bajo la forma de una serpiente.

(2) El betel, cuyas hojas mascan los orientales, tragándose el jugo para confortar el estómago.



Presentacion de Gama al Zamorin.
(Canto VII.)



Gama, sentado junto al rico divan, y sus principales compañeros, algo más distantes, atrajeron sobre sí las miradas del Zamorin, que contemplaba absorto su traje y aspecto nunca vistos. Entonces el Capitan le dirigió la palabra con sonora y majestuosa entonacion, que le dió una gran autoridad en concepto del monarca y de toda su corte, expresándose en estos términos :

—«Un gran rey de aquellas regiones donde el voluble cielo, en su perpétua rotacion, hace que la tierra oculte á la tierra la luz solar, sumiendo en la oscuridad el hemisferio que esta dejó, sabedor por las noticias que hasta allí ha hecho llegar la fama de que en ti reside la majestad y la soberania de la India entera, desea entablar contigo relaciones de amistad.

»Y mandándome hacer un largo viaje, á ti me envia para decirte que su reino produce en abundancia todas las riquezas y frutos que por mar y tierra se transportan desde el Tajo al Nilo, y desde la helada playa de Zelanda hasta la region donde el Sol da á los Etiopes dias constantemente iguales.

»Y si quieres consentir, mediante una alianza solemne, y un pacto de sagrada y sincera amistad, en que entre ambos pueblos se establezca un provechoso comereio de sus respectivos productos, para acrecentar de este modo las riquezas y comodidades (objeto del afan y de los sudores del hombre) de uno y otro reino, redundará, no lo dudes, en beneficio tuyo y gloria de mi soberano.

»Por último, te asegura que, mientras subsista firme entre vosotros esta amistosa alianza, estará pronto á auxiliarte en cualquier guerra que deba sostener tu reino, con soldados, armas y navíos, como si tu pueblo y el suyo fueran hermanos : tal es la proposicion de mi Rey, sobre la cual

espero que me des una respuesta terminante y categórica.»

De este modo dió cuenta de su misión el ilustre Vasco de Gama. El Rey pagano le contestó, que tenía una gran satisfacción en recibir embajadores de tan remota nación, y que, en cuanto á lo demás, consultaría con sus consejeros la respuesta que debería darle; pues antes necesitaba informarse de quién era el rey, el pueblo y la tierra de que le había hablado.

Añadió que, entre tanto, podía ir á descansar de sus pasadas fatigas, prometiendo manifestarle en breve la resolución que hubiese adoptado, para que llevase á su Rey una respuesta satisfactoria.— En esto, la noche vino á poner término á las cotidianas faenas, obligando á los lunarios á restaurar con el apacible sueño los fatigados miembros dando ocupación á los ociosos ojos.

Gama y sus compañeros fueron agasajados en la morada del ministro indio, el cual les prodigó toda clase de atenciones. El Catal había recibido entre tanto orden de su señor para averiguar quién era aquella gente extraña, y cuáles su procedencia, costumbres y religión.

Apenas vió aparecer en el cielo los igneos carros del hermoso mancebo de Delos que renuevan la luz, mandó llamar á Mouzaide, deseoso de adquirir informes sobre los recién llegados; y le preguntó con marcado interés si tenía noticias exactas y fehacientes relativas á los extranjeros, de los cuales había oído decir que eran habitantes de un país inmediato al suyo.

Encarecióle sobremanera que le diese los informes más minuciosos, con lo cual prestaría un gran servicio á su Rey, que de este modo podría resolver aquel asunto con entero conocimiento de causa. Monzaide le respondió :—« Aunque

quisiera añadir algo más á lo que ya he dicho, no me sería posible: tan sólo sé que esos extranjeros proceden de España, tierra vecina de mi patria y de los mares en que el Sol se oculta.

»Observan la ley de un Profeta, que fué engendrado sin causar detrimento en la carne de su madre, de modo que está reconocido por hijo del Dios que rige el mundo. Entre los míos se dice con respecto á ellos que el valor saugriento de la guerra resplandece en su brazo, como por desgracia suya lo conocieron mis antepasados.

»Esos fuertes varones los arrojaron con sobrehumano valor de los campos fértiles que riega el caudaloso Tajo y el fresco Guadiana, llevando á cabo memorables y famosas proezas; y no contentos con esto, impidennos que vivamos tranquilos en el Africa, pues surcando los procelosos mares, vienen á hacerse dueños de nuestras ciudades y fortalezas.

»No menor arduo y esfuerzo han demostrado en cuantas guerras sostuvieron contra los belicosos pueblos de España ó contra los que descendieron del Pirineo; de suerte que ni se ha conocido extranjero que haya logrado vencerlos, ni se cree, puedo asegurarlo, que salga un Marcelo para tales Anibales (1).

»Si mis informes no te satisfacen tan cumplidamente como deseas, puedes adquirirlos de ellos mismos, porque es gente veraz, que rechaza y detesta la falsía; pasa á visitar su flota, sus armas y sus máquinas guerreras de fundido metal, y te holgarás por cierto de conocer la cultura portuguesa, así en la paz como en la guerra.»

El idólatra ardía ya en deseos de ver lo que tanto le en-

(1) Marcelo fué el primero que venció á Anibal en Nola.

carecía Monzaide, y en el acto mandó disponer sus esqui-fes para ir á examinar los bajeles en que Gama navegaba. No tardó en alejarse de la playa acompañado del moro, y seguido de una multitud de Naires, cuyas lanchas cubrían el mar: al poco rato subieron á la fuerte y hermosa capita-na, donde Pablo de Gama los recibió á bordo.

Purpúreos son los toldos, y las banderas de la rica liebra que produce el gusano: en ellas estaban pintadas las accio-nes guerreras que enaltecieron el valor lusitano; batallas campales, crueles desafíos y otros terribles episodios, en los que fué fijando sucesivamente la vista el Catual, con-templándolos con prolija atencion.

Iba pidiendo explicaciones sobre todo lo que veía; pero Gama le invitó primero á tomar asiento y á disfrutar por un instante de los placeres de la mesa, tan apetecidos por los secuaces de Epicuro (1). Escancióse en pulidos vasos el espumoso licor que Noé legó á los humanos; pero el gen-til se negó á aceptar aquel obsequio por prohibírsele su re-ligion (2).

Entre tanto, el clarín, que reproduce en la mente la imágen de la guerra aun en medio de la paz, hiere los aires con su penetrante sonido, y los cañones hacen oír su igneo estampido hasta lo más profundo del mar. El Catual lo observaba todo con atencion, mas la fijaba con preferen-cia en las singulares hazañas representadas en aquellas banderas con muda poesía.

Levántase, y con él los dos Gamas, Coello y Monzaide.

(1) Epicuro, filósofo griego, enseñaba que el placer es el supremo bien del hombre, y que consistía tanto en los goces de los sentidos, como en los del espíritu y del corazón.

(2) Es precepto de los brahmas que no pueden comer ni beber con otra clase de personas, y por eso el Catual no pudo comer con los portugueses.

Detiéndose á contemplar el bélico trasunto de un anciano canoso y de venerable aspecto, cuyo nombre no puede quedar sepultado en el olvido mientras el mundo exista: estaba vestido perfectamente á la usanza griega, y llevaba como distintivo un ramo en su diestra.

Llevaba un ramo en la mano... Pero ¡cuán ciego soy al aventurarme con notoria temeridad é insensatez por un camino tan áspero, largo y quebrado, sin contar antes con vuestra ayuda, oh Ninfas del Tajo y del Mondego! Invoco vuestros favores; pues navego por alta mar con tan contrarios vientos, que si no acudis en mi auxilio, temo que mi bajel se sepulte pronto en el abismo.

Considerad que há mucho tiempo que, cantando vuestro Tajo y vuestros lusitanos, vago errante por el mundo, siendo juguete de la caprichosa suerte, expuesto siempre á nuevos daños y trabajos, tan pronto en el mar como en los sangrientos campos de batalla, semejante á Canace (1), que se condenó á muerte, teniendo la espada en una mano y la pluma en la otra.

Y, ora víctima de la aborrecida pobreza me veo reducido á mendigar la hospitalidad ajena, ora caigo precipitado con más violencia que nunca desde el pedestal de la esperanza que habia vuelto á halagarme, y ora, en fin, logro á duras penas salvar mi vida, pendiente de un hilo tan delgado, que no ha sido menor milagro salvarla que lo fué el prolongarla para el Rey judáico (2).

(1) Canace, hija de Eolo, se casó ocultamente con su hermano Macaree, del cual tuvo un hijo. Indignado el abuele al saber este incesto, arrojó el niño á los perros, y envió á la madre un puñal para que se matase. Canace, invariable en el amor de Macaree, le escribió una afectuosa carta, teniendo en una mano la pluma, y en la otra el acere con que iba á malarse cuando acabase de escribirla.

(2) Este rey fué Ezequías, á quien Dios prolongó la vida, movido de sus ruegos.

Y no es esto sólo, Ninfas mías. No bastaba que me abrumaran tamañas miserias; era preciso además que los mismos á quienes ensalcé en mis cantos me diesen un pago cruel. En vez de concederme el reposo que esperaba, en lugar de ceñir mi frente con honrosas coronas de laurel, inventaron para mí inusitados trabajos, que me redujeron á tan triste estado.

¡Ved, Ninfas, qué raza de señores tan generosos produce vuestro Tajo, cuando con tales favores saben recompensar al que los glorifica en sus versos! ¡Qué ejemplo ofrecen á los escritores futuros, para que hagan gala de sutil ingenio y perpetúen el recuerdo de hechos mercedores de gloria eterna!

Puesto que, en medio de tantos males, tengo más necesidad que nunca de vuestro favor, principalmente ahora que ha llegado el momento de enaltecer diversas acciones, de vosotras lo espero tan sólo: concedédmelo, Ninfas mías, pues he jurado no tribular mis alabanzas al que no las merezca, ni elogiar por vil adulación al más encumbrado magnate (1), bajo pena, si lo hago, de que me paguen con ingratitud.

No me creais capaz de contribuir á hacer famoso á quien, enemigo de la ley divina y humana, pretenda anteponer sus intereses al pró comun ó al de su rey, ni á cualquier ambicioso que aspire á los más elevados cargos únicamente para satisfacer con más holgura y valiéndose de torpes medios sus inmoderados vicios.

Tampoco ensalzaré al que abuse de su ilimitado poder en beneficio de sus reprobados deseos, y que sólo por complacer al inconstante vulgo se reviste de más formas que

(1) Camoens cumplió con la mayor escrupulosidad este juramento, pues jamás proscribió su pluma.

Proteo. No esperéis, no, Camenas (1), que celebre al que, vistiendo un traje sério y honroso, roba y despoja á mansalva al pobre pueblo por adular á un rey que es nuevo en su oficio (2).

Ni al que considerando justo y recto aplicar con severidad los decretos del Monarca, no crea tan justo, y más respetable, pagar el sudor del que trabaja: ni al que, sin tener en cuenta las lecciones de la experiencia, apela á mil sutilezas y cree obrar con cordura tasando con rapacidad y á vil precio los trabajos ajenos, que él no tiene que sufrir.

Tan sólo me ocuparé de los que arriesgaron por su Dios y su Rey su amada vida, y que al perderla adquirieron la inmortalidad á que sus hechos les hicieron acreedores. Apolo y las Musas, que hasta aquí me han acompañado, redoblarán la briosa entonacion que se me ha concedido, apenas tome el aliento necesario para emprender de nuevo y con más desahogo mi tarea.

(1) Une de los nombres de las Musas.

(2) El autor dice esto por un religioso que se habia apoderado del ánimo del jóven rey D. Sebastian, luego que comenzó á reinar, á quien por esto llama nuevo en su oficio.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.—Pablo Gama explica al Catual las historias pintadas en las banderas de la flota portuguesa, dándole noticia del origen del nombre de Lusitania y de los principales hechos de los reyes de Portugal y de los más esclarecidos portugueses.—El Zamorin manda á sus agoreros que averigüen por medio de sus sacrificios los resultados que puede ofrecer la llegada de los Lusos, así como el tratado que ellos le proponen.—Los agoreros le manifiestan que, según sus investigaciones, aquellos navegantes producirían la ruina del país.—Baco emplea nuevos medios para su destrucción, valiéndose al efecto de un sacerdote mahometano, á quien se aparece en sueños bajo la figura de Mahoma.—Gama tiene una entrevista con el Zamorin, á quien convence de la sinceridad de su proposición, y este le ordena que conduzca á tierra las mercancías que trajo de Portugal para trocarlas por frutos del país.—El Catual, instigado por los moros que le han sobornado, se empeña en detener á Gama, y en obligarle á que mande aproximar á la costa su flota con intención de destruirla; pero por fin le restituye la libertad, llevado del deseo de apoderarse de las mercancías que el Capitán había hecho desembarcar.—El Poeta expone los funestos efectos de la avaricia.

El Catual se fijó en la primera figura que aparecía allí pintada, la cual tenía en la mano por divisa un ramo, y ostentaba una barba larga, blanca y bien peinada: preguntó quién era, y por qué razón llevaba aquella insignia en la mano; á lo que le contestó Pablo con discreción, sirviéndole de intérprete el inteligente marroquí:

—Todas las figuras (1) que ves representadas en estos

(1) Suponiendo el Poeta que en aquellas banderas estaban pintados los héroes que ilustraron el reino de Portugal, no puede dejar de hablar de algunos de quienes ya se había ocupado en los Cantos III y IV, aunque con diferente estilo.

hienzos con bravo y feroz aspecto, son los héroes de mi patria, cuyas proezas, acciones y arriesgadas empresas les alcanzaron la fama digna de su bravura: antiguos son, pero su nombre resplandece aun entre los de los más esclarecidos varones. Este que ves es Luso, de cuyo nombre se llama Lusitania nuestro reiuo.

»Fué hijo ó compañero del Tebano que conquistó tan diversos países, y parece que vino á establecer su residencia en España conducido por su continuas conquistas: tanto fué lo que le agradaron los fértiles campos regados por el Duero y el Guadiana, llamados ya Eliseos (1), que quiso dar allí eterna sepultura á sus cansados huesos, y nombre á los nuestros.

»Ese ramo que lleva por divisa es el verde tirso (2) que usó Baco, y sirve para recordar á nuestra generacion que Luso fué el compañero ó hijo amado de aquel dios. —¿Ves ese otro, que fija su planta en la tierra del Tajo, después de haber surcado el mar en una vasta extension, y que levanta á orillas de dicho rio perpetuos muros y un templo en honor de Palas (3), cuya memoria aun se conserva?

»Es Ulises, que ofreció á la diosa tan santa casa, en agradecimiento de la elocuencia de que le dotara: es Ulises, que si en Asia arrasó á la insigne Troya, aqui en Europa fundó la gran Lisboa.—«¿Quién es aquel otro guerrero de furibundo aspecto, que va sembrando de muertos el campo? Al parecer debe de haber destrozado los grandes ejércitos de esos que llevan pintada un águila en sus banderas.»

(1) Elisa, hijo de Javan y nieto de Japhet, pobló la Europa y dió nombre á los Campos Eliseos; el Poeta fingió que estos campos estaban en Portugal.

(2) El tirso era un baston, revestido de ramos de vid y yedra, que llevaba Baco.

(3) Ulises, además de fundar á Lisboa, edificó un templo en honor de Palas ó Minerva, donde ahora existe un convento de religiosas.

Así dijo el gentil, y Gama le respondió:—«Ese fué un pastor, llamado Viriato, que manejaba mejor la lanza que el cayado: vencedor famoso é invencible, supo oscurecer la fama de la inmortal Roma, que no observó por cierto, ni pudiera observar con él la nobleza que antes tuvo con Pirro (1).

»Los romanos le arrancaron una vida que tanto pavor les infundia, no luchando frente á frente, sino valiéndose de una vergonzosa traicion; pues en los grandes aprietos, los pueblos más nobles no reparan en quebrantar las leyes del honor. — Hé ahí otro que, levantado en armas contra su irritada patria que lo habia degradado, acudió á refugiarse entre los nuestros; é indudablemente tuvo acierto en la eleccion de tales prosélitos, porque le ayudaron á adquirir un nombre eternamente ilustre.

»Vé cómo tambien humilla con nosotros las enseñas de esas aves queridas de Júpiter, pues ya entonces sabíamos derrotar á las gentes más agnerridas. Advierte de qué sutileza y fingimiento se valió para captarse el apoyo de los pueblos. Ese es Sertorio, y su divisa es la fatídica cierva que le suministra las noticias necesarias.

»Contempla esa otra bandera, y verás pintado en ella al gran progenitor de nuestros primeros reyes, á quien nosotros suponemos húngaro, aunque los extranjeros lo creen nacido en Lotharingia (2): después de haber vencido á los moros, y á los guerreros gallegos y leoneses, pasó nuestro

(1) Dice que los romanos no usaron con Viriato la misma nobleza que con Pirro, porque consintieron en el asesinato de aquel por sus capitanes vendidos, al paso que rechazaron el envenenamiento de este que les habia propuesto su médico.

(2) El antiguo reino de Lorena en Francia.

santo Enrique á la Casa santa, para santificar el tronco de nuestros reyes.»

—«Dime, ¿quién es ese otro que me espanta, (pregunta el Malabar maravillado) que con tan poca gente, derrota y destroza tantos escuadrones, tantos soldados; que derriba tan inexpugnables muros, da incansable tantas batallas, y á cuyas plantas yacen derribados tantos estandartes y coronas (1)?»

—«Ese es el primer Alfonso, dijo Gama, que arrojó totalmente á los moros de Portugal, y por quien jura la Fama en la laguna Estigia que no celebrará en adelante á la antigua Roma: ese es aquel celoso rey, predilecto de Dios, que se vale de su brazo para sojuzgar al enemigo agareno, y á quien se rinden tantos castillos y tan fuertes muros, que no deja casi nada que hacer á sus sucesores.

»Si César, si Alejandro hubieran tenido tan limitado poderio y tan pocos soldados que oponer á los innumerables enemigos que desbarató aquel excelente rey, no creas que sus nombres se hubieran difundido tan extensamente con inmortales glorias: pero dejemos sus inexplicables hechos, y ve que los de sus vasallos no son menos notables.

»Ese que estás contemplando, y que mira con torvo ceño y profunda irritacion á su destrozado discípulo, le está diciendo que reuna su ejército desbaudado, y torne al campo defendido: vuelve en efecto á él el jóven, acompañado del viejo, que lo convierte de vencido en vencedor (2): Egas

(1) Segun dice Faria, este príncipe, que es Alfonso I, venció á treinta reyes con unos cincuenta mil hombres cada uno, lo cual hace millon y medio de combatientes.

(2) Cuando Alfonso Enriquez hacia la guerra á su padastro, quedó vencido en una accion. Sabiéndolo su ayo Egas Moñiz acudió á encontrar al Príncipe, que se venia retirando; le reprendió con aspereza, porque habia salido sin él, y haciéndole reunir sus derrotadas tropas, volvieron ambos sobre el castellano, y lo vencieron á su vez.

Moñiz se llama el animoso anciano, claro espejo de vasallos leales.

»Míralo cómo va con sus hijos á entregarse, llevando una cuerda al cuello, y miserablemente vestido, porque el jóven no quiso sujetarse al castellano, como él le habia prometido: con sus promesas y sus razones hizo que se levantara el cerco que ya tenia muy oprimidos á los sitiados: obliga á su mujer y á sus hijos á que sufran su castigo, y para salvar á su señor, se condena á si mismo.

»No hizo otro tanto aquel cónsul que cayó en el lazo que le habian tendido junto á las horcas Caudinas (1), viéndose obligado á pasar por debajo del yugo del triunfante Samnita: este, firme y constante, sólo sacrificó su persona por su pueblo; pero el otro, no sólo se entregó á si mismo, sino tambien á su mujer é hijos inocentes, que es mucho más doloroso.

»Mira ese otro, que saliendo de una emboscada (2), cae sobre el rey que tenia sitiada á la fuerte ciudad, y le hace prisionero y levanta el sitio de aquella: ¡ilustre hazaña, digna de Marte! Míralo acá, pintado en esta armada, venciendo tambien á los moros en el mar, apoderándose de sus galeras, y alcanzando la gloria de nuestra primera victoria marítima.

(1) Los romanos derrotados por la astucia de los Samnitas, cerca de Caudío, se vieron obligados á pasar por debajo del yugo (*horcas caudinas*), y su cónsul Espurio Postumio á entregarse á merced de sus enemigos. El Poeta establece aquí la diferencia de que dicho cónsul se ofreció solo en rehenes, y D. Eneas ofreció tambien á toda su familia.

(2) Es D. Fuas Roufíno, que noticioso de que un rey moro iba sobre el castillo de Mos, en que él estaba, salió de él, dejándolo confiado á personas de valor, y se puso en emboscada. Quando el rey moro atacó el castillo, cayó D. Fuas sobre él y lo prendió. Después salió con nueve galeras portuguesas, y acometiendo á las de los moros que ocupaban la costa, las rindió todas. Esta fué la primera victoria naval de los portugueses. En seguida pasó á Africa, y pegó fuego á las naves que tenían los moros en Ceuta; pero vueltos los moros contra él, lo destruyeron.

»Es D. Fuas Roufião, que brilla á la vez en el mar y en la tierra con el fuego que prendió en las naves de los moros junto á la sierra de Abyla: mira cuán dichoso se muestra de morir peleando en tan justa y santa guerra, mientras su alma, saliendo de entre las manos de los moros, se remonta triunfante á los cielos, llevando la merecida palma.

»¿No vés allí un ejército extranjero saliendo de una grande y nueva armada, que ayuda á nuestro primer Rey en el sitio de Lisboa, dando una santa prueba de su celo cristiano (1)? Mira la palma que nace junto á la tumba del famoso caballero Enrique: por ellos hizo Dios patente un milagro: esos mártires de Cristo son germanos.

»Contempla un sacerdote (2) que, blandiendo la espada, acomete á Arronches, de la cual se apodera en venganza de la toma de Leiria, que poco antes fué ganada por los que enristran lanzas en defensa de Muihoma. Es el Prior Teotonio. Pero mira cercada á Santarem, y verás bien retratada en sus muros la figura del primero que subió al asalto, plantando (3) en ellos la bandera de las quinás.

»Míralo tambien allí donde Sancho destroza á los moros de Vandalia en guerra sangrienta (4), rompiendo á los ene-

(1) Alude al ejército alemán que tomó á Lisboa. Muchos de los alemanes murieron en el cerco, peleando con tanto celo, que los llamaron mártires. Uno de ellos, llamado Enrique, mereció ser contado entre los milagrosos, porque por él obró Dios visiblemente muchos milagros, no siendo el menor haber nacido en su sepulero una palma, que sirvió de medicina para muchas enfermedades.

(2) Este sacerdote es D. Teotonio, prior del convento de Coimbra. Obligado por la necesidad, tomó algunas veces las armas; ayudó al Rey, se apoderó de la plaza de Abranches, indignado de que los moros hubiesen ganado á Leiria.

(3) Mem Moñiz, hijo de Egas, fué el primero que escaló la muralla, y como Alférez mayor de Portugal, plantó en ella la bandera.

(4) El mismo Mem Moñiz acompañó al príncipe D. Sancho cuando pasó este á Andalucía, y en la batalla que dió junto á Sevilla, mató al alférez moro y arrastró la bandera mahomelana.

migos, matando al alférez y derribando el pendon hispánico: es Mem Moñiz, heredero del valor y de las virtudes de su inalogrado padre; héroe digno de figurar en estas banderas, pues humillando las contrarias, exalta la suya.

»Mira á aquel que descende apoyado en su lanza (1), trayendo las dos cabezas de los vigias, y merced á su bien dispuesta celada, á su astucia y su osadía, se apodera de la ciudad, la cual toma por armas la figura del vencedor, llevando en la mano aquellas heladas cabezas. ¡Proeza nunca vista, digna del fuerte pecho de Giraldo Sin-miedo!

»¿No ves un castellano (2), que enojado contra Alfonso IX y dejándose arrastrar por su antiguo odio hácia los Laras, se pasa al Moro, haciéndose euemigo de Portugal? Apodérase de la ciudad de Abrantes, á la cabeza de una multitud de infieles; pero mira cómo lo desbarata con poca gente un portugués, que con su audacia lo hace prisionero.

»Martin Lopez se llama el caballero que consiguió el lauro de tal accion. Contempla ahora ese eclesiástico guerrero (3), que trueca en férrea lanza el báculo de oro: vélo

(1) Giraldo, llamado Sin-miedo, andaba fugitivo por varias culpas, y se habia dedicado á bandolero. Descoso de dejar aquella vida y de hacer alguna accion notable para que el Rey lo perdonase, determinó tomar á Evora. Notó una noche que los centinelas de una torre, que eran un moro y su hija, dormian; subió á la torre, los mató, bajó con sus cabezas, las enseñó á sus compañeros, y volviendo á subir por la misma torre, se apoderaron de la ciudad. El Rey lo perdonó, y la ciudad en memoria de este hecho, reaccido en 1166, tomó por armas un hombre á caballo, con dos cabezas en una mano y la espada en la otra.

(2) D. Pedro Fernandez de Castro, hallándose ofendido por el rey Alfonso IX de Castilla y por los condes de Lara, se pasó á los moros, y entrando con ellos en Portugal, se apoderó de Abrantes, de que le desposeyó, prendiéndole, Martin Lopez.

(3) D. Mateo, obispo de Lisboa, que ganó la ciudad de Alcazar de Sal. Cuando estaba sitiando esta plaza, acudieron á socorrerla los reyes de Sevilla, Badajoz, Jaen y Córdoba: al ver tal multitud de enemigos, los portugueses desfallecieron y querian reti-

firme y tranquilo entre los que vacilan, decidiéndose por aceptar el combate que les presenta el bravo moro: mira la señal que se le aparece en el cielo, y que infunde alientos en sus escasos soldados.

»Mira cuán destrozados y cuán precipitadamente huyen los reyes de Córdoba y Sevilla con los otros dos, quedando todos muertos antes de conseguir ponerse en salvo: ¡maravilla ejecutada más bien por Dios que por el esfuerzo humano! ¿Ves cuál se humilla la ciudad de Alcázar, sin que le valga defensa alguna ni sus aceradas murallas ante D. Mateo, obispo de Lisboa, que á su corona clerical añade otra corona de palmas?

»Mira allí cómo conquista el país de los Algarbes un Maestre (1), llegado de Castilla, y oriundo de Portugal, sin encontrar después en aquella tierra quien le oponga resistencia: apodérase á escala vista de villas y castillos con maña, esfuerzo y con benigna estrella. ¿No ves también á Tavira, arrebatada á sus moradores, en venganza de los siete cazadores (2)?

»¿No ves con qué bélica astucia se apodera de Silves (3),

rarse; pero el obispo les obligó á atacar á los moros, y consiguó desbaratarlos, matándoles treinta mil hombres y apoderándose de la ciudad.

(1) Habla de Pelayo Correa, caballero portugués, maestre de Santiago en Castilla, que conquistó una gran parte del reino de Algarbe, y dicen que hizo pararse al Sol como Josué.

(2) Había tregnas entre Pelayo Correa y los moros, y fiado en ella, el Comendador Pedro Perez, con otros cinco caballeros, salieron á cazar cerca de Tavira, ciudad ocupada por los moros: estos, no respetando la tregna, dieron sobre los cazadores, y sobre un arriero que por allí pasaba y acudió en su auxilio, y á pesar de su resistencia, los mataron.—Apenas lo supo Pelayo, marchó contra los moros, sitió á Tavira y se apoderó de ella.

(3) Los moros de Silves, sabiendo que los portugueses sitiaban á Escobar, acudieron á socorrerla. Noticioso el Maestre Pelayo de este movimiento, marchó, no á ayudar á los suyos en Escobar, sino á apoderarse de Silves, desamparada por los moros, como lo consiguió.

para cuya conquista habia necesitado el Moro un inmenso ejército? Es D. Payo Correa, cuyo denuedo y conocimientos militares envidian todos. Mas no dejes de reparar en esos tres (1), que se dieron á conocer perpétuamente en Francia y en España, así en desafíos, como en justas y torneos, dejando públicos trofeos de sus hechos en aquellos países.

»Miralos: como simples aventureros pasan á Castilla, donde alcanzaron ellos solos el lauro en los juegos de Belona (2), en que por desgracia de algunos tomaron parte. Contempla muertos á los soberbios caballeros que desafiaron al principal de los tres, llamado Gonzalo Ribeiro, que puede arrostrar sin temor la ley Lethea (3).

»Fijate en ese otro que, deseando adquirir una fama (4) superior á la de cualquiera de sus antepasados, sustentó sobre sus hercúleos hombros á su pátria, que estabu pendiente de un delgado hilo: ¿no le ves, rojo de cólera, reprendiendo al pueblo por su vil, inerte y pasiva desconfianza, y haciendo que se someta al dulce freno de su rey natural, y no al de un rey ajeno?

»Mira cómo guiado en su determinacion y audacia por Dios y por su santa estrella, puede llevar á cabo lo que parecia imposible: vencer al gran pueblo de Castilla. Merced á su ingenio, esfuerzo y valentia, consigue otra brillante y preclara victoria sobre los bravos y numerosos guerreros que habitan entre el Guadiana y el Tartesio (5).

(1) Gonzalo Ribeiro, Vasco Anes y Fernando Martínez de Santarem.

(2) Diosa de la Guerra. Los juegos de Belona son las justas y torneos.

(3) Sin temor al olvido; porque las aguas del Leteo quitaban la memoria.

(4) Hilda de Nuño Alvarez Pereira, y de las batallas de Aljubarrota y Castrolverde, descritas en el canto IV.

(5) Rio de la provincia de Huelva.

»Pero ¿no ves ya casi desbaratado el poder lusitano por la ausencia de su devoto capitán (1), que algún tanto apartado del campo de batalla, implora á la Esencia única y trina? Mira cuál acuden los suyos presurosos en su busca, diciéndole que les era ya imposible resistir contra tamaño poder, y rogándole que acudiese, para dar con su presencia ánimo á los débiles.

»Y mira con qué santa confianza les responde que aun no es tiempo, como quien está seguro de que Dios le concederá la victoria: así también el religioso Pompilio (2), oyendo que talaba sus estados un poderoso ejército enemigo, respondió al que tal noticia le daba: «Pues yo estoy ofreciendo á los dioses un sacrificio.»

»Si deseas saber cómo se llama el que tan ciega confianza pone en Dios, le diré que lleva el nombre de Don Nuño Alvarez, aunque debiera llamarse más bien el Escipion portugués. ¡Dichosa la patria que cuenta con tal hijo, ó mejor dicho, con un padre, á quien no dejará de llorar en tanto que el Sol alumbré este globo de Ceres y de Neptuno (3)!

»Mira qué preseas gava en la misma guerra esotro capitán al frente de escasos soldados: vence á comendadores, y rescata audazmente el ganado de que se habian apoderado (4):

(1) Durante la batalla de Valverde, tenida entre los castellanos y los portugueses, viendo Alvarez Pereira que mandaba á estos últimos, que llevaban la peor parte, se retiró entre unas peñas y se puso allí en oración. Echándole de menos los suyos, se pusieron á buscarlo, y habiéndolo encontrado, le excitaron á que arudiese, porque estaba perdido el campo. Nuño respondió con mucha calma: *Aun no es tiempo*, y siguió rezando. Cuando hubo concluido, rehizo su ejército y venció á los castellanos.

(2) Numa Pompilio, segundo rey de Roma, sumamente dado á las ceremonias del culto. Véase lo que acerca de esto dice Plutarco en su vida.

(3) El globo terráqueo, al que llama así, porque Neptuno es el dios de las aguas, y Ceres diosa de las mieses, que son la principal producción de la tierra.

(4) Un comendador de Alcántara y otro de Calatrava entraron en Portugal con mucha gente, é hicieron presas de importancia, entre ellas muchos miles de cabezas de

mira cómo otra vez tiñe su lanza en la sangre de los mismos, sólo por librar al amigo hecho prisionero por su lealtad (1): llámase Pedro Rodríguez de Landroal.

»Contempla cómo paga su perjurio y su vil traición ese desleal: Gil Fernandez de Elvas es quien lo vence y le hace sufrir la última pena (2); después de lo cual tala el campo de Jerez, y casi lo inunda con la sangre de sus dueños castellanos. Mas repara en Ruy Pereira, que escuda con su cuerpo las galeras, puesto delante de ellas (3).

»Mira con qué valor se defienden esos diez y siete Lusitanos (4) subidos en un otero, contra cuatrocientos castellanos, que se extienden para rodearlos: mira cómo estos conocen luego por su mal, que aquellos no sólo saben resistir, sino también acometer: hazaña que debe ser eternamente celebrada en los tiempos antiguos y en los modernos.

ganado. Salió á encontrarlos con poca gente Pedro Rodríguez, alcaide de Landroal, y venciódolos les quitó lo que llevaban.

(1) Conociendo Alvaro Gonzalez Coitado que el alcaide de Villaviciosa Vasco Porcalle estaba por Castilla y se proponia entregar aquella fortaleza, consiguió echarlo de ella. Vasco, valido de su asuegro, hizo que le volviesen el castillo, lo entregó á los castellanos, prendió á Alvaro é hizo que los enemigos lo trasladasen á Olivenza; pero noticioso de ello Pedro Rodríguez, acometió con ochenta hombres á los castellanos y puso en libertad á su amigo.

(2) Pelayo Rodríguez Marino tenía el fuerte de Campo-mayor por Castilla. Gil Fernandez quiso persuadirlo á que estuviese por Portugal, y le envió á decir que queria hablarle, á cuyo fin se dieron mutuamente las mayores seguridades; pero Pelayo, faltando á su palabra, prendió á Gil en cuanto llegó al sitio de la confidencia. Rescatóse Gil, y algunos dias después acometió á Pelayo y lo prendió á su vez, siendo muerto por su gente, indignada por la traición que había cometido antes con su capitán.

(3) Teniendo necesidad Ruy Pereira de pasar con sus naves por delante de una escuadra castellana que sitiaba á Lisboa, acometió á la capitana enemiga, y sirviéndole de escudo á sus galeras, consiguió que estas pasaran á donde queria; pero perdiendo la vida en tan gloriosa acción.

(4) Sitiada por los castellanos la plaza de Almeida, los portugueses, que carecian de agua, se veian obligados á ir á buscarla á cierta distancia con gran riesgo suyo, y en una ocasion en que lo intentaron diez y siete de ellos, acudieron cuatrocientos castellanos á prenderlos; pero los portugueses se resistieron y aun mataron algunos de sus enemigos.

»Cuenta la fama que, en el tiempo en que los varoniles y audaces hechos de Viriato dieron tanto lustre á su época, ya habian peleado trescientos hisos contra mil romanos (1), y alcanzando sobre ellos memorables victorias, nos legaron el ejemplo de su valor, enseñándonos á no retroceder jamás ante el número de nuestros enenigos, como así lo hemos demostrado en mil ocasiones.

»Hé aquí dos infantes, Pedro y Enrique, generosos descendientes de Juan: el primero alcanzó la inmortalidad, pereciendo gloriosamente en los campos de Alemania (2); el segundo hizo que la fama lo diera á conocer á los mares como su descubridor, y supo además humillar la hinchada soberbia de los moros de Ceuta, apoderándose de esta ciudad, por cuyas puertas entró el primero (3).

»¿ Ves al conde D. Pedro, que sostiene dos sitios contra Berberia entera (4)? ¿ Ves aquí á otro conde (5), que en la

(1) Después que Viriato derrotó á los ejércitos romanos de los pretores Claudio Unimano y Cayo Nigidio, empezaron á robar las aldeas tres mil ginetes romanos. Trescientos portugueses, que iban cargados de botín, los acometieron y los pusieron en fuga.

(2) El infante D. Pedro, que ayudó valerosamente en Alemania al emperador Segismundo contra los herejes. Habiéndole enemistado con el Rey de Portugal sus émulos, quiso pasar á Lisboa para darle una satisfaccion; pero el Rey, á quien habian persuadido de que iba á quitarle la corona, salió á su encuentro con mucha gente y lo mató.

(3) El infante D. Enrique, distinguido matemático, fué el origen de los descubrimientos marítimos de los Portugueses. Fué el primero que entró en la plaza de Ceuta, cuando su padre el rey D. Juan I pasó á sitiarla.

(4) D. Pedro Meneses, que cuando se trató de dismantelar á Ceuta, alzó un palo que tenia en la mano, diciendo: *Yo solo con este palo la defenderé de todo el poder de Africa.* Cumplió lo prometido en dos sitios que pusieron á la plaza innumerables moros, y el palo con que el Conde habia prometido defenderla se conservó religiosamente, presentando después sobre él el juramento de defenderla, los gobernadores sucesivos.

(5) D. Duarte, conde de Viana, defendió la plaza de Alcaerseguer de un poderoso ejército de moros. Habiendo salido un día de Ceuta el rey D. Alfonso V, se vió rodeado de tantos enenigos, que tuvo que retirarse, encargando á D. Duarte que los entretuviese mientras él se ponia en salvo. D. Duarte resistió con tanto ardor, que murió por conservar el terreno mientras el Rey se retiraba.

tierra es el representante de las fuerzas y osadía de Marte? No contento con rechazar en Alcázar el ataque de un numeroso ejército, defiende la amada vida de su rey, exponiendo para ello la suya, que perdió allí.

»Aun pudieras ver otros muchos, que los pintores retratarían aquí también; pero les faltan pinceles, les faltan colores, y la honra, el premio y el favor que dan vida á las artes, por culpa de los indignos sucesores, que degeneran y se desvían del lustre y del valor de sus antepasados, entregándose á toda clase de placeres y vanidades.

»Aquellos ilustres progenitores, que fueron el tronco de la generacion que procede de ellos, hicieron entonces mucho por la virtud y por dejar bien cimentada su genealogía. ¡Oh ciegos! Si, merced á sus penosas fatigas, consiguieron difundir tanto su elevada fama y su renombre, dejan en cambio sumidos en la oscuridad á sus descendientes, permitiéndoles que se entreguen á un ocio corruptor.

»Hay también otros personajes encumbrados (aunque no proceden de ningún tronco ilustre), gracias al capricho de los reyes, que muchas veces se muestran más liberales con sus privados que con mil varones llenos de valor y de sabiduría: pero esta clase de gente no quiere ver á sus antepasados ni en pintura, creyendo que no les conviene recordar su oscuro origen, y aborreeen al elocuente pincel como á su enemigo natural.

»No niego, sin embargo, que existen vástagos de ilustre prosapia, que con su conducta digna saben conservar la nobleza que heredaron y si su valor no consigue aumentar el brillo de sus progenitores, por lo menos no carecen del primero ni amortiguan el segundo: mas de estos halla muy pocos la pintura.»

De esta suerte iba explicando Gama los grandes hechos, clara y distintamente representados en aquellas banderas cou variados colores por la experta mano del hábil artista. El Catnal contemplaba con suma atencion aquellas detalladas historias, dirigiendo mil preguntas, y oyendo otras tantas respnestas relativas á las interesantes batallas que veia.

La luz iba ya perdiendo su intensidad, porque la gran lumbrera se escondia debajo del horizonte, llevando, luminosa, el dia á los antipodas, cuando el Gentil y los ilustres Naires se alejaron de la fuerte nave, yendo en busea del reposo que la apacible noche ofrece á los fatigados mortales.

Entre tanto, los artúspices (1) más célebres en la equivocada opinion del pueblo indio, que se figuran prever los casos dudosos valiéndose de sacrificios, de indicios y de señales diabólicas, empezaron á ejercer con cuidado y por órden del Rey su cometido, para averiguar las consecuencias de la llegada de aquella gente extranjera, que habia acudido á su pais desde la desconocida Iberia.

El mismo Demonio les dió á conocer que los recién llegados someterian á perpétuo yugo y cautiverio el pais, causando la destruccion de sus principales habitantes. Atónitos y espantados los agoreros, se apresuraron á manifestar al Rey lo que les daban á entender las temerosas señales halladas en las entrañas de las victimas que examinaron.

Añádase á esto que Baco, sin cejar un momento en sus rencores, se apareció en sueños, y bajo la forma del falso

(1) Asi llamaban los Romanos á los agoreros. Hablando de estos diez Barros: «En un vaso de agua le mostraron al Rey unas embarcaciones que de tierras muy remotas iban á la India, asegurándole que la gente que iba en ellas causaria la total ruina de aquellos paises.»

y conocido profeta descendiente del hijo de la esclava Agar, á un devoto sacerdote musulmán, que ya de por sí no estaba muy distante de abrigar un odio profundo contra la fé divina, superior á otra cualquiera.

Y así le dijo:—«Guardaos, hijos míos, del mal que os prepara ese audaz navegante, enemigo nuestro, antes de que el peligro sea más inminente.»—Al oír estas palabras se despierta el Moro sobrecogido de espanto; pero considerando que sólo ha sido un sueño, se vuelve á dormir tranquilo y sosegado.

Vuelve de nuevo Baco diciendo: —«¿No reconoces en mi al gran legislador, que dió á tus antepasados la ley que hoy obedecen, y sin la cual estaríais muchos bautizados? Es decir, que mientras yo peno y velo por tí, ¿tú te duermes? Sabe; pues, que los que han llegado recientemente cunsarán muchísimo daño á la religion que di al necio pueblo humano.

»Mientras la fuerza de esa gente sea poca, haz que la resista todo el pueblo; porque, cuando el Sol sale, puede fijarse en él la vista con facilidad; pero tan luego como se remonta refulgente y abrasador, si las miradas se empeñan en fijarse en él, quedan los ojos tan ciegos como quedareis vosotros, si no les impedis que echen aquí raíces.»

Dicho esto, desaparecieron él y el sueño: el asombrado agareno queda temblando, salta de la cama, y pide luces á sus siervos, excitado su corazón por un odio creciente. Apenas asomó la luz que precede al Sol, procuró revestir su rostro de una apacible serenidad, y convocó á los principales de su torpe secta, á quienes dió cuenta detallada de su sueño.

Emitiéronse allí diversos y contrarios pareceres, según la opinion de cada cual; inventaron y urdieron perfidias,

astutas traiciones y diferentes engaños; pero abandonando al fin todo proyecto temerario, su principal objeto tendió á la destruccion de aquella gente por medio de mañosas sutilezas y rebuscados ardidés, empezando por sobornar á los consejeros del Rey.

En breve lograron atraerse á los principales del país por medio del soborno, del oro y de secretas dádivas, y les hicieron ver con notables y discretas razones, que los Portugueses causarían la perdición del reino, asegurándoles que no eran más que inquietos aventureros, que recorriendo los mares occidentales, sólo vivían de piráticas rapiñas, sin rey, y sin leyes divinas ni humanas.

¡Oh! ¡cuánto debe cuidar un rey que gobierne bien de que sus consejeros ó privados estén dotados de conciencia, de virtud interna, rectitud y sinceridad! Colocado en su elevado trono, no puede tener más exacto conocimiento de los negocios apartados, sino el que sus consejeros le suministren.

No pretendo, con todo, que se pague tanto de una conciencia limpia y recta, que vaya á buscarla bajo un pobre y humilde manto, donde acaso se encubra la ambicion; ni que elija por consejero al hombre de reconocida virtud y santidad, poco experto por lo mismo en los negocios del mundo; porque su conciencia, fija tan sólo en Dios, no puede atender á ellos como debiera.

Mas aquellos avaros Catuales que gobernaban al gentili-co pueblo, incitados por los infernales agoreros, diferían la respuesta que esperaban los Insitanos. Sin embargo, Gama no deseaba de los Moros otra cosa sino que le dejaran llevar á su Rey una señal evidente del mundo que había descubierto.

En ello se ocupaba únicamente, porque sabia muy bien

que, en cuanto llevase á Portugal las pruebas de sus descubrimientos, Manuel (1), que reinaba entonces, enviaria armas, naves y gente para someter á su yugo y á su ley la redondez de la tierra y del mar; pues él por su parte, no era más que un solícito descubridor de los países orientales.

Determinó, por tanto, hablar al Rey gentil para regresar con su respuesta, sospechando ya que aquella gente malévola le habia de impedir la realizacion de sus deseos. El Rey se atemorizó, como era de esperar, con las falsas y pérfidas noticias que le habian dado, por ser sumamente crédulo en los agüeros, y mucho más viéndolos confirmados por los moros.

Este temor entibió bastante su primer entusiasmo, aunque por otra parte, su insaciable codicia, á la que era inclinado por naturaleza, excitaba en él un ardiente é imperecedero deseo; porque veia claramente los inmensos beneficios que le resultarían de ajustar por largos años, con rectitud y buena fé, el tratado que le propusiera el Rey de Portugal.

En los consejos que celebraba con respecto á este asunto hallaba pareceres muy encontrados; porque todos sus consejeros estaban sujetos á la influencia del oro. Por último, mandó llamar al gran Capitan, y una vez en su presencia, le dijo: —«Si quieres confesar la verdad limpia y desnuda, alcanzarás el perdon de tus culpas.

»Estoy muy bien informado de que la embajada que me has traído de parte de tu Rey era fingida; porque ni tienes rey ni patria, sino que pasas cual un vagabundo tu vida; y en efecto, ¿qué rey ó señor de esa apartada Hesperia ha

(1) D. Manuel el Afortunado, entonces rey de Portugal.

de tener la desmedida locura de arriesgar sus naves y flocas en tan inciertos y remolos viajes (1)?

»Y si la majestad de tu Rey se extiende á países tan grandes y poderosos, ¿dónde están los valiosos presentes que me traes, como prueba de tu supuesta verdad (2)? La amistad de los ilustres monarcas se cimenta por medio de regalos y presentes suntuosos; pero las palabras de un nauta errante no pueden servir de prenda ni de señal suficiente para ello.

»Si por ventura vinisteis hasta aquí desterrados, como ha sucedido á otros muchos hombres de elevada alcurnia, seréis agasajados en mi reino; pues la tierra entera es patria del varon fuerte: y si sois piratas, avezados á las fatigas del mar, decidmelo sin que os lo impida el temor de la infamia ó de la muerte; pues la necesidad de vivir es la que, ahora y siempre, ha señalado la regla de conducta de los mortales.»

Así habló el Rey; y Gama, que ya tenía sospechas de las insidiosas asechanzas que le preparaban los mahometanos, de quienes procedían todos los malos juicios que habia formado el monarca, le contestó elocuentemente y poseído de una gran confianza, inspirada por Venus Acidalia (3),

(1) Alude el Poeta á lo que entonces se decia, no sólo en las otras naciones, sino aun en Portugal, sobre el viaje de Gama á la India, calificando generalmente de locura aquella pretension.

(2) Cuando Gama pasó á la India no fué tan bien provisto como debia para ser bien despachado por un rey bárbaro á quien iba á buscar desde tan lejos. Así es que, aun cuando los moros lo aconsejaron que no lo hiciera, le único que pudo ofrecer al zamorin fué cuatro capellares de grana, seis sombreros, cuatro sargas de corales, doce lambelas, siete vacias de laton, una caja de azúcar, dos barriles de aceite y otros dos de miel.

(3) El Poeta llama Acidalia á Venus del nombre de una fuente de Boccia que le estaba consagrada.

tanto más conveniente en aquella ocasión, cuanto que, merced á ella, logró adquirir entero crédito:

—«Si los antiguos delitos que la maldad de los hombres cometió en los primitivos tiempos, dijo, no fueran causa de que el infernal vaso de iniquidad, azote cruel de los cristianos, enemistase perpetuamente entre sí á los hijos de Adam; si la falsedad de la torpe secta musulmana no hubiese influido en ti, jamás llegarás á concebir, oh poderoso Rey, tan indigna sospecha de nosotros.

»Pero, como ningun bien se alcanza sin tropezar con mil obstáculos, y en todas ocasiones va el temor siguiendo las huellas de la esperanza, que vive siempre inquieta y anhelante, no me extraña que des tan poco crédito á mis ingenuas palabras, prescindiendo para ello de las razones que en contrario te sugeriría tu mente, si no dieras más crédito á quien no debes.

»Dado caso de que yo viviese tan sólo de rapiñas; suponiendo que fuese un vagabundo ó un desterrado de mi patria, ¿cómo puedes pensar que desde tan lejos viniera á buscar asilo en país tan ignorado y remoto? ¿Qué esperanzas ó qué interés me obligarian á arrostrar las iras del Océano, los frios polares y los ardores que sufren cuantos habitan bajo el signo del Carnero (1)?

»Si sólo en vista de preciados regalos has de dar crédito á lo que afirmo, te confieso que el único objeto que me ha guiado en mi viaje ha sido el de hallar el extraño clima donde la Naturaleza colocó tu antiguo reino. Pero si la fortuna me enaltece hasta el punto de permitirme volver á mi patria, á mi amigo reino, verás entonces los soberbios y ricos dones que anunciarán mi regreso (2).

(1) Los habitantes de la zona tórrida, que está bajo el signo de Aries.

(2) Creia Gama que, no bien llegase á Portugal con la noticia de sus descubrimien-

»Si te parece increíble que el Rey de la última Hesperia (1) me haya enviado hasta aquí, debes tener presente que ningún hecho posible arrojará á un corazón sublime y verdaderamente régio: verdad es que el increíble arrojó de los lusitanos es tal, que para dar crédito á tanto valor y deuedo se requiere una fé ciega y capaz de comprenderlo.

»Has de saber que há muchos años que nuestros reyes se propusieron firmemente allanar cuantos obstáculos y peligros se han opuesto siempre á las grandes empresas; y enemigos del ocio y la molicie, empezaron á descubrir nuevos mares, aspirando á averígnar cuáles eran sus límites y las últimas playas que bañaban.

»Intento digno de la ilustre progénie del venturoso Rey, que fué el primero en surcar las olas para arrojar de sus patrios lares al último morador de Abyla (2), y que merced á su industria y raro ingenio, y uniendo un leño á otro; pudo descubrir toda la parte del mundo que está iluminada por la luz de Argos, la Hidra, la Liebre y el Ara (3).

»Dando los venturosos resultados nuevas alas á su osadía, fueron descubriendo poco á poco caminos desconocidos, cuyos descubrimientos prosiguieron unos tras otros. Nosotros, pasando más allá de los abrasados trópicos, hemos visto los moradores del Africa Austral, que jamás contemplaron las siete llamas (4).

los, le volveria á enviar el Rey con más poderosos medios; pero el monarca mandó en su lugar á Pedro Alvarez Cabral, y aun entonces, el regalo que este llevó al Zamorín fué bastante mezquino.

(1) Llama á España la última Hesperia para distinguirla de Italia, que tambien se la conocido con este nombre.

(2) D. Juan I, que fué el primer rey católico que acometió por mar á los Moros.

(3) La parte de Africa iluminada por estas constelaciones es la comprendida entre el río Tabile y el Senegal.

(4) Las siete llamas son las siete estrellas que forman la constelacion de la Osa Mayor.

»De esta suerte, con inalterable constancia y animados por tan gran propósito, nos hemos sobrepuesto á los reverses de la fortuna, y conseguido fijar la última columna de nuestros descubrimientos en tus lejanos dominios: arrojando la furia del líquido elemento y de la tempestad bravía é importuna, hemos llegado á tus Estados, para pedirte tan sólo una prenda que poder llevar á nuestro Rey en testimonio de nuestros trabajos.

»Esta es la verdad, ¡oh Rey! Si así no fuera, ¿de qué me serviría molestarte con difusas y fingidas razones, para alcanzar en último resultado una recompensa tan pequeña como la que te pido? Antes bien, habria buscado con preferencia un refugio en el seno de la madre Tetis, como conviene á un pirata enriquecido con el fruto de sus rapiñas.

»Por lo tanto, si te convences de que mis palabras llevan el sello de la verdad más pura y sin doblez, procura darme pronta respuesta, y no me quites el placer del regreso; pero si aun creyeras que hay en mi falsía, medita las razones que te he dado, tan convincentes en mi concepto, que no podrá menos de aceptarlas cualquier hombre de claro entendimiento, pues la verdad se conoce fácilmente.»

No dejó de hacer mella en el ánimo del Rey la seguridad con que probaba Gama cuanto decia: poco á poco fué dando crédito á sus palabras, que hicieron renacer su confianza; celebró luego la suficiencia de sus razones y la gran autoridad que prestaban al jefe lusitano, y por último dedujo que estaban engañados en sus juicios los sobornados Catnales.

Esta consideracion, y la esperanza del provecho que en su codicia creia reportar del tratado con los lusitanos, le impulsaban á aceptar la proposicion de Gama, y á dar ma-

yor asenso á las palabras de este que á las del falso Moro. Decidióse por último á ordenar al Capitan que pasase inmediatamente á bordo, y que sin recelo ni temor alguno en- viase á tierra algunos de los objetos que traia, para trocar- los ó venderlos por drogas y especias.

Indicóle que desembarcara con preferencia aquellos pro- ductos de que carecia el pais del Ganges, dado caso de que entre los que traia de los paises occidentales hubiera algu- nos á propósito para la India. — Separóse el Capitan de la real presencia del Zamorin, y finé á pedir al Catual una embarcacion que le condujese á bordo, pues las suyas es- taban bastante apartadas.

Pídele un esquife que le lleve á sus naves; mas el per- verso regidor, que maquinaba nuevas traiciones, resistióse á complacerle, oponiendo obstáculos y subterfugios: por fin se dirigió con él á la playa, con el objeto de alejarlo cuanto le fuera posible del real palacio, y poner por obra, sin que lo supiera el Rey, cuanto le inspirara su malevo- lencia.

Una vez apartados de la régia morada, le dijo que le pro- porcionaria el esquife pedido, aun cuando seria mejor que disfriese su marcha hasta el día siguiente. Tanta demora injustificada hizo ya comprender á Gama que el Gentil era tambien cómplice de la infame traicion de los Moros, cosa que él no habia sospechado hasta entonces.

Este Catual, que ejercia la primera autoridad en las ciu- dades del poderoso Zamorin, era uno de los que estaban seducidos por los mahometanos: sólo de él esperaban los moros el resultado de sus torpes manejos; y él, que cons- piraba con ellos, tenia una gran esperanza en el feliz éxito de sus planes.

Gama le requería con inútil insistencia á fin de que le

facilitara los medios de trasladarse á sus naves, añadiéndole que así lo habia mandado el noble sucesor de Perimal: le preguntaba la razon que tenia para diferir ó impedir que trajera á tierra los productos de Portugal, y le decia que lo que ordenan los reyes no puede ser desobedecido por sus vasallos.

Pero el corrompido Catual no prestaba atención alguna á tales palabras, sino que, por el contrario, revolviendo en su imaginacion alguna trama sutil, astuta, diabólica, estúpida, imaginaba cómo le seria posible teñir su acero en sangre del aborrecido extranjero, ó abrasar sus naves para que ninguno pudiera regresar á su patria.

Los mahometanos habian tomado la infernal determinacion de que ni uno solo volviera á su pais (1), para que el Rey de los Lusitanos no supiera nunca por dónde se extendian las tierras orientales. Gama se veia por lo tanto imposibilitado de partir, por impedirsele el ministro de aquellos bárbaros, ni tampoco podia marcharse sin su consentimiento, porque le habia secuestrado todas las almadías.

A las reconvencciones y protestas del Capitan respondia el idólatra, que mandase acercar á tierra las naves para poder ir á ellas y volver más cómodamente; diciéndole que era señal evidente de enemistad y fraudulencia el tenerlas tan alejadas de la costa, pues todo ami-

(1) Lo que los moros querian hacer con los navegantes es lo mismo que los portugueses quisieron hacer con Colon y sus compañeros cuando estos llegaron á España; pero los malabares eran menos culpables que los portugueses, porque aquellos querian acabar con Gama por no ver arruinado su imperio, y estos querian acabar con los de Colon por no ver engrandecido el de sus vecinos.

go fiel y verdadero no teme de su amigo ningun peligro.

El discreto Gama descubrió claramente en estas palabras que el Catual deseaba tener cerca las naves para asaltarlas à sangre y fuego, dando rienda suelta à su ódio. Abismábase en profundos pensamientos, meditando un remedio seguro para peccaver quanto mal se le estaba preparando, pues por lo mismo que todo lo tenia, procuraba atender à todo.

Semejante al deslumbrador reflejo de un bruñido espejo de acero ó de terso cristal, que herido por un rayo solar, despide en todas direcciones su luminoso fulgor, y agitado por la ociosa mano de un niño travieso, recorre de acá para allá las paredes y los tejados de la casa, trémulo é intranquilo;

Así fluctuaba el vago pensamiento del detenido Gama, cuando se acordó de que, tal vez Coello podia estarle esperando en la playa con las lanchas, como le habia ordenado: por lo cual le mandó secretamente que se volviese à la flota, para evitar que cayera de improvise en los lazos que en su concepto les estaban tendiendo los feroces mahometanos.

Tal ha de ser la conducta del que aspire à imitar ó igualar à los más esclarecidos héroes: su pensamiento ha de estar en todas partes; ha de adivinar los peligros y evitarlos: ha de conocer à los enemigos y engañarlos con su militar ingenio y sutileza; preverlo todo, por último, pues un capitán que diga: *¡Quién lo pensara!* jamás merecerá mis alabanzas.

Insiste el Malabar en tener preso à Gama, si no manda que su armada se aproxime à tierra: este, inquebrantable en su propósito y encendido de ira, desprecia sus amenazas, prefiriendo que recaiga sobre si todo el peso de quanto

daño forje en contra suya la perversidad de los enemigos (1), á exponer la flota de su Rey que entonces estaba segura.

Aquella noche y parte del segundo dia estuvo detenido en tierra : entonces determinó presentarse nuevamente al Rey; pero se lo impidió la no escasa guardia que lo vigilaba. El Gentil le propuso otro partido, temeroso del castigo de su rey, si llegaba á enterarse de su malevolencia, como no podia menos de suceder en el caso de tenerlo detenido por más tiempo.

Le dice, pues, que mande desembarcar toda la mercancia vendible que traia, para que se fuera cambiando y vendiendo con comodidad, bajo el supuesto de que quien rehusa el comercio, sólo busca la guerra. Comprendiendo Gama los malos propósitos que encerraba el dañado pecho del Catual, consiente en esta proposicion, pues tenia por seguro que compraba su libertad con su hacienda.

Concertó, pues, con él que le proporcionase embarcaciones á propósito para traerla; porque no queria exponerse á que el enemigo se apoderara de las suyas ó las detuviese. Parten, pues, las almadías en busca de las codiciadas mercancías de España, y Gama escribe á su hermano, dándole orden de que se las enviara como precio de su rescate.

Llegan por fin á tierra, donde el infame Catual las recibió complacido : Alvaro y Diego quedan custodiándolas para poderlas vender por su valor. El Gentil demostró entonces cuánto más puede y vale en un alma vil el interés que la

(1) Cuando Gama saltó á tierra en Calicut, temió perder allí la vida : así es que encargó á su hermano que luego que tuviera noticia de su muerte ó supiese que lo detenian, se volviese á Lisboa.

obligacion, el mandato y el ruego, pues dió libertad á Gama á cambio de su hacienda.

Suéltalo por ella, suponiendo que le reportaria mayor utilidad de la que pudiera resultarle deteniendo por más tiempo al Capitan. Viendo este que ya no le era conveniente volver á tierra, se encaminó hácia sus naves, permaneciendo tranquilo en ellas, y decidido á no dar lugar á que lo pudieran detener otra vez.

Determina permanecer tranquilo en sus naves, hasta ver lo que el tiempo da de sí; pues ya no se lia del codicioso, venal y poco noble regidor. Por esto podrá ver el hombre de juicio sano qué irresistible influjo ejerció, así en el pobre como en el rico, el sórdido interés, y la enemiga sed del oro que á todo nos arrastra.

El Rey de Tracia mató á Polidoro por apoderarse de sus riquezas (1): la lluvia de oro entra á través del fortísimo edificio para gozar de los encantos de la hija de Acrisio (2); puede tanto en Tarpeya (3) el feo vicio de la avaricia, que á cambio del lucente y rubio metal, entrega la elevada torre

(1) Polimnéstor, rey de Tracia, mató á Polidoro hijo de Priamo, quien se lo habia confiado durante el sitio de Troya, por apoderarse de sus riquezas. Hécula, madre de Polidoro, encontró á Polimnéstor, se arrojó sobre él, le arrancó los ojos y mató á sus hijos.

(2) Acrisio, rey de Argos, encerró en una torre á su hija Danae por temor á la profeccion del oráculo, que le habia anunciado que le mataria el hijo que naciera de ella. Júpiter penetró en aquella torre convertido en lluvia de oro y sedujo á Danae, haciéndola madre de Perseo, quien, segun algunos autores, andando el tiempo mató á su abuelo por una funesta casualidad.

(3) Tarpeya fué una jóven romana, que entregó á los sabios el monto y fortaleza del Capitolio, pidiéndoles en recompensa que le llevaran lo que llevaban en el brazo izquierdo, aludiendo á los anillos y brazaletes de oro. Cuando aquellos se apoderaron de la fortaleza, Tacio, su rey, mandó á los soldados que arrojasen cuanto llevaban en el brazo izquierdo como ya lo habia hecho él; y entonces, imitándolo todos, dejaron á la vanidosa jóven sepultada y muerta debajo de los escudos que lanzaron sobre ella.

al enemigo, el cual recompensó su traicion, haciéndola morir casi ahogada.

Esta infame pasion rinde las más pertrechadas fortalezas; convierte á los amigos en falsos y traidores; hace que cometan bajezas los más nobles corazones, y entrega al enemigo los más valerosos capitanes; corrompe purezas virginales, sin temor á los peligros que puedan correr la honra ó la fama; y deprava hasta las mismas ciencias, corriendo un velo sobre las conciencias y sobre los más claros ingenios.

Esta pasion interpreta los textos con sofística sutileza; hace y deshace leyes; es causa de perjurijs entre los hombres, y convierte mil veces á los reyes en tiranos. Hasta de los que se dedican exclusivamente al servicio del Sér Supremo oireis decir mil veces que los ha corrompido con sus irresistibles halagos, aunque entonces suele enenbrirse con una mentida capa de virtud y santidad.

CANTO IX.

ARGUMENTO.—Habiendo detenido los malabares á los dos portugueses encargados de la venta de las mercancías, manda Gama que á su vez conserven prisioneros en la escuadra á algunos habitantes del país que habian pasado á ella á vender algunos géneros: merced á esta determinacion, consigne que pongan á aquellos en libertad, y viéndose libres los portugueses de las traiciones que les amenazaban en Calicut, salen de aquel puerto y hacen rumbo hácia su patria.—Venus ayudada de Cupido les presenta una isla deliciosa, donde los esperaban las ninfas del mar, inflamadas por el Amor.—Demostraciones halagüeñas con que las Nereidas acogen á los portugueses.—Termina el poeta este canto explicando el sentido simbólico de los deleites de aquella isla, y excitando á sus compatriotas á que procuren alcanzarlos.

Los dos portugueses encargados de vender las mercancías permanecieron mucho tiempo en la ciudad sin conseguirlo; pues los moros, valiéndose de sus astutas mañas, hicieron que no se presentasen compradores. Era el propósito y deseo de los infieles detener allí á los descubridores de la India hasta la llegada de las naves de la Meca, en las cuales confiaban para destruir las de los Lusitanos.

No lejos del seno Eritreo, donde fundó el egipcio Tolomeo la ciudad de Arsinoe, así llamada del nombre de una hermana suya, el cual cambió después por el de Suez, se halla el puerto de la Meca, ciudad famosa, que se engrandeció merced á la falsa y profana superstición religiosa del manantial mahometano (1).

(1) En la Meca hay una fuente ó pozo, donde Mahoma solia lavarse: los moros que la

Este puerto se llama Gidá (1), centro el más floreciente del comercio del mar Rojo, del que sacaba una gran utilidad el Soldan, señor de aquel reino. Desde él se dirigia todos los años al país de los Malabares, surcando el Océano Indico, una gran flota de hermosas naves, que, por un contrato especial con los infieles, iba á cargar drogas y especias.

Estos eran los buqués que esperaban los Moros con tanto anhelo, porque, como eran grandes y fuertes, no les cabia la menor duda de que incendiarían á los que aspiraban á usurpar su comercio: tanto era lo que confiaban en aquel socorro, que sólo cifraban sus conatos en detener á los navegantes portugueses hasta el arribo de dichas naves.

Pero el Señor del Cielo y de la Tierra, que desde su elevado sòlio facilita los medios convenientes para que tengan cumplido efecto sus sábios decretos, inspiró altos sentimientos de cariño y benevolencia en el corazón de Monzaidé, á quien tenia reservado para salvar á Gama, mereciendo por ello el Paraiso (2).

Como los Moros no desconfiaban de él, por pertenecer á su secta, y antes al contrario, estaba por ellos muy al corriente de cuanto maquinaban, reveló al Capitan la horrosa é infame traicion de sus correigionarios, mientras visitaba, como solia, las naves portuguesas ancladas á larga distancia, considerando con dolor el daño que tan sin razon les preparaban los malévolos sarraecenos.

Comunicó algunos informes al cauto Gama con respecto

tienen por sagrada, creen que lavándose en ella pasarán libromente al Cielo; por lo cual acuden de todas partes á hacer allí sus abluciones.

(1) Hoy Djeddah.

(2) Monzaidé se fué con los Portugueses á Lisboa, donde se convirtió al cristianismo.

á las flotas que cada año llegaban de la arábica Meca, y cuyo arribo esperaban con afán los suyos para convertirlas en elementos de su destrucción: díjole que traían numerosos tripulantes, y que contaban además con algunos cañones, y añadió que en vista de lo mal apercibida que estaba la flota portuguesa para hacerles frente, sería muy fácil una sensible derrota.

Considerando Gama, por otra parte, que ya era tiempo de regresar á Portugal, y no esperando respuesta más satisfactoria del Zamorin, de nuevo inclinado en favor de los Moros, ordenó á los dos portugueses encargados de la venta de las mercancías que se volviesen á las naves; pero les recomendó que lo hiciesen ocultamente, á fin de que no se vieran impedidos de efectuarlo, si llegaba á saberse su repentina partida.

A pesar de esto, en breve se difundió con visos de veracidad el rumor de que los dos factores habían sido presos, al advertir que salían de la ciudad, y llegando tal noticia á oídos del Capitan, mandó detener en rehenes á algunos indios que habían ido á bordo de sus naves á vender pedrería.

Han estos antiguos mercaderes de Calicut, ricos y muy conocidos, cuya falta se echó de ver en seguida entre los principales de la ciudad, sabiéndose por último que estaban detenidos en la escuadra portuguesa. Entre tanto los marineros empezaban á dar vueltas al cabrestante, y distribuyéndose el trabajo, unos trepan por las amarras y otros quiebran con gran esfuerzo la barra (1).

(1) Quiere significar el Poeta que empezaron á hacer girar con la palanca el cabrestante de que penden las amarras de las anclas, y como estas son muy pesadas, supone que hacían tantas fuerzas que casi rompían la barra ó la palanca.

Cuélganse otros de las vergás y desatan las velas, que flotan en medio de los alegres gritos de la tripulacion. Mayores y más penetrantes fueron entonces los gritos en que prorumpieron las mujeres y los hijos de los presos por Gama, y acudiendo en tropel al palacio del Zamorin, le notificaron la presa que se llevaba la escuadra, lamentándose los unos de perder sus padres, y las otras sus maridos.

El Rey manda poner inmediatamente en libertad á los dos portugueses, ordena que se les devuelvan sus mercaderías, y los envía á sus naves, á pesar de la oposicion de los Mahometanos, encargándoles que le disculparan con el Capitan por su proceder, y que soltara los rehenes. Gama recibió de mejor grado los presos que las disculpas, y devolviendo algunos negros (1), se hizo á la vela.

Dirigió el rumbo costeano hácia el Sur, firmemente persuadido de que todas sus gestiones para conseguir del Rey gentil el tratado de paz y comercio que solicitaba serian inútiles; pero como ya tenia noticia cierta del país que se extiende por Oriente, encaminóse hácia su querida patria para llevarle tan halagüeña noticia, con señales evidentes de su descubrimiento.

Llevaba consigo algunos malabares de los que le envió el Zamorin al devolverle los dos presos, y con los que se quedó á la fuerza; llevaba además pimienta ardiente, que la habia comprado; flor seca de Banda (2), la nuez, el negro.

(1) Llamá negros á los de Calicut, porque efectivamente su color cobrizo es bastante oscuro.

(2) La flor de Banda es la del árbol que produce la nuez moscada, á la que llama Cinnamomum asi, porque es el nombre de uno de los grupos de islas que forman las Molucas, donde es más comun aquel árbol.

clavo que hace célebre á la nueva isla Moluca, y la olorosa canela, que enriquece á Ceilan, dándole renombre y belleza.

Todo esto lo debia á la solicitud y diligéncia del fiel Monzaide, que tambien le acompañaba, y que, inspirado por el Cielo, deseaba abrazar la ley de Cristo. ¡Oh dichoso africano, á quien la clemencia divina sacó de las tinieblas del error, y que tan lejos de su patria halló el modo de remontarse á la verdadera patria!

Las venturosas naves se alejaban de aquellas playas abrasadas, dirigiendo sus proas en demanda de la region donde la Naturaleza colocara la meta austral de Buena-Esperanza; y los navegantes, gozosos con llevar á Lisboa tan alegres nuevas, y la respuesta que el Oriente habia dado á sus investigaciones, se aventuraron de nuevo en los inmensos peligros del inconstante piélago, que, si bien les infundian recelo, no disminuian su contento. .

El placer de llegar á la adorada patria, el de volver á ver á sus caros parientes y penates, para referir su peregrina y variada navegacion, describir los climas y países recorridos, y obtener la recompensa á que sus prolongados trabajos y accidentes les hacian acreedores, causaba á cada cual tanto gozo, que el corazon era estrecho receptáculo para contenerlo.

Mas la diosa de Chipre, que favorecia á los Lusitanos en nombre del Padre de los dioses, y que los habia guiado, como un genio protector, durante largos años, iba preparándoles una gloria y una satisfaccion anticipada por sus pasados riesgos, proponiéndose ofrecerles regocijos y alegrías en el seno mismo de las tristes ondas.

Después de haber recordado los dilatados mares que recorrieron, y los penosos contratiempos que les habia sus-

citado el día nacido en la Amphionea Tebas (1), quiso llevar á cabo el proyecto, que ha tiempo meditaba, de proporcionarles algun deleite, algun plácido reposo en las tranquilas y cristalinas llanuras del mar, como compensacion de los pasados males.

Algun descanso, en fin, con que pudiesen refocilarse los fatigados cuerpos de sus queridos navegantes en premio de las rudas luchas que abrevian la vida, ya corta de por sí. Y para mejor realizar su propósito, creyó oportuno participárselo á su hijo, cuyo irresistible poderío hace bajar á los dioses á la Tierra, y á los humanos remontarse al sereno Cielo.

Una vez tomada esta determinacion, quiso tenerles dispuesta en medio de las aguas una isla divina, cubierta de esmaltadas flores y risueña verdura, escogiéndola de entre las muchas que posee en el reino que confina con el seno terrenal de la primera madre, además de las no menos deliciosas con que cuenta dentro de las puertas de Hércules (2).

Ordena que esperen allí á los esforzados héroes las ninfas acuáticas, y que todas cuantas con justicia se precian de hermosas y son encanto de la vista y tormento de los corazones los reciban con danzas y melodiosos cánticos, proponiéndose infundir en ellas tiernas y secretas aficiones,

(1) Este es Baco, nacido en Tebas, llamada *Amphionea* por los poetas por haber construido sus muros el rey Amphion, que siendo gran músico y pulsando la lira, hacia que lo siguieran las piedras, los maderos y otros objetos, reuniendo de esto modo los materiales necesarios para edificar las murallas de Tebas.

(2) Da á entender el Poeta que Vonn tiene muchas islas en los mares inmediatos al punto donde se cree que estuvo colocado el Paraiso terrenal, que es el seno de la primera madre ó patria de Eva, además de las islas de Chipre, Gnido, Pafos, y otras que tenia en el Mediterráneo, ó sea dentro de las puertas de Hércules ó estrecho de Gibraltar.

para que cada cual halagne con mayor voluntad á aquel á quien más inclinado se sienta su corazón.

Del mismo medio se valió la diosa en otro tiempo para que aquel que de Anquises concibiera fuese bien recibido en el país donde, merced á una sutileza, adquirió una princesa en propiedad todo el terreno ocupado por la piel de un buey (1). Ahora acude también en busca de su hijo, pues en el irresistible Cupido reside todo su poder, para que así como le ayudó en aquella empresa, le preste también todo su auxilio en esta.

Ala á su carro las aves que aun en vida celebran las exequias de su muerte (2), y aquellas otras en que se convirtió Peristera cuando cogia flores (3). Parte la diosa, y mientras vuelan sus aladas conductoras, no cesan de darse lascivos besos en el aire, y por donde quiera que pasan, basta su presencia para serenar con apacible y suave movimiento el cielo y el inquieto piélago.

En breve descende sobre los montes Idalios, donde su hijo, armado de carcaj y arco, hallábase á la sazón ren-

(1) Supone el Poeta que Venus, para hacer que se inclinaran las Nereidas á los portugueses, se valió del medio que habia usado para que Dido quisiera á su hijo Eneas, que fué mandar á Cupido bajo la figura de Ascanio, hijo de Eneas, para hacer que aquella se apasionara de este, segun cuenta Virgilio.—El terreno ocupado por la piel de un buey es la ciudad de Cartago fundada por Dido, que al llegar á África, huyendo de Fenicia, pidió al rey Yarbas que le concediese la tierra que pudiera ocupar el mismo espacio que la piel de un buey. Habiendo accedido Yarbas, cortó Dido una piel formando una sola tira delgada y muy prolongada de modo que el terreno que con ella circuyó bastó para fundar la ciudad.

(2) Los cisnos, que, segun cuentan los poetas, cantan suavemente al tiempo de su muerte.

(3) Por tanto Venus y Cupido en un prado sobre quien cojeria más flores, iba vendiendo Cupido: vió una doncella llamada Peristera, y se puso á ayudar á Venus; por lo cual, irritado Cupido, la convirtió en paloma, que es lo que significa la palabra *peristera* en griego.

niendo otros muchos amorcillos, con el propósito de emprender una memorable expedición contra el mundo rebelde, para poner coto á los grandes extravíos en que há tiempo incurria, apañando cosas que nos fueron concedidas, no para enamorarnos de ellas, sino para utilizarlas.

Veía otro Acteon, tan entregado á la caza, tan ciego por este insensato y brutal placer, que por correr tras una horrible fiera, huía de las gentes y de la hermosura; por lo cual intentaba castigarle dulce y severamente, mostrándole la belleza de otra Diana. ¡Guárdese Acteon de no ser devorado y consumido por los mismos perros que ama ahora con tanta pasión (1)!

Veía que ninguno de los principales personajes del mundo se cuidaba del bien público; que á nadie amaban más que á sí mismos, siguiendo los consejos de Philaucia (2): veía que los cortesanos y palaciegos, en lugar de verdadera y sana doctrina, vendían en los régios alcázares una torpe adulación, que impedía que se limpiara de cizaña el nuevo y floreciente trigo (3).

Veía que los que están obligados á amar la pobreza con amor divino y á ser caritativos con el pueblo, sólo ansiaban mandos y riquezas, encubriendo su punible deseo con el manto de la justicia y la integridad, llamando derecho á la odiosa tiranía, severidad á la aspereza, y estableciendo leyes en favor del trono, mientras rompían las que protegen al pueblo.

(1) Alusión al rey D. Sebastian, que era muy aficionado á la caza.

(2) Palabra griega, que significa *amor propio*.

(3) Alude el Poeta al jóven Rey antes citado, á quien pervertían los aduladores y palaciegos, los cuales, con sus lisonjas, no permitían que cuidara de enmendar sus defectos.

Veia, por último; que nadie ama lo que debe, sino aquello á que le arrastra su maligna inclinacion; y por lo tanto se habia propuesto no demorar por más tiempo un castigo tan ejemplar como justo. Reune, pues, en torno suyo á sus ministros, y les confia el mando de las huestes que debían combatir á los mal aconsejados mortales, menospreciadores de sus mandatos.

Muchos de aquellos alados niños estaban ocupados en diferentes facnas: unos aguzaban las penetrantes saetas; otros adelgazaban los ástiles de las mismas, y mientras á su trabajo estaban dedicados, cantaban lances varios de amores, modulados en dulces versos: su melodía era acorde y sonora, suave la poesía y angelical el ritmo.

En las inmortales fraguas donde forjaban los penetrantes hierros de sus flechas, ardian, en vez de leña, corazones y entrañas palpitantes todavía; las aguas con que templaban el acero eran lágrimas de míseros amantes, y la viva llama, el inextinguible fuego del deseo que abrasa sin consumir.

Algunos de ellos se ejercitaban en disparar sus saetas, tomando por blanco los duros corazones de la gente ruda. Oíanse entonces resonar por el aire los suspiros lanzados por los heridos, á quienes acudían á curar hermosas ninfas, cuyo auxilio, no tan sólo daba vida á los dolientes, sino también á seres que aun estaban por nacer.

Bellas eran algunas, pero otras feas, segun la calidad de las heridas; que á veces las más amargas triacas curan el veneno esparcido por las venas. Varios heridos, por escuchar sutiles frases de astutas magas, quedaban privados de libertad para siempre, lo cual suele suceder cuando las saetas están impregnadas en el jugo de yerbas desconocidas.

De los desordenados tiros disparados por tan inexpertos mancebos se originan mil desiguales amores, que atormentan á los miseros heridos: verdad es que aun entre las personas de más poder y valimiento se ven ejemplos mil de amor nefando, y prueba de ello son Biblis (1), Mirra (2), y aquellos dos mancebos, Asirio el uno (3) y Judío el otro (4).

Tambien vosotros, poderosos de la Tierra, sentis más de una vez herido vuestro corazon por la belleza de rústicas pastoras; y vosotras, ilustres damas, os dejais á prisionar en las redes de Vulcano (5) por hombres rudos y de baja esfera: unos esperan con ánsia que llegue la noche protectora de los amantes; otros escalan muros y tejados; mas yo creo que la culpa de tan indignas pasiones más bien es de la madre que del hijo (6).

Pero los blancos cisnes posaban ya suavemente el ligero carro en la verde pradera, descendiendo de él velozmente la divina Dione, cuyo rostro ostentaba los matices de la rosa entre inmaculada nieve. El alado niño, que ni al mismo cielo respeta, acudió solícito y contento á recibirla, y

(1) Segun refiere Ovidio en sus *Metamórfosis*, Biblis, hija de Miletos y de la ninfa Ciamea, se aficionó á su hermano Cáuno, y se aborreció por no poder conseguir de él lo que deseaba. Los dioses la convirtieron en fuente.

(2) Refiere el mismo poeta, que Mirra, hija de Ciniras, enamorada de su padre, tuvo de él á Adónis, y los dioses la transformaron en el árbol de su nombre.

(3) Puede ser Ninias, hijo y amante de Semiramis, ó Seleuco, hijo de Antiocho, á quien este tuvo que ceder su mujer Estratonía, para que no muriese víctima de la pasión que habia concebido por ella.

(4) Ruben, que cohabitó con Bilhah, concubina de su padre Jacob, ó Amon, hijo de David, que violó á su hermana Tamar.

(5) Cuenta la Fábula, que sabedor Vulcano de que Venus, su mujer, sostenia relaciones amorosas con Marte, forjó ciertas redes de consistente acero y mallas invisibles, donde aprisionó á los amantes, exponiéndolos así á la burla de los dioses.

(6) Esto es, que debe culparse más bien de tan indignos amores á la lascivia representada por Venus, que al puro y verdadero amor de que es imágen Cupido.

en pos de él todos sus servidores, vinieron á besar la mano á la diosa de los amores.

Deseosa Venus de abreviar las saluciones para no gastar el tiempo en vano, tomó en brazos á su hijo, y con acento de dulce confianza le dijo así: — «Amado hijo, en cuya mano descansa todo mi poder: tú, que en nada tienes las armas tifeas (1); á tí acudo en estos momentos, obligada por una especial necesidad, para que me prestes tú poderoso auxilio.

»Ya conoces los largos padecimientos de los Lusitanos, á quienes há mucho tiempo favorezco, porque sé por mis amigas las Parcas que siempre me han de venerar y tenerme en gran estima. Esta razon, y la de ver que sus heroicas empresas en nada ceden á las de mis antiguos y predilectos Romanos, me han movido á ayndarles con todas mis fuerzas, y á cuanto alcance mi valimiento.

»Y como el odioso Baco no ha dejado de molestarlos un momento en la India con sus insidiosas persecuciones, y por otra parte, constantemente trabajados por las injurias del proceloso mar, hubieran podido encontrar en él la muerte antes que sentir el menor cansancio, quiero que disfruten en el seno de esas mismas olas, tan temibles siempre para ellos, el necesario reposo, gozándose de antemano en la recompensa, en la dulce gloria que eternizan el recuerdo de las penalidades sufridas.

»Para esto, deseo que hieras con tus saetas el corazon de las hijas de Nereo, moradoras del profundo piélago, á fin de que, abrasadas de amor por los Lusitanos que acaban de descubrir un nuevo mundo, se reunan todas en una isla

(1) Las armas tifeas son los rayos que usaba Júpiter, y con los que mató al gigante Tifeo cuando intentó escalar el cielo.

que haré salir de las entrañas del insondable Océano, engalanada con los más halagüeños dones de Céfito y Flora.

»Y allí, dispuestos en cristalinos y maravillosos palacios variados frescos y delicados manjares, exquisitos vinos, perfumadas esencias, muelles y voluptuosos lechos, y todo género de inusitados deleites, los esperen las complacientes ninfas, dotadas para este caso de la más deslumbradora hermosura y palpitantes de amor, para entregarles todo cuanto pueda desear su vista ó sus sentidos.

»Quiero que en el reino de Neptuno, donde nací, surja una raza bella y valerosa, que sirva de ejemplo al vil y abyecto mundo, hoy rebelado contra tu poder, haciéndole comprender que contra él de nada sirven el diamantino muro ni la triste hipocresía; porque ¿cómo podrá haber en la tierra quien se libre de tu fuego inmortal, si hasta en las agnas arde?»

Tal fué la proposición de Venus: y el maligno niño, deseoso de obedecer á su madre, manda traer el ebúrneo y rico arco, donde fija sus saetas de dorada punta (1). La diosa de Chipre le recibe en su carro, con rostro alegre é impúdico, y en seguida afloja la rienda á las aves, que tanto lloraron en sus melodiosos cantos la muerte de Faeton (2).

Mas antes alegó Cupido que le era necesario el concurso de una tercera divinidad, célebre y famosa, que si bien en mil ocasiones le habia sido contraria, en otras muchas le prestó el más decidido auxilio. Era esta la diosa Gigan-

(1) Los poetas atribuyen á Cupido dos clases de saetas: unas con puntas de oro muy agudas, que hacian amar, y otras con puntas de plomo romas, que hacian olvidar.

(2) Estas aves son los cisnes. Cigno, rey de Liguria y amante de Faeton, fué convertido en uno de ellos por lo mucho que lloró la muerte de este jóven.

tea (1) temeraria, jaclanciosa, falsa y verdadera á la vez, que vé con cien ojos, y por donde quiera que pasa va divulgando con mil bocas cuanlo ha visto.

Van, pues, en su busca, y hacen que les preceda, publicando con su sonora trompa los loores de los navegantes, con más empeño del que jamás empleara para celebrar los de otros. En breve recorrió la penetrante fama las profundas concavidades del mar, difundiendo por ellas elogios y verdades, que nadie puso en duda, porque á la sazón la acompañaba la ciega Credulidad.

Tan grandes alabanzas y merecidos elogios produjeron una favorable mudanza en el corazón de los mismos dioses marítimos, cuyo odio había concitado Baco contra los ilustres Lusitanos, hácia los cuales empezaron á sentir cierto afecto: en cuanto á las diosas, como el ánimo femenil desiste fácilmente de cualquier propósito, tuvieron ya por envidia y crueldad el desear el menor daño á tan esforzados varones.

El terrible niño empezó entonces á disparar una tras otra sus saetas, que arrancando gemidos al mar, ora alravesaban sin desviarse las inquietas ondas, ora describian curvas y giros antes de fijarse. Caen las Ninfas al sentirse heridas, lanzando penetrantes y abrazadores suspiros desde lo más recóndito de sus entrañas; caen lodas, aun sin haber visto el rostro de su amado; pues tanto como la presencia, puede en ellas la fama.

Con tanta fuerza quiso disparar una saeta el indómito mancebo contra Tétis, á quien tenía empeño de causar una herida más profunda, por lo mismo que se le mostraba más

(1) Camoens llama así á la Fama por ser hermana de los Gigantes.

esquiva que ninguna, que juntó los dos extremos de su arco de marfil. Ya no quedaba una sola flecha en su aljaba, ni tampoco una ninfa con vida, ó si vivían á pesar de sus heridas, era para sentir que su pasión las iba consumiendo.

¡Abrid paso, altas y cerúleas ondas, que Venus trae ya el remedio á tantos males, mostrando las blancas é hinchadas velas que se deslizan por la superficie de las llanuras de Neptuno! Y tú, fogoso Amor, si has de corresponder cual debes á la llama que encendiste en femeniles pechos, preciso es obligues á la honestidad pudorosa á rendirse á los mandatos de Venus.

Ya se prepara el bello coro de las Nereidas: siguiendo su inveterada costumbre, encaminanse todas juntas, formando caprichosas danzas, hácia la isla á donde Venus las conduce. Al llegar allí, les aconseja la diosa que hagan lo mismo que ella hizo mil veces cuando amaba (1), y ellas, vencidas por el dulce amor, muéstranse dispuestas á obedecerla.

Entre tanto, iban surcando las naves el prolongado camino del inmenso mar en dirección á la patria amada. Deseosos estaban los tripulantes de descubrir una playa donde proveerse de agua para tan largo viaje, cuando, con inesperada alegría, avistaron la placentera isla del amor (2),

(1) Esto es, que dieran nuevo pábulo á su amor, valiéndose de toda clase de artificios.

(2) La isla á donde iban á proveerse de agua era la de Anchediva. Cuando estaban cerca de ella, se les presentó efectivamente una isla flotante que marchaba en su demanda. Un corsario, llamado Timoya, que quería sorprenderlos y robarlos, reunió ocho buques de remos, los cubrió de ramas verdes, de modo que parecían una isla desde lejos, y así se iba acercando á las naves de Gama. Este conoció el ardido, y atacando al corsario, le destruyó. Tal vez este hecho sugiriera á Camoens la idea de la isla móvil.

en ocasion en que aparecia por el cielo la linda, suave y deliciosa madre de Memnon (1).

Vieron de lejos aquella risueña y fresca isla que Venus empujaba por las ondas, del mismo modo que el viento empuja la blanca vela, dirigiéndola al encuentro de la fuerte armada, á fin de que no pudiera pasar desapercibida á los Lusitanos y tomasen puerlo en ella, como eran sus deseos, á los que nada podia resistir.

Pero tan luego como advirtió que los nautas la habian visto y viraban en su demanda, la hizo quedar fija é inmóvil, como quedó en otro tiempo Delos, cuando Latona dió á luz á Febo y á la diosa de la caza (2). Los buques dirigieron sus proas á una tranquila y segura ensenada que formaba la costa, y cuyas blancas arenas esmaltó Cítarea con profusion de pintadas conchas.

Tres pintorescos oteros descollaban graciosamente en aquella alegre y deliciosa isla, engalanados con el visoso esmalte de la grama; de sus cumbres brotaban claras y limpidas fuentes, que mantenian fresca y lozana la verdura de las plantas, y cuyas sonoras y fugaces linfas iban luego á perderse por entre blancas y bruñidas guijas.

Las transparentes aguas reunianse después en un valle ameno, abierto entre las colinas, formando allí un extenso lago de tan admirable perspectiva como imaginarse pueda, y sobre el que inclinaba su abundante ramaje una frondosa arboleda, que se contemplaba con deleite en el líquido cristal, cual si á acicalarse fuera, al ver tan perfectamente reproducidas en él sus matizadas copas.

(1) Esta es la Aurora, que tuvo de Titon un hijo llamado Memnon.

(2) Cuando Latona, en cinta de Apolo y Diana, era perseguida por la serpiente Piton, se refugió en la isla de Delos, que empezó á flotar por el Mediterráneo, hasta que aquella dió á luz sus hijos, quedando entonces fija é inmóvil.

Alli elevan hasta las nubes su ramaje mil árboles cargados de olorosas y exquisitas frutas: el naranjo ostenta en sus bellos frutos el color de los cabellos de Dafne; las amarillas cidras doblegan bajo su peso las recargadas raras de que penden, y los hermosos limones, despidiendo un suave perfume, se asemejan á los virginales pechos de una doncella.

Los árboles agrestes que adornan con su frondosa cabellera las cumbres de los oteros son álamos de Alcides (1), laureles predilectos del rubio Apolo (2), mirlos de Citea (3), pinos queridos en otro tiempo de Cibele, aunque vencidos después por otro amor (4), y finalmente, agudos ciparisos (5), que levantan su cima hasta la region etérea.

Alli la naturaleza produce todos los dones de Pomona, de diferente forma y sabor, sin necesidad de cultivo alguno, pues que sin él brotan mucho mejor: alli se ven las cerezas de vivo color de púrpura, las autoras que deben su nombre al autor (6), y el fruto oriundo de Persia, que adquiere más bondad trasplantado á otro suelo (7).

Alli se abre la granada, ostentando su rojo color que ofus-

(1) Llama á los álamos árboles de Alcides, por estar consagrados á llérentes.

(2) El laurel estaba dedicado á Apolo, por haberse convertido en él Dafne, á quien amó el Dios con pasión.

(3) El mirlo estaba consagrado á Venus.

(4) Cibele se enamoró perdidamente de Atis; mas este, apasionado de la niña Sangaris, desdenó la pasión de la diosa; entonces esta dió muerte á su rival, y Atis, para suspirarse al amor de aquella, se mutiló, muriendo de sus resultas. La Diosa le transformó en pino, árbol que se le consagró.

(5) Da el poeta este nombre al ciprés, por ser el de un jóven, amigo de Apolo, que se convirtió en dicho árbol, después de fallecer á causa de la pena que le ocasionó el haber dado muerte á un ciervo muy querido del dios.

(6) Cuenta Ovidio que las moras fueron en un principio blancas, y que adquirieron el color negro al salpicarlas la sangre de los amantes Piramo y Tisbe.

(7) El melocoton ó pérsico.

ca el brillo del rubi : entre los brazos del olmo enlaza la alegre vid sus racimos verdes y purpúreos; y las peras, de forma piramidal, aparecen en sus pródigas ramas, expuestas á las heridas que las enemigasavecillas les infieren con sus agudos picos.

El tapiz de espléndida belleza que alfombra aquel campestre suelo es tal, que á su lado parecerian groseros los célebres tapices de Aqueménia (1), y contribuye á realzar la amenidad del fresco valle. Allí inclina su corola la flor Celisia (2) sobre el agua tranquila y transparente, y florece el hijo y nieto de Ciniras (3); por quien suspira todavía la diosa de Pafos.

Al contemplar los misuos delicados matices en la tierra y en el cielo, fuera difícil juzgar si era la bella Aurora la que prestaba su color á las flores, ó si eran estas las que se lo comunicaban á aquella. Céfito y Flora estaban allí pintando con el color de los amores á la modesta violeta, con su encendida tinta al lirio, y á la fresca y linda rosa con el matiz que brilla en la faz de una doncella.

La cándida azucena y la mejorana vense rociadas de las matutinas lágrimas de la Aurora; vense las letras impresas en el jacinto, flor tan querida del hijo de Latona (4); todo, en fin, demuestra que Pomona y Clóris competian en prodigar sus frutos y sus flores, en tanto que mil pintadas

(1) Región de Persia, donde se tejia la mejor tapicería del mundo.

(2) El narciso, llamado así porque en él fué convertido Narciso, hijo del río Gefiso.

(3) Por el hijo y nieto de Ciniras se entiende la flor llamada anémone, en la que fué transformado Adonis, que nació del incesto de Ciniras, rey de Chipre, con su hija Mirra. Sabido es cuán sensible fué la muerte de Adonis para Vénus, que le amaba.

(4) Apolo era muy amigo de un jóven llamado Jacinto, á quien causó la muerte jugando un día al disco con él. Inconsolable el dios, le convirtió en una flor, en la que algunos suponen ver las letras *a i*, en significacion del ¡ay! que lanzó Jacinto al morir.

avecillas hendian cantando los aires, y triscaban por el suelo alegres y mansos animales.

El nevado cisne circula por el lago; el ruiseñor modula desde una rama sus armoniosos trinos; el ciervo no se asusta al contemplar sus cuernos en el tranquilo espejo de las aguas; la liebre fugaz ó la tímida gacela saltan entre las espesas matas, y el ligero pajarillo vuela hácia el nido amado, llevando en su pico el alimento de sus hijuelos.

En tan delicioso vérgel desembarcaron los segundos Argonautas, cerca de la floresta por donde vagaban las bellas diosas, descuidadas al parecer, pulsando las unas dulces cilaras, las otras arpas, tocando algunas flautas melodiosas, mientras otras, con sus arcos de oro, fingian perseguir la caza, que no perseguian por cierto.

Siguiendo el consejo de su experta maestra, andaban diseminadas por el valle, con objeto de ofrecerse á la vista de los Portugueses como presa incierta, haciéndose asi más de desear. Algunas, conliadas en el incentivo que podrian ocasionar sus bellas formas descubiertas, despojándose de todo artificioso adorno, se bañaban desnudas en las limpias aguas.

Mas los esforzados mancebos, que saltaban ya en la playa, tan deseosos de fijar su planta en tierra firme como de hallar caza agreste, no podian sospechar que sin lazos ni redes cayera en sus manos en aquellos deliciosos montes una caza tan tierna, doméstica y benigna como la que les tenia ya dispuesta la bella Ericina.

Varios de ellos, fiados en sus espingardas y ballestas para herir al ciervo, se lanzaron resueltamente por las sombrías malezas y florestas: paseaban otros por las alamedas, cuyo espeso follaje resguardaba las plantas de los rigores del Sol del mediodia, á orillas de un arroyo que





Los portugueses en la isla del Amor.
(Canto IX.)

se deslizaba mansamente entre blancas piedras, yendo á morir en la risueña playa.

«Mas de pronto empezaron á divisar por entre las verdes ramas objetos de variados colores, que no eran por cierto los de las rosas ó de las flores, sino los de la fina lana y brillante seda, con que se engalanan las humanas rosas, realzando con el arte sus naturales atractivos para incitar más y más la vehemencia del amor.

Velloso, lleno de asombro, prorumpió en una sonora exclamacion.—«¡Señores, dijo, hemos topado con caza muy extraña! La floresta donde nos hallamos debe de estar consagrada á las diosas, si es que aun subsisten los antiguos ritos gentílicos. Hemos descubierto más de lo que la imaginacion del hombre pudiera desear, y ahora vemos con harta claridad que las cosas que el mundo oculta á los imprudentes mortales son tan excelentes como maravillosas.

«Sigamos á esas diosas, y averigüemos si son fantásticas ó verdaderas.»—Dicho esto, Velloso y sus compañeros echan á correr por la ribera, más veloces que gamos: las ninfas huyen por entre el ramaje; pero con más sagacidad que ligereza, y ora sonriendo, ora dando gritos, se dejaban alcanzar unas tras otras por aquellos galgos.

En su carrera, los dorados cabellos de las unas eran agitados por el viento, que á la vez levantaba, indiscreto, las ondulantes faldas de las otras, con lo cual se aviva el deseo de los lusitanos al ver de improviso aquellas mórbidas y alabastrinas formas: alguna se deja caer al suelo, y se levanta con más señales de languidez que de indignacion, al ver que ha tropezado y caido sobre ella tambien el que la seguia por la arenosa playa.

Por otro lado descubren algunos á las desnudas diosas que se bañaban: ellas prorumpen en alarmantes gritos,

como si no esperasen tal asalto; y unas, fingiendo que las movia más temor la violencia que el sourojo, se escapan desnudas por entre la maleza, ofreciendo à los ojos lo que pretendian negar á las manos codiciosas.

Otras, simulando acudir con más solicitud à la defensa de su honestidad, como la diosa cazadora, ocultan todo su cuerpo en el agua, y otras se apresuran à recoger sus vestidos que dejaron en la orilla. En tanto no falta alguno de aquellos mancebos que se lanza vestido y calzado (temeroso de llegar tarde si se entretiene en desnudarse), para apagar en el agua el fuego que le abraça.

Como el sagaz y atrevido sabueso que, acostumbrado à apoderarse en el agua del ave herida por su amo, viendo que este apunta el cañon de su arma contra la garza ó el pato, se precipita impaciente en las ondas antes de que snene el tiro, y persigue á la segura presa, nadando y ladrando al mismo tiempo; del mismo modo se abalanzò el mancebo sobre la que no era por cierto hermana de Apolo (1).

Leonardo, apuesto soldado, valiente, caballero y enamorado, à quien amor no diera un disgusto solo (2), sino que siempre fué muy maltratado por él, aun quando estaba firmemente persuadido de que seria siempre desgraciado en amores, no habia perdido sin embargo la esperanza de alcanzar mejor suerte en lo futuro.

Entonces quiso su buena estrella que corriese en pos de Efira (3), modelo perfecto de belleza, la cual queria vender

(1) La hermana de Apolo era Diana, gran cazadora, por lo que el Poeta dice que los portugueses se abalanzaron sobre aquellas ninfas que, no siendo cazadoras, fingian serlo.

(2) Quiere decir que el amor no le dió un solo disgusto, sino muchos, porque siempre fué muy desgraciado en amores.

(3) Ninfa que, segun Virgilio, era hija del Océano y de Tétis.

más caro que todas lo que la naturaleza dió para que fuese dado (1). Cansado ya de correr, le iba diciendo:—«¡Oh hermosa ninfa, en quien tan mal sienta el desden y la aspereza! Ya que te concedo la palma de esta vida, espera, por piedad, un cuerpo al que le arrebatas el alma.

»Todas, preciosa Ninfa, se han cansado ya de correr; todas se han rendido á la voluntad del enemigo: ¿has de ser tú la única que huya de su perseguidor por la espesura? ¿Quién te ha dicho que yo soy el que te sigo? Si te lo ha dicho mi adversa fortuna, que siempre y á todas partes me acompaña, no la creas; porque cuando, nécio de mí, le di crédito, me mentía mil veces en cada hora.

»No te canses, que me cansas: si pretendes huir de mí para que no pueda tocarte, sabe que es tal mi desdicha, que aun cuando te deluvieras voluntariamente para esperarme, haria de modo que no pudiera alcanzarte. Detente, aguarda; quiero ver, si lo permites, de qué sutileza se vale para librarte de mí, y ya notarás al fin, *tra la spiga é la man qual muro è messo* (2).

»¡Oh! No huyas de mí: así jamás huya de ti el breve tiempo de tu hermosura... Sólo con moderar tu leve paso puedes vencer el duro rigor de mi fortuna. Ni reyes, ni ejér-

(1) El P. Gil, ocupándose de esta frase, dice: «Pinta con gran cuidado la extremada belleza de Ebro, para pintarla con extremado rigor; porque el rigor en las damas debe medirse por la hermosura; y dice que queria vender más caro que todas las demás la droga de su mérito y su hermosura; y por eso se rogaba á Leonardo, cuando ya todas las demás se habian rendido. Este es el sentido del verso, *lo que dió para dar naturaleza*: sobre él se puede entender cuanto se quisiere; pero los doctos y políticos tienen obligacion de no entender las cosas como los ociosos, que casi siempre entienden con malicia lo que se dice con sinceridad.»

(2) Y *verás qué muro se interpone entre la espiga y la mano*: dice esto Leonardo aludiendo á su mala suerte, que, como la hoz puesta entre la mano y la espiga, cortaba con infarlinios cuando intentaba.

citos serian capaces de quebrantar la saña del injusto hado que se opone tenazmente á quanto yo deseo; pero tú lo conseguirás si no huyes de mí.

»¡ Ah! ¡ Te pones de parte de mi desdicha!... Flaqueza es ayudar al más poderoso. ¿ Te llevas un corazón que latia libremente en mi pecho? Suéltalo y correrás con más velocidad. ¿ No te pesa mi pobre alma, que te llevas prendida en las brillantes hebras de oro de tus cabellos? ¿ Será tal vez que después de aprisionada en ellos, hayas transformado su suerte, y por lo tanto pese menos?

»Esta esperanza es lo único que me hace seguirte; porque ó te rendirá su peso, ó la poderosa virtud de tu lindo rostro cambiará su triste y adverso destino. Si ha de cambiar no huyas, gentil doncella, porque Amor te herirá sin duda; y si te hiere, me esperarás, y esperándome tú, no tengo ya más que esperar.»

La bella Ninfa ya no huía para excitar el deseo del triste que la seguía, sino para escuchar por más tiempo el dulce acento y las enamoradas quejas que le dirigia. Volvió por fin aquel sereno y angelical semblante, inundado de amor y de júbilo, y se dejó caer rendida á los piés del vencedor, que se entregó á los más amorosos arrebatos.

¡ Ob! ¡ Qué ardientes besos y qué mimosos acentos se oyeron resonar en la floresta! ¡ Qué suaves halagos! ¡ Qué honesta resistencia, convertida después en placenteras risas! Lo que pasó en la mañana y durante la siesta de aquel día, en que Venus inflamó los corazones con inusitados placeres, mejor es sentirlo que juzgarlo; pero límitese á juzgarlo el que no tenga ocasion de sentirlo.

Avenidas del mismo modo las hermosas ninfas con los demás navegantes, los coronan con vistosas guirnaldas de flores, entretejidas de oro y laurel: ofrécnles sus blancas

manos con formal palabra de esposas, y unos y otras se juran fidelidad eterna, prometiendo no separarse tanto en vida como en muerte, en contratiempos y alegrías.

La principal de aquellas diosas (1), aquella á quien está sometido y obediente todo el coro de ninfas, y cuya hermosura justifica la version de que es hija del Cielo y de Vesta, llenando con su maravillosa presencia la tierra y los mares, recibió allí con régia y merecida pompa al ilustre Capitan, mostrándose tan grande como espléndida.

Después de haberle dicho quién era, con elegantes y graciosas frases, le dió á entender que habia venido allí traída por la elevada influencia del inmutable Hado, para descubrirle, inspirada por un profundo espíritu profético, los misterios que encierran el cielo, la tierra y los mares no navegados; misterios de que sólo su naciön merecia tener conocimiento.

Tomándole luego de la mano, le condujo á la cumbre de un elevado monte, en la cual descollaba un magnífico palacio de cristal y oro puro, donde pasaron la mayor parte del dia entre dulces jnegos y no interrumpidos goees; y mientras las ninfas gustaban los placeres del amor en las umbrías y entre las flores, ella supo hacer partícipe á Gamma de análogos deleites en aquel suntuoso edificio.

Así pasaron con las hermosas ninfas los esforzados guerreros, en medio de dulce é inusitado júbilo, la mayor parte del dia, en compensacion de sus prolongados y penosos trabajos. Así tambien reserva el mundo la merecida recompensa á los que de ella se han hecho dignos por sus grandes hechos y su gloriosa audacia, concediéndoles perdurable fama y esclarecido renombre.

(1) Tétis.

Las hermosas ninfas del Océano, Tétis y aquella isla no son más que el emblema de las apetecidas honras que hacen sublime la vida. Aquellas preeminencias gloriosas, aquellos triunfos, las coronas de palma y de laurel, la gloria, el asombro; tales son, y no otros, los deleites de la encantada isla.

La inmortalidad que, según los antiguos, tan entusiasmaban por sus grandes hombres, alcanzaban los héroes en el estelífero Olimpo, á donde los remontaban en alas de la Fama en premio de sus acciones valerosas y de ese trabajo inmenso que se llama el pendiente y escabroso camino de la virtud, pero dulce, agradable y lleno de delicias cuando se llega á su término;

No era otra cosa sino la recompensa que concedía el mundo por sus inmortales y sublimes hechos á los que, siendo humanos, se convertían en divinos, merced á su esfuerzo é ingenio. Júpiter, Mercurio, Apolo, Marte, Encas, Quirino (1), los dos Tebanos (2), Ceres, Palas, Diana y Juno, sólo fueron frágiles mortales que descollaron entre sus contemporáneos.

Pero la Fama, haciendo resonar su trompeta en loor suyo, los dió á conocer en el mundo con los extraños nombres de dioses, semidioses inmortales, indigetes, heróicos y magnos. Ahora bien, ¡oh vosotros los que deseais renombre! si aspirais á merecer su eterna gloria, sacudid el pesado sueño de ese perezoso ocio, que de libres os convierte en esclavos.

Refrenad esa codicia que os devora; reprimid también la ambición que os domina indignamente, y os hace incurrir

(1) Sobrenombre de Rómulo.

(2) Hércules y Baco.

en el torpe, despreciable é infame vicio de la tiranía; porque ni los vanos honores que tanto os satisfacen, ni el oro que atesorais pueden dar verdadero valor á nadie: mil veces mejor es merecerlos sin conseguirlos, que poseerlos sin haberlos merecido.

O dictad en la paz leyes fijas, leyes que á todos alcancen, y que impidan á los grandes usurpar lo de los pequeños, ó vestid el rutilante acero, empuñando las armas contra los enemigos sarracenos. Así hareis que los reinos sean grandes y poderosos; todos tendreis más y nadie menos, y posecreis merecidas riquezas juntamente con los honores y preeminencias que tanto esplendor dan á la vida.

Y ora con vuestros bien meditados consejos, ora con vuestro valor, que os immortalizará como á vuestros antepasados, aumentareis el brillo del trono de ese Rey á quien tanto amais. Nada os delenga por imposible; pues el que quiere, siempre puede, y tened por seguro que figurareis en el número de los más inclitos varones, y os recibirán benignamente en la encantada isla de Vénus.

CANTO X.

ARGUMENTO.—Convite de Tétis á los navegantes.—Cancion profética de la diosa, que pone en conocimiento de Gama las principales hazafias de los gobernadores y vireyes de la India y otros portugueses hasta D. Juan de Castro.—Después sube Tétis á un monte, seguida de Gama y de sus compañeros; les muestra la esfera del mundo universal, y les describe las costas de Africa y Asia en que más se habian de distinguir los portugueses.—Salen estos de la isla, y llegan felizmente á su país.—Consejos del Poeta al rey D. Schastian, y fin del poema.

El claro amante de la adúltera Larisea (1) dirigia ya sus caballos hácia el gran lago que rodea á Temistiton (2) en los confines de Occidente, y Favonio (3), mitigando con su apacible soplo el excesivo ardor del Sol, encrespaba en sus estanques naturales las tranquilas agnas, haciendo revivir los lirios y los jazmines que el calor habia marchitado.

Entonces las hermosas ninfas, tomando de la mano á sus satisfechos amantes, los condujeron, por órden de su Reina, á los radiantes palacios, adornados de relucientes metales, donde les tenian preparadas numerosas mesas con exquisitos manjares, á fin de que con ellos recobrasen el acostumbrado vigor sus cansados cuerpos.

Sentáronse allí dos á dos, amante y dama, en ricas sillas de cristal, y en otras dos de oro puro se colocaron á la ca-

(1) Esto es Apolo, ó el Sol, que se enamoró de Coronis, natural de Larisa, á quien por esta causa llama el Poeta Larisea, y que fué cuerta á flechazos por su amante, á causa de haberle abandonado, onamorada de Ischio.

(2) Así llamaban los geógrafos al reino de Méjico.

(3) Viento suave del Occidente.

becera de la mesa la bella Diosa y el esclarecido Gama. Suaves y regaladas viandas aparecian con profusion en platos del oro más fino, traídos del Atlántico tesoro (1), superando aqnel festin en mucho à los que tanta fama dieron al Egipto (2).

Los fragantes vinos, no sólo excedian en bondad al itálico Falerno, sino hasta à la ambrosia tan estimada de Jove y de todos los dioses del Olimpo. Los vasos, de la materia que resiste al trabajo de la lima, rebosaban en chispeante espuma, que comunicaba una súbita alegría al corazon, saltando con la mezcla de agua fria.

Las conversaciones giraban sobre mil agradables asuntos, no faltando dulces risas, sutiles agudezas y oportunos dichos, que se renovaban entre plato y plato, contribuyendo à excitar el apetito. Tampoco faltaban las suaves armonías de sonoros instrumentos músicos, cuya melodía era tal, que concederia algun alivio en sus penas à los míseros espíritus infernales, y más aun cuando à ella se unió la de la voz de una angélica sirena (3).

Cantaba la bella Ninfa, y sus acentos, resonando por las elevadas bóvedas de aqnel palacio, se ajustaban maravillosamente à los acordes de los instrumentos, obligando à los vientos à permanecer silenciosos, à las aguas à deslizarse murmurando dulcemente, y à las fieras à adormecerse en sus recónditas guaridas.

Con dulce voz ensalzaba hasta los cielos à los nobles va-

(1) Alude à los banquetes dados por Cleopatra, reina de Egipto, à Marco Antonio, en uno de los cuales le dió à beber, disuelta en vinagre, la mitad de una perla de tanto valor, que la otra mitad se estimaba después en Roma en más de tres millones de reales.

(2) De las minas de oro de Africa, que estaban en el monte Atlas.

(3) Tétis.

rones que estaban por nacer, y de cuyos ilustres hechos tuvo Proteo prematuro conocimiento, por haberle concedido Júpiter la merced de que los viera, durante un sueño, á través de un globo hueco, transparente y cristalino: aquel dios marino los vaticinó después á los moradores del profundo abismo, y la Ninfa retuvo aquella prediccion en su memoria.

Asunto es de coturno y no de zueco (1) lo que en el anchuroso piélagó llegó á noticia de la Ninfa, pues ni Iopas en Cartago, ni Demodoco entre los Feacios pudieron cantar historia más sublime (2).—Caliope mia, no puedo menos de invocarte al llegar al término de mi tarea, y rogarte que en pago de lo que escribo me devuelvas, como pretendo en vano, el gusto de escribir, que voy perdiendo.

Van trascurriendo los años, y es cada vez más corto el paso que queda del Estío al Otoño: la adversa suerte hiela mi ingenio, del cual ya no me jacto, ni me lisonjeo: los disgustos me arrastran insensiblemente hácia el rio del negro olvido y del eterno sueño: mas déjame cumplir, oh gran Reina de las musas, el compromiso que con mi patria he contraído.

Cantaba la bella Diosa, que desde el Tajo vendrian surcando el mar abierto por Gama belicosas escuadras, las cuales dominarian en las costas donde suspira el Océano Indico; y que los reyes paganos que norindieran su cerviz al

(1) Quiero decir el Póeta, que es más bien asunto trágico que cómico, por ser el coturno el calzado que usaban los griegos y romanos en sus tragedias, y el zueco en las comedias.

(2) Iopas fué un gran músico, que cantó en el banquete que Dido, reina de Cartago, ofreció á Eneas, y Demodoco otro músico también sobresaliente, que cantó en el que Alcinoe, rey de los Feacios, habitantes de la isla de Corfú, dió á Ulises, al regresar de Troya.

yugo, sentirían todo el peso de la cólera y del fuerte brazo portugués, hasta quedar rendidos ó sin vida.

Aludiendo á uno, que ejerce la suma dignidad sacerdotal entre los malabares, decia que antes de quebrantar los lazos de amistad que le unen á tan singulares varones, consentirá en ver destruidas sus ciudades y aldeas á sangre y fuego, arrojando la ira y la saña del poderoso Zamorin, que tanto ódio sentirá hácia los audaces extranjeros (1).

Cantaba que se embarcaria en Belem (2), para remediar este daño, el gran Pacheco, Aquiles lusitano. sin saber siquiera lo que al mar confiaría en su propia persona (3). Al embarcarse, se estremecerá bajo su peso el fêrvido Océano, y contra su naturaleza, los gimientes leños se sumergirán en el agua más de lo acostumbrado.

Llegado á los confines orientales, se le confiará la mision de socorrer al Rey de Cochim, y con un puñado de indígenas desbaratará, en las márgenes del salado y tortuoso rio cerca de Cambalan (4), á los infernales Naires, tornando en

(1) Los reyes de Cochim, que residian á diez y nueve leguas de Calicut, fueron muy amigos de los portugueses, lo cual excitó la ira del Zamorin que les declaró por esta causa la guerra.

(2) Puerto cerca de Lishoa, hoy sitio real, en donde habia una ermita, convertida hoy en suntuoso templo, donde se confesaban los portugueses antes de emprender tan prolongada navegacion.

(3) Cuando Eduardo Pacheco pasó á la India no sabia que era un héroe que competiría con los antiguos. No iba como capitán, sino como soldado á las órdenes de Cabral. Da el poeta una idea de su corazon animoso, diciéndonos que el Océano sintió su peso al embarcarse.

(4) La segunda vez que Pacheco pasó á la India fué en clase de capitán, y por órden del general Albuquerque quedó en Cochim con una nave, dos carabolas y cien hombres, para defender á aquel Rey, y con estas solas fuerzas desbarató todas las del Zamorin. *Cambalan* es una isleta cerca de Cochim, donde deshizo Pacheco con solos sus cien soldados grandes ejércitos.

miedo glacial el ardor inmenso del Oriente, cuando sepa que con tan pocos hombres lleva á cabo tamaña accion.

El Zamorin llamará en su auxilio nueva gente; y acudirán los reyes de Bipur y de Tanor (1) desde las tierras de Narsinga, prometiéndole á su señor una asombrosa prueba de esfuerzo: hará que se pongan en movimiento todos los Naires que existen entre Calicut y Cananor, haciendo que acudan á la guerra los dos distintas y enemigas razas; el moro por mar, y el pagano por tierra.

Pero desbaratándolos nuevamente á todos por mar y tierra el gran Pacheco, dejará mudos de asombro á los malabares, al ver la multitud de infieles que quedarán sin vida (2). En breve renovará sus ataques el agnerrido Gentil denostando á sus guerreros, y haciendo estériles votos á sus dioses falsos, sordos é inmóviles.

El vencedor lusitano ya no se limitará á defender los desfiladeros, sino que incendiará lugares, templos y casas. Lleno de furor el Zamorin, al ver que no consigne rendir ni fatigar á los que tanto daño causarán en sus estados, dispondrá que los suyos, despreciando la muerte, acometan á Pacheco por dos puntos á un tiempo; mas el héroe portugués, cual si tuviese alas, volará de uno á otro, y los destrozará por completo.

Acudirá el Zamorin en persona para presenciar las batallas é infundir ánimo y bríos en los suyos; pero un fragoroso

(1) Son lugares de la costa del Malabar.

(2) Segun refiere el penitenciario Gil, en esta ocasion fueron cincuenta mil hombres contra Pacheco, que no tenia más que cien soldados, y á todos los desbarató. Siete veces fué acometido tan heróico portugués por ejércitos que nunca bajaron de cuarenta mil hombres y á veces llegaron á sesenta mil, y aunque sus fuerzas nunca pasaron de ciento sesenta hombres, no tan sólo se defendió, sino que batió á sus enemigos.

tiro le salpicará de sangre en su lujoso andor (1). Al ver que no hay remedio, ni fuerza ó buen ardid que desanimen á Pacheco, inventará traiciones y apelará á venenos inútiles, que de nada le servirán, pues Dios protege al vencedor lusitano.

Cantaba la Diosa que acudiría el Zamorin por séptima vez á pelear con el invicto y esforzado portugués, para quien no hay trabajo insuperable, aunque el que se le prepara le pondrá en grave aprieto (2): llevará, para emplearlas en la cruel batalla, inusitadas máquinas de maderos, destinadas á ubrasar las caravelas, que hasta entonces habían sido acometidas en vano.

Llevará por el agua montañas de fuego para incendiar toda la armada; pero el ingenio y el arte militar del portugués sabrán esterilizar toda su impetuosa furia. Entre todos los varones ilustres por sus hechos de armas á quienes la Fama sustenta en sus alas, no ha habido uno que pudiera llegar á donde llegó Pacheco, que los excederá á todos en denuedo y bizarría; y al decir esto, perdónemue los héroes de Grecia ó de Roma.

(1) Informado el Zamorin del valor de Pacheco, quiso presenciárselo, y fué contra él en persona con un poderoso ejército; pero aquel lo arrolló, de modo que por más diligente que fué en retirarse, el mismo Zamorin y el *andor* ó litera en que iba fueron salpicados de la sangre de los que morían á su lado. Acudió por fin el Zamorin á los hechizos de sus sacerdotes, y aun hizo envenenar las aguas que bebían los portugueses, pero todo fué en vano.

(2) En menos de tres semanas atacó el Zamorin á Pacheco siete veces con todas sus fuerzas. En esta ocasión lo fué á buscar con doscientas noventa y ocho embarcaciones llenas de gente y artillería, delante de las cuales iban ocho castillos, armados cada uno sobre los buques, y llenos de máquinas destructoras: delante de los castillos marchaban grandes montones de leña ardiendo destinados á quemar los tres bajels de los portugueses con los cien hombres que estaban en ellos; y viéndose Pacheco acometido por tan inmensas fuerzas, hizo echar al mar una porción de vigas trabadas, que dotuvieron las máquinas incendiarias del enemigo y le dieron lugar para atacarle.

Tantas batallas sostenidas con poco más de cien soldados, tantos ardidés y tan nuevas invenciones bélicas destruidas, tantos valientes moros alimentados, ó se tendrán por soñadas fábulas, ó se creerá que los celestes coros, invocados por el héroe, descenderán á ayudarle, dándole ánimo, esfuerzo, astucia y valor.

Ni el famoso adalid que en los campos de Maraton destruyó el gran poder de Dario (1), ni el que defendió con cuatro mil lacedemonios el paso de las Termópilas (2), ni el jóven Cocles de los Ausonios que luchó contra todo el poder Tusco defendiendo el puente (3), ni aun Quinto Fabio (4), fueron tan denodados y prudentes en la guerra como este.

Mas al llegar aqui la Diosa fué bajando la voz, que se enronqueció tristemente, cantando con lloroso acento un valor tan grande y tan mal recompensado.—«¡Oh Belisario, dijo, tú, á quien enaltecerá eternamente el coro de las Musas, si viste tan mal ágradecidas tus proezas, aqui tienes quien podrá consolarte de tu infortunio!

»Aqui tienes un compañero digno de tí, tanto en los hechos, como en el injusto y duro galardón que serán su recompensa: como tú, estará dotado de un gran corazón, y caerá en la abyección y miseria más espantosa, hasta el

(1) Milecíades, general ateniense, con 12,000 hombres derrotó el ejército de Dario compuesto de 300,000 persas.

(2) Leónidas, rey de Esparta, con 4,000 hombres defendió el desfiladero de las Termópilas, matando 20,000 del ejército enemigo, fuerte de cerca de 3 millares de combatientes.

(3) Horacio Cocles, defendió solo el paso del puente Sublicio contra todo el ejército de Porseuna rey de los Tuscos, mientras sus compañeros lo cortaban detrás de él. Cuando el puente fué destruido, se echó al río, y atravesándolo á nado, entró en Roma.

(4) Quinto Fabio Máximo, cónsul romano, venció á los Samnitas y á los Etruscos, matándoles 60,000 hombres en una sola batalla.

punto de exhalar su último aliento en el miserable lecho de un hospital, después de haber sido un fuerte muro para su patria y su rey (1). Así obran los reyes cuya despótica voluntad se sobrepone á la verdad y á la justicia.

»Así obran los reyes que, pagándose de una falsa apariencia que los lisonjea, conceden á las falaces palabras del fraudulento Ulises los premios mercedos por Ajax (2). Mas véngome; porque los bienes que se conceden á quien solo ofrece deslumbrantes apariencias, cuando no se dan á caballeros dignos, van á parar á manos de ambiciosos aduladores.

»Pero tii, que tan mal recompensaste á tal vasallo, oh Rey, injusto sólo en esto, ya que no fuiste capaz de darle un premio honroso, fuélo él de conquistar para ti un poderoso reino; y mientras el mundo esté bañado por los rayos de Apolo, te aseguro que él gozará entre los hombres de un nombre ilustre y preclaro, al paso que tu avaricia será objeto de censura entre los mismos.

»Hé ahí otro, seguía cantando la Diosa, que vendrá adornado con un título real (3), y traerá consigo á su hijo, que

(1) Belisarie, célebre general de Justiniano, murió desterrado de su patria, después que el emperador le mandó sacar los ojos, sin atender á lo bien que le habia servido. Lo mismo sucedió á Duarte Pacheco, quien después de tan heroicas hazañas, fué reducido á prision, á consecuencia de haber puesto en falsedad en encenimiento del Rey que en el gobierno de la India se habia quedado con unos dos mil reales que ne le tocaban, muriendo á pece en un hospital.

(2) Cuenta la Fábula que, después de haber muerto Aquiles en el sitio de Troya, como sus armas eran de mucha estima, hubo una gran contienda entre Ulises y Ajax con respecto á quien se las habia de llevar, consiguiéndolas por último Ulises, merced á su elocuencia, á pesar de que Ajax era más acreedor á ellas.—Se vale el Poeta de esta comparacion para dar á entender que los reyes conceden la mayor parte de las veces recompensas á los aduladores que hacen gala de una lastimesa elocuencia, desatendiendo á los que los prestan verdaderos servicios.

(3) Este es D. Francisco de Almeida, el primer virey de la India, adonde fué con su hijo D. Lorenzo en 1505. Al pasar por Quilloa, se apoderaron de ella y la pusieron bajo

hará tan célebre en el mar como cualquier romano antiguo: ambos castigarán con su potente brazo á la fértil Quiloa, colocando en ella en vez de un pérfido tirano á un rey humano y leal.

»Tambien destruirán á sangre y fuego á Mombaza, que se enorgullece con sus suntuosas casas y palacios, en venganza de sus pasadas traiciones. En seguida el jóven Lorenzo llevará á cabo extraordinarias proezas en la costa de la India, á pesar de estar cnajada de buques enemigos y bélicos artificios, preparados para destrnir á los Lusos.

»Con una lluvia de hierro y plomo, que saldrá como el rayo de las inflamadas bocas de los cañones, hará pedazos las velas, los timones y los mástiles de las grandes naves del poderoso Zamorin, que henchirán todo el mar. Después, lanzando audazmente garfios de abordaje á la capitana enemiga, la asaltarán, pasando á cuchillo los cuatrocientos moros que la tripulan (1).

»Pero la oculta providencia de Dios, que sólo ella sabe de quién puede ser mejor servida, colocará al intrépido mancebo donde no pueda haber prudencia ni esfuerzo que le guarde por más tiempo la vida; y en Chaul, donde el mar hervirá con fuego y hierro, teñido en sangre, le arrancarán la existencia las armadas reunidas de Egipto y de Cambaya (2).

el poder de un moro amigo de Portugal; después fueron á Mombaza y la trataron con más rigor, pues degollaron á todos sus habitantes.

(1) El Zamorin atacó á D. Lorenzo de Almeida con ochenta naves y ciento sesenta bajeles llenos de gentes y artillería; pero el capitán portugués, que no llevaba más que once buques con 800 hombres, lo destrozó completamente.

(2) El Zamorin pidió socorro al Soldán de Egipto y al Rey de Cambaya; el primero envió una escuadra de doce buques, y el segundo otra de cuarenta: reunidas ambas cayeron sobre D. Lorenzo cuando no lo esperaba, lo arrullaron y lo mataron en el mar de Chaul á la boca de un río, cerca de Cambaya.

»Allí todo se conjurará en contra suya, así el inmenso número de enemigos, cuya vigorosa arremetida no podrá contenerse sino haciendo un esfuerzo supremo, como la calma de los vientos, y los peligros del mar (1), que se multiplicarán en torno suyo. Salid de vuestras tumbas, héroes antiguos; presenciareis el noble ardimiento de que aquí se dará patente muestra, y vereis otro Sceva (2), que á pesar de estar despedazado, no consiente en rendirse ni humillarse.

»Faltándole ya una pierna, que una bala perdida ha de llevarle, continuará sirviéndose de su animoso brazo y del gran corazón que conserva todavía; hasta que otra bala venga á romper los vínculos que unen al cuerpo con el alma, la cual viéndose libre, volará desde su estrecha prisión á donde consiga la más verdadera victoria (3).

»¡Vuela en paz, oh alma; aléjate de las terribles luchas de este mundo, en el cual mereciste paz serena!—El que engendró aquel cuerpo (4), que yace hecho pedazos, se apresura á no dejarlo sin venganza, y ya oigo resonar el

(1) Estos peligros eran unas estacadas que habían colocado los moros á la boca del río y debajo del agua, de modo que cuando las naves de los portugueses llegaron allí quedaron onredadas en ellas.

(2) Cassio Sceva, capitán de una compañía de César, viéndose acometido por muchos enemigos en una batalla que tuvo este con Pompeyo cerca de Durazzo, y teniendo ya un ojo inútil, una pierna y un hombro rotos, el escudo hecho pedazos y lleno todo su cuerpo de heridas, no quiso rendirse, segun refiere Suetonio.

(3) Habiéndose encorredado las naves portuguesas en aquella estacada, cargaron sobre ellas los moros con todo su furor, y entonces una bala se le llevó á D. Lorenzo una pierna. A pesar de las instancias de sus oficiales para que se retirara, no consintió en ello, sino que mandó que lo atasen á un mástil, y desde allí siguió mandando y animando á los suyos al combate, hasta que otra bala le llevó la mitad de las espaldas, dejándole descubierto lo interior del cuerpo, y así estuvo hasta que la nave se hundió.

(4) Apenas supo D. Francisco de Almeida la muerte de su hijo, se preparó á vengarla, y acometiendo á los enemigos en el seno de Cambaya, hizo en ellos una espantosa carnicería.

horrible fragor de esperas (1), basiliscos (2) y trabucos (3), con que se apresta á hacer sentir eternamente los sangrientos efectos de su saña á los crueles cambayos y á los moros.

»Ya acude el padre, poseido de furiosa excitacion, y dominado por la cólera que, en su paternal amor, le produce fuego en el corazon y llanto en los ojos. Su noble ira, su justo furor harán que se prometa derramar tanta sangre enemiga que llegue hasta las rodillas, y que el Nilo sienta todo el peso dé su venganza, la vea el Indo, y la sepa el Ganges (4).

»Cual el toro celoso que, preparándose para una lucha sangrienta, prueba sus agudas astas en el tronco de un roble ó de una elevada haya, é hiriendo el aire, ensaya sus fuerzas, así el irritado Francisco, antes de entrar en el seno de Cambaya, probará el filo de su espada en la opulenta ciudad de Dabul (5), abatiendo su soberbia osadía.

»Y entrando luego en la ensenada de Dio, célebre por sus sitios y batallas, dispersará la débil y numerosa escua-

(1) Especie de artillería.

(2) Cañones de desmesurada longitud.

(3) Máquina á que los latinos daban el nombre de *tormentum* y servía para arrojar grandes piedras.

(4) Dice el Poeta que lo sentiría el Nilo, porque la gente que murió en esta batalla era del Cairo, por donde pasa el Nilo; que lo vería el Indo, porque la lucha tuvo lugar en el mar de Dio, cerca de Cambaya, por donde este río desemboca, y que el Ganges lo sabría, porque los malabares que no esperaron el fin de la batalla, llevaron la noticia de ella á Calicut, fundada sobre él.

(5) D. Francisco iba á buscar á los matadores de su hijo, pero pasando por Dabul, ciudad defendida por 6000 hombres, la atacó, arrasóla y no dejó á nadie con vida: esto fué el ensayo que había de hacer en el seno de Cambaya, que fué donde desplegó todo su furor, y donde le esperaban tres escuadras: la del Zamorin, más numerosa, pero que hizo poca resistencia; la de Melique Yaz, señor de Dio, que, si bien tuvo la cautela de huir á tiempo, fué perseguida y echada casi toda ella á pique, y la de Mir-Hocem, que fué la que opuso mayor resistencia y en la que más estrago hicieron los portugueses.

dra de Calicut, cuyos remos son tan espesos como mallas. A la de Melique Yaz, pertrechada con poderosos cañones, la sepultará en el profundo abismo, secreto lecho del húmedo elemento.

»En cuanto á la de Mir-Hocem, que será la que oponga más resistencia á la furia de los vengadores, pronto verá los brazos y piernas de sus tripulantes nadando por el mar, separados de sus troncos. Rayos del ciclo parecerán en su ciego ardimiento los bravos portugueses, y cuanto allí vean los ojos y oigan los oídos no será más que humo, hierro, llamas y ayes de dolor.

»Mas ¡ah! que al pretender volver al patrio Tajo para recibir el galardón de tan próspera victoria, se opondrá á ello, arrebalándole casi su gloria, un triste y fatal suceso! El cabo Tormentorio (1), que guardará su memoria con sus buesos, no hallará obstáculo para hacer salir de este mundo aquel espíritu, contra el que alentaron en vano el Egipto ni la India.

»Allí unos salvajes cafres conseguirán lo que no lograron los más diestros enemigos, y algunos toscos y tostados palos harán por sí solos más de lo que hicieron los arcos y las balas (2). ¡Oh cuán inexcrutables son los juicios de Dios! Mas el vulgo necio que no los comprende, llama hado fatal, negra fortuna, á lo que solo es pura providencia del Señor.

»Pero ¡qué luz extraordinaria veo aparecer, decía la Ninfa elevando la voz, allá en el mar de Melinde, teñido en la sangre de los habitantes de Lauco, Oja y Brava, por el

(1) Cuando Bartolomé Díaz descubrió en 1486 el cabo de Buena-Esperanza, le dió el nombre de Tormentorio ó de las Tormentas por las muchas que le sorprendieron allí.

(2) En el Cabo de Buena-Esperanza y en un lugar llamado la ayuda de Sahláña mataron los cafres de aquel país á D. Francisco de Almeida con la mejor gente que llevaba cuando regresaba á Portugal.

grande Acuña (1), cuyo nombre jamás podrá darse al olvido en todo el mar que baña las islas de Austro y las playas llamadas de S. Lorenzo, que hacen al Sur famoso!

»Esa luz es la que producen los incendios y las relucientes armas de que se valdrá Albuquerque (2) para amansar á los persas de Ormuz (3), valientes por desgracia suya y teuaces en rechazar un yugo suave y honroso: allí se dará el caso de que las estridentes saetas se dirijan contra los mismos que las disparan (4), porque Dios pelea en favor del que extiende la fé de la madre Iglesia.

»Las montañas de sal que allí existen no podrán impedir que se corrompan los cadáveres de los combatientes (5), que cubrirán las playas de Gerum, Mascate y Calayate (6): al fin tendrán que inclinar al Luso su cerviz, obligándose á pagar un rico tributo de perlas de Barem.

»¡Qué de gloriosas palmas veo tejer para que la Victoria corone su frente, cuando sin asomo de miedo y sin que le detenga ningun obstáculo, conquiste la preciada isla de Goa (7)! Después, obedeciendo á la dura ley de la necesidad,

(1) D. Tristan de Acuña pasó á la India en 1507 con catorce buques: en la costa de Melinde ó Mozambique sujetó las ciudades de Luico, Oja y Brava; se apoderó tambien de una fortaleza de la isla de Socolora, é hizo grandes proezas en la de Malagasear é inmediatas, á las que el poeta llama *islas del Austro*.

(2) Albuquerque pasó al principio á la India como subalterno de Acuña: por eso dice el Poeta que este brillaba con la luz del fuego que aquel encendía.

(3) Ormuz, ciudad y golfo que separa la Arabia de la Persia. En dicho golfo se pescan las mejores perlas cerca de la isla Baharein.

(4) Véase sobre esto lo dicho en la página 38.

(5) En la tierra llamada de Gil Lobato se encontraba la sal en tanta cantidad, que con ella se lastraban los buques.

(6) Ciudades de la costa entre la isla de Socolora y Ormuz. Albuquerque se apoderó de Ormuz, que está en la isla de Gerum, y aunque la defendía el Rey con 30,000 hombres y 200 navos, la redujo á cenizas á pesar de no llevar más que siete buques con 460 hombres.

(7) Ganó Albuquerque á Goa en 1510, pero viendo que iba contra él el príncipe

la abandona, esperando mejor ocasion para volver á tomarla; que el esfuerzo y el arte conseguirán sin duda vencer á la Fortuna, y hasta al mismo Marte.

»Hélo ahí volviendo de nuevo sobre ella, abriendo brecha en las murallas, y haciéndose paso con su espada á través del apiñado y temible escuadron de gentiles y de moros; ved cómo sus inclitos soldados irán causando más estragos que hambrientos leones ó toros, en la festividad de la egipcia Santa Catalina, que será siempre muy celebrada por tal victoria.

»Y tú tampoco, ¡oh Malaca opulenta y renombrada (1), podrás librarte de él, por más que seas muy rica, y te encuentres situada en la region de la Aurora donde naciste! Las venenosas saetas que forjaste, los crises (2) con que te veo armada, los enamorados malayos, los valientes yaos (3), todos se verán obligados á obedecer al Luso.»

Más estancias hubiera seguido cantando la Sirena en loor del ilustre Albuquerque, si no se hubiese acordado en aquel momento de una crueldad que echa un borron en su fama, por más que esta llene el mundo. Todo gran capitán, destinado por el hado á ganar eterna gloria con sus trabajos, ha de ser un blando compañero para los suyos, antes que un juez recto y cruel.

Y en tiempo en que el hambre, las rudas fatigas de la guerra, las dolencias, las flechas, las balas, el clima maligno y el pais enemigo diezman á los soldados, siempre

Hidatcan con 70,000 hombres, la abandonó. De allí á poco volvió sobre ella con 1300 hombres, y sin perder más que cincuenta, la ocupó para siempre.

(1) Tambien se hizo Albuquerque dueño de Malaca, ciudad de considerable comercio y riquezas.

(2) Crises son armas que usaban los malayos.

(3) Yaos son los habitantes de la isla de Java.

dispuestos y sufridos, parece sólo propio de fiereza selvática y de inhumanos ó insolentes corazones, imponer un extraordinario castigo por el delito que la frágil humanidad y el amor disculpan.

Este delito no será un abominable incesto, ni el estupro violento de una virgen pura, ni menos un deshonesto adulterio, sino que se cometerá en una esclava vil, lasciva y oscura (1). Cuando el hombre, impulsado por los celos, por su modestia, ó por una crueldad y fiereza habitual en él, no refrena su insana ira para con los suyos, imprime una mancha indeleble en la pureza de su fama.

Alejandro vió á Apeles enamorado de su Campaspe, y se la dió benigno, á pesar de que Apeles no era un soldado aguerrido ni se hallaba en un asedio rigoroso (2). Conoció Ciro que Araspas se abrasaba en el fuego de un ardiente amor hácia Pantea (3), á la que habia tomado bajo su amparo, prometiendo que no lo vencería ningún mal deseo;

Pero viendo el ilustre persa que Araspas fué subyugado por el amor, contra el que no hay defensa posible, lo perdonó en seguida, perdon que le valió más adelante el que

(1) Yendo embarracado Alhurquerque, llevaba consigo una esclava á quien quería hasta el punto de llamarla hija: un soldado llamado Ruy Diaz se introdujo en la cámara del capitán y abusó atrevidamente de dicha esclava. Súpolo Alhurquerque y le hizo ahorcar, y aunque algunos consideraron justo este castigo, á la mayor parte de la gente le pareció mal que se hubiese tratado así á un soldado, cuando estaban pasando las mayores penalidades, hambres, enfermedades y privaciones.

(2) Refiere Plinio que, habiendo mandado Alejandro á Apeles que retratara á su amada Campaspe, el pintor se aficionó tanto á ella, que lo hubo de conocer el Rey, el cual aun cuando Apeles no era ninguno de sus famosos soldados. llevó su generosidad al extremo de ceder su amada al artista.

(3) Cuando Ciro invadió la Asiria, se apoderó del campamento de Abradales, rey de la Susania, así como de Pantea, esposa de dicho rey. El vencedor no quiso ver á esta mujer, la más hermosa de toda el Asia, por no apasionarse de ella, y la confió á Araspas que se vanagloriaba de que no le vencerían sus encantos; pero habiendo sucedido lo contrario, Ciro le perdonó su debilidad, y aun se sirvió de él en adelante.

el enamorado mozo le prestara un señalado servicio. El férreo Balduino se desposó, valiéndose de medios violentos, con Judith; pero Carlos, padre de la jóven, entregado á grandes empresas, lo perdona, y hace que sea el poblador de Flandes (1).

Mas prosiguiendo la Ninfa su prolongado canto, empezó á tratar en él de Soarez (2), anunciando que tremolaria las banderas portuguesas en las rojas playas arábigas; difundiendo por do quiera el espanto. La abominable Medina le temerá tanto como la Meca y Gidá y las playas más apartadas de Abasia; Barborá temblará al verse expuesta á sufrir los mismos daños que ha de sufrir antes el empório de Zeilah (3).

Tambien la noble isla de Taprobana, tan famosa en la antigüedad como soberbia hoy por la corteza cálida y olorosa que produce (4), pagará con ella tributo á la bandera lusitana, cuando, excelsa y gloriosa, tremole vencedora sobre la erguida torre de Columbo (5), tan temida de los indigenas.

Después Siqueira, surcando las aguas eritreas, abrirá un nuevo camino para llegar hasta ti, oh gran imperio (6).

(1) Carlos el Calvo, rey de Francia, tuvo una hija llamada Judith, vinda del rey Eduardo de Inglaterra. Balduino I se enamoró de ella, y robándola, la tomó por esposa. Sintiólo el padre, pero al fin los perdonó y les dió en dote á Flandes, que entonces era un país pobre y despoblado.

(2) Lope Soarez, gobernador de la India, salió de Portugal en 1517, y acercándose hácia el estrecho del mar Rojo, aterró las costas de la Arabia, donde están Medina, Meca y Djedah, y hácia doýde se extiende una punta del reino de Abasia ó Abisinia.

(3) Barborá y Zeilah son dos plazas de Africa, abundantes de todo; á esta la tomó y quemó Soarez, y aquella temió que le sucediera lo mismo.

(4) La canela, principal comercio de la isla de Ceylan.

(5) Torre que levantó Soarez en Colombo, primer puerto de Ceilan, habiendo antes vencido y hecho tributario al Rey.

(6) Diego Lopez de Sequeira recorrió el estrecho de Arabia ó mar Rojo. Dice que

que te envances por haber sido la cuna de Candace (1) y Sabá (2); visitará á Mazua (3) notable por sus cisternas llenas de agua, y el cercano puerto de Arquico (4), y descubrirá islas remotas que mostrarán al mundo nuevas maravillas.

Vendrá después Meneses, cuyo temible acero se hará más célebre en Africa que en Asia, y castigará la soberbia ó el error de Ormuz, haciéndole pagar doble tributo (5). También tú, Gama, en premio del destierro en que gimes, y en que de nuevo has de verte, volverás con el título de conde y grandes honras y mercedes, á mandar la tierra que descubriste (6).

Pero aquella necesidad fatal de que ningun ser humano puede eximirse hará que salgas de este mundo falaz, si bien ennoblecido con la dignidad real. Será nombrado después gobernador de la India otro Meneses, más distinguido por su prudencia que por sus años, y este dichoso Enrique gobernará con tal justicia, que quedará eterna memoria de él (7).

No tan sólo vencerá á los malabares, destruyendo á Pa-

abrió nuevo camino, porque fué el primero que por allí halló salida al imperio de Abisinia.

(1) Reina célebre de Etiopia en tiempo de Augusto.

(2) Otra célebre reina del mismo país, que segun los libros sagrados, fué á visitar á Salomon.

(3) Pequeña isla del mar Rojo en la costa de Africa.

(4) Unico puerto de Abisinia en la costa de dicho mar.

(5) D. Eduardo Meneses pasó á la India en 1521, y sometió á la ciudad de Ormuz, que se había sublevado, haciéndole pagar mayor tributo en pena de su rebeldia.

(6) El año 1502 volvió Gama á la India condecorado con el título de virrey, y los de conde de Vidigueira y Almirante del mar indico; pero no vivió más que tres meses.

(7) D. Enrique de Monosos pasó de virrey á la India cuando apenas contaba 28 años. Fué tan desinteresado, que cuando murió sólo se le encontraron trece reales y medio.

nane y Coulete (1), y arrostrando el fuego de las bombardas que se vengan de quien las acomete, sino que con sus singulares virtudes vencerá tambien á los siete enemigos del alma, saliendo triunfante de la codicia y de la incontinencia, triunfo que en tal edad es prueba de excelente corazon.

Mas después que los cielos lo llamen á si, le sucederás en el mando, oh fuerte Mascareñas: si te lo quitaren injustamente, te prometo, en cambio, que gozarás de eterna fama; y para que hasta tus mismos enemigos reconozcan tu valor y esfuerzo, quiere el hado que vengas á mandar coronado más bien de laureles, que acompañado de justa fortuna (2).

Con el valor propio de ilustres pechos, vengarás en un solo dia en el reino de Bintan (3), que tantos perjurios habrá causado á Malaca por espacio de mucho tiempo, las injurias de mil años. Los trabajos, los peligros sobrehumanos, los más férreos abrojos, los pasos más estrechos, trincheras, baluartes, lanzas y saetas, todo quedará roto y sometido, segun espero, por el esfuerzo de tu brazo.

Pero aunque no puedan infamarte la codicia y la ambicion, que en la India se oponen abiertamente á Dios y á la justicia, te cansarán, sin embargo, algun disgusto, aun cuando el que se vale de las fuerzas de que dispone para

(1) Principales ciudades de Calicut.

(2) Habiendo muerto el virey D. Enrique Meneses, debia sucederle en el mando don Pedro Mascareñas, segun las órdenes reales; pero como este se hallaba entonces peleando en Malaca, se encargó interinamente del gobierno Lope Vaz de Sampayo, jurando solemnemente que le entregaria á D. Pedro cuando llegase. Llegó este, pero Sampayo, en vez de cumplir le jurado, le redujo á prision. Estas violencias no pudieron eclipsar la gloria que Mascareñas habia adquirido en el reino de Bintan.

(3) Bintan es un reino de la isla donde está Malaca. Mascareñas fué contra los habitantes del mismo, que se cesaban de molestar á los portugueses, y deshizo un poderoso ejército apoderándose de más de 300 piezas de artilleria.

cometer injurias viles y sinrazones, no conseguirá ver coronados de éxito sus designios; porque la verdadera victoria consiste en ejercer una recta y entera justicia.

A pesar de esto, no niego que Sampayo (1) será ilustre y distinguido por su valor, mostrándose cual rayo destructor en el mar cuajado de millares de enemigos: en Bacanor dará una prueba de ello al matabar, amedrentándolo de tal modo, que será después fácilmente vencido Cutiale y destruida toda su armada.

No sólo llevará á cabo estas proezas, sino que destruirá además, con solo verla, la gran flota de Dio, espanto de Chaul, valiéndose de Héctor de Silveira, Héctor portugués, que en la siempre armada costa Cambaica causará tanto daño á los Guzarates como el troyano se lo causó en otro tiempo á los griegos (2).

Al feroz Sampayo sucederá Acuña, que dirigirá por mucho tiempo el timon del gobierno; echará en Chale los cimientos de elevadas fortalezas, y reprimirá á la célebre Dio; rendirá la fuerte Bazaim, á costa de su sangre, haciendo que en cambio la derrame Melique, y se apoderará de las trincheras de la ciudad por la fuerza de su brazo (3).

Tras este vendrá Noroña, cuya fama ahuyentará de Dio

(1) A pesar del comportamiento de Sampayo con Mascareñas, fué un gran general. En Bacanor quemó una grande armada de los malabares, cogiéndoles 80 piezas de artillería. En seguida envió á Juan Deza con once buques contra Cutiale, moro de valia que mandaba una escuadra de 130 naves, y no sólo lo desbarató, sino que lo prendió y lo llevó á Goa.

(2) La escuadra portuguesa que habia en Chaul estaba con mucho cuidado y temor, porque sabia que se disponia á atacarla una grande armada que habia en Dio. Dice el Poeta que Sampayo la destruyó con solo verla, porque no hizo más que enviar contra ella á Silveira y la desbarató. Los *Guzarates* son los habitantes de Cambaya.

(3) Nuño de Arce estuvo diez años de gobernador en la India, y entre otras cosas que hizo, fundó la fortaleza de Chale, y se apoderó de Bazaim, ciudad que pertenecía á Melique Yaz, señor de Dio, y estaba defendida por 400 piezas de artillería.

á los feroces Ruines; de Dio, que tan bien defenderá Antonio de Silveira con su valor y militar pericia (1). La muerte desempeñará en Noroña su cometido, y entonces, oh Gama, se presentará á gobernar tan apartado imperio un vástago tuyo, cuyo celo y valentia hará que el mar Rojo palidezca de miedo (2).

De las manos de tu Estéban recibirá después las riendas del gobierno un héroe, que irá precedido de ilustre renombre, por haber vencido y castigado en las costas del Brasil al pirata francés, tan acostumbrado á los peligros del mar; y ascendiendo luego á general del Océano Indico, escalará las guarnecidas murallas de Damau, y será el primero que entre por la puerta de la ciudad, defendida por el fuego y por las flechas (3).

El soberbio Rey de Cambaya le cederá una fortaleza en la rica Dio, para que le ayude á defender sus estados contra el poder del Rey del Mogol (4): después acudirá con esforzado ánimo á estorbar el paso al Rey gentil de Calicut, que se retirará de allí con todos los suyos cubierto de sangre (5).

(1) Cuando D. Garcia de Noroña era virey de la India, doce mil turcos, llamados Ruines por el Poeta, porque se creían descendientes de los romanos, sitiaron á Dio al mando de Soliman Bajá, rey del Cairo. Antonio de Silveira defendió animosamente la plaza; pero habiéndose dicho que acudia Noroña á defenderla, los turcos levantaron precipitadamente el sitio, por lo cual dice el Poeta que la fama de Noroña los ahuyentó.

(2) Después de Noroña gobernó en la India Enrique de Gama, hijo de Vasco, y contuvo la osadía de los turcos que habitaban en las costas del mar Rojo.

(3) A D. Estéban de Gama sucedió en el mando D. Martin Alfonso de Souza, que habia estado ya en el Brasil y destruido en sus costas una escuadra francesa. Nombráronle después de esta victoria Almirante de la India y asaltó la plaza de Damau, siendo él el primero que entró en ella.

(4) Intimidado el Rey de Cambaya por el Emperador del Mogol, le prometió auxiliarlo Souza si lo permitía levantar una fortaleza junto á Dio; y habiendo consentido el de Cambaya, destruyó aquel al Emperador Gítaro.

(5) El Rey de Calicut intentó pasar con un ejército á Bepelim y Crauganon, pero Souza lo impidió el paso matándole mucha gente.

Destruirá además la ciudad de Repelim (1), poniendo en fuga al Rey con todos los suyos, y después llevará á efecto una esclarecida hazaña junto al cabo Comorin, destruyendo á sangre y fuego la gran escuadra del Zamorin, que se jactaba de ser capaz de destruir el mundo, é inmediatamente pasará á hacer sentir el peso de su brazo á la ciudad de Beadala.

Limpia ya la India de cnemigos, se dedicará al gobierno del país, sin hallar resistencia ni peligros, porque todos le temen y nadie se atreverá á murmurar contra él: tan sólo la ciudad de Baticalá sufrirá por su temeridad la suerte que habia cabido á Beadala, quedando inundada de sangre y de cadáveres y completamente arrasada por el fuego.

Este famoso guerrero será D. Martin, cuyo nombre y obras se derivan del mismo Marte, y tan ilustre por lo que á causa de su valor, como sabio y prudente en los consejos. Le sucederá Castro (2), en cuyas manos tremolará siempre victorioso el estandarte portugués, haciéndose digno sucesor de su predecesor; pues si este levanta la fortaleza de Dio, aquel la defiende después de levantada.

Los feroces persas, los etiofes y los runes, cuyo nombre procede de Roma, gentes de aspecto y costumbres tan variados (porque son mil naciones las que á aquel cerco acuden), elevarán en vano sus quejas al cielo al verse detenidos por tan escasas fuerzas, y en su impiedad, jurarán que han de bañar sus retorcidos bigotes en sangre portuguesa.

(1) Repelim habia llamado al Rey de Calicut contra los portugueses; marchó D. Martin á atacarla y la destruyó, después de haber huido su rey con todos sus cortesanos.

(2) Después de D. Martin Alfonso de Souza fué nombrado gobernador de la India D. Juan de Castro, en cuyo tiempo ocurrió el memorable sitio de Dio. Con solos 600 portugueses defendió D. Juan Mascareñas esta por espacio de seis meses contra 30000 enemigos que la sitiaron y atacaron con toda clase de máquinas de guerra.

Mascareñas, y sus valientes guerreros, contemplando con alegre rostro una muerte que consideran cierta, arrostran impávidos los horrendos basiliscos y leones, terribles trabucos y ocultas minas, hasta que viéndolos Castro en tan gran aprieto, ofrece para libertarlos las vidas de sus hijos, porque quiere que alcancen una fama eterna, sacrificándose á Dios (1).

Uno de ellos, llamado Fernando, digno ramo de tal tronco, será arrebatado y conducido al cielo por el violento fuego, que con horrible estampido hará pedazos las murallas, lanzando al aire sus fragmentos. El segundo, llamado Alvaro, cuando el Invierno aterroriza al mundo é imposibilita surcar el húmedo camino, abriéndose paso por él, vencerá á las turbulentas ondas, los vientos y toda clase de peligros, y por último á sus contrarios.

Ya corta el mar el padre con las fuerzas que le quedan, y merced á su esfuerzo y principalmente á su pericia, consigne una gran victoria. Los unos, escalando los muros, demuestran que no tienen necesidad de puertas para entrar, mientras los otros las abren en la escuadra enemiga, llevando á cabo hechos tan dignos de memoria, que ni los versos ni la más larga narracion son suficientes para reclararlos.

El intrépido Castro acudirá luego sin demora á atacar al poderoso Rey de Cambaya, y su presencia bastará para

(1) Sabiendo el gobernador Castro el peligro en que estaba Dio, envió en su socorro á sus dos hijos D. Fernando y D. Alvaro. El primero voló hecho pedazos á consecuencia de la explosión de una mina que habian abierto los enemigos debajo de un baluarte: el segundo acudió después en medio de un invierno tan cruel, que causó asombro su arriesgada empresa, y llegado que hubo, venció á los bárbaros. Después acudió el mismo Castro y acabó de libertar la ciudad, sitiada con tantas fuerzas.

amedrentar á los feroces infantes y ginetes enemigos (1). Con no menos desgraciada suerte deliende Hidalcan sus estados contra tan inclito vencedor, el cual no sólo castigará cruelmente á Dabul, ciudad situada en la costa, sino también á Pondá, que lo está en el interior.

Estos y otros varones, dignos de imperecedera fama (2), desplegando en la tierra la bravura de Marte, y paseando sus triunfantes enseñas por las ondas que cortan las agudas quillas, vendrán á disfrutar los placeres de esla isla, y encontrarán estas ninfas y estas mesas, en las que consiste la verdadera gloria y la honra de sus empresas arriesgadas.»

De esla suerte cantaba la Ninfa, y todas las demás prurumpieron en aclamaciones en medio de estrepitosos aplausos, con los que feslejaban las alegres bodas que allí se estaban celebrando tan placenteramente.—«¡Por más que dé vueltas la rueda de la Fortuna, decian todas á una voz, no te han de faltar, oh nacion ilustre, honra, valor, ni gloriosa fama!»

Luego que hubieron satisfecho la vital necesidad con tan agradables alimentos, y tuvieron noticia de los hechos que les descubrió la dulce y armónica voz de Tétis, esta, llena de gracia y majestad, y deseosa de aumentar la gloria y regocijo de aquel dia, se dirigió hácia el feliz Gama diciéndole:

(1) Supo Castro que el Rey de Cambaya se disponia á acometerle con ciento cincuenta mil infantes y muchos elefantes y caballos, y habiéndole atacado, el enemigo intimidado se dispersó. Hidalcan, poderoso príncipe de la India en el reino de Decan, se preparaba á atacar la ciudad de Salfete: Castro le acometió, le derrotó un ejército de 12,000 hombres, destruyó los pueblos de Quilicia y Dabul, y quemó á Pondá.

(2) El Poeta, con un tacto exquisito, no quiso hablar de los víreyes de su tiempo, porque sus alabanzas podian parecer lisonjas.

—«Esclarecido varon: la suprema Sabiduria te dispuesa la merced de que veas con los ojos corporales lo que no puede ver la vana ciencia de los miseros y extraviados mortales. Siguenme con firmeza, valor y prudencia por este espeso monte, acompañado de los tuyos.» Dijo, y le condujo por un bosque áspero, difícil é intransitable para todo ser humano.

No hubieron andado mucho, cuando se encontraron en una erguida cumbre, donde se extendia un campo tan esmaltado de esmeraldas y rubies, que la vista creia pisar un suelo divino. Divisaron desde él un globo flotando en el aire, en el que penetraba la luz de modo que se distinguia tan diáfano el centro como clara la superficie (1).

No se comprende de qué materia está compuesto; pero si se vé claramente que lo forman varios orbes, ordenados por la vara de Dios, que converjen todos á un mismo centro: al girar dicho globo, ya ascienda, ya descienda, nunca sube ni baja, y presenta por todas partes el mismo aspecto, empezando y acabando en todas ellas por arte divina (2).

Es, por último, uniforme, perfecto y sostenido por sí mismo, como el Supremo Hacedor que lo creó (3). Al ver Ga-

(1) Para comprender bien cuanto con respecto á este globo dice el Poeta es necesario tener en cuenta el sistema astronómico de Tolomeo, seguido entonces, segun el cual la máquina del universo se componia de varios orbes contenidos unos en otros, y á les que servia de centro la Tierra. Estos orbes ó regiones eran los siguientes: á la Tierra la rodeaba la region del aire; á esta la del fuego: en pos de este iba el cielo de la Luna, y tras este los de Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, el de las estrellas fijas, el segundo y primer cristalino, el primor móvil, y por último, cubriéndolos á todos, el Empíreo ó mansion de los bienaventurados.

(2) Da á entender el Poeta, siguiendo dicho sistema, que la máquina universal anda siempre con un mismo movimiento, y tiene siempre un mismo aspecto y figura, porque nunca se altera, ni se muda, ni tiene fin ni principio por ser de figura orbicular.

(3) La figura orbicular es la más perfecta; por eso, segun el arzobispo Correa, la dió Dios al mundo.

ma aquel globo, quedó mudo de asombro y curiosidad. La Diosa le dijo: «Aquí ofrezco á tus ojos un reducido trasunto del mundo en pequeño volumen, para que veas por dónde vas, por dónde has de ir y lo que deseas saber.

» Hé aquí la gran máquina etérea y elemental del mundo (1), creada por la profunda y suprema sabiduría del que no tiene principio ni fin. Quien circunda ese globo y su tersa superficie es Dios; pero nadie sabe lo que es Dios; porque el entendimiento humano no llega á tanto.

» Ese orbe que rodea en primer lugar á los otros más pequeños contenidos en él, y que irradia una luz tan clara, cuyo brillo no sólo ofusca la vista, sino también la mente de los mortales, se llama Empíreo, donde las almas puras están disfrutando de aquel gran bien que no es comprendido por nadie más que por sí mismo, y del que no hay en el mundo semejanza.

» En él se encuentran las verdaderas y gloriosas divinidades; porque yo, Saturno, Jano, Júpiter y Juno fuimos fabulosos, producto de las ficciones de la ciega humanidad, sin que hubiéramos servido para otra cosa más que para asunto de deleitables versos, y á lo sumo para que vuestro ingenio diera nuestros nombres á esas estrellas.

» La santa Providencia, representada poéticamente en Júpiter, es la que en realidad gobierna el mundo entero sustentado por ella, valiéndose al efecto de mil espíritus prudentes en extremo. Así nos lo enseña la ciencia profética (2) en numerosos ejemplos: los espíritus del bien, acom-

(1) Los antiguos dividían en dos partes la máquina del universo: en etérea, que era la celestial, donde estaban las estrellas y los planetas, y en elemental, que era todo lo que se hallaba debajo de la Luna, donde estaba la Tierra, el aire, el fuego y el agua.

(2) Dice que los mismos profetas nos enseñan que Dios gobierna el mundo por medio de los espíritus subalternos que son los ángeles.



Tetis prediciendo á Gama las conquistas de los Portugueses.
(Canto X.)



pañándonos, nos favorecen; los malos nos perjudican en cuanto pueden.

»La pintura (1), que alternativamente nos deleita ó nos instruye, quiso después darles los nombres que la antigua poesía diera á sus dioses fabulosos (2): así se vé que á los Angeles que forman el celeste coro les llama dioses la sagrada Escritura, aunque no niega que ese nombre de tan gran preeminencia se atribuye también á los ángeles del mal.

»Pero en realidad, el supremo Señor, que se vale para sus designios de causas secundarias, es el árbitro del mundo entero. Volviendo ahora á hablarte de las profundas obras de la veneranda mano divina, te haré observar que debajo de ese círculo (3), que permanece siempre tranquilo y donde gozan de la beatitud las almas puras, gira otro tan suave y rápidamente, que no es posible divisarlo: este es el primer Móvil.

»Ese cielo arrastra en su precipitado movimiento á los que van contenidos en él: por medio de este, el Sol, andando cuidadoso, produce el día y la noche, con curso ajeuo (4). Debajo de este orbe rápido, camina otro con más lentitud, y tan

(1) Esta es la poesía, á la que da el nombre de pintura por la homogeneidad que existe entre ambas.

(2) Da á entender el Poeta que la Sagrada Escritura aplica el nombre de dioses unas veces para reprobár á los falsos de los antiguos, y otras para mostrar el favor que Dios hace á los grandes de la Tierra.

(3) El cielo empíreo de que se ha hablado, el cual dice el Poeta, siguiendo la astronomía de los antiguos, que no anda porque no se mueve, por cuya razón los autores profanos no trataban entonces de él. Debajo de él suponían los astrónomos que giraba otro cielo con tal velocidad, que apenas se podía advertir su movimiento, y á este cielo le daban el nombre de primer móvil.

(4) El primer móvil, además de arrastrar en su precipitado movimiento á los demás orbes haciéndoles dar una vuelta en el espacio de 24 horas, arrastra también al Sol, por cuya causa se produce el día y la noche.

lento y tan refrenado, que dá un solo paso mientras el luminoso Febo gira doscientas veces (1).

»Mira ese otro que está debajo, y va esmaltado de cuerpos tersos y radiantes, que con curso arreglado y uniforme giran sobre sus centelleantes ejes (2); mira cómo se engalana con el ancho ceñidor de oro, en el cual figuran doce animales formados por estrellas, que sirven como de aposentos limitados á Febo (3).

»Contempla por otros lados las imágenes que van figurando las refulgentes estrellas (4); mira el Carro, Cinosura, Andrómeda y su padre y el horrendo Dragon; advierte la hermosura de Casiopea, y el terrible aspecto de Orion; repara el moribundo Cisne enal suspira, y la Liebre, y los Canes, y la dulce Lira y la Nave.

»Examina debajo de ese gran firmamento el cielo del antiguo dios Saturno, en pos del cual se mueve el de Júpiter, y bajo este el del helicoso Marte: vé el claro ojo del cielo (5) ocupando el cuarto lugar, y á Vénus que lleva consigo el amor; tras ella va Mercurio, el dios de la elocuencia, y debajo de él admira los tres rostros de Diana (6).

(1) Debajo del primer móvil sigue otro cielo muy claro y transparente, llamado por esta razon *crystalino*. Este cielo tiene dos movimientos, uno violento que es el que le imprime aquel en 24 horas, y otro que le es propio, más lento, tanto que en doscientos años no recorre más que un grado.

(2) El octavo cielo, ó sea el de las estrellas fijas, lenta segun los antiguos su eje particular.

(3) Este ceñidor es el Zodiaco, cuyos doce signos representados por animales marcan el curso del Sol.

(4) Tolomeo dió á las 48 constelaciones conocidas entonces nombres diferentes, segun la figura que al parecer tenían; así es que les aplicó los de animales, personas y cosas.

(5) El Sol.

(6) Los poetas asignaban á la Luna tres poderes, y con arreglo á ellos tres sitios y tres nombres diferentes: Diana en los montes, Luna en el Cielo y Proserpina en el Infierno. Los tres rostros son las tres faces, creciente, llena y menguante.

»En todos esos orbes advertirás diferente curso (1); lento en unos, veloz en otros; ora lejanos y á gran distancia del centro, ora cercanos á la Tierra, segun lo dispuso la voluntad del Padre omnipotente que hizo el fuego, el aire, el viento y la nieve, los cuales se extienden en la parte más interior, sirviéndoles de centro la tierra y el mar.

»En ese centro, morada de los séres humanos, que en su osadía no se contentan con soportar los daños inherentes á la tierra firme, sino que van en busca de los que ofrecen las inquietas ondas, verás varias partes divididas por los airados mares, en las que se encuentran diferentes naciones, regidas por varios reyes, cuyas leyes y costumbres varían en extremo.

»Contempla la cristiana Europa (2), más distinguida y civilizada, por su saber y fortaleza, que las otras partes; mira el Africa, tan escasa en productos de la tierra, inculta y sumida en la barbarie, con el Cabo que hasta aquí desconocisteis, y que la naturaleza colocó hácia el Austro: mira toda esa tierra habitada por una innumerable muchedumbre de gente sin ley.

»Repara en el vasto imperio del Benomolapa (3), poblado

(1) Estos orbes de los siete planetas, cuyos nombres se han dicho en el párrafo anterior, tenían diferentes movimientos, porque á unos se les suponía mucha rapidez y á otros poca: así es que mientras Saturno tardaba 30 años en girar, Júpiter sólo invertía doce, el Sol un año y la Luna veintisiete días.

(2) Para comprender bien lo que Tétis va á decir á Gama, debe suponerse que la isla donde se hallaban es una de las Laquedivas cerca de Goa, como pretende D. Manuel Faria. Las tierras que van á describirse forman un círculo, en cuyo centro están estas islas. Comienza la diosa su descripción por el cabo de Buena-Esperanza y reino de Sofala, y volviéndose de izquierda á derecha, va mostrando la Abisinia, el Mar Rojo, Arabia, Persia, India, Siam, la China, el Japon, Borneo, y completando el círculo, termina en la isla de Madagascar frente al punto donde había comenzado.

(3) El Benomolapa ó Monomolapa, era un imperio que se extendía por la costa de Cafreria, Sofala y Mozambique, é indefinidamente por el interior del Africa; por lo

de gente salvaje, negra y desnuda, donde Gonzalo sufrirá la muerte por su santa fé. En ese incógnito hemisferio se cria el metal por el que más sudan y se afanan los humanos: vé el lago de donde se desprende el Nilo (1) y de donde procede tambien el Cuama (2).

»Contempla las casas de los negros que carecen de puertas, pues viven confiados en el auxilio de la justicia real y en la fidelidad de sus vecinos. Examina desde ahora esa bárbara multitud, que cual negra y espesa bandada de estorninos, ha de atacar en Sofala la fortaleza que con tal valor defenderá Naya (3).

»Mira allá las lagunas ignoradas de los antiguos, donde nace el Nilo, río que engendrando el cocodrilo, riega el país de los Abassis, amigos de Cristo (4): mira cómo se defienden estos de sus enemigos, sin necesidad de murallas; mira tambien á Méroe, isla de antigua fama, hoy llamada Nobá por los indígenas (5).

»En ese apartado país, un hijo tuyo, que ha de llamarse Don Cristóbal, adquirirá gran fama peleando contra los

cual el Poeta lo llama vasto, ó incógnito hemisferio. En él padeció martirio al padre Gonzalo Silveira de la compañía da Jesús.

(1) A pesar de la asercion del Poeta, hoy todavía se hacen iustigaciones en averiguacion del verdadero nacimiento del Nilo, que permanece desconocido.

(2) Río que desagua en el canal de Mozambique, en Africa, y al qua se la suponen 217 leguas de curso. Le llaman tambien Zambezé.

(3) D. Pedro Naya consiguió que el Rey de Sofala le dejase levantar allí una fortaleza. Cuando al Rey la vió levantada, se arrepintió, determinó arruinarla y marchó contra ella con 6000 cafros. Naya, que no tenía más que 35 hombres, no tan sólo se resistió, sino que dosbarató é hizo huir á los bárbaros. Naya era hijo da Castilla y casado en Portugal.

(4) Los habitantes de Abisinia, que profesan la religion cristiana, y que no acostumbraban levantar murallas en sus ciudades, á causa de ser el país sumamente montañoso.

(5) Méroe era una antigua provincia da la Etiopía, de la que hacian una isla los antiguos, porque no conocian más qua su parte N. En la antigüedad fué un estado poderoso y de magníficos monumentos.

Turcos; pero su valor no impedirá que tenga un fin desgraciado (1). Hé ahí la costa donde te dió Melinde cariñosa y franca hospitalidad; observa el rio Rapto, llamado en la lengua del país Oby (2), cuyas agnas fertilizan á Quilmance.

»Mira el cabo antes llamado Arómata, y hoy Guardafui (3) por sus moradores, donde empieza el celebrado mar Rojo, que refleja el color de su lecho. Ese mar está puesto como linea divisoria entre Asia y Africa, siendo las mejores poblaciones de esta última parte. en aquella costa, Mazua, Arquico y Suanquem.

»Vé allá, en el fondo, á Suez que. segun unos, fué en otro tiempo la ciudad de los Héroas, y segun otros, es la antigua Arsinoe, y al presente sirve de abrigo á las flotas de Egipto (4): mira las aguas, por las cuales se abrió el gran Moisés un ancho paso en la edad remota: ahí empieza el Asia, con sus inmensos territorios y opulentos reinos.

»Mira el monte Sinai, que se ennoblece con el sepulcro de Santa Catalina: mira á Tor y Gidá, que carece de fuentes de agua cristalina y dulce (5): mira las puertas del estre-

(1) D. Cristóbal Gama, enviado por su hermano D. Estéban, de quien ya se ha hablado. para que socorriese al Negus ó rey de Etiopia contra el de Zeila, desbarató dos veces á los moros; pero á la tercera cayó prisionero y lo mataron, atormentándolo antes para que abjurase su fé. Los portugueses vengaron su muerte venciendo á los moros y quitando la vida al Rey.

(2) Tolomeo llama Rapto al rio que los del país llaman Oby.

(3) El cabo Guardafui, tan conocido hoy, era llamado por Tolomeo y los antiguos Arómata, y se encuentra en el extremo oriental de Africa.

(4) Cuando los portugueses descubrieron la India, se armaban en Suez las flotas del Soldan de Egipto. Tolomeo habla de los Héroas ó primitivos habitantes de aquella ciudad, llamada tambien Heroópolis por los antiguos.

(5) En tiempo de Camoens habia en el monte Sinai, donde Dios dió á Moisés las tablas de la ley, un monasterio consagrado á Santa Catalina, por estar la santa sepultada allí. En la ciudad de Tor, á 18 leguas del monte de este nombre. existia tambien otro monasterio dedicado á la misma santa.

cho que termina en el árido reino de Aden (1), el cual confina con la sierra de Arzira, toda ella de piedra viva, y jamás humedecida por la lluvia del cielo.

»Contempla las tres Arabias, ocupando un vasto territorio, y llenas de gente nómada y vagabunda, de las que proceden los ligeros y feroces caballos de raza escogida y tan á propósito para la guerra. Mira la costa que se extiende hasta cerrar otro estrecho de Persia, formando el cabo que lleva el nombre de la conocida ciudad de Fartaque.

»Mira á Dofar, ciudad insigne, porque nos envia el más oloroso incienso que se quema en los altares: contempla más acá á Rozalgate y sus estériles playas, donde empieza el reino de Ormuz, que se extiende por las costas que adquirirán cierta fama cuando las galeras del Turco vean el desnudo acero de Castel-Branco (2).

»Observa el cabo Asahoro, llamado hoy Mozandan por los navegantes: ahí empieza el celebrado golfo que separa las fértiles tierras de la Persia de las de la Arabia (3). Mira la isla Baharem, cuyo suelo está enajado de ricas perlas que imitan el color de la Aurora, y contempla el Tigris y el Eufrates desembocando en el mar salado.

»Mira el noble imperio de la gran Persia, cuyos habitantes siempre están acampados y dispuestos á montar á caballo, desdeñando el uso del cobra fundido (4), y gloriándose de tener las manos encallecidas por el manejo de las armas. Contempla ahora la isla de Gerum (5), en la cual se

(1) Puerto de mar en la entrada del Mar Rojo.

(2) Castelbranco, capitán de Ormuz, deshizo allí un ejército turco que le acometió.

(3) El golfo Pérsico.

(4) Desdeñando el uso de los cañones y demás armas de fuego.

(5) En la isla de Gerum, llamada hoy país de Mogostan, estuvo la antigua Armuza; junto á ella se levantó después Ormuz, donde D. Felipe Meneses y D. Pedro Souza hicieron muchas proezas.

echan de ver las vicisitudes por que la ha hecho pasar el transcurso de los tiempos, después de haber heredado la gloria y el renombre de la ciudad de Armuza que existió en ella.

»Allí ha de brillar el valor de D. Felipe de Meneses, cuando derrote con un corto número de portugueses á muchos Persas de Lara (1), los cuales probarán tambien los golpes y reverses de D. Pedro de Souza, guerrero que antes habrá dado á conocer el esfuerzo de su brazo en Ampaza destruyéndola completamente con la espada.

»Pero dejemos el Estrecho, y el conocido cabo de Jasque. llamado ya Carpella, así como su suelo, apellidado Caramania (2), tan poco favorecido por la naturaleza y desprovisto de todos sus dones; y mira el hermoso Indo, que nace en aquella allura, junto á la cual se desprende tambien de otra el caudaloso Ganges (3).

»Mira la fertilisima tierra de Ulcinde y la intima ensenada de Jaquale; la rápida y caudalosa creciente del mar, así como la menguante que huye apresurada (4). Vé la riquisima tierra de Cambaya, donde las aguas forman un gran golfo, y donde florecen otras mil ciudades que paso por alto y que os están reservadas.

»Contempla cuál se extiende hácia el Sur la célebre costa

(1) Los persas de Lara procedían de una ciudad de Persia llamada así, en la cual dicen que nació el gran Tamerlan, ó Tamur-Lang; esto es: Tamur el Cojo.

(2) Caramania, parte del Asia menor, llamada así de Caraman, familia que reinaba en ella antes que los musulmanes.

(3) El Indu y el Ganges nacen en el monte Paropanisio, que es una ramificación del Taurus, pero en diferentes sitios.

(4) En Jaquete empieza la ensenada que el Poeta llama intima, porque se introduce en la tierra 30 leguas. El agua se retira con tal ímpetu, que el estuendo que hace se oye á muchas leguas de distancia.

Indiana hasta el cabo Comorin, llamado ya Cori, teniendo en frente á Taprobana, hoy la isla de Ceilan. La gente lusitana que después de ti surcará armada ese mar, alcanzará victorias, y conquistará tierras y ciudades donde ha de dominar por muchos años.

»Las naciones que dividas entre uno y otro rio son infinitas: las unas siguen la religion de Mahoma, las otras son gentiles, y sus leyes las escribió el Demonio. Mira á Narsinga, en cuyo señorío yacen las santas y benditas reliquias del cuerpo de Tomás, varon sagrado, que tocó con sus dedos el costado de Jesucristo (1).

»Aqui hubo una ciudad hermosa, grande y rica, llamada Meliapor (2), que adoraba los idolos antiguos, como ahora los venera todavia la gente perversa, y estaba entonces algo distante del mar. Tomás que iba predicando por el mundo la santa fé, se dirigió á ella, después de haber pasado por mil puebls convirtiéndolos.

»Pasó allí á anunciar la palabra divina, dando salud á los enfermos y vida á los muertos: cuando cierto dia las aguas condujeron hasta la ciudad un tronco de desmesurado tamaño: el Rey, que á la sazón estaba ocupado en varias construcciones, deseó convertirlo en tablazon, y no dudaba poderlo sacar á tierra por medio de las fuerzas combinadas de hombres, máquinas y elefantes.

»Era el peso del madero tan enorme, que nada bastaba para moverlo; pero el enviado verdadero de Cristo empleó

(1) Barros refiere cómo fué descubierta la iglesia que fundó Sto. Tomás en la India, y también el cuerpo del Santo Apóstol que estaba dentro de ella.

(2) Cuando Santo Tomás predicaba en Meliapor ó Maylapur, ciudad distante 12 leguas del mar, profetizó que andando el tiempo sus aguas bañarían la ciudad, como efectivamente sucedió llegando las olas á destruirla por completo. Hoy existe, en un sitio cercano al que ocupaba, la ciudad portuguesa de Santo Tomé.

para conseguirlo menos trabajo: ató el cordon que llevaba ceñido en derredor del tronco, lo movió fácilmente y lo arrastró hasta el sitio donde se levantó después un sumptuoso templo, que sirviera de ejemplo y recuerdo á las gentes futuras.

»Sabia perfectamente, que si con fé sincera ordenaba á un monte que se moviese, el monte le obedeceria en seguida; pues así lo enseñó Cristo, y él así lo demostró. Los habitantes quedaron sumamente alborozados con tal milagro, y los Brahmanes, teniéndolo por cosa extraordinaria, al ver aquel prodigio y la santidad de su autor, empezaron á temer por su propio prestigio y crédito.

»Tan profundamente arraigada está la envidia en el corazón de estos sacerdotes gentiles, que buscaron mil medios de impedir la predicacion de Santo Tomás ó de matarlo: el primero de entre ellos, más dominado que los otros por aquel vicio, quiso dar al mundo un espectáculo horrendo; pues el enemigo más cruel y feroz de la virtuosa sinceridad es la falacia.

»No titubeó en matar á un hijo suyo, y en seguida acusó á Tomás de haber cometido este homicidio, del que era inocente: para probarlo presentó testigos falsos, segun costumbre de los Brahmanes, y en su consecuencia condenaron á muerte al Santo. Este, que no encontró nada mejor en su abono que apelar al Padre omnipotente, se dispuso á hacer uso de sus mayores milagros en presencia del Rey y de los señores de la corte.

»Manda que lleven allí al muerto, y ordena que resucite y se le pregunte quién fué su matador, sometiéndose á su testimonio como el más feaciente. Entonces vieron todos cómo recobró la vida el mancebo en nombre de Jesus crucificado; levantóse, y dando gracias á Tomás en pago de la

vida que le habia devuelto, designó á su padre como su homicida (1).

»Este milagro causó tal impresion, que el Rey recibió inmediatamente el agua santa del bautismo, y muchos después de él, besando unos el manto de Tomás, y otros cantando alabanzas á su Dios. Los Brahmanes se sintieron poseidos de tal odio, la envidia los aguijoneó de tal modo con su venenoso dardo, que concitando contra él á la plebe, determinaron darle muerte.

»Un dia, que estaba el Santo predicando, simularon un espantoso tumulto, cuando ya Jesucristo determinaba que aquel escogido varon subiese al Cielo por medio del martirio: las numerosas piedras que volaban por todas partes fueron á dar en el Santo, dispuesto ya á todo, y un infiel, por acabar más pronto, atravesó de una terrible lanzada el inerme pecho del venerable anciano.

»Lloráronte, Tomás, el Ganges y el Indo; lloróte toda la tierra que pisaste, y sobre todo las almas que abrazaron la santa fé que les enseñaste; pero los ángeles celestiales, cantando y sonriendo, te recibieron en la gloria que habias ganado: así, pues, te rogamos que pidas á Dios el auxilio necesario para favorecer á tus lusitanos.

»Y vosotros, que usurpais el nombre de enviados de Dios (2), como Tomás, decid, si sois mandados, ¿cómo permaneceis tranquilos sin ir á predicar la santa fé? Y mirad que si sois sal, y os condenais en vuestra patria, donde nadie es profeta, ¿con qué se salarán en nuestros dias tantas heregias, aun prescindiendo de la de los infieles?

(1) El único castigo que sufrió el causante de tan atroz delito fué el destierro.

(2) Se diriga el Poeta á algunos religiosos que no querian ir á la India á predicar el Evangelio.

»Mas pasando por alto tan espinoso asunto, vuelvo á ocuparme de la costa que detallaba. Ya desde esta famosa ciudad (1) empieza á describir una curva la ensenada gangética; más allá se extiende la rica y poderosa Narsinga, así como Orixá tan abundante en telas, y al fin de la ensenada, se precipita en el reino de las saladas ondas el ilustre Gauges.

»El Ganges, donde se bañan los habitantes del país al sentir próxima la muerte, por creer firmemente que, aunque sus pecados sean muy grandes, se purifican lavándose en aquel agua santa. Mira á Caligani, una de las mejores ciudades de la provincia de Bengala, que se precia de opulenta; mas advierte que está colocada hacia el Austro donde empieza á inclinarse la costa (2).

»Contempla el reino de Arracan (3); mira el asiento del Pegú (4), país poblado por los monstruos que produjo el bestial consorcio de una mujer con un perro, que se encontraron allí solos: sus habitantes suelen llevar en los órganos genitales cascabeles de sonoro metal, según costumbre introducida por una reina, que apelando á tan ingenioso medio, supo desterrar una práctica nefanda (5).

(1) La de Meliapor.

(2) Pasado el reino de Narsinga va cortiendo la costa directamente á Oriente hasta la ciudad de Caligani, y desde allí, por medio de un rodeo se inclina hacia el Sur, por lo que los marinos daban á este sitio el nombre de Contra-costa.

(3) Hoy es una provincia inglesa de la India transgangética.

(4) Antiguo reino, hoy provincia del imperio Birman, en que refiero una tradición que, habiendo naufragado un bajel chino en aquella costa, no llegaron á tierra sino una mujer y un perro, de los cuales nacieron sus pobladores.

(5) Canano, reina del Pegú, viendo que era muy común en aquel país el vicio que irritó al Cielo contra Sodoma, y deseosa de extirparlo, quiso buscar un medio de llamar su atención hacia las partes que nombra el Poeta, é inventó el adornarlas con sartas de cascabeles. La industria de la Reina hizo adoptar esta moda, y los más poderosos llevaban los cascabeles de oro, otros de plata, y la gente común de metal, otros de cobre.

»Mira la ciudad de Tavai, donde empieza el dilatado imperio de Siau; à Tenassari y Quedà, la ciudad más importante de cuantas producen la pimienta. Andando el tiempo, ennobleceis por medio del comercio à Malaca, à donde enviaràn sus ricas mercancías todas las demas provincias marítimas.

»Dícese que el mar, inundando en otro tiempo esa tierra con sus poderosas olas, la separó de la actual isla de Sumatra, con la que estuvo unida antiguamente: llamóse Quersoneso, con el epíteto de Aureo, à causa de sus ricas minas de oro, y algunos pretenden que allí estuvo la renombrada Ofir.

»Mira al fin de esa tierra à Singapura (1), donde el camino de las naves se va estrechando: desde allí vuelve la costa hácia Cinosura, describe una curva, y se dirige al Oriente: contempla los reinos de Panu, y Patan, y la extensión del de Siam, que tiene sometidos à aquellos y à otros varios; mira el rio Menan, que se desprende del gran lago llamado Chiamai.

»Ve por toda esa tierra los nombres de mil naciones desconocidas hasta hoy; tales como los Laos, poderosos por el vasto país que poseen y sus numerosos habitantes; los Bramas y Avàs, que moran en dilatadas sierras. Mira en remotas montañas otras gentes llamadas Gueos, de costumbres salvajes, que se alimentan de carne humana, y pintan la suya con hierro candente, siguiendo una cruel usanza.

(1) Singapura es un cabo de tierra en frente de Sumatra, hoy llamado Singapur, que dista unas 20 leguas de dicha isla, con la que forma el único estrecho que se conocía en tiempo de Camoens, el cual era tan angosto, que las vergas de las naves en muchas partes tocaban en una y en otra costa.

»Mira en Camboje, el río Mecon (1). cuyo nombre significa príncipe de las aguas, pues son tantas las que recibe de otro solo río en el verano, que inunda los vastos campos, y se desborda como el Nilo. La gente ignorante del país cree que los animales de toda especie participan después de la muerte de pena ó de gloria, como nosotros.

»Ese país acogerá con agrado y solicitud los Cantos que saldrán mojados del triste naufragio, escapando miserablemente de aquellos procelosos bajos, de las hambres y de los grandes peligros del mar, cuando se lleve á cabo la injusta sentencia impuesta á aquel cuya sonora lira será más célebre que dichosa (2).

»Mira cual se extiende la costa llamada Champá, adornada con la planta que produce olorosas ramas (3). Mira á Cochinchina casi desconocida, y la incógnita ensenada de Ainam (4). Por esa parte se extiende también el soberbio imperio de la China, famoso por sus vastos dominios y por sus descuidadas riquezas, y ocupando todo el territorio que se encuentra desde el ardiente Trópico al Círculo polar.

»Mira la increíble muralla levantada entre uno y otro imperio como señal evidente de la opulencia y soberbio poderío de su rey (5). Los que ahí reinan no proceden de reyes, ni pasa la corona de padres á hijos, sino que los habitantes

(1) Su propio nombre es Mei-Kong.

(2) Habla el Poeta de sí mismo y del naufragio que sufrió cuando volvía de Macao á Goa, del cual salió á nado llevando en una mano los cantos que había escrito de este poema.

(3) En los confines del reino de Cambaya está el de Champá. en cuyas montañas se encuentra el odorífero tronco llamado calambuco, cuyo fruto da una goma llamada bálsamo de María.

(4) Hoy imperio de Annam.

(5) Esta muralla es la célebre de la China, que tiene más de 400 leguas de extensión en toda su longitud, y fué construída para defender el país de las invasiones de los tártaros.

del pais eligen para ceñirla al que más se haya distinguido por su saber y su virtud.

»Todavía queda mucha más tierra oculta hasta que llegue el tiempo en que deba descubrirse: sin embargo, no dejes de fijar tus miradas en las islas donde la naturaleza quiso dar más evidente muestra de su rica variedad. Esa medio escondida, que está en frente de la China por donde hay que encaminarse á buscarla, es el Japon, donde nace plata fina, y donde ha de penetrar la ley de Cristo.

»Mira esas infinitas islas esparcidas por los mares de Oriente; contempla á Tidor (1), y á Ternate (2) con su ardiente montaña que arroja llamas ondulantes, y las plantas que dan el cálido clavo, compradas á costa de la sangre portuguesa: ahí verás también las doradas aves que nunca cesan en su vuelo, y sólo se las encuentra en la tierra cuando ya están muertas (3).

»Mira las islas de Banda, esmaltadas con los variados matices del rojo fruto (4), y las pintadas aves que por allí discurren buscando su alimento en la verde nuez. Mira también á Borneo, donde se recogen las lágrimas cuajadas y secas del árbol llamado alcanfor, que hace célebre á la isla.

»Allí tienes también á Timor (5), que produce el saludable y odorífero sándalo: mira la Sonda tan prolongada, que extiende una parte de su costa hasta el difícil Sur: la gente

(1) Una de las Molucas, descubierta en 1521 por los españoles.

(2) Otra de las Molucas que tiene un volcan.

(3) Habla el Poeta de las aves llamadas del Paraíso, que entonces se creía que no tenían piés y pasaban la vida volando.

(4) La nuez moscada, muy apetecida de las aves.

(5) Otra de las Molucas, donde se produce el sándalo en abundancia. Los habitantes del pais lo machacan y utilizan su zumo para aliviarse el dolor de cabeza.

del país dice que en él hay un río tan maravilloso, que si cae un palo por donde corren sus aguas sin mezclarse con otras queda convertido en piedra (1).

»Mira aquel país que el tiempo trocó en isla (2), y que despide también trémulas llamas; mira su fuente que mana aceite, y el preciado licor que lloran los árboles, más oloroso que cuanto deslila en Arabia la hija de Cíneas: repara por último en que, dotada esa isla de cuantos dones distinguen á las otras, produce además fina seda y brillante oro.

»Mira á Ceilan, cuya montaña se eleva tanto, que atraviesa las nubes ó engaña la vista: los indigenas la consideran como cosa sagrada, por tener impresa en una de sus rocas la huella de un pié humano (3). En las islas Maldivas nace una planta que se eleva del fondo de las aguas, cuyo fruto está repulado como el mejor antidoto contra el veneno más enérgico (4).

»Frente al estrecho del mar Rojo puedes divisar á Soc-

(1) En una de las islas del Archipiélago de la Sonda hay un río que no soporta cosa alguna por ligera que sea, por lo que quiso significar el Poota que los palos que á él se lanzaban se convertían en piedras.

(2) La isla de Sumatra, que algunos pretenden que fué en otro tiempo Malaca, en donde había varios reinos, el de Feder entre otros, ofrecióme este la particularidad de brotar en él una fuente de aceite mineral, que los indigenas llamaban *Nafra*. En aquella isla se produce también el henjui, que dice Camoens ser más oloroso que la hija de Cíneas, ó sea la mirra, en que según hemos dicho ya, se convirtió aquella.

(3) En Ceilan existe un monte altísimo, y en su cumbre, llamada pico de Adam, hay una gran piedra, plana por la parte superior; en medio de esta se ve impresa la huella de un pié humano que tendrá unos dos palmos de longitud. Dicen unos que es de un santón natural de Delhi, y otros que del mismo Adam. Este lugar era temido por santo, y los asiáticos concurrían desde los más apartados países á visitarlo, fundando en ello la esperanza de salvarse.

(4) Islas cerca de la costa de Malabar, donde hay una especie de palma que produce los llamados coros de Maldiva, que son un poderoso contraveneno.

lora, con sus famosos y amargos aloes (1); y otras islas de la cosla de la arenosa Africa, que tambien se somelerán á vuestro yugo, y en las cuales se encuentra la masa incógnita y preciosa del perfume más perfecto (2). Observa después la renombrada isla de San Lorenzo, llamada por algunos Madagascar.

»Esas son las nuevas regiones del Oriente que desde hoy ofreceis al mundo, abriendo la puerta al vasto mar por donde navegais con inquebrantable conslancia. Al mismo tiempo será justo que veais hácia Poniente otro descubrimiento efectuado por un lusitano (3), que agraviado de su Rey, ha de hallar un camino que nadie sospechaba.

»Ved aquella vasta region que se extiende sin interrupcion desde Calisto al polo opuesto (4) y que se enorgullecerá con las ricas minas del metal cuyo color es semejante al del rubio Apolo: vuestra amiga Castilla será digna de subyugar un país como ese, que encierra en sí diversas provincias, diferentes razas, y leyes y costumbres muy variadas.

»En la parte oriental, que es por donde más se ensancha. encontrareis una tierra renombrada por el palo rojo que produce; le dareis el nombre de Santa Cruz, y vuestra flota será la primera en descubrirla (5). Navegando á lo largo de esa costa, que será vuestra, Magallanes, portugués en

(1) Socotora, isla en la embocadura del mar Rojo, donde nace el preciado aloe, con cuyo árbol no podia comerciar nadie más que el Rey de la isla.

(2) El émbar, cuya naturaleza y origen se desconocian en tiempo del Poeta.

(3) Magallanes.

(4) La América, que se extiende de uno á otro polo.

(5) La escuadra con que Alvarez Cabral pasaba á la India, en 1500, fué arrojada por una tempestad á aquella parte de la América meridional que se adelanta más hácia Oriente y la llamó Santa Cruz. Este país es el que después se ha llamado Brasil, nombre dado al palo de tinte rojo que allí se cria.

los hechos, pero no en la lealtad (1), procurará llegar á su limite meridional.

»Después de haber atravesado más de la mitad del camino que se extiende desde el Ecuador al polo austral, verá en una region próxima á él hombres de una estatura gigantesca (2), y más adelante descubrirá el estrecho que hoy lleva su nombre, el cual da paso á otro mar y á otra tierra que el Austro nos esconde, envolviéndola entre sus frias alas.

»Estos son, Portugueses, los hechos que os es permitido conocer de cuantos han de llevar á cabo vuestros gloriosos compatriotas en esos mares surcados por vosotros. Y pues ya sabéis con qué género de trabajos lograreis alcanzar los favores de esas inmortales y bellas esposas, que os tejen gloriosas coronas;

»Podeis embarcaros desde luego en direccion á la patria anada, que el viento es favorable y está sereno el mar.»— Asi les dijo; y poco después se alejaron los atrevidos navegantes de aquella isla enamorada y placentera, llevando viveres frescos, y yendo acompañados agradablemente de las ninfas, que no han de abandonarlos mientras el Sol preste su calor al mundo.

(1) El Poeta, siguiendo la opinion de muchos, tacha á Magallanes de desleal, porque pasó á servir á Castilla; pero sin razon. Magallanes, después de haber hecho por su patria cuanto pudo, pidió al rey D. Manuel que le aumentase los gages de caballero, que eran cinco reales al mes. El Rey lejos de concederle esta gracia, le trató con tal aspereza, que proporcionó á sus enemigos una coyuntura oportuna para despreciarlo y exasperarlo, de modo que Magallanes conoció que jamás sería bien visto en su patria, por cuya razon pasó al servicio del emperador Carlos V en Castilla, y en favor de esta nacion descubrió el importantísimo estrecho que lleva su nombre.

(2) Habiendo llegado Magallanes á la desembocadura del rio San Julian, determinó invernar allí, y explorando el pais, hallaron unos hombres cuya estatura pasaba de doce palmos.

De esta suerte fueron cortando el tranquilo mar, impedidos por mansos y apacibles vientos, hasta que estuvieron á la vista de la suspirada tierra en que nacieron. Entraron por la barra del ameno Tajo, apresurándose en seguida á ofrecer el premio y la gloria de sus descubrimientos á su patria y á su querido y respetado Rey, que les habian confiado tan árdua empresa, ilustrándose desde entonces con nuevos títulos (1).

Basta, Mnsa. basta; que ya tengo destemplada la lira y enronquecida la voz, aunque no por efecto de mi canto, sino por ver que lo dedico á gente ruda y de corazon endurecido. El favorable aliento, que comunica mayor incentivo al ingenio, no lo da mi patria, no: porque está dominada por el infame vicio de la codicia, y sumida en un abatimiento, tenaz, indiferente y abyecto.

No sé que maligna influencia del destino le ha arrebatado aquel justo orgullo, aquel razonable deseo que induce de continuo los ánimos á arrostrar cualquier empresa con semblante alegre y sereno. Y sin embargo, ¡oh sublime monarca, que por disposicion divina ocupais ese elevado y régio sòlio, comparad vuestro pueblo con los otros, y conoceréis cuán excelentes son los súbditos de que sois señor!

Mirad cuán alegres van por todas partes, cual rugientes leones ó bravos toros, soportando con valor el hambre, las vigiliás, el hierro, el fuego, las saetas y las balas; resistiendo el calor de abrasadas regiones, y el frio de helados climas; los golpes de los idólatras y de los moros; los naufr-

(1) Estos títulos son: ó la honra y fama que los portugueses adquirieron con esta navegacion, ó los títulos que los reyes de Portugal añadieron á los que ya usaban entonces.

gios, la irritadas olas y otros mil peligros incógnitos del mundo.

Por serviros están siempre dispuestos á todo: á pesar de verse alejados de vuestra presencia, os obedecen ciegame-
te (1), y sin replicar una palabra, se lanzan presurosos y contentos á cumplir cualquier orden vuestra por áspera que sea, llevando á tal extremo su denuedo, que les bastaría saber que teneis en ellos fijas vuestras miradas para que acometieran sin vacilar á los negros y ardientes demonios infernales, proporcionándoos de seguro una victoria, nunca una derrota.

Favorecedlos, pues, ó infundid lá alegría en su corazon con vuestra presencia y vuestras bondades: aliviadlos del peso de leyes rigorosas; que así se abre el camino de la gloria: enalteced á los de más experiencia, si á esta reúnen la bondad para aconsejaros; pues por su edad conocen perfectamente el cómo y cuándo, y el lugar de cada cosa.

Prestad vuestra ayuda á cada cual en su oficio, segun su aptitud ó su talento. Cuidense los religiosos de rogar al Señor por vuestro feliz y próspero reinado, y ayunando y expiando con austeridades y maceraciones los vicios del pueblo, llegarán á conocer que la ambicion no es más que viento; pues el verdadero religioso desprecia la vanagloria y desprecia tambien el oro.

Tened en mucha estima á los caballeros, pues á costa de su ardiente y generosa sangre no tan sólo extienden la ley de Dios, sino tambien vuestros dominios, así como debeis apreciar en lo que valen á los que en tan remotos paises os sirven con solícito anhelo, venciendo dos enemigos, los

(1) Es digno de observarse que, estando los portugueses tan alejados de su patria y de su rey, y teniendo tantas ocasiones para desobedecerle, nunca lo han intentado.

hombres y, lo que aun es más difícil, los excesivos trabajos.

Haced, Señor, que no puedan decir jamás los asombrados alemanes, galos, italianos é ingleses, que los portugueses valen más para obedecer que para mandar. Aconsejaos tan sólo de los hombres de experiencia y de avanzada edad; que aunque el sabio teuga mucha ciencia, le aventaja el hombre práctico y experto.

Anibal se burlaba del filósofo Formion (1) cuando largamente disertaba ó leía delante de él asuntos bélicos. El arte de la guerra no se aprende, Señor, fantásticamente soñado, imaginaudo ó estudiando, sino viendo, ocupándose en él y combatiendo.

Pero ¿quién soy yo para hablaros de esta suerte, yo el más humilde, el más oscuro y el más ignorado de vuestros súbditos, cuya existencia ni siquiera sospechais? Sin embargo, sé que la alabanza que sale de los labios de los pequeños suele ser la más perfecta; y no carezco de estudio, acompañado de una larga experiencia, ni de ingenio, como podeis ver por lo que he escrito; cosas ambas que rara vez se hallan reunidas.

Tengo para serviros un brazo ejercitado en el manejo de las armas; para cantares, una mente consagrada á las musas: sólo me falta que me acepteis en lo que valgo, vos por quien debe ser estimada la virtud. Si el Cielo me lo conce-

(1) Formion el filósofo tenía escuela en Éfeso: entró un dia Anibal á oírle, y el filósofo, dejando lo que estaba explicando, se puso á tratar de cosas militares para obsequiar á Anibal. Como se ocupase mal en estas materias por lo mismo que no las había manejado, Anibal se rió de él diciendo. « Si yo hubiese hecho en la guerra lo que este dice, á buen seguro que no merecería el nombre que por ella tengo. Yo mismo no me atreveré á dar órdenes á un ejército, sino poniéndolo á la vista y al enemigo en frente.»

de, y os decidís á acometer una empresa digna de ser cantada, como mi mente présaga vaticina al ver en vos tan divina inclinacion:

Si haceis que el Atlas tema vuestra vista más que la de Medusa; ó derrolais en los campos de Ampelusa á los moros de Marruecos y de Trudante, os prometo que mi alegre y entonces apreciada Musa cantará por todo el mundo vuestras hazañas de tal suerte, que en vos aparecerá retratado Alejandro sin envidiar la gloria de Aquiles (1).

(1) El poema *Los Lusíadas* consta de 1102 estrofas ú octavas reales, ó sean 8816 versos.

FIN.



BIOGRAFIA

DE

LUIS DE CAMOENS

POR

FERNANDO DENIS.

MOVIMIENTO LITERARIO, ESCUELAS Y MAESTROS DE PORTUGAL
AL ADVENIMIENTO DEL GRAN ÉPICO.

A fines del siglo XIII, un rey á quien llamaron sus súbditos el *Labrador*, el *Padre del pueblo*, el *Sábio*, Dionisio, supo adivinar que el genio de los portugueses no era solamente el genio de una nacion guerrera, sino que este pequeño reino, que dos siglos antes habia sabido conquistar su independencia, sentiria tambien la necesidad de las instituciones literarias, después de haber afirmado sus instituciones politicas.

Fundó, en efecto, la universidad de Coimbra, y el pensamiento activo que sabia prever y proveer al mismo tiempo imprimió desde el principio tal movimiento á esta escuela, le dió reglamentos tan sábios, que á pesar de las fases de perturbacion y decadencia por que debia pasar la nueva universidad, vino á ser una madre harto fecunda. Todos los siglos le preguntaron, y ella contestó á todos los siglos.

Fundada en Lisboa en 1282, constituida definitivamente

dos años más tarde, y establecida luego en Coimbra á principios del siglo XIV, á orillas de aquel Mondego que debía inspirar á tantos poetas, la nueva universidad, lo repetimos, tuvo que sufrir muchas vicisitudes.

Las revoluciones que atravesó desde 1288 hasta el reinado de Juan III ofrecen seguramente más de un curioso episodio. Si en 1309 recibe nueva actividad del carácter previsor de su fundador, y si se siente con bastante fuerza en tiempos de Pedro el Justiciero para hacer reclamaciones, trasladada otra vez á Lisboa bajo el reinado de Don Fernando, sufre su primer periodo de decadencia y languidez en esta ciudad durante las guerras que habian de cambiar la dinastía.

Reanimase con la casa de Avis, y como debía suceder, se engrandece con los hijos de Juan I, linaje de héroes, de sabios y poetas. Manuel, el rey afortunado, le da nuevos estatutos, y la pone más directamente en contacto con la Universidad de Paris. Juan III la fija en Coimbra y hácia mediados del siglo XVI parece haber llegado á su más alto grado de esplendor.

Y en verdad, entre las instituciones del mismo género que á la sazón florecian en Europa imprimiendo á los estudios tan gran carácter, no era ni la menos notable ni la que menos brillaba la universidad de que podía decir el sabio Clenard, que se explicaba en ella á Homero como se hubiera explicado en Atenas.

En aquel tiempo, la ciencia por excelencia de la edad media y del renacimiento era enseñada por Alonso del Prado, que vino á ser uno de los más célebres retóricos de aquella universidad: óralo también por Francisco Monzon, ilustre maestro de Alcalá, y por el no menos ilustre fray Juan de Pedraza, de la orden de Predicadores, de quien hablan con admiracion todos los contemporáneos. El Derecho canónico tenia también un hábil intérprete en el

licenciado Francisco Coelho, el cual llegó á ser gran canciller del reino.

Algunos años después hubo de instituir Juan III sesenta y cuatro becas ó plazas en el colegio de Santa Bárbara, para que los jóvenes portugueses fueran á concluir en él sus estudios; y Diego de Teive, que habia sido rector de la universidad de París, volvió á Coimbra á continuar una enseñanza que se dirigia á tantos hombres eminentes de la Península.

No fuera de propósito hemos reseñado aquí en pocas palabras el prodijioso desarrollo de los estudios que se manifestó en Portugal en los tiempos de Manuel y de Juan III, y que favoreció un movimiento intelectual que duró cerca de un siglo.

En efecto, no hay en esta época un solo hombre de verdadero mérito, la historia literaria no menciona un solo escritor eminente, que no haya salido de las escuelas de Coimbra.

Los más aventajados entre los poetas, aun aquellos que irán más tarde á buscar inspiraciones al Africa, á la India, hácia las tierras de Santa Cruz, van antes á la pequeña ciudad de Coimbra á oír las graves y profundas lecciones de Gonvea, de Pedro Nuñez y de los Fabricios. Estos poetas iban á meditar á los pies de aquella estatua de la Sabiduría que invitaba tan bien en aquellos tiempos á los estudios serios; y los recuerdos de su juventud serán tan dulces, que, en medio de los esplendores del Oriente, ó de los majestuosos bosques del Nuevo Mundo, el nombre del Mondego se repetirá siempre en sus versos.

Pero si queremos explicar aquí ese gran movimiento científico, si deseamos caracterizar las nobles tendencias poéticas que le sucedieron, bueno será recordar que Portugal habia tenido ya sus sencillos cantores, sus trovadores, sus poetas de instinto, que habian suavizado la len-

gua, que le habian dado gracia y número, y que si bien no habian encontrado aun esa armoniosa nobleza que sólo debía revelar el estudio de las obras maestras antiguas, habian mostrado á lo menos lo que hay en ella de flexibilidad y variedad.

Que se recorra el *Cancionero* impreso á expensas y por solicitud de lord Stuart; que se lean en Sanchez, en Baena, en el *Verjel de pensamientos* esos encantadores trozos que se remontan á los siglos XIII y XIV: en su mayor parte pertenecen á la poesia gallega, es verdad; pero ellos nos dirán lo que fueron para su época aquel Macias el *enamorado*, cuya reputacion ha sobrevivido á cantos tan pronto olvidados, y aquel Rodriguez del Padron, á quien una justicia tardía ha devuelto parte de su gloria.

Que se estudie, sobre todo, el *Cancionero* de Garcia de Resende, impreso ocho años antes del nacimiento de Camoens, y puede considerarse como el más vasto repertorio de la poesia portuguesa en el siglo XV. Allí podrán juzgarse los versos de todos esos príncipes y magnates que son bien conocidos en la Historia como nobles caballeros, pero que no espera uno encontrarlos entre los poetas. Compréndese bien el verdadero carácter de estos cantos, que tienen tanta analogia con los fáciles versos de nuestros trovadores: léanse después á Sa de Miranda y Antonio Ferreira, los dos predecesores de Luís de Camoens, y el pensamiento apreciará entonces sin esfuerzo la inmensa revolucion que se hizo á principios del siglo XVI en la poesia portuguesa.

Esta revolucion fué decisiva; determinó el verdadero carácter de la lengua, y desarrolló el sentimiento real de la armonia sobre el estudio de los antiguos; pero lo que se ignora generalmente es que Luis de Camoens fué, por decirlo así, extraño á esta revolucion, debida principalmente á un poeta, que no solamente frecuentó la universidad de

Coimbra, sino que andando el tiempo vino á ser profesor de ella.

Hubo efectivamente en aquella época un hombre con quien Luis de Camoens no tuvo probablemente sino relaciones indirectas, y á quien sin duda ni tampoco vió, porque en el tiempo en que hacia sus primeros estudios, estaba aquel recorriendo las ciudades de Italia, donde estudiaba las formas poéticas de los grandes maestros, y recogia lentamente los tesoros con que debia enriquecerse el mismo autor de los *Lusiadas*.

Aquel ilustre escritor es, pues, el padre de la poesía portuguesa, y para comprender completamente lo que quedó que haer al genio creador de Camoens, hay que inieirse en el secreto de los estudios de Sa de Miranda y seguirlo en el desenvolvimiento de sus tranquilas y apacibles inspiraciones.

Mas para esto, preciso es retroceder á los primeros años del siglo xvi.

Los curiosos suelen buscar un libro que no se lee ya, y cuyo autor está casi relegado al olvido.

Este libro es el de las cartas latinas de aquel digno Clenard, que partió de Louvain á principios del reinado de Juan III para ir á convertir á los doctores del reino de Fez, y que de camino se detuvo muchos años en Braga, donde enseñó el griego á aquel príncipe cardenal D. Enrique, tan apto para inquisidor, como inepto para rey.

Clenard escribia á su amigo Vasée por los años de 1534, época en que Sa de Miranda acababa sus estudios y Luis de Camoens podia començar los suyos. En las ingenuas expansiones del sabio brabanton, en las confidencias familiares que hace á sus amigos, es donde se pueden conocer hoy las mil dificultades que ofrecia la vida intelectual en Portugal.

Estas dificultades no podian allanarse sino en la univer-

sidad de Lisboa, y en esta universidad fué donde hizo sus estudios Sa de Miranda.

Sin embargo, esta célebre escuela no era entonces lo que vino á ser diez años más tarde.

Sa de Miranda, que nació en Coimbra el mismo día en que comenzó á reinar el *Rey afortunado*, entró desde muy jóven en aquella institucion, que era ya objeto de la solicitud del jefe del estado. En ella adquirió en pocos años tales conocimientos, que aun se conservaba en el siglo xvii un *Homero* anotado en griego de su mano, que cuando se habia meditado, decian con orgullo sus contemporáneos, no era ya necesario leer á Horacio ni á Virgilio, pues habia revestido á la poesia portuguesa de las formas más nobles que pudieran tomarse de estos dos clásicos.

Estas expresiones, algo exageradas por una admiracion que no varia en todo el siglo xvi, hacen comprender bastante cual fué desde su origen la categoria que en el órden literario fué señalada á Miranda.

No eran, sin embargo, los poetas los que él debia estudiar: su padre lo habia destinado á la alta enseñanza de la legislacion, que desde Alfonso V habia tomado tanto vuelo en Portugal; pero sin dejar de leer y meditar los autores antiguos, enamorado primero de Virgilio y luego del Petrarca, siguió el camino que se le habia trazado, habiendo hecho todos los grados académicos y ocupando al fin, segun parece, una cátedra en la universidad de Coimbra.

Si se supiera ciertamente señalar la época de estos triunfos académicos, seria acaso posible referirlos al tiempo en que comenzaba Camoens sus estúdios, y unir por este punto de contacto al poeta legislador y al gran poeta de inspiracion y genio; pero es lo más probable que cuando Camoens fué á Coimbra, viajaba aun por Italia Sa de Miranda, ó bien se habia ya retirado á aquella deliciosa soledad de la *Tapada*, donde debia acabar pacíficamente su existencia.

En efecto, luego que perdió á su padre, y cuando pudo seguir libremente el secreto impulso que debia arrastrarlo fuera de Portugal únicamente en interés del estudio que se habia impuesto, lo vemos abandonar á Coimbra y hasta rehusar la alta magistratura que se le ofrece, á fin de comenzar las peregrinaciones literarias, cuya duracion nada por desgracia nos da á conocer.

Visita sucesivamente á Roma, Venecia, Nápoles, Milan, Florencia y la mayor parte de Sicilia, y aplica en Italia al serio estudio de los poetas contemporáneos aquel espíritu sagaz, curioso, apasionado ante todo de las formas del lenguaje, aquel sentimiento exquisito del gusto antiguo que habia sacado de las escuelas de Coimbra, y logra iniciarse en todos esos secretos de la armonia que habian estudiado á fondo antes que él algunos poetas eruditos, como el Duque de Coimbra, pero que no podian dar sus frutos en los agitados tiempos de Alfonso V, de Juan II y de Manuel.

Ante todo, analizó en sus variedades las formas métricas de aquella hermosa lengua, que imitan como él los poetas castellanos; y si vuelve en fin á Portugal, si vá á residir por algun tiempo en la brillante corte de Juan III, es para aplicar al idioma nacional, ya suavizado por el genio de Bernardino Ribeiro, las riquezas que habia ido á pedir á la patria de Petrarca y de Ariosto.

Sa de Miranda no permaneció mucho tiempo entre aquellos grandes señores, con quienes, por otra parte, supo comportarse dignamente, como atestiguan los contemporáneos; pero la sinceridad que, bajo formas corteses, hizo punto de honor conservar, debió ofender con frecuencia á más de un personaje. Al mismo rey Juan III dice en una admirable carta que le dirigió, y que los poetas como los filósofos no deberian causarse de leer:

«Un hombre invariable en su opinion, que no tiene más

que una cara y uña sola fe, que se rompe antes que doblarse, puede serlo todo, menos cortesano.»

El poeta lo habia sido demasiado tiempo de buena voluntad, y así á consecuencia de algunas contrariedades, se retiró á su encomienda *das duas Igrejas*, no lejos de *Ponte de Lima*. Muy pronto lo veremos casarse aquí, donde pasará dulcemente su vida, hasta que pérdidas crueles, obrando sobre su organizacion en extremo sensible, lo postren en un estado de languidez que lo conducirá al sepulcro.

La vida de plácidos y tranquilos ocios que llevó Su de Miranda en una de las más bellas provincias del reino parece haber tenido una gran influencia en el carácter de su genio. Continuó en su retiro los estudios serios de que se habia preocupado en Italia, perfeccionó realmente la lengua y la rima y adquirió esa feliz eleccion de palabras, esa maravillosa delicadeza de expresion que le dieron desde luego el género de influencia que debia conservar sobre la literatura portuguesa.

Los biógrafos nos lo representan, por otra parte, rodeado de una consideracion á que no llegó ninguno de los poetas de aquel tiempo. No iba ya á la corte, pero conservaba relaciones con todos los talentos distinguidos que aumentaban su esplendor. Muchos eran los que venian á visitarlo á la soledad que para vivir habia elegido, y poetas como Montemayor y Bernardes reconocian modestamente su superioridad.

Un arte que en aquella época no habia podido hacer grandes progresos en Portugal, la música, lo ocupaba esencialmente; y no solo se aplicaba con perseverancia á la ejecucion, sino que á pesar de la mediania de su fortuna, reunia en su casa á los más hábiles profesores, deseando que su hijo fuera maestro en el arte divina de Francisco Cieco, como él era reconocido el poeta por excelencia, el

maestro soberano en el arte, divina también, de la poesía.

Y efectivamente, en sus manos había llegado á ser la poesía un arte cuyas dificultades dominaba de una manera prodigiosa: antes no era, por decirlo así, á los ojos de los portugueses sino un agradable entretencimiento; él le dió un carácter de elevación desconocido hasta entonces, familiarizando el verso endecasílabo, que debía servir más tarde para dar forma y magnificencia á las inspiraciones del gran épico Luis de Camoens (1).

El fué, dice un antiguo escritor, el primero que en Portugal supo componer grandes versos; servicio tan importante, que puede muy bien hacer olvidar los ligeros lunares que se notan en los que nos ha dejado.

Añádase á esto, que vulgarizando entre sus contemporáneos el endecasílabo, Sa de Miranda no dejó de aplicar su profundo conocimiento del ritmo á los demás géneros de poesía, y que el soneto introducido en Portugal por D. Pedro, el hermano del célebre D. Enrique, no comenzó generalmente á adoptarse y á obtener en la poesía portuguesa el honor á que llegó hasta que el poeta viajero le hubo dado su forma definitiva.

En fin y por caracterizar en pocas palabras la clase de servicio que Sa de Miranda prestara á la pléyada de poetas que habían de sucederle, añadiremos que por el profundo conocimiento que del metro italiano había alcanzado, por el sentimiento de la armonía y por las mil combinaciones

(1) No sería completamente exacto decir con un crítico portugués, muy juicioso por otra parte, que introdujo él en Portugal este género de verso. Manoel de Faria y Souza prueba que mucho tiempo antes de Sa de Miranda, el endecasílabo y la estrofa compuesta de ocho versos heroicos (la oitava rimada) se usaban ya en la poesía portuguesa. Pero, como él también lo dice, pertenece á Sa de Miranda el mérito ó servicio prestado al arte, de determinar bien el acento, de dar al verso su verdadera carácter, de regularlo en su forma definitiva, y sobre todo, de *familiarizar* el oído nacional con un género de poesía, al cual era todavía muy poco sensible ciertamente.

inesperadas, digámoslo así, con que adornó su estilo, fué para su país lo que Boscan y Garcilaso eran entonces para España; es decir, un guía seguro, pero cuya autoridad fué más tarde desconocida (1).

Más de una vez nos hemos preguntado si el hombre que supo crear, por decirlo así, una lengua poética, y que se atrevió á presentar á sus contemporáneos la *lira de oro*, sirviéndonos de la expresion de un escritor portugués, nos hemos preguntado si este hombre fué conocido del poeta á quien correspondia fijar esta lengua, cuyo poder y armonía habia adivinado.

La solucion definitiva de este punto de historia literaria no careceria por cierto de interés; pero en nuestro sentir no puede eselarsearse completamente. Durante cierto periodo vemos á Antonio Ferreira, á Diego Bernardes, á Pedro de Andrade Caminha, pagar un tributo de admiracion á Sa de Miranda; vemos á unos dejar la corte, á otros el retiro que eligieran cerca del Mondego ó del Lima, para ir á comunicarse con el hombre ilustre á quien miraban como un maestro y un amigo al mismo tiempo; y nunea el nombre de Camoens aparece al lado de aquellos nombres; jamás se mezcla su palabra á los melancólicos cantos que resonaban en torno del solitario de la *Tapada*.

Pero se dirá: pudo el gran épico instruirse en los secretos de su docta composicion, y al principio de su carrera inspirarse en su armonía, y como todo iniciado, tener más ó menos conciencia de quien lo enseñara.

Basta conocer someramente lo que pasaba entonces en Portugal para apreciar de una sola ojeada lo que debió ser la influencia que Sa de Miranda ejerció sobre Luis de Camoens, y si existió, cómo pudo existir.

(1) No podemos admitir con el docto Mablin que el verso de *arte mayor* fuera introducido en Portugal á imitacion de los españoles. Gracias á Sa de Miranda y á su viaje á Italia, puede creerse que los portugueses bebieron en una fuente directa.

Después de haber abandonado á Lisboa fué cuando el doctor compuso la mayor parte de sus poesias, haciendo gozar de ellas á algunos señores de la corte: esto está fuera de duda; Miranda las comunicó á algunos amigos, como Bernardes y Ferreira; las envió sin duda al cardenal D. Enrique, el cual, á pesar de su carácter religioso, no tuvo ningun escrúpulo en hacer representar sus dos comedias eruditas (1): bien dejan conocer los sonetos del poeta y sus epistolas las relaciones en que estaba con el mismo soberano y la mayor parte de los señores influyentes de la época.

Estas poesias, saboreadas por todos los hombres de buen gusto, buscadas por los más hábiles, no tuvieron sin embargo completa publicidad durante la vida del autor, ni fueron impresas hasta fines del gran siglo, en 1593, cuando la admiracion que excitaban los *Lusiadas* hacia mirar con cierta indiferencia el movimiento literario que les habia precedido.

No quiere decir esto que Luis de Camoens no hubiera leído ninguna de las composiciones de Sa de Miranda: varias cópias de las canciones, de los sonetos y epistolas debian circular necesariamente, y en su juventud el estudiante de Coimbra hubo de haberlas leído; pero es lo más probable que no conociera sino una parte de estas composiciones, y tal fué el destino del que se mira hoy como el legislador del Parnaso português, que su influencia sobre el genio más brillante de la época no debia ejercerse sino de un modo indirecto, por demás incompleto para que se admita sin discusion.

(1) El piadoso Don Enrique, el rey-cardenal, asistía á la representacion de las obras de Miranda, como los cardenales de Roma á las comedias de Bibiena. Juan III se encargó de un papel, probablemente en una de las piezas serias de Gil Vicente, y el *Briso* de Ferreira fué especialmente compuesto para los estudiantes de Coimbra.

Con todo eso, nos parece que ciertas relaciones indirectas debieron mediar entre el poeta apacible y grave que iba á acabar su carrera y el jóven inquieto y ardiente que á comenzar iba la suya : hubo á lo menos un punto de contacto que certifica la Historia : Camoens combatía ya en Africa, cuando sucumbió el jóven Gonzalo Mendez de Sa, cuya prematura muerte fué tan dolorosa al corazon de su padre, y Gonzalo era amigo del noble Antonio de Noronha, cuyo nombre suena con tanta gracia y melancolia en los inspirados versos del Cantor de los *Lusiadas*.

Sa de Miranda murió en 1558. En aquella época estaba comenzada la epopeya de Camoens; pero una gran revolucion literaria se habia ya operado, y basta leer el epitafio que se puso en el sepulcro del doctor poeta para comprender á quién fué atribuida.

Pero ¿conoció más Luis de Camoens al que en todas las disertaciones literarias se coloca al lado de Sa de Miranda, y á quien Francisco Manuel del Nascimento llama por excelencia el amigo de la lengua portuguesa? Antonio Ferreira, llamado tambien el Horacio portugués, ¿tuvo relaciones intimas con el poeta que perfeccionó más esta lengua, por la que tenia una admiracion tan apasionada?

Ningun documento positivo viene á ilustrarnos sobre este punto. Aquí la cuestion de edad desaparece sin embargo, y hasta si cuando Antonio Ferreira encontró á Luis de Camoens en la universidad de Coimbra, donde estudió como él, fué en la época en que este pensaba acabar su curso para sentar plaza de soldado.

Si se conocieron entonces, hubo sin duda entre ellos una especie de frialdad, que pudo á la vez nacer de la diferencia de edad y de ciertas disposiciones particulares, dependientes de la eleccion de estado.

Léanse la mayor parte de los escritores de aquel periodo, óigáse á Diego Bernardes, al elegante Andrude Caminha,

al fogoso Cortereal... todos lo repiten: Antonio Ferreira es el maestro; y ninguno de ellos, nadie, vuelve los ojos para contemplar ni aun ver al noble jóven, al genio que sueña como ellos delirios de inspiracion á orillas del Mondego, pero que anda siempre solitario, tal vez porque ya presiente á cuán costoso precio ha de darle su patria el inmortal laurel de poeta heróico.

No lo sabemos; pero ese silencio casi absoluto de todos los contemporáneos respecto de Camoens y sus primeros años, la completa indiferencia que se observa en ellos para con sus ensayos que necesariamente debieron conocer; esa especie de despótico abandono al principio de una carrera que fué siempre difícil, pero cuyo esplendor podia sin embargo adivinarse, presentirse, sospecharse; todo induce á creer que en el tiempo de su precoz juventud, pasado siempre en Coimbra, entre hombres capaces ó incapaces de apreciarlo, Luis de Camoens no recibió de ellos ninguno de esos estímulos que disponen favorablemente el ánimo al comienzo del camino, y ayudan después para acabar de andarlo.

Sábese, no obstante, de una manera positiva que estuvo desde el principio en relaciones con las mejores casas de Portugal, y aun que él mismo pertenecía á una de esas familias que figuran inscritas, no ya sólo en los numerosos nobiliarios, sino tambien en los anales históricos de la Península.

No fué, pues, su humilde condicion la causa del injusto desden con que se le miraba, desden que en aquel tiempo deprimia por otra parte á tantos y tan ilustres genios; pero una cosa, sobre todo, predomina en la vida del gran épico, y ella viene á explicar en cierto modo su destino: es su amor á la independencia, el sentimiento de la libertad que le hacia caminar aparte, digámoslo así, codeando á los hombres, atravesando aquel inquieto y agitado siglo, desconocido primero, admirado después, aislado siempre.

LINAJE Y NACIMIENTO DE CAMOENS.

Si estuviéramos á principios del siglo XVII, época en que la admiracion á Camoens venia á ser como la expresion de un culto, diríamos cómo, sin grandes esfuerzos, podria hallarse tal origen á la familia del poeta, que nos llevara mucho más allá de la edad media y acaso á los tiempos heróicos.

Sin afirmar, empero, con Manuel de Faria y Souza que el patronímico Camoens se derive de Cadmo, nombre que en otro tiempo llevara un principe griego y que se impuso á un castillo de Galicia, podemos decir que el Poeta pertenecia en efecto á una antigua familia, originaria de un país que habia ya dado á Portugal un poeta, Maclas *el enamorado*.

Lo que hay de positivo en esto es, que por los años de 1370, época de la gran lucha mantenida entre Enrique II de Castilla y Fernando, el hijo de Pedro el Justiciero, un miembro de la familia de Camoens pasó á Portugal. Y no sólo fué bien acogido, sino que se le concedieron además considerables tierras, el señorío de algunas villas y hasta la entrada en el Consejo.

Más tarde, durante las largas disensiones que ocurrieron en tiempo de Juan I, aquel progenitor de Camoens tomó partido por España, se batió en la jornada de Aljubarota, y á consecuencia de este hecho fué despojado de todos los bienes y honores que le fueron concedidos en el anterior reinado, conservando sólo en la provincia de Alem-Tejo algunas tierras que heredaron sus descendientes.

No seguiremos á los criticos nacionales en los detalles puramente genealógicos que nos dan á este propósito. Bastanos referir que un Juan Vas de Camoens se distinguió en el reinado de Alfonso V, y que su nieto Simon Vas de Ca-

moens, que se había casado con Ana de Sa y Macedo, dió el sér al gran poeta.

Luis de Camoens vino al mundo en 1524, precisamente en el tiempo en que Vasco de Gama, abandonando por la vez tercera el reino, iba de Virey á las Indias, donde debía morir (1).

Los padres de Luis vivian en Lisboa en el distrito ó barrio de la *Mouraria*, parroquia de San Sebastian. Luis nació en esta ciudad. Un atento exámen de los hechos nos obliga á rechazar las pretensiones de Coimbra y Santarem disputándole á Lisboa la gloria de haber sido la cuna del inmortal poeta.

PRIMEROS AÑOS, EDUCACION Y ESTUDIOS DE CAMOENS.

Los biógrafos contemporáneos no dan casi ninguna noticia sobre la infancia de Camoens: lo único que se sabe, gracias á las inducciones de la crítica moderna, es que perdió á su madre muy temprano, y que, sirviendo probablemente su padre en expediciones lejanas como capitán marino, no pudo recibir de él ni consejos frecuentes ni cuidados asiduos.

Ahora bien: ¿frecuentó Luis en sus primeros años aquella escuela de Santa Cruz establecida en Lisboa, para la que el P. Blas de Barros había hecho venir de Paris muchos y doctos maestros?

¿Se esperó para darle estudios á que se trasladara á Coimbra la universidad, lo que se efectuó en 1537?

(1) Hase discutido mucho tiempo si Camoens había nacido en 1517, en 1524 ó en 1525. Nosotros ahorraremos al lector este fatigoso exámen de fechas. Alejandro Lobo, Carlos Magnin y John Adamson han esclarecido completamente el primer punto, y así ya queda la duda entre 1524 y 1525. Lobo adopta esta última fecha: confirma su opinión el Dr. Lopes de Moura, siguiendo á Manuel de Faria; y en este caso, el poeta habría nacido el mismo año en que murió Vasco de Gama.

¿No fué á esta ciudad hasta 1539, como lo supone un crítico portugués.

He aquí lo que no puede hoy decidirse fácilmente.

Lo que hay de cierto es que debió encontrar desde su llegada á Coimbra los cuidados más solícitos para su instrucción, y al mismo tiempo los más doctos profesores. Sin contar los sábios nacionales que habian ya acudido allí y cuyos nombres nos han sido conservados, Francia, Alemania y España habian sido puestas á contribucion por Juan III, para que la universidad, cuyas instituciones por decirlo así renovaba, alcanzara en breve plazo el más alto grado de prosperidad.

Diego de Teive, que habia adquirido tan alta reputacion en Paris, y Buchanan, que la Europa sabia envidiaba á Escocia, no se encontraban allí todavia, como se ha hecho notar con razon. Pero Diego de Gouvea, el antiguo retórico de la universidad de Paris, el que se vanagloriaba de haber servido á tres reyes de Portugal y á cinco de Francia; Gouvea, á quien se consideraba como uno de los más hábiles humanistas de su tiempo, ocupaba el primer lugar en la enseñanza desde el año 1539 (1).

El profesor de griego de que Cleuard habla con tanto entusiasmo, y cuyas lecciones probablemente recibió Camoens, era Vicente Fabricio, el cual, habiendo venido de Alemania á Portugal en 1534, enseñó primero en Lisboa y luego en Coimbra por espacio de once años.

Bien que tan ilustrados, no se limitaba solamente á sus

(1) Diego Barbosa Machado, ordinariamente tan bien enterado, parece ignorar que la Universidad de Coimbra contó en su seno tres hombres que llevaron el apellido de Gouvea, y que los tres hicieron sus estudios en Paris. El primero, á quien solicitó el rey Manuel en 1516 para que fuera á Portugal, rehusó al principio, aceptó después y murió en 1557, habiendo enseñado desde 1539: este es el de que aquí se trata. El segundo murió en 1576. El último dejó á Paris en 1547 y llegó á ser prior de Palmella.

lecciones la enseñanza; pues cuando los jóvenes escolares se habian iniciado con ellos en las bellezas de la literatura antigua, podian estudiar aun la cosmografía y las matemáticas con aquel famoso Pedro Nuñez, cuya reputacion era entonces europea.

Muchos otros estudios y maestros pudiéramos citar; mas para hacerlo con exactitud, seria menester haber conservado algunos de aquellos solemnes discursos que pronunciaba el elocuente y sábio Gerónimo Cardoso á la apertura del curso, y tal vez el célebre maestro de los hijos de Juan III, Andrés de Resende, cuya erudicion no puede superarse en estos tiempos.

Dícese que habia en Coimbra, en una de las salas consagradas al estudio, una estatua de la Sabiduria, que era tambien la de la ciencia tal como la entendía la edad media.

En su pedestal habia grabada en letras góticas la inscripcion siguiente:

AMIGE, SEQUERE ME, ET NON DIMITTAM TE.

DISCE VIVERE IN SERVITUDE

ET MORI IN PAUPERTATE.

No parece sino que esta antigua estatua de la Sabiduria estaba alli para decir toda la vida del Poeta.

Pero antes de sufrir las cadenas de la esclavitud, antes de morir en la pobreza, oyó todas las lecciones de la enseñanza, aprendiendo con los ilustres profesores citados todo lo que se podia aprender en su tiempo. No sólo se familiarizó con los poetas de la antigüedad, sino que logró no ser extraño á las ciencias, estudiando sobre todo con pasión la historia de su pais.

RELACIONES DE CAMOENS.

Ya terminados sus estudios, volvió Camoens á Lisboa, y consta que en los años que corrieron hasta 1550 supo entablar relaciones con hombres de alta representacion, entre los que pueden citarse á D. Constantino de Braganza, á quien encontró luego en las Indias, y á Don Manuel de Portugal hijo del conde de Vimioso, á quien celebró en sus versos.

Estos señores gozaban por más de un titulo de gran consideracion; ejercian en Lisboa una verdadera influencia, y halagando el genio naciente del Poeta, le facilitaron probablemente honrosas relaciones.

Somos del parecer de los que piensan que Luis de Camoens, hijo de una familia noble, pero de segunda linea y pobre, no fué recibido precisamente en la corte; pero creemos al mismo tiempo que fué admitido en aquella sociedad escogida, cuyas elegantes costumbres se dejan adivinar en algunas obras contemporáneas.

Aquí fué donde se desarrollaron sentimientos que ejercieron al parecer gran influencia en su vida.

Habiendo ya llegado á la mitad de su carrera, exclama el Poeta en uno de aquellos arranques que pintan con tanta energia su ardiente sensibilidad y sus amados recuerdos:

«¡Oh! ¡Quién me llevara en medio de las flores de mi juventud!»

Y era que recordaba siempre, á pesar de las perturbaciones de una vida agitada, sus primeros tiempos, pasados en tan dulces ócios á orillas del poético Tajo, en la embriaguez de su pasion primera: era que, ni la pobreza, ni la persecucion podian borrar de su imaginacion de poeta

aquellos primeros años de encanto, que debían comenzar, sin embargo, sus miserias.

EL PORTA Y SU DAMA.

Camoens amó y probablemente fué amado. Sin ordenar con demasiada complacencia la novela de su vida, diremos que, en aquellos primeros y felices tiempos, tuvo por objeto su pasión una dama de alto rango, á cuya mano debió ser difícil sin duda que aspirara el Poeta.

Pero lo repetiremos de buena voluntad con el más espiritual de sus biógrafos:

«Nos sería más fácil retratar á la amada de nuestro poeta, que decir su nombre. Camoens trazó en sus versos muchos retratos de la mujer que amaba; pero jamás la nombró.

»Pedro de Mariz nos dice solamente que era una dama de palacio, y que murió muy jóven.

»Faria y Souza se afaná mucho en la investigacion de este nombre, y las numerosas variaciones de este escritor sobre el asunto prueban á lo menos su buena fé.

»Pensó al principio, con la autoridad de J. Pinto Ribeiro, que esta dama era doña Catalina de Almeyda, parienta del mismo Camoens.

»Después creyó haber descubierto que no era sino doña Catalina de Atayde, hija de D. Antonio, conde de Castañeira y favorito del rey Juan III; y esta opinion ha prevalecido.

»Los que dan completa fe á esta última opinion no saben probablemente que, en las notas 7 y 9 de Cintra, Faria vino á juzgar que la dama pudiera muy bien haber sido cierta Isabel, cantada muchas veces por Camoens bajo el anagrama de *Belisa*.

»Como se ve, este misterio es impenetrable. Por mi parte, creo que hay en este secreto, tan bien guardado que se

burla de todas las investigaciones, cierta reserva de pudor, que es menester respetar.

»No imitaré, pues, la indiscreta curiosidad de mis antecesores, y respetando el misterio con que el Poeta quiso tan noblemente, á mi parecer, velar el nombre de su *Beatris*, llamaré simplemente á la bella desconocida *la dama à quien amó* (1).»

Leyendo hoy los admirables versos que este primer amor hubo de inspirar al Poeta, penetrándose bien del sentido de sus vivas expresiones, que pintan con frecuencia un amor inquieto más bien que un amor desdeñado, es difícil suponer que esta profunda afección no fuera correspondida. El biógrafo inglés del Poeta, M. Adamson, no vacila en admitir que doña Catalina de Atayde fué efectivamente el objeto de esta pasión, y según él, la dama no tardó mucho en participar de un amor tan ardiente y tan bien expresado.

Lo que si es un hecho casi probado es que este amor fué la causa del destierro del Poeta.

DESTIERRO DE CAMOENS.

Un escritor portugués de ciencia incontestable, pero á quien el carácter de que está revestido hace demasiado escéptico sobre este punto, Alejandro Lobo, niega por decirlo así los amoríos de Camoens; pero no podría negar su des-

(1) Nos creemos obligados á confesar con el ingenioso escritor de quien tomamos esta página, que á pesar de esta primera pasion, cuyo recuerdo fué tan duradero, más de un amorio fugaz ocupó la vida del Poeta, como lo hace observar muy bien G. Magain:

«Por lo demás el mismo Poeta confiesa de buena voluntad la inconstancia de sus relaciones amorosas. Después de todo, Luis de Camoens amó tanto, celebró tan bien y por tanto tiempo á la que prefirió, que si hubiera vivido en tiempo de las Cortes de amor, no habria dejado de ser abusuello por ellas.»

tierra. El destierro está probado casi con evidencia por la tercera elegía del Poeta (1).

El lugar á que Camoens pasó desterrado fué sin ninguna duda algun pueblo situado á la orilla del Tajo hácia la desembocadura del Zezere, más arriba de Lisboa. Faria se inclina á Santarem; pero es cierto que ni la tercera elegía, ni la historia, ni ningun otro documento designan con precision este lugar.

No está tampoco determinada de un modo positivo la época del destierro: puede, sin embargo, suponerse con la autoridad del sabio prelado que ha discutido tan laboriosamente los menores detalles de esta biografía, que fué desterrado el Poeta entre 1545 y 1550.

Procurando adivinar todo lo que puede haber tenido alguna influencia sobre el genio del Poeta, combinando ciertos hechos y ciertas fechas, nos ha sucedido muchas veces representarnos á Luis de Camoens relegado en esta pequeña poblacion, inspirándose ya en nobles recuerdos en sus solitarios paseos, pero procurando al mismo tiempo aumentar sus conocimientos.

Gracias á la vecindad de algun monasterio, pudo leer los historiadores y épocas de la antigüedad; pero á buen seguro hallaria mil dificultades para procurarse los escritores nacionales.

Verdad es que el arte de la imprenta fué introducido en Portugal antes de 1494, y que desde el principio habia producido obras maestras tipográficas; pero tambien lo es que se consagró sobre todo á la reproduccion de los clásicos latinos y de las obras religiosas: la hermosa historia de Fernando Lopez de Castanheda no debia aparecer hasta 1551; las admirables décadas de Barros debian seguirla

(1) *Desta arte me figura a fantasia
a vida com que morro, desterrado
do bem que em outro tempo possuia.*

desde el año siguiente; pero no se trató de ninguna manera en aquel tiempo de dar á luz los poetas portugueses.

Si Luis de Camoens leía alguna de las bellas epístolas filosóficas, escapadas de vez en cuando á la discreta musa de Sa' de Miranda, debía ser una de las cópias hechas fortuitamente y que pasaban de mano en mano; si conocia los triunfos de Antonio Ferreira, era sin duda de una manera harto vaga y por rumores de la universidad.

Por aquella época pudo acaso haber visto en Lisboa alguna de las piezas de Gil Vicente, cuyo estilo verdaderamente original debía despertar la curiosidad de Erasmo; pero no podia leer aun el volúmen que las contiene: las gracias cómicas del poeta no habian sido recopiladas (1), y si su genio satírico les abría la entrada de palacio, podian en aquella época inquietar á la Inquisición.

Con los grandes poetas de la antigüedad que parece haber meditado durante todo el curso de su existencia, el libro favorito de Camoens, el libro que recorria de vuelta de sus largos paseos, era sin duda el *Cancionero* de Resende, precioso repertorio donde podia admirar en sus rasgos caballerescos á los poetas guerreros de su país.

En efecto, si alguna obra podia dar idea del genio poético de la nacion, era á no dudar este bello libro, impreso en 1516 en tiempo de la mayor prosperidad, en la época en que

(1) La primera pastoral de Gil Vicente, que puede considerarse como una especie de auto sacramental, data precisamente de 1502. Juan del Encina le habia precedido en España algunos años.

La primera edición del poeta dramático portugués se titula: *Compilação de todas as obras de Gil Vicente, a qual se reparte em cinco livros, etc. Lisboa. João Alvarés. 1502.* Es edición rarísima.

La segunda, publicada en 1585 por Andres Lobato, lleva el mismo título, pero fué mutilada por el Santo Oficio.

Camoens conoció sin duda alguna á este autor; pero no debió ejercer gran influencia sobre él, á juzgar á lo menos por las tres piezas dramáticas que nos ha dejado el autor de *Los Lusíadas*.

se transmitían aun por la tradición las poesías de aquellos *fidalgos* y de aquellas nobles damas que vivían en la corte de D. Duarte, de D. Pedro d'Alfarrobeira, de Alfonso V, de Juan II, y que daban á la nación un carácter impregnado de gracias caballerescas y de cultura intelectual, de que se distaba entonces bastante por desgracia en muchos países de Europa.

La narración de aquellos célebres amores que se referían con sabor en Lisboa y en Coimbra; los mil detalles de aquellas aventuras novelescas que se transmitían en versos llenos de dulce melancolía; aquellos nobles sentimientos que partían á veces del trono é instruían á la nobleza; aquellas agudezas tan delicadas y graciosas que los caballeros portugueses cambiaban con los de Castilla y Aragon... todo se encuentra en el *Cancionero* de Resende.

Nadie duda que Luis de Camoens hubiera hallado en él un grato solaz en los primeros años de su juventud; y ¿quién sabe si las rudas poesías que hizo D. Pedro al recuerdo de su lués, si las estancias llenas de viveza en que un caballero convida á Portugal á la caza de los reinos de la Tierra, no acaloraron su imaginación ingiriéndole la primera idea de una gran composición, ó á lo menos la de algún excelente episodio?

Aquellas melancólicas cántigas que se encuentran á cada página y recuerdan la escuela de Macias; las chispeantes *preguntas* de Silveira y las *respuestas* de Nuño Pereira; las *estancias* en que Montoro deplora la muerte de Isabel; las armoniosas *églogas* de Bernardino Ribeiro, que era casi contemporáneo; la admirable *elegía* en que un ruiseñor contesta á las quejas de dos amantes, y mil composiciones más que ya no se leen ni aun en Portugal; todo esto debió revelar al Poeta mil secretos de gracia ingénuo, de armonía, de viveza, que se encuentran en estos versos.

CAMOENS EN ÁFRICA.

Volvió por fin Camoens del destierro, y residió probablemente en Lisboa; pero los disgustos que habia ya pasado y la difícil situación en que se hallaba le determinaron á alejarse de la corte.

Su primera intención fué partir para la India con el virey D. Alfonso de Noronha en 1550; pero motivos que se desconocen le hicieron cambiar de idea y pasar al África, dirigiéndose desde luego á Ceuta.

En una pieza llena de interés que nos ha sido conservada por García de Resende, un poeta bastante anterior á Camoens no nos hace un cuadro muy halagüeño de la manera cómo vivían los portugueses en esta plaza, y sobre todo, de la moralidad que reinaba en ella.

Sea como quiera, esta residencia era considerada como una especie de escuela en qué los jóvenes que se distinguían en la carrera militar hallaban enseñanza, y sobre todo ocasiones de distinguirse.

«Camoens era intrépido, dice un escritor á quien no podría acusarse de serle favorable; el temple de su genio y los acontecimientos que se encuentran en su historia lo prueban plenamente. El valor era por otra parte una cualidad inherente á la nación, y se jacta él de haberlo mostrado con tal franqueza, que por sí sola nos obligaría á creerlo.»

En África corrió muchos peligros, y á esta época de su vida hay que referir la canción en que dice que Marte le hizo probar sus amargos frutos.

Aquí perdió también el ojo derecho en un encuentro con los moros (1).

(1) «Que le sucediera esta desgracia en África y no en la India, se demuestra en la

Este encuentro ocurrió bajo los muros de Ceuta, y algunos escritores creen que Camoens se hallaba á la sazón á bordo de un buque mandado por su padre.

EXPEDICION DE CAMOENS Á LA INDIA.

Segun los cálculos más probables, Camoens no permaneció arriba de dos años en Africa, volviendo á Lisboa en 1552.

La fortuna no le fué más favorable que le habia sido hasta entonces: sus servicios fueron desconocidos, y si se reconocieron sus talentos, no pasó de aquí la recompensa.

La situacion del Poeta se hizo más triste aun á causa de una desgracia que vino á afectar su corazon dolorosamente: algunos biógrafos fijan en esta época la muerte de su amada *Natercia* (1). Otros dan fecha posterior á esta desgracia.

Sea como quiera, el Poeta realizó ahora en su despecho el proyecto que dos años antes formara, y se embarcó para la India á bordo del *San Benito*, que mandaba Fernando Alvarez Cabral.

Un doloroso grito escapado del alma del Poeta nos deja comprender bastante su despecho:

¡Ingrata patria! dijo al salir del Tajo, repitiendo las pa-

primera carta que escribió desde la India á un amigo, al cual, dando noticias de un tal Mannel Sartao, dice que *sicut et nos manqueja de hum otho*, como cosa ya antigua y notoria en Portugal. Esta herida lo afectó notablemente el rostro, por lo cual se burlaban de él las damas... Pero si en este concepto perdió para ellas, todavía ganó para los que le veían señalado por mano de los infieles; que las señales de Marte honran más que las de Vénus. Y así, si en la poesia lo podemos comparar á Homero, que tambien careció de vista, en las armas podia ir tan ufano como Filipo, Aulóoco, Anibal y Sertorio, que no se gloriaron poco de haber perdido un ojo en la guerra. (*Faria Severim.*)

(1) Con este nom'bre, que no es más que un anagrama, y que aparece con tanta frecuencia en sus poesias, oculta el Poeta el de *Catarina*.—Segun Morgado Matheus y otros diligentes biógrafos, la muerte de doña Catalina no acaeció hasta diez ó doce años adelante, cuando Camoens volvió á Goa, después de su naufragio.

labras de Escipion, *¡ ingrata patria ! non possidebis ossa mea !*

El viento que empujaba el barco arrebató sus exclamaciones; y apenas pasadas algunas horas, cuando buscaba ya en el horizonte las sombras fugitivas de las montañas de la patria y de las bellas colinas de Cintra.

La expedicion se componia de cuatro navios, que puso luego en grave peligro una recia tempestad; y habiéndose dispersado la flota, sólo el *San Benito* pudo llegar á las Indias aquel año.

A su arribo á este país, halló Camoens ocasion de señalarse y hubo de aprovecharla. En la costa de Malabar, en la direccion del cabo Comorin, un rey de escasa importancia inquietaba en la pacífica posesion de su territorio á los principes de Porca y de Cochín: era el soberano de la isla de Chembé, más conocida entre los portugueses bajo el nombre de *Pimenta*.

D. Alfonso de Noronha, que habia ya de tiempo atrás resuelto una expedicion que creia necesaria, aprovechó el arribo del navio que mandaba Cabral.

Hacia el mes de Noviembre de 1553, salió del puerto de Goa con una fuerte flota, de que formaba parte el *San Benito*, y Camoens, á los dos meses apenas de su llegada á la capital de las Indias, figuraba ya en una de aquellas expediciones aventureras que difícilmente se comprenden hoy, y en las cuales el valor debia suplir necesariamente al número.

D. Alfonso de Noronha fué vencedor; pero nada es comparable á la modestia con que el Poeta refiere cómo terminó esta empresa. Escuchando sus palabras, tan nobles como sencillas, se conoce que verdaderamente pertenece á la raza de los antiguos portugueses, cuyo recuerdo consagró y á quienes hace hablar tan dignamente.

Sin terminar completamente la guerra, D. Alfonso habia

conseguido el objeto que se propuso al armar la expedición: Chembé y las islas adyacentes habian sido assoladas; el aliado de los portugueses debia hallarse suficientemente vengado, y en cualquiera otra ocasion el Rey de Porca debia ser considerado como un vasallo de Juan III: esto era lo que exigia la política de aquel tiempo.

Después de dejar considerables fuerzas navales en aquellos puntos, volvió D. Alfonso á Goa y Camoens le acompañó, llegando á la capital en 1554, segun toda probabilidad.

La permanencia del Poeta en la capital de las Indias no fué de larga duracion. Habiendo sucedido en el gobierno el virey D. Pedro de Mascareuhas á D. Alfonso de Noronha el 23 de Setiembre del mismo año, hubo de acordarse nueva expedición, y al intento se armaron tres buques de alto bordo y cinco urcas; pero esta vez no se trataba de nuevas conquistas: tratábase solamente de dar caza á un corsario, que por su intrepidez habia adquirido cierta preponderancia en los mares de la India y causado grandes pérdidas al comercio de los portugueses.

El mando de esta flotilla fué confiado á Manuel de Vasconcellos, capitan de larga carrera, experimentado y de alta inteligencia, que se habia ya distinguido en el Mar Rojo.

Camoens se embarcó otra vez para formar parte de esta nueva expedición, haciéndose á la vela, desde el puerto de Goa, en Febrero de 1555.

La flota siguió su derrota hasta descubrir las costas de la Arabia, y segun las instrucciones que llevaba fué á colocarse delante del monte Felix, al Norte del cabo de Guardafuí, para esperar á los bajeles que debian llegar de Achem.

Después de haber permanecido en estas aguas hasta el fin del monzon, fué á invernar á Mascate á la entrada del golfo Pérsico. Tenia entonces por objeto proteger las embarcaciones que navegaban de Ormuz á Goa; pero el cor-

sario de que hemos hablado, el terrible Safar, no apareció por aquellos mares.

Bajo un clima insalubre y á vista de aquellas costas áridas y desiertas, los portugueses no tuvieron ocasion de distinguirse, ni vino á interrumpir nada el ócio ingrato de aquel largo crucero.

El Poeta animó, sin embargo, con todo el ardor de su pasion y toda la magnificencia de su genio aquel tiempo en apariencia tan monótono.

Después de haber internado en Mascate, volvió á Goa la flotilla portuguesa, y no bien habia pasado el año, cuando sobrevino un gran cambio político, sucediendo en el gobierno de la India Francisco Barreto al viejo Mascarenhas.

NUEVO DESTIERRO DE CAMOENS.

Si quisiéramos formarnos hoy una idea de lo que habia venido á ser en aquella época la capital de las Indias portuguesas; si se quisiera trazar un cuadro exacto del abatimiento de los pueblos indigenas, del lujo de los gobernadores, del poder del clero, de aquella disolucion casi general que nada podia reprimir y á que el mismo Camoens procuró hacer justicia, seria preciso seguir, sobre todo, la narracion de un antiguo viajero francés, á quien los azares de una vida errante hubieron de llevar á Goa.

Describiendo la pomposa riqueza de las iglesias, de los palacios y hasta de los hospitales; recordándonos aquella estatua de piedra dorada que se habia consagrado en la plaza á Alfonso de Alburquerque, pero á la que los indigenas no iban ya á implorar en los dias de iniquidad como hacian en otro tiempo; hablándonos del arzobispo inquisidor y de su espléndida mesa, donde admitia públicamente á todos los que habian arruinado los azares de la guerra y del comercio, Francisco Pyrard nos hace comprender demasia-

do, aunque escribe á principios del siglo XVII, lo que era en aquel tiempo de lujo y decadencia tambien aquella capital, que llamaban la *Ciudad de Oro*.

Aquella mezcla de opulencia y venalidad, de orgullo y de bajeza que se veia alli entonces, fué lo que excitó el estro satirico del Poeta, y la actitud de la autoridad lo que le inspiró indudablemente la composicion que se insertó en sus obras con el titulo de *Disparates na India*.

Si no es difícil caracterizar esta composicion; no es tan fácil entenderla: en medio de ciertas alusiones que se dejan comprender bastante, hay algunas, que por decirlo asi es imposible interpretar de un modo conveniente; pues se necesitaria para ello un comentario hecho por el mismo poeta, ó un conocimiento minucioso de la crónica escandalosa de Goa.

La mayor parte de los biógrafos han visto en los *Disparates na India* (1) la única causa del nuevo destierro que sufrió Luis de Camoens; otros no ven en ella materia para tanto rigor.

Sea como quiera, parece cierto que Francisco Barreto, que habia sucedido al honrado Mascarenhas en 16 de Junio

(1) Nos limitaremos á citar aqui, conservando una fidelidad escrupulosa, los dos pasajes de esa composicion satirica, que debieron excitar la animadversion del Gobierno:

«Qué decís de esto? La codicia inflama como una antorcha sus entrañas. Cuando llegan á la cumbre del poder, al frente de la justicia son como las telarañas: su hipocresía vela siempre para descubrir nuestras faltas, y para los pequeños son Nerones, mientras que á los grandes se lo pasan todo. ¿No sabías tú, pequeño, que allá van leyes do quieren reyes?

«*Pois tu parvo naon sabias
que lá vaon leis onde querem cruzados?*»

«Vosotros que sois ministros de la conciencia real, y que sois tenidos por señores entre los hombres, ¿por qué no poneis freno al despilfarro (*ao roubar*) con un buen gobierno, y no que por el oro vendeis la conciencia al diablo?

«*Se vende a moro e a judeu.*»

de 1555, se dió por muy ofendido y obligó al Poeta á salir de Goa y trasladarse á las Molucas.

Sin admitir todas las razones de que se sirve un escritor portugués para paliar la conducta del Gobernador, diríamos de buena voluntad con este erudito, que hubo alguna compensación á tanta severidad, si no pareciera hoy probado que el beneficio hecho á Camoens se debió á otro gobernador.

Para trasladarse al lugar de su destierro, Camoens debió hacer escala en Malaca, segun la opinion comun, pasando luego á su destino. Tambien se cree que tocó en Ternate, pero esta circunstancia es uno de los puntos que deben esclarecerse todavia. Magnin que ha puesto tanta solicitud en sus investigaciones, está por la afirmativa; segun Lobo, ni lo que se dice en la estancia 132 del canto X, ni la descripción que puede leerse en la canción VI, son indicaciones suficientes para afirmar de una manera positiva que el Poeta estuviera en aquella isla.

Lo que hay de cierto es que en 1559, en la época en que D. Constantino de Braganza se encargó del gobierno en la India, Camoens residía en Macao con un honorable empleo, pues habia sido ya nombrado procurador de sucesiones (1).

Nos formaríamos una idea poco exacta del lugar en que Camoens debió pasar el último período de su destierro, si nos representáramos esta ciudad como era en otro tiempo, es decir, el emporio del comercio de Europa con la China.

Poco antes de la época de que hablamos fué cuando los portugueses hubieron de poner los ojos en ese estrecho espacio de tierra que forma el punto más septentrional de la gran bahía, conocido hoy por el nombre de *Bocca Tigris*.

Allí habian fundado una ciudad, que creció rápidamente, y

(1) *Provedor mor dos defuntos.* (Faria Severim).

debió adquirir desde su origen cierta importancia, pero que era á buen seguro muy diferente de lo que vino á ser luego.

Camoens parece haber llevado en esta ciudad una existencia solitaria, pero mucho más tranquila que la que habia tenido hasta entonees. La tradicion nos lo presenta trepando diariamente las rocas de granito que hay á poca distancia de la ciudad, y refugiándose en la gruta de Patané, que hasta hoy conserva el nombre de *Gruta de Camoens*. Desde allí podia contemplar el Océano, y recoger piadosamente sus recuerdos: allí sin duda fué donde recibió sus más nobles inspiraciones, y sin embargo, el sencillo monumento que le fué consagrado no es el homenaje de un portugués.

REGRESO DE CAMOENS Á GOA: SU NAUFRAGIO.

El Poeta permaneció algunos años en Macao; pero, como se hace observar juiciosamente, el empleo que ocupaba en este punto cuadraba mal á sus hábitos guerreros y á su ardiente amor á la gloria.

Sin embargo, era para él un medio de salir de la miseria, contra la cual luchaba hacia tanto tiempo. Sus biógrafos dan por cosa cierta que, en el ejercicio de su cargo, hubo de reunir Camoens grandes beneficios, ó los suficientes á lo menos para estar en adelante al abrigo de la necesidad (1).

Camoens pensó, pues, en salir de este lugar de destierro.

(1) Los editores de las obras completas de Camoens, publicadas en Hamburgo en 1834, suponen que el Poeta debió adquirir su fortuna por otro cualquier medio, fundándose, para sentar esta opinion, en un pasaje de sus mismas obras. En efecto, á pesar del carácter bien conocido de Camoens, bien pudo ser que tomara parte en alguna de aquellas grandes empresas mercantiles que se realizaban en aquella época entre Portugal y la China.

La rigida probidad que mostró siempre el Poeta no permite explicar de otra manera la existencia de la fortuna, que segun se afirma, sacó de Macao.

Francisco Barreto no tenia ya en sus manos el poder, pues como antes hemos dicho, era D. Constantino de Braganza quien con título de virey gobernaba las Indias portuguesas, y ejercia tan importante cargo desde el 3 de Setiembre de 1558, cuando Camoens pensó en abandonar la triste residencia en que habia pasado tres años.

El favor de que habia gozado en otro tiempo cerca del de Braganza, cuando el Poeta vivia en Lisboa; las benévolas disposiciones que el buen señor habia mostrado siempre con los hombres de corazon y de inteligencia; todo esto debió influir en el ánimo de Camoens para suponer que, lejos de ser perseguido en Goa, seria al contrario bien acogido y aun protegido.

Embarcóse, pues, en Macao con todo lo que poseia, y según Pedro de Mariz, con algunos fondos pertenecientes á la compañía de los comerciantes.

Bien puede creerse que, de todos sus viajes, este era el que emprendia con más júbilo: volvía de su destierro; iba á abrazar á sus hermanos de armas, y á gozar entre ellos una fortuna laboriosamente adquirida.

Pero ¡ah! todo esto no debia ser más que un sueño.

Habia dejado ya atrás las costas de Cochinchina, iba á entrar en el golfo de Siam, cuando una violenta tempestad arrastró el barco á la costa y lo estrelló.

Salvóse el Poeta, sin embargo, salvando consigo... no su oro, sino el manuscrito de sus *Lusiadas* (1).

(1) «Luis de Camoens se salvó en una tabla, y en tan apretado y manifiesto peligro sólo se acordó de los cantos de sus *Lusiadas* para salvarlos consigo, abandonando todo lo demás que traía; por lo que no merece meos alabanza que la que á César se da, cuando se salvó en el puerto de Alejandria, nadando con una mano y llevando en otra sus comeularios.

«De este naufragio se queja Camoens muchas veces y particularmente en el canto VII, estancia 80, que empieza:

El Poeta ha referido con sencillez admirable este episodio de su viaje, y cuando hubo adquirido la triste convicción de que no habria ya para él ni fortuna ni reposo, pero que habria una remota lama, entonces dirigió á aquel bello rio, cuyas orillas le habian dado asilo, algunos versos encantadores, donde habla de su tardia gloria y de su agradecimiento.

Camoens permaneció algun tiempo á orillas del Mecom, y segun toda probabilidad, aquí compuso las admirables redondillas en que parafrasea el salmo *Super flumina Babylonis* (1).

Ninguna prueba positiva lo hace constar sin duda, pero es un recuerdo de dolor y de destierro que se enlaza demasiado bien con esta época de la vida del Poeta, para pasarlo en silencio. Sea que Camoens recibiera en aquel pais remoto una hospitalidad que le retuviera allí por espacio de muchos meses, sea que no encontrara ocasion favorable para volver á Goa, es lo cierto que se pierden las huellas

«Agora com pobreza aborrecida...

«Y en la cancion XV de sus Rimas, en que añade:

*A piedade humana me faltaba,
a gente amiga ja contraria via,
no primeyro perigo e no segundo:
terra em que por os pes me fallacia,
ar para respirar se me negaba,
e faltabame em fim o tempo e o mundo:
que segredo tam arduo e tam profundo,
nascer para viver e para a vida,
faltarme quanto o mundo tem para ella
e não poder perdella
estando tantas vezes ja perdida!»*

(Faria Severim)

(1) *Sobo los rios que vão
por Babylonia me achey,
onde sentado chorey
as lembranzas de Sydo.*

del Poeta por algun tiempo, y no se le encuentra en la capital de las Indias hasta 1561 (1).

En ocasion de su naufragio, ¿estaba el Poeta solo, ó tenia ya á su lado á su fiel Antonio, el noble compañero, el esclavo javanés, que compartió su miseria en Lisboa y aun la alivió?

Este interesante hecho no encuentra solucion sino en un solo autor; pero diré de buena voluntad con el ingenioso biógrafo que hace esta pregunta, y encuentra una respuesta afirmativa en el P. Niceron, que semejante dato tiene un valor real, y que se desea ver *comenzar* por esta comunidad de peligros el fraternal y conmovedor cariño del esclavo y su señor.

PRISION DE CAMOENS: SUS CAUSAS; CALUNNIAS.

Camoens fijó otra vez su residencia en Goa. Cómo pasaron los primeros años de su regreso en esta capital, es lo que ningun escritor contemporáneo tuvo cuidado de decirnos.

Por lo demás, la conducta de Camoens fué en este tiempo como habia sido siempre, firme y digna: es un homenaje de justicia que no puede menos de hacerle un escritor, cuya critica suele detenerse ante todo arranque de entusiasmo:

«Halló en el magnánimo corazon del virey D. Constantino el buen acogimiento y favor que se prometia. La gratitud le impulsó á dedicarle la composicion bien conocida que comienza por una imitacion evidente de la epistola dirigida á Augusto por Horacio.

(1) Un sabio prelado que aplica su espíritu de severa crítica al exámen de los menores hechos, pero que, en nuestro sentir, rechaza con demasiada ligereza todo lo que procede sólo de la tradicion, no ve nada en las obras de Camoens que confirme esta opinion. Y sin embargo, parece tan natural, que ha sido generalmente admitida.

»Don Constantino era omnipotente en la India, y bien poderoso tambien en todo el reino; y sin embargo, la esperanza de obtener su favor, no puede arrancar á Camoens serviles alabanzas, elogios vergonzosamente prodigados.

»Mirábase como tiránicamente perseguido por Francisco Barreto, y aunque el vituperio de aquel á quien sucede resuena siempre bien á los oídos del sucesor, si hizo alguna ligera alusion á la prodigalidad notoria y vituperada de la administracion de Barreto, el Poeta tuvo la delicada generosidad de no pronunciar siquiera el nombre de su enemigo.»

El gobierno de D. Constantino de Braganza era lo que debia ser en un país en que la corrupcion se desbordaba por todas partes. Este noble reformador no pudo proteger al Poeta mucho tiempo; pues habiendo sido llamado á Portugal, el Conde de Redondo, D. Francisco Coutinho, le sucedió en el vireinado de la India en Setiembre de 1661 (1).

(1) No sabemos en qué opinion se fundan dos escritores modernos, que afirman que, bajo la administracion de Don Constantino, se halló el Poeta en tal miseria, que se vió obligado á pedir una camisa. Sus composiciones ofrecen, al contrario, la prueba de que vivia entonces con algun desahogo, en una *semi-prosperidad*, como se ha dicho muy bien, puesto que podia convidar á sus amigos á un festin, donde en lugar de los manjares (*iguarias*) que debian servirse al principio, hallaron los convidados versos que les estaban dedicados.

Camoens dirigió en efecto una décima á un hidalgo, que lo habia prometido la triste dádiva de que hemos hecho mencion más arriba; pero nada prueba que estos versos hubieran sido compuestos en la India. Creemos antes bien que lo fueron en Lisboa, ó más bien aun en Sofata.

He aquí ahora la décima dirigida por el Poeta:

«A hum fidalgo que lhe tardava com huma camisa
que le prometeo.»

*Quem no mundo quizer ser
havido por singular,
para mas se engrandecer,
ha de trazer sempre o dur
nus ancas do prometer.*

La reputacion del Poeta se habia aumentado ; el nuevo virey estimaba, segun parece , su talento ; no tenia prevenicion ninguna contra su persona. Sin embargo , sus enemigos comprendieron que , atreviéndose á atacarle, no lo defenderia ya una mano poderosa.

Camoens seguia siendo lo que habia sido siempre, audaz con los señores , burlon con los cobardes , implacable con los bribones, y sobre todo, más de un personaje de los designados cinco años antes en los *Disparates* vivia aun, y sin duda no habia perdido toda esperanza de veñgarse.

El gran Poeta, pues, bajo el peso de una acusacion infame, fué aherrojado y preso ; y acaso en uno de los calabozos de Goa fué donde compuso algunos de los versos inmortales en que pinta tan bien el amor á la libertad.

La acusacion hecha contra Camoens no ha sido nunca formulada de una manera positiva ; y si es cierto que sus enemigos eran poderosos, tampoco se ha sabido nunca el nombre de sus acusadores ni aun la clase de inculpacione que se le hicieran.

Manuel Faria y Souza apunta de un modo bastante vago ciertos rumores que la malevolencia hizo correr por entonces: dice, es verdad, que se hizo cargo al Poeta de malversacion de caudales durante su administracion en Macao pero tampoco precisa nada sobre esto. Lo cierto es que Camoens triunfó noblemente de esta calumnia , y la órden que lo hundió en triste calabozo fué luego revocada.

Segun antiguos autores que recorrian el Oriente precisamente en aquella época, eran cosa horrible las prisiones ta

*E ja que Fossa mercê
largueza tem por dixiza,
como o mundo todo o ve,
ha mister que tanto dê
que venha a dar a camiza.*

les como estaban organizadas en las Indias portuguesas: emanaciones mefíticas infectaban el aire que en ellas se respiraba; sólo se vivía allí de la caridad privada, y los criminales de todas clases estaban allí confundidos.

Tal era la cárcel de Goa, menos horrible, sin embargo, que la mazmorra subterránea de Cochin.

La inocencia de Camoens estaba ya reconocida; empero no salió de aquel lugar horroroso. Lo más triste de todo esto, al recordar tan larga serie de males, es que un hombre cuya historia registra con frecuencia hechos de valor y buenos servicios, fué quien retuvo preso al Poeta.

En efecto, Miguel Rodriguez Coutinho, por sobrenombre *Fios-seccos* (Filos secos), se constituyó en acreedor de Camoens, y fué un acreedor implacable. Rico y aun poderoso, olvidó lo que se debía á sí mismo, lo que debía á aquella ilustre nobleza de Portugal de que formaba parte.

Camoens no salió de su prision sino amparándose del Virey. Por lo demás un chispeante epigrama, que se nos ha conservado, lo vengó de sus perseguidores (1).

- (1) *¿Que diabo he tuó duado,
que não teou a culluda
dos fios seccos da espada
do fero Miguel armado?
Pois se tanto haun golpe seu
soa na infernal cudeu
do que o demonio arraceu,
¿como não fugirey eu?
Com ruzad'he fugiria,
se cont' elle e contra tudo
não tivese hum forte escudo
só em Vossa senhoria.
Por tanto, Senho, porveja,
pois me teo ao reao atudo,
que antes que seja embarcado
eu desembargado seja.*

EMPRESAS MILITARES DE CAMOENS: SU TRISTEZA.

Uno de nuestros antiguos viajeros franceses que visitó á Goa poco más ó menos por el tiempo en que Camoens debia residir allí, Leblanc, celebra con entusiasmo las maravillas de aquella capital, que parecia preferir á Lisboa.

Nos habla de su opulencia, de su admirable policía, de la facilidad con que los portugueses y aun los extranjeros podian vivir allí; nos dice cómo en aquella ciudad riquísima habia delicias para todos sus habitantes; se extiende con harta complacencia sobre los mil recursos que ofrecia un lujo cómodo; pondera sobre todo la tolerancia que allí reinaba, y que algunos años después debia, por desgracia, hacer lugar á un odioso sistema de persecucion.

Todas estas maravillas reunidas ¿tuvieron la virtud de seducir á Camoens? ¿Esperaba acaso formar parte de alguna gran empresa militar en que pudiera restablecer su perdida fortuna?

Nada positivo se sabe sobre esto.

La opinion general es que durante los últimos años que vivió en Goa, libre de las acusaciones de sus enemigos y de la persecucion de Miguel Rodriguez Continho, sirvió en muchas expediciones maritimas, sin olvidar por eso sus aficiones literarias.

El único escritor que hubiera podido esclarecer este interesante período de la vida de Camoens, Diego de Couto, no dice nada sobre él. En efecto, el exacto continuador de las historias de Barros se jacta, y con razon, de haber sido amigo particular del Poeta; pero nunca es para señalarnos las acciones en que tomó parte, sino sólo para pintarnos su deplorable miseria y las desgracias, renacientes cada dia, que desolaban aquella agitada vida.

Si hubiéramos de aceptar la opinion de un hombre que

consagró noblemente su tiempo y su fortuna á la gloria del Poeta, sería en esta época poco más ó ménos cuando la mayor desgracia que podia sobrevenirle habria afligido el corazón de Camoens, habria perdido ahora á Catalina de Atayde y recibido en Goa tan triste y funesta nueva.

Apresurémonos á decirlo: á pesar de algunos bellísimos versos que cita, y que podrian en efecto referirse á este doloroso acontecimiento, Manuel de Souza no da esta opinion sino como mera conjetura (1).

A fe que si alguna indiscrecion de Diego de Couto nos hubiera iniciado en la vida privada del Poeta, mil detalles que no pueden adoptarse sino como suposiciones más ó menos ingeniosas, adquiririan en el punto á que ha llegado la crítica un grado de certeza que no pueden tener ahora.

Así, veriamos acaso cómo se despertó en aquella alma ardiente el recuerdo de un amor que parece no haberla nunca completamente abandonado; pero sabriamos tambien de una manera más cierta, á la luz de estas confidencias, las debilidades que el Poeta no supó callar enteramente y dejó adivinar.

Entonces le veriamos sin duda pasar de una contemplacion melancólica á la vida más activa, y durante su permanencia en el Oriente, mezclar á su vida aventurera todas las voluptuosidades de que la India no fué jamás avara.

¿Cómo no sonreirse, en efecto, ante el nombre de aquella esclava negra que no temió celebrar en sus versos (2)?

(1) Carlos Maguín no admite esta opinion, y como se puede ver, juzga que el Poeta perdió á la que amaba (valiéndose de sus propias palabras) en la época en que recorría las islas del océano Indico.—Morgado Matheus sigue la opinion de Souza, y el Dr. Lopes de Moura no la contradice.

Por nuestra parte, confesamos que un sério exámen de los hechos no ha podido aun fijar nuestra conviccion sobre este punto.

(2) *Endechas a Barbara escrava.*
Aquella cativa

Diego de Couto, por desgracia, se calló, y ni siquiera nos refiere, él que tan minuciosamente cuenta las cosas, lo que hizo Camoens en las varias ocasiones en que formó parte de las expediciones que se sucedían entonces con tanta frecuencia; pues la única cosa que sabemos sobre esto de una manera positiva, es que Camoens se ausentó muchas veces de la capital de las Indias portuguesas para servir la causa de su Rey en empresas militares (1).

Después de haber acompañado á las flotillas, que iban diariamente á Mangalore, á Damán, á Malaca y aun á islas lejanas del mar de las Indias, volvía á invernar á Goa, donde si solicitaba algunos favores del Virrey, no eran ciertamente para él, sino para algun bravo soldado, como Hector da Sylveira, que habia pensado más en la gloria que en el lucro; ó para algun sábio errante y sin recursos, como Garcia de Orta, por ejemplo, que habia sido profesor en Coimbra, y que, desdeñando una vida pacífica por amor á la ciencia, preparaba á la sazón los materiales

*que me tem cutico,
porque nella vivo...*

(1) «Después de su prision continuó algunos años en Goa, invernando en tierra y embarcándose los veranos en la armada, donde compuso las más de sus odas y canciones, como se colige de ellas mismas, que todas hablan con Neptuno, con las Nereidas y otras ninfas, á quienes veneraba la gentilidad como deidades marinas. En los hechos de guerra en que la armada se halló, Camoens se portó siempre como valeroso soldado, como aquel que no sabia volver la espalda al enemigo. Ni le emboraron las letras la lanza, antes bien aumentaban su valor, y por eso fingian los antiguos que la misma Pallas era diosa de las ciencias y de las armas. Y Luis de Camoens sirvió en estas ocasiones tan bravamente, que siempre se glorió de ello, como se ve en el canto X, estancia penúltima, hablando con el rey D. Sebastian, donde dice:

»Para servirvos braço as armas feyto...

»Y en el canto VII, est. LXXIX:

»Agora, Mar, agora...

«Y es de gran crédito lo que dice el poeta por los testimonios vivos que tenia en aquel tiempo.» (*Faria Severina.*)

de una preciosa obra, cuya gloria le robó otro autor (1).

Camoens vivió así muchos años; pero en los últimos tiempos de su residencia en Oriente se hubo de manifestar en él un cambio doloroso. No se ha insistido acaso bastante sobre esta especie de revolución que se operó poco á poco en su carácter.

Manuel de Faria y Souza habla de ella con una sinceridad demasiado ingenua, para que nosotros no hagamos uso de sus mismas expresiones.

«Camoens era naturalmente propenso á la alegría y hombre asaz festivo; así, solía decir y hacer cosas de buen humor dignas de un cortesano; pero en los últimos años que pasó en las Indias comenzó á abandonarse á la melancolía y á la tristeza, y á parecer como pesaroso.»

¿Eran sus tristes recuerdos la causa de este cambio? ¿Preveía ya el Poeta la suerte que le esperaba en su patria?

Puede suponerse que á las dolorosas preocupaciones cuya razón inmediata podría encontrarse en las decepciones de su juventud y de su edad madura, añadía la inquietud y disgusto de lo que pasaba entonces en la India y en Europa.

Por otra parte se considera este período de su vida como uno de los en que con más asiduidad y pasión se consagró al estudio: sin duda sentiría esa necesidad de meditaciones solitarias por que pasa siempre el poeta, cuando el tormento de una corrección minuciosa sucede á los primeros arrebatos de la inspiración.

REGRESO DE CAMOENS Á SU PATRIA.

Camoens no pensaba ya en la fortuna, ni sentía más que un deseo: volver á la patria. A pesar de la extremada pobre-

(1) La obra de Carlos Acosta sobre la historia natural de las Indias está sacada en su mayor parte del libro ya muy raro del sabio portugués Garcia de Orta.

za en que se hallaba, el Poeta obedeció á este secreto impulso, pero obedeció como podia hacerlo, continuando su vida aventurera y aproximándose por grados á la tierra, donde, á pesar de su primer juramento, queria ir á morir.

Pedro Barreto Rolim, pariente del gobernador Francisco Barreto, acababa de suceder á Fernando Martinez Freire en la administracion de la capitania de Mozambique, y se disponia á partir para esta residencia. Barreto Rolim gustaba del trato del Poeta, y hubo de proponerle que le acompañara en este viaje: sus instancias no debieron encontrar grandes obstáculos por parte de Camoens; el cual, creyendo en la sinceridad de sus promesas, se embarcó con él para Sofala á fines de 1567.

Ya en esta region del Africa oriental, no se sabe á punto fijo lo que pasó entre el Poeta y el nuevo Gobernador de Mozambique. Fuera simple inconstancia de Pedro Barreto, fuera noble altivez de Camoens, que no pudo decidirse á sufrir ciertas exigencias humillantes, lo cierto es que hubo un rompimiento entre él y su supuesto protector.

Basta echar una ojeada sobre algunas narraciones del tiempo y figurarse el estado real de Sofala en el siglo XVI para formarse una idea de lo que debió ser entonces la posicion del Poeta: una sola frase de Diego de Couto bastará para hacerla comprender.

«Lo vió, dice, sustentarse de la piedad de sus amigos (1).»

Esta dolorosa posicion debia tener un término próximo: habiendo sucedido D. Luis de Atayde á D. Antonio de Noronha en 10 de Setiembre, hubo de embarcarse este en Fe-

(1) Alejandro Lobo hace notar, que faltó poco para que un extraño azar reuniera en la costa de Mozambique á Camoens y á su antiguo perseguidor Francisco Barreto. Este, después de haber sufrido todas las desdichas de una expedicion deplorable, fué á morir á una pobre cabaña aislada del Monomotapa, donde pereció en el mayor abandono.

brero del año siguiente para Portugal, y hacer escala en las costas de Mozambique. Iba acompañado de muchos caballeros, entre los que se hallaba aquel diligente cronista, cuyo testimonio más de una vez hemos invocado, y que, gracias à su franquiza de soldado, no ha ocultado nada de las nobles miserias del Poeta.

Héctor da Sylbeira, Antonio Cabral, Luis de Vega, Duarte de Abreu y Antonio Ferrao, unidos á algunos otros hombres generosos, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, sacaron al autor de los *Lusiadas* de la triste situacion en que se hallaba en Sofala, ofreciéndole pasaje en el barco que los llevaba de las Indias à Portugal. Pero fué preciso que el antiguo compañero de Camoens hiciera una especie de cuestacion entre sus amigos, demandando alguna rôpa blanca para que el pobre Camoens, menesteroso ya de todo, pudiera hacer la travesia: así lo confiesa ingenuamente.

Lo que no ha dicho Diego de Couto, y lo que Faria y Souza no ha olvidado en su generosa indignacion, es que fué menester pagar al Gobernador de Mozambique, Pedro Barreto Rolim, algunas deudas contraidas con él por el desgraciado amigo à quien él mismo habia hecho ir allí. Y era cuestion de una bagatela, de veinte mil *reis* (1), lo que el Poeta le debia y tuvo que pagar por él su fiel camarada Héctor da Sylbeira.

«Por este vil precio, dice el historiador, se compró la libertad de Camoens y el honor de Pedro Barreto.»

El hombre que se muestra más inflexible con el Poeta cuando se trata de sus debilidades, el escritor austero que con harta frecuencia procura cohonestar las malas acciones de sus enemigos, lo admira aquí en su verdadera grandeza, y dice, con rara exactitud, que Diego de Couto, sin intencion

(1) Unos cuatrocientos reales.

acaso, nos ofrece la mejor prueba que pudiera darnos de aquella energía de carácter que parece haber sido el rasgo distintivo del grande hombre, cuya vida trazamos.

«Los malos tratamientos con que Pedro Barreto le affigió, aquella dureza que era casi una traicion en el caso de que se trata, los padecimientos que tuvo que sufrir en una costa casi bárbara del Africa oriental, la poca esperanza que tenia de salir de aquella especie de cautiverio, nada bastó para turbar la tranquilidad y confianza del gran Camoens.»

Conto dice que, en medio de tantos males, acabó el Poeta de dar la última mano á sus *Lusíadas* para darlos á luz, trabajando igualmente mucho en otra obra llena de enseñanza, erudicion y filosofía (1).

(3) El mismo escritor nos dice que la obra de que aquí se trata le fué sustraída á Camoens. El autor de esta Noticia ha leuido ya ocasion de exponer una opinión del señor Verdier, que creta reconocer en este libro la *Lusitania transformada* de Fernando Alvarez de Oriente. Apuntando este hecho en su excelente trabajo, C. Magnin añade, que algunos escritores, de cuyo dictámen era, han pensado que este manuscrito era la coleccion de *Rimas varias*, que Camoens preparaba para la imprenta.

A nuestro parecer, en el estado en que hoy se halla la enesion, es muy illicil formar un juicio definitivo. Lo que sí parece cierto es que la obra en que trabajaba Camoens en Sofala se intitulaba *Parnaso Lusitano*.

Aunque sea conocido este hecho desde el siglo xvi, ha ocupado muy poco á la crítica, que ciertamente se ha ejercitado en cosas menos importantes. Lo confesamos: no es posible que se haya nunca descubierto una obra de Camoens desconocida; sin embargo, todo lo que se refiere á este punto de historia literaria merece alguna atencion y sin dar á las palabras de Faria y Sonza más autoridad que la que merecen, las insertaremos aquí, porque nos parece que no han sido olvidadas:

«Este escritor, dice hablando del continuador de las *Décadas*, no dice si el libro es, ha en prosa ó en verso, ni el asunto de que trataba; pero asegura que estaba lleno de enseñanza, erudicion y filosofía, y que despés de la muerte de Camoens en Lisboa hubo de buscarlo con toda diligencia, aunque infructuosamente.

«Sobre una y otra cosa diré ahora lo siguiente: El título del libro pudo hacer sospechar que era algun arto poética, y aunque en este caso se pudiera suponer que esquivara simplemente en prosa, bien podia ser tambien que estuviera mezclado de prosa y de versos.

«Mi abuelo Estacio de Faria era un hombre de talento brillante, que escribió con muy

Corriendo el mes de Noviembre de 1568, el navio *Santa-Fé* recibió al autor de los *Lusiadas* y se alejó de las costas de Africa.

El viaje fué feliz; pero un acontecimiento doloroso hubo de señalar una vuelta con tanto alán deseada. Éra ya el último dia de tan larga navegacion, y apenas se divisaban las alturas de Cintra, cuando el amigo más fiel de Camoens, el hombre en quien habia puesto acaso todas sus esperanzas, sucumbió. Aquel cuyo nombre tantas veces viene á los lábios del Poeta, así en los tiempos de próspera, como de adversa fortuna, murió á vista de la costa, á vista de la amada tierra de la patria.

Con la vida de este fiel amigo se extinguieron tal vez en el Poeta las últimas esperanzas de un porvenir mejor.

Pero esta no era sino una desgracia particular: algunas horas más, y Camoens será testigo de una calamidad horrosa.

buen estilo varias obras. Después de su muerte, diferentes papeles hubieron de caer en manos de mi madre, y entre otros un libro en 4.º compuesto poco más ó menos de una mano de papel.

«Este libro manuscrito estaba en verso y prosa, y era una obra seguida. Siendo yo niño, vine á poner este libro. Después, cuando tuvo más uso de razón, me pareció que el libro podía ser muy bien de mi abuelo. Más tarde aun, cuando tenía ya algún discernimiento, lei las obras de Camoens; y como algunos pasajes de aquel libro se me habían quedado en la memoria, me pareció, fundándome en el estilo, que eran de mi poeta. Y esto no era imposible, pues supuesta la amistad que mediaba entre él y mi abuelo, hubiera podido ser muy bien que por muerte del primero, quedara el otro en posesion del libro.

«En lo que me concierne el hecho no puede ser más positivo. Sin embargo, hasta la fecha, el libro no ha parecido.»

Por nuestra parte añadiremos á este dato un hecho harto curioso, y es que, en un larga nota de las Rimas, Manuel de Faria y Souza insiste en la gran analogía de estilo que existe entre Camoens y el autor de la *Lusitania transformada*. Dudamos que el erudito Venetian hubiera tenido conocimiento de esta opinion, que habria venido en apoyo de su conjetura.

LA PESTE Y OTRAS CALAMIDADES PÚBLICAS.

La peste hacia estragos en Lisboa (1).

Algunos historiadores han hablado de este infausto acontecimiento, y todos están de acuerdo en sus narraciones. Nunca jamás el horrible azote que habia afligido á los pueblos tantas veces durante la edad media, pero cuyo recuerdo se habia, por decirlo así, extinguido, habia traído entre los hombres un terror más profundo.

Esta desolacion estaba justificada por el exceso del mal: segun los cronistas, hubo dia en que perecieron seiscientas personas, y en el espacio de tiempo que pasó desde los últimos meses de 1568 hasta fines de 1569, murieron *setenta mil* habitantes de Lisboa.

En la época en que el *Santa-Fé* fondeó en el puerto de Lisboa, comenzaba la peste á decrecer: sin embargo, el temor impedia que se disminuyeran en nada las precauciones que el mismo habia aconsejado é impuesto.

La desembocadura del Tajo estaba rigurosamente cerrada, y para obtener la entrada, fué menester que Diego de Couto, que venia á bordo de otro barco, fuera á Cascaes y de allí á Almeirin, donde se habia refugiado la corte. Solo allí pudo obtener una orden que permitia á los barcos á vista de las costas echar anclas en el puerto.

Hacia ya trece años que Juan III habia muerto, y el estado del país habia cambiado mucho. Una regencia laboriosa, agitada por contrarias pretensiones, y que aun así se hubiera tenido á dicha poderla conservar; un jóven príncipe sin poder real para hacer el bien, y sin embargo, dotado

(1) La epidemia de 1569, llamada *la peste grande*, fué una de las que con más rapidez despoblaron el reino de Portugal. Ella arrebaló á un gran poeta, Antonio Ferreira, que murió precisamente al volver Camoens.

de raras facultades, cuando el venerable obispo de Sylves no podia menos de exclamar: «¡Desdichado Portugal, que tiene un rey tan digno de ser amado, y sin embargo tan aborrecido por culpa de sus consejeros!» hé aquí lo que debió impresionar el corazón del Poeta, y lo que le inspiró las generosas palabras que dirigió al monarca, niño aun.

Y si todo estaba cambiado en política, todo también lo estaba en las costumbres de la nación. Ya no quedaba nada, por decirlo así, de aquel esplendor, de aquellas *gracias reales*, según un antiguo escritor, de todo aquello que embellecía á la corte en el anterior reinado. Ya no existían, sino en la triste memoria, aquellos saraos y bailes magníficos, aquellas fiestas que nadie como el infante D. Luís sabia ordenar; aquellas representaciones en que Gil Vicente, autor y actor á la vez, lucía la originalidad de su genio.

Hasta el sentimiento del arte parecia haberse extinguido, como se estinguió aquella perseverante energía que en tiempo de las conquistas lo habia organizado todo.

PUBLICACION DE «LOS LUSIADAS».

No se sabe hoy de qué manera corrieron para el Poeta los dos primeros años que pasó en Lisboa, en medio de las deplorables luchas del poder. Lo que sí puede hacerse constar fácilmente es que el desaliento político que se dejaba sentir en los mejores espíritus, en los corazones más fuertes, hubo de ceder ante la obra del genio que consagraba las antiguas glorias nacionales.

Camoens publicó su poema en 1572, y, lo que hasta entonces habia sido inaudito en Portugal, se hizo en el mismo año una segunda edicion de los *Lusiadas* (1).

(1) Como hace observar con razon C. Magnin, el privilegio concedido al Poeta para la primera edicion es del 24 de Setiembre de 1571, y no del 2, como escriben muchos

La profunda emocion que excitó este gran poema se hizo sentir en todas las clases de la sociedad. Su éxito fué inmenso; hubo, por decirlo así, una renovacion de espíritu; la obra vino á ser popular.

Aquí dejaremos hablar con su ingénuo y pintoresco estilo al antiguo escritor que se precia de haber estudiado este bello libro por espacio de veinte años, y tiene tanta más confianza en ciertas tradiciones, cuanto que su abuelo, Estacio de Faria, habia sido gran amigo del Poeta.

«Es cierto, dice, que estos escritos fueron muy estimados en su vida y que en razon de esto, su persona era vista con admiracion en Lisboa; pues cuando pasaba por alguna calle, parábanse los transeuntes hasta que Camoens desaparecia. Y esto sucedia, cuando habiendo dejado la espada á su vuelta de la India, andaba apoyado en una mula.

»De este modo iba la mayor parte de los dias, cargado con todos sus achaques, todos sus años y todos sus pesares, á oír la leccion de teología que entonces se daba en el convento de Santo Domingo, sentándose entre los jóvenes que aprendian, tal como si él hubiera sido uno de los escolares.»

Biógrafos, notables sin embargo por su exactitud. Un hábil profesor, cuya prematura muerte hay que deplorar, Mablin, que con tanta sagacidad examinó las dos ediciones de 1572, ha probado que era preciso adoptar definitivamente las correcciones de la segunda. Lo que este sabio parece haber ignorado es que Manuel de Faria e Souza era del mismo parecer.

En efecto, el diligente comentador dice haber examinado cuidadosamente ambas ediciones, y que difieren por ciertas variedades en el carácter, en la ortografía, en las faltas que al principio existian y fueron luego corregidas, y en fin, en ciertos mejoramientos debidos al mismo poeta.

Mablin dice positivamente que Manuel de Faria e Souza no conocia esta segunda edicion cuando publicó su texto de los *Lusiadas*: la conoció más tarde, y nosotros ofrecemos aquí la prueba de ello. El ilustre escritor, cuya muerte deploramos, no habia leído probablemente la *Vida* de Camoens, que precede á la rarísima edicion de las *Rimas*, hecha en 1688: en ella hubiera encontrado un nuevo apoyo para su sistema.

Y algunas líneas más abajo continúa Faria esta triste narracion, diciéndonos en pocas palabras cómo pasaba el Poeta una vida de angustias, cuya única distraccion era entonces una leccion de teología.

«Camoens llegó al extremo de vivir de limosna, y el que la pedia para él de noche era un esclavo que tenia, llamado Antonio, el cual era natural de Java.

»Un día Ruy Gonzalves (léase Ruy Diaz) de Cámara, notable caballero, le encargó una traduccion en portugués de los siete salmos penitenciales, y habiéndose pasado algun tiempo sin que el Poeta hubiera hecho más que algunas estrofas, hubo de quejarse el caballero de que no hubiese acabado el trabajo encomendado, él, que habia escrito tantas y tan bellas poesias.

»Camoens le contestó:

—«Señor, cuando yo hacia eso, me hallaba en edad florida, favorecido de muchos amigos y damas, y á lo menos tenia lo necesario; ahora me falta todo, y de tal manera, que aqui está Antonio pidiéndome dos *moodas* (de cobre) para comprar carbon, y no las tengo, para dárselas.»

»Y de esto infiero que aquel caballero (y todos eran lo mismo) cerraba el bolsillo por cuatro maravadises, y abria la boca para pedir con urgencia los siete salmos traducidos en verso...

»¡Oh! cosa deplorable! El rey Don Sebastian habia dado á Camoens por la dedicatoria de su poema épico quince mil *reis* de pensión vitalicia (1), y se le pagaban tan exactamente, que el Poeta tenia costumbre de decir que de muy buena gana pediria al Rey que conmutara los quince mil *reis* en

(1) Unos 375 reales. Para gozar tan módica pensión, el Poeta habia de vivir en Lisboa y renovar cada seis meses el *albatá* en que se le otorgaba la gracia. La culpa de esta mezquindad no era del Rey, jóven de 16 años, sino de sus principales validos, Fr. Luis y Martin Gonzalves de Cámara.

quince mil zurriagazos para los funcionarios de quienes el pago dependia.»

Un docto portugués, que ha leído ciertamente, como nosotros, los curiosos detalles que citamos aquí en toda su seneillez, se complace en enumerar los hombres distinguidos con quienes Camoens había conservado relaciones, y cita especialmente á Don Gonzalo Coutinho, de la casa de Marialva; habla de aquella ilustre familia de Vimioso, cuyos miembros estimaban tanto al Poeta, que lo visitaban con frecuencia. Los nombres de un antiguo virey de Indias y de un gobernador de Malaca salen también de su pluma...

Con todo eso, se leen en la historia citada más arriba estas tristísimas palabras:

«Una mulata llamada Bárbara, que sabía la miseria del Poeta, solía darle un plato de lo que vendía, y á veces algunos *reis* del producto de su misero comercio (1).»

¡Oh deplorable miserial repetiremos dolorosamente con Manuel de Faria. ¡Oh miseria cruel!

EL GRAN ÉPICO ANTE SUS CONTEMPORÁNEOS.

Mientras que el Poeta, para consolarse de sus penas, va á oír á los sabios religiosos del convento de Santo Domingo, ensayaremos nosotros indicar, fieles al plan que nos hemos propuesto, cual fué el carácter real del movimiento que se manifestó en la poesía bajo el reinado de D. Sebastian, y la influencia que Camoens, ya leído y aun admirado, ejerció en sus contemporáneos.

Un rápido exámen de los hechos bastará para probarlo: aislado en los primeros pasos de su carrera, el Poeta lo estuvo también en sus últimos días, y puede decirse que no

(1) Nos inclinamos á creer que esta Bárbara es la esclava que Camoens celebró en sus versos, y que lo hizo, no por amor, sino por gratitud.—N. del Colector.

ejerció influencia ninguna en los hombres que debían comprenderlo y podían juzgarlo.

Y sin embargo, célebres escritores habían sucedido á Sá de Miranda, á Antonio Ferreira y á Gil Vicente.

En unos hubo probablemente celos, temor pueril de ver desvanecerse una fama nascente; en otros hallaríamos para explicar este culpable olvido, el aislamiento en que vivían, la firme voluntad de mantenerse alejados de la corte y de no mezclarse en el movimiento de una política deplorable.

El mejor de todos estos poetas, el único que pueda citarse dignamente después del autor de los *Lusiadas*, Jerónimo Corte-Real, de vuelta de sus viajes á las Indias, vivía pacíficamente en su mayorazgo de Palma, y el recuerdo de aquella noble Lianor á cuyas desdichas había consagrado Camoens algunos versos admirables, le suministraba asunto para un poema heroico lleno de bellezas, pero en el cual el color del estilo y lo poético de las situaciones están en perfecta oposicion con la difusion de las descripciones mitológicas.

Corte-Real meditaba sin duda su poema en esta época en el Morgado de Palma; pero no debía aparecer sino doce años después de los *Lusiadas* de Camoens.

En la *Austriada*, poema español compuesto en honor de D. Juan de Austria, y que debió imprimirse por segunda vez hácia 1577, se encuentran varios elogios debidos á la pluma de escritores conocidos, y el nombre de Camoens no aparece entre ellos. Aunque esta obra y el *Asedio de Diu* fuesen favorablemente acogidas en Lisboa, nada prueba en la historia literaria que su publicacion trajera una aproximacion entre los dos poetas.

Los biógrafos nos dicen que Pedro da Costa Perestrello, que había compuesto un poema sobre la expedicion de Vasco de Gama, hubo de renunciar á darlo á luz, después de haber leído los *Lusiadas*; y esta es acaso la única indica-

cion de la influencia de Camoens en algun poeta contemporáneo.

Pero sobre que el nombre de Perestrello es completamente desconocido en la historia literaria, nada indica el grado de confianza que puede inspirar semejante hecho.

El único poeta de aquel tiempo que por el temple de su alma hubiera sido capaz de inclinarse sin reserva ante el poder de aquel génio, fray Agustin de la Cruz, no pudo conocer á Camoens; pues desde el año de 1560 vestia el hábito de religioso en el convento de Santa Cruz de la Sierra de Cintra, y á partir de aquella época no salió jamás de su retiro en medio de solitarias montañas.

Este siervo del Señor, como se le llama, vino á ser, por decirlo así, extraño á los hombres y al mundo. En la cumbre del monte Arrabida, sólo celebra la divinidad y los grandes espectáculos de la naturaleza: á veces habla de amor; pero del amor domado por la religion: si dice una palabra de las pasiones humanas, es para humillarse ante la eterna grandeza; si los combates vienen á su pensamiento, no son los combates de los hombres los que canta, sino la lucha de los elementos...

Y sin embargo, este eremita, al abrigo de las tempestades en una pobre cabaña, es hermano de un galan de mil y una aventuras amorosas, de un poeta hábil, armonioso, que será un momento el rival de Camoens, y un rival afortunado. Fray Agustin de la Cruz era hermano de Diego Bernardes.

El autor del poema *Lima* debió conocer sin duda á Camoens, y se le acusa de haber apreciado tanto sus obras, que hubo de apropiarse parte de ellas.

Pero esta inculpacion no está bastante probada para admitirla sin discusion: es por otra parte el único de los hombres eminentes de aquella época, que dirigió al autor de los *Lusiadas* algunas alabanzas.

Empero hay en su historia una circunstancia que se quer-

ria ocultar, y es haber sido él la causa de una nueva injusticia hecha al gran Poeta. En efecto, después de diez años de haberse publicado los *Lusiadas*, nadie podía negar, ni el mérito del poema, ni el valor del Poeta guerrero. Y sin embargo, cuando el rey D. Sebastian pensó en aquella expedición al Africa de que esperara tan prósperos resultados, no fué Luis de Camoens el poeta que llevó consigo para cantar su heroica empresa:... fué Diego Bernardes.

Nos quedan muy pocos hombres que citar; pero en todos la misma injusticia, ó más bien la misma indiferencia para con Camoens. Ni Pedro de Andrade Caminha, el hijo del audaz capitán que se ilustró en las Indias, el poeta elegante y cortesano (1), ni Jorge Ferreira, el poeta dramático á la moda, ni otros muchos escritores con que pudiéramos aumentar la lista, gracias á la voluminosa biografía de Barbosa, juzgaron á propósito tender una mano compasiva al *Príncipe de los poetas épicos de España*, á quien un pobre esclavo sustentaba con limosnas en su triste retiro de la calle de Santa Ana.

LO QUE SE HA DICHO DEL POEMA DE CAMOENS.

No es nuestra intencion entrar aquí en el exámen crítico de los *Lusiadas*. Desde Voltaire hasta nuestros dias, no han escaseado las disertaciones sobre este poema; y como debia suceder, se han tocado los extremos en pro y en contra, habiendo agotado unos las fórmulas de la admiración,

(1) Este escritor, cuyo mérito no puede negarse, sin embargo, recibia como pensión una exorbitante suma. si se compara con la que se habia concedido al gran Camoens. Se le señalaron nada menos que *doscientos mil reis*, sobre los emolumentos respectivos á su empleo de Alcaide Mayor de Celorico de Baslo. La Real Aeademia de Lisboa, que publicó sus poesías en 1791, hace notar que estuvo en relaciones con todos los poetas de su tiempo, menos con Luis de Camoens.

y dicho otros cuanto habia que decir acerca de algunos lunares fáciles de observar en el conjunto de esta vasta composición, sobre todo en el género de maravilloso de que el Poeta hizo uso.

Recordar aquí lo que tantas veces se ha repetido sobre la intervencion de las divinidades del Olimpo en un asunto esencialmente cristiano seria incurrir en un lugar común que debemos evitar. Para juzgar el poema portugués, la critica del último siglo no ha tenido en cuenta entre nosotros ni los tiempos ni los lugares. Olvidó que hay en poesia, como en pintura, una época de renacimiento, que no por haber convidado à todos los dioses al triunfo de la fe cristiana, dejaba de ser una gran época.

El pueblo inteligente para quien habian sido compuestos los *Lusiadas* no reparó por un momento en esta extraña alianza, ni vaciló en su admiración; y con las nobles narraciones que se le dirigian, aceptó desde luego el lenguaje de los dioses falsos. Los literatos de todos los países pudieron fluctuar en el juicio que tenian que pronunciar sobre los *Lusiadas*: él, el pueblo, no se engañó un instante; conoció à Camoens en su voz divina, vió que le habia nacido un gran poeta y, durante su desgraciada vida, lo saludó con cariñoso respeto.

Mas para esto, ved lo que habia hecho Luis de Camoens: consultad todavía un antiguo escritor:

«No hacia más de setenta y dos años desde que Vasco de Gama realizó su asombrosa empresa, nos dice Manuel de Faria, y la tradicion no habia conservado en el pueblo, por decirlo así, nada de lo que tan prodigiosamente se habia hecho: ni Juan de Barros, con el prestigio de su estilo, ni Fernando Lopez de Castanheda con su entusiasmo, habian bastado à popularizar el recuerdo de aquellos descubrimientos y victorias. «Aparecieron los *Lusiadas*, y el ruido de aquellas pasmosas acciones llenó al instan-

te el mundo, y sus palmas casi secas reverdecieron.»

Ochenta años más tarde, en el último sitio de Colombo, cuando los portugueses no vivían ya en las Indias más que por sus grandes recuerdos, los soldados cantaban sobre la brecha las bellas octavas de los *Lusiadas*. En nuestro sentir, estos hechos dicen lo que vale un poema.

Crejóse por mucho tiempo en Francia que aquella epopeya verdaderamente nacional, pero que se conocía de un modo tan imperfecto, era el único título que el Poeta podía tener á la admiración de sus compatriotas. La Harpe, que ignoraba el portugués, hubo de afirmar que las poesías varias, reunidas bajo el epígrafe de *Rimas*, no merecían la atención. La crítica las desdeñaba, y los hombres familiarizados con la literatura de la Península rara vez se ocupaban de ellas.

Este extraño juicio, pronunciado en el siglo XVIII, se ha revocado ya, y como sucede en toda reacción, la opinión se ha pronunciado en favor de estas composiciones con una admiración entusiasta.

Las *Rimas* de Camoens, como se encuentran reunidas en las últimas colecciones, constan de trescientos un sonetos, diez y seis canciones, doce odas, cuatro sextinas, veintiuna elegías, quince églogas, estancias y redondillas varias, terminando con las tres comedias tituladas *Seleuco*, *Anfitrión* y *Filodemo* (1).

Bien que censuremos el juicio de La Harpe, estamos muy lejos de suponer que haya en esta voluminosa colección gran número de composiciones que puedan traducirse en toda su integridad, ni que algunos fragmentos puedan ofrecerse al público. Basta leer atentamente los largos comen-

(1) No hablamos aquí del poema *La creación del hombre*, pues hay demasiada incertidumbre sobre este punto de historia literaria para que admitamos sin exámen esta rara producción entre las obras de Camoens. Faria y Souza la rechaza con una energía que, en cierto modo, carece de justicia.

rios de Faria y Souza para comprender con qué circunspeccion deben elegirse. Camoens no recopiló nunca sus poesías varias; ni Manuel Rodriguez Surrupita, primero, ni Manuel de Faria después, llegaron á reunir las, sino á fuerza de investigaciones de todas clases.

Muchos sonetos fueron admitidos como auténticos por una simple analogía de estilo, y no pocas composiciones extensas fueron arrebatadas á Diego Bernardes, que antes se las habia arrebatado á Camoens, segun malas lenguas.

Camoens cita en sus *Rimas* como maestros supremos del arte á Petrarca, á Sannázaro y á Garcilaso de la Vega; expresando sus simpatías, nos ahorra largos comentarios: con esto nos revela, por decirlo así, el verdadero carácter de sus poesías.

MUERTE DE CAMOENS.

Pedro de Mariz nos dice que Camoens quedó luego abandonado: su más fiel amigo y compañero, el esclavo javanés, hubo de pasar á mejor vida; acaso lo consumió á él mismo la miseria.

Entonces Camoens debió pensar en morir, y entonces sin duda fué cuando, viéndose faltar del consuelo de tanta abnegacion por parte de un hombre tan humilde como noble y generoso, escribió dos cartas de que se han conservado fragmentos admirables:

«¿Quién ha oído decir nunca, que en tan pequeño teatro como este pobre camastro hubiera podido dar la suerte el espectáculo de tan grandes infortunios? Y yo, como si ellos no bastaran, aun me pongo de su parte; porque querer resistir á tantos males, parecería desvergüenza.»

«En fin, decia en otra carta, mi vida acabará, y todos verán que fui tan amante de mi patria, que no sólo me con-

tenté con morir en su seno, sino que quise también morir con ella.»

Aquella deplorable jornada de *Alcázar-kibir*, prevista por Osorio, y condenada por Mascarenhas, llegó en fin (1).

Un cronista refiere, que un viejo monje que habia seguido la expedición al Africa, pero que se habia tenido que detener en la costa, al saber la noticia del desastre en su lecho de dolor, volvió la cabeza hácia un crucifijo y murió.

Cuando anunciaron la misma noticia á Luis de Camoens, diciéndole que se habia perdido el honor de Portugal y de la antigua gloria de la patria, alzó los ojos al cielo y exclamó:

«A lo menos, muero con ella.»

¿Estaba entonces Camoens en su mísero camastro de la calle de Santa Ana, ó se habia refugiado al hospital?

La Historia que ha conservado las nobles palabras del Poeta deja cernerse la duda sobre las deplorables circunstancias que acompañaron á su muerte.

Camoens murió en 1579 (2). á la edad de 55 años.

Digamos, sin embargo, que un piadoso misionero que lo visitó en sus últimos dias, lo vió en el hospital; y en nuestro sentir el testimonio de fray José Indio, escrito en un ejemplar de los *Lusiadas* que ha pertenecido á lord Holland, no debe desestimarse.

He aquí sus palabras, tan ingenuas como tristes:

«Qué cosa más lastimosa que ver un tan grande ingenio «mal logrado! yo lo he morir en un hospital en Lisboa, sin «tener una saúana con que cubrirse, despues de auer «triunfado en la India Oriental y de auer nauegado 5,500

(1) El 4 de Agosto de 1578.

(2) Segun F. A. Lobo fué á fines de este año; otro biógrafo muy digno de inspirar confianza, dice que fué al principio.

«leguas por mar; qué aniso tan grande para los que de «noche y de día se cançan estudiando sin provecho como «la araña en urdir tellas para cazar moscas (1)»

El cuerpo del Poeta fué enterrado en la iglesia de Santa Ana, que era entonces una parroquia. Su sepulcro fué una humilde fosa, un hoyo hecho en la tierra, que al principio no distinguió siquiera un epitafio; y lo que tal vez no se ha notado es que el poeta que hubo de ser preferido à Camoens para celebrar los altos hechos de Don Sebastian en Africa, aquel Diego Bernardes, que en vez de gloria halló allí el cantiverio, fué enterrado más tarde al lado del gran épico.

El sucesor de Don Sebastian, el Cardenal-rey, que al parecer apreció sobre todo à Sá de Miranda y à Antonio Ferreira, dejó pasar su reinado sin hacer nada que recordara la gloria de Camoens, mientras que el pueblo rendia tácitamente homenaje al Poeta, respetando su pobre habitacion, que desde su muerte quedò deshabitada.

La sepultura de la iglesia de Sta. Ana permaneciò sin honores ni epitafio.

Diez y seis años después de la muerte de Camoens, don Gonzalo de Coutinho hizo buscar cuidadosamente el lugar en que habia sido sepultado, y habiéndose encontrado, no sin grandes dificultades, hizo trasladar los restos à un sitio inmediato al coro de las religiosas franciscanas.

(1) F. A. Lebe, sin desvanecer sus dudas sobre este punto, parece inclinarse à la opinion de los que niegan este exceso de miseria, y se funda, sobre todo en esta ocasion, en el silencio de Manuel Correa, amigo de Camoens.

Se ha considerado tambien como una prueba de que el Poeta no murió en el hospital la sábana enviada para sudario, cosa que no cambia el estado de la cuestion. Sentando este hecho, Manuel de Maria y Souza da à entender (y acaso no se ha notado bien esta reflexion), que el sudario remitido para enterrar à Camoens tal vez habia sido enviado por ser más decoroso que el suministrado ordinariamente por la caridad pública.

Esta otra sepultura se cubrió con una lápida de mármol, en la cual se grabó este noble epitafio :

AQUI YACE LUIS DE CAMOENS,
PRÍNCIPE DE LOS POETAS DE SU TIEMPO.
VIVIÓ POBRE Y MISERABLEMENTE,
Y ASÍ MURIÓ
EL AÑO DE MDLXXIX (1).

El terremoto de 1755 destruyó completamente la iglesia de Sta. Ana, con lo que desapareció la tumba del Poeta, sin que ningun monumento la haya sustituido despues; pero

-
- (1) AQUI JAZ LUIS DE CAMOENS: PRINCIP DOS POETAS DO SEU TEMPO:
VIVEU POBRE E MISERAVELMENTE, E ASSIM MORREU O ANNO DE MDLXXIX.
ESTA CAMPA LIME MANDOU POR DOM GONÇALO COUTINHO,
NA QUAL SE NAO ENTERRARA PESSOA ALGUMA.

A este epitafio se añadió despues otro, que á instancia de D. Martín Gonzalves de Cámara, valido del rey D. Sebastian, compuso el Rdo. P. Mateo Cardoso de la Compañía de Jesús, y ex-lector de la primera cátedra de humanidades de la Universidad de Evora, en estos términos:

*Naso, eligis, Flacus Lyricis, epigrammate Marlius
Hic jacet, Heroo carmine, Virgilins.
Ense simul, calamoque anxit tibi Lysia somam,
Unam nobilitant Mars et Appollo manum.
Castalium fontem traxit modulamine, at Indo
El Gangi, telis obstupescit aquas.
India mirata est, quando aurea carmina lucrum
Ingenii, haud gn-as, ex Oriente tulit;
Sic bene de patriu mervit, dnm subinat ense,
At plus dum calamo bellico facta refert.
Hunc Itali, Galli, Hispani vertere Poetam
Quolibet hunc vellet terra vocare sonm
Vertere fas, aquare nefas, aequabilis uni
Est sibi, par nemo, nemo secundus erit.*

hay que decir con un antiguo escritor, que tenia una especie de culto al autor de los *Lusiadas* :

«*No pende de artificio de piedras su memoria.*»

Al dar esta noticia, se ha tenido, sobre todos, un fin: hacer comprender cómo á través de las vicisitudes de una vida siempre agitada, Camoens prosiguió su carrera, aislado de los poetas que vivian al mismo tiempo que él, libre, por decirlo así, de toda doctrina literaria, hallando su fuerza en su propio poder, aunque sin ejercer ninguna accion sobre sus contemporáneos (1). Esto resalta, segun nuestra con-

(1) El único hombre verdaderamente digno en aquel tiempo de celebrar á Camoens. Torquato Tasso, se conmovió ante esta gloria naciente y lo llamó su guía.

Se ha debatido la cuestion de si el autor de los *Lusiadas* tuvo jamás ocasion de leer el siguiente soneto que el Tasso le dedicó :

*Vasco, le cui felici, ardite antenne
Incontro al sol, che ne riporta il giorno
Spiegar le vele, e far colà ritorno
Ove egli par che di cadere accenne;*
*Non più di te per aspro mar sostenne
Quel, che fece al Ciclope oltraggio, e scorno;
Nè chi turbò l' Arpie nel suo soggiorno,
Nè chi è più bel soggetto a colle penne.*
*Ed or quella d' il colto e buon Inigi
Tant' oltre stende il glorioso volo,
Che i tuoi spatmati legni andar men lunge:
Ond' a quelli a cui s' alza il nostro polo,
Ed a chi ferma in contra i suoi vestigi,
Per lui del corso tuo la funa aggiunge.*

Un crítico del siglo xvii hace ingeniosamente observar que el Poeta contesta á todas estas dudas con este verso de la oda VI :

O Bety's me onça, o Tibre me levante.

La primera parte haria en este caso alusion á aquella versiou de los *Lusiadas* que preparaba Luis Gomez de Tapia, y á los elogios que le tributaba en Sevilla Fernando de Herrera; el segundo hemistiquio se referiria al soneto que acababa de dirigirle el Tasso.

viccion, de algunos hechos y fechas reunidos concienzudamente.

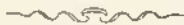
Se ha dicho durante mucho tiempo, que Luis de Camoens representaba por sí solo toda la poesía portuguesa, y todavía es una preocupacion bastante generalizada. Este axioma literario, que no lo fué nunca para los portugueses, ha sido combatido de una manera victoriosa. Pero es verdadero en cierto sentido: el autor de, los *Lusiadas* que anda siempre aparte, por decirlo así, pero que acaba por dominar toda la poesía del siglo xvi, puede ser fácilmente separado de los demás escritores de la Península que son el honor de su tiempo.

Le corresponde además una gloria que no se le podría negar. Camoens supo crear en Portugal, como se ha dicho con gran precision y verdad, la lengua épica; el espíritu moderno asociado en la epopeya á la forma antigua: tal fué el mundo que el gran Poeta buscaba, y tuvo la gloria de no morir sin encontrarlo (1).

(1) Fué Luis de Camoens de mediana estatura, de rostro abultado, frente grande, prominente y nariz acaballada: afeábalo notablemente la falta del ojo derecho; pero aunque no era gracioso en apariencia, éralo en su conversacion fácil, alegre y chistosa, si bien entrado ya en edad degeneró en melancólico.

No se casó nunca, aunque tan galán y enamorado en sus tiempos, ni dejó generacion bastante. Fué grande por su virtud, por su valor, y por su genio y fué tambien mendigo como llomoro.

Dejó, sin embargo, al morir más gloria á su patria que todos los reyes y príncipes que lo menospreciaron.





ÍNDICE

de los Cantos que contiene este poema.

	<u>Pag.</u>
CANTO I.	1
Biografía de Luis de Camoens.	
Argumento.—Mientras navegan los portugueses por los mares orientales, los dioses se reúnen para determinar si han de permitir que lleguen á la India.—Baco se opone á esta empresa: Venus y Marte la favorecen.—Llegan á Mozambique, cuyo gobernador pretende acabar con ellos.—Encuentro y primera acción de los Lusos contra los Africanos.—Salen de Mozambique y, pasando por Quiloa, fondean en Mombaza.	
CANTO II.	1
Argumento.—El Rey de Mombaza instigado por Baco para que destruya á los navegantes, los recibe con aparente amistad, los prepara una celada. El Cielo los libra de ella.—Venus se presenta á Júpiter ó intercede por los portugueses: Júpiter le promete favorecerlos, y le refiere en profección algunas de las acciones heroicas de esta nación en la India.—Gama, avisado por Mercurio, huye de Mombaza y llega á Melinde, cuyo Rey lo acoge benignamente.	
CANTO III.	27
Argumento.—Vasco de Gama da al Rey de Melinde una noticia geográfica de Europa, y empieza á contarle el origen del reino de Portugal y la historia de sus reyes.—Batalla de Ourique.—Hecho memorable de Egas Muñiz.—La Reina de Castilla va á Portugal á pedir auxilio contra los moros.—Batalla del Salado.—Historia de los amores y desgraciada muerte de Doña Inés de Castro.—Algunos acontecimientos del reinado de D. Fernando.	

- CANTO IV. Argumento.—Continúa Gama su narracion. Muerte de D. Fernando.—Aclamacion de Don Juan, heredero de D. Pedro.—Guerras con Castilla.—Hazañas de Nuño Alvarez.—Batalla y victoria de Aljubarrota.—Medios que se pusieron en práctica en tiempo del rey D. Juan II para descubrir la India por mar.—D. Manuel determina enviar á Gama á esta expedicion.—Preparativos para este viaje.—Despedida en la playa de Belen. 92
- CANTO V. Argumento.—Gama continúa su narracion al Rey de Melinde: le describe su salida de Lisboa, su largo viaje, las varias naciones y tierras del Africa en que tocaron, navegacion que hicieron hasta el cabo de Buena-Esperanza.—Osadía de Fernando el Velloso.—Aparicion del Gigante Adamastor: les predice las desgracias que han de sufrir en aquellos mares.—Continúan su viaje hasta Melinde.—El Poeta censura amargamente á sus compatriotas por el desprecio con que miraban la poesia y á los poetas. 121
- CANTO VI. Argumento.—Salen los Lusitanos de Melinde, despues de haber sido muy agasajados por el Rey.—Mientras navegan prósperamente, baja Baco al mar, y persuade á las divinidades maritimas, reunidas en consejo, á que los destruyan, valiéndose de todos sus medios.—Entre tanto Velloso, uno de los soldados de la escuadra de Gama, refiere á sus compañeros la historia de los doce portugueses que pasaron á Inglaterra á pelear contra otros tantos caballeros de esta nacion, que habian insultado á unas damas.—Levántase despues una horrorosa tempestad, que pone en peligro á la flota.—Venus y las ninfas bajan al mar y consiguen calmarla enainorando á los vientos.—Los Lusitanos llegan á Calicut.—Accion de gracias de Gama, y reflexiones del Poeta sobre el modo de adquirir una gloria verdadera. 147
- CANTO VII. Argumento.—Exhorta el Poeta á los principes cristianos á volver sus armas contra los moros,

y á que, imitando á los portugueses, depongan sus rivalidades ante el enemigo comun.—La escuadra portuguesa llega á Calicut.—Descripción de este puerto.—Preséntase Gama al Zamorin ó señor de aquel país.—El moro Monzaide da á Gama noticias de él, é igualmente hace saber al Catual, ó ministro del Zamorin, quiénes son los portugueses.—Dicho Catual pasa á ver las naves.—Invocacion del Poeta á las Musas para que le infundan nuevos ánimos con que seguir su narracion.

172

CANTO VIII. Argumento.—Pablo Gama explica al Catual las historias pintadas en las banderas de la flota portuguesa, dándole noticia del origen del nombre de Lusitania y de los principales hechos de los reyes de Portugal y de los más esclarecidos portugueses.—El Zamorin manda á sus agoreros que averigüen por medio de sus sacrificios los resultados que puede ofrecer la llegada de los Lusos, así como el tratado que estos le proponen.—Los agoreros le manifiestan que, según sus investigaciones, aquellos navegantes producirían la ruina del país.—Baco emplea nuevos medios para su destruccion, valiéndose al efecto de un sacerdote mahometano, á quien se aparece en sueños bajo la figura de Mahoma.—Gama tiene una entrevista con el Zamorin, á quien convence de la sinceridad de su proposicion, y éste le ordena que conduzca á tierra las mercancías que trajo de Portugal para trocarlas por frutas del país.—El Catual, instigado por los moros que le han sobornado, se empeña en detener á Gama, y en obligarle á que mande aproximar á la costa su flota con intencion de destruirla; pero por fin le restituye la libertad, llevado del deseo de apoderarse de las mercancías que el Capitan habia hecho desembarcar.—El Poeta expone los funestos efectos de la avaricia.

194

CANTO IX. Argumento.—Habiendo detenido los malabares á los dos portugueses encargados de la venta de las mercancías, manda Gama que á su vez con-

serven prisioneros en la escuadra á algunos habitantes del país que habían pasado á ella á vender algunos géneros: inercid á esta determinacion, consigue que pongan á aquellos en libertad, y viéndose libres los portugueses de las traiciones que les amenazaban en Calicut, salen de aquel puerto y hacen rumbo hácia su patria.—Venus ayudada de Cupido les presenta una isla deliciosa, donde los esperaban las ninfas del mar, inllamadas por el Amor.—Demostraciones halagüeñas con que las Nereidas acogen á los portugueses.—Termina el poeta este canto explicando el sentido simbólico de los deleites de aquella isla, y excitando á sus compatriotas á que procuren alcanzarlos. 221

CANTO X.

Argumento.—Convite de Tétis á los navegantes.—Cancion profética de la diosa, que pone en conocimiento de Gama las principales hazañas de los gobernadores y vireyes de la India y otros portugueses hasta D. Juan de Castro.—Después sube Tétis á un monte, seguida de Gama y de sus compañeros; les muestra la esfera del mundo universal, y les describe las costas de Africa y Asia en que más se habían de distinguir los portugueses.—Salen estos de la isla, y llegan felizmente á su país.—Consejos del Poeta al rey D. Sebastian, y fin del poema. 246

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>Página.</u>
Portada.	1
Concilio de los dioses para decidir de la suerte de los lusitanos.	10
Se le presentó del mismo modo que al Troyano en la selva Idea..	35
Homenaje tribulado por la nobleza portuguesa al cadáver de D. ^a Inés de Castro..	85
Los ríos Ganges é Indo se aparecen en sueños al rey Don Manuel.	112
Verán cómo los salvajes cafres arrancan á la linda dama sus vestiduras..	133
Dió gracias á Dios por tan señalada merced.	170
Presentacion de Gama al Zainorin.	186
Los portugueses en la isla del Amor.	239
Telis prediciendo á Gama las conquistas de los portugueses.	270



CATÁLOGO

DE LAS OBRAS QUE TIENEN PUBLICADAS Y EN PUBLICACION

la Empresa Editorial LA ILUSTRACION.

JOYAS LITERARIAS: SECCION DE POEMAS.

La Divina Comedia, de *Dante Alighieri*, consta de un elegante tomo ilustrado con 17 bonitas láminas.

La Jerusalem Libertada, de *Torcuato Tasso*, forma un bonito tomo ilustrado con 12 magnificas láminas.

Orlando Furioso, de *Ludovico Ariosto*, consta de dos regulares tomos ilustrados con 34 preciosas láminas.

La Mesiada, de *Federico Klopstock*, consta de un regular tomo ilustrado con 19 magnificas láminas.

El Paraiso Perdido, de *Milton*, forma un bonito tomo ilustrado con 45 láminas.

En publicacion.

Los Lusiadas, por *Camoens*, se publica por entregas á medio real y en cada reparto regulamos una magnifica lámina.

SECCION DE HISTORIA Y NOVELAS.

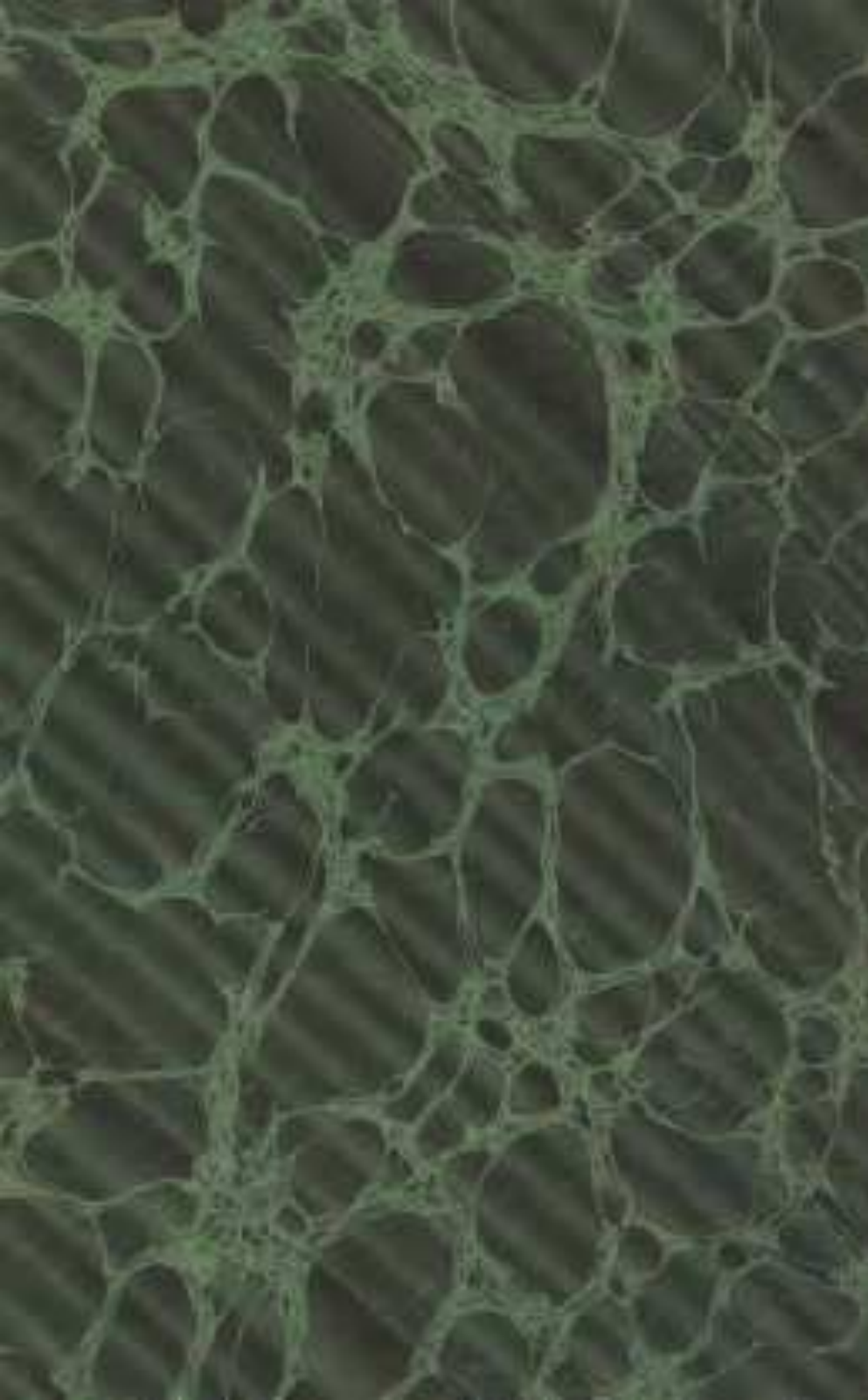
Roma en el siglo XIX y **Los Libertadores de Italia**, por el *General Garibaldi*, forman estas obras dos tomos en 4.^o, ilustrados con 23 láminas al boj y en acero.

La semilla del Bien, por *Antonio de Pádua*, forma dos elegantes tomos ilustrados con 24 bonitas láminas.

Los Novios, (*I Promessi sposi*) de *Manzoni*, forman dos regulares volúmenes ilustrados con 12 láminas dibujadas por el acreditado dibujante Sr. Planas.

Historia del general Prim, por *D. Francisco J. Orellana*, se publica en tamaño fólco con láminas tiradas á dos tintas y que regalamos á los Sres. Suscritores; formará dos voluminosos tomos.

Los juramentos de Amor, por *Antonio de Pádua*, se publica por entregas de 8 páginas á cuartillo de real, ilustrada con magnificas láminas de regalo, debidas al acreditado dibujante D. Eusebio Planas; formará dos tomos.



COMPYARD

208

R.H.L.

